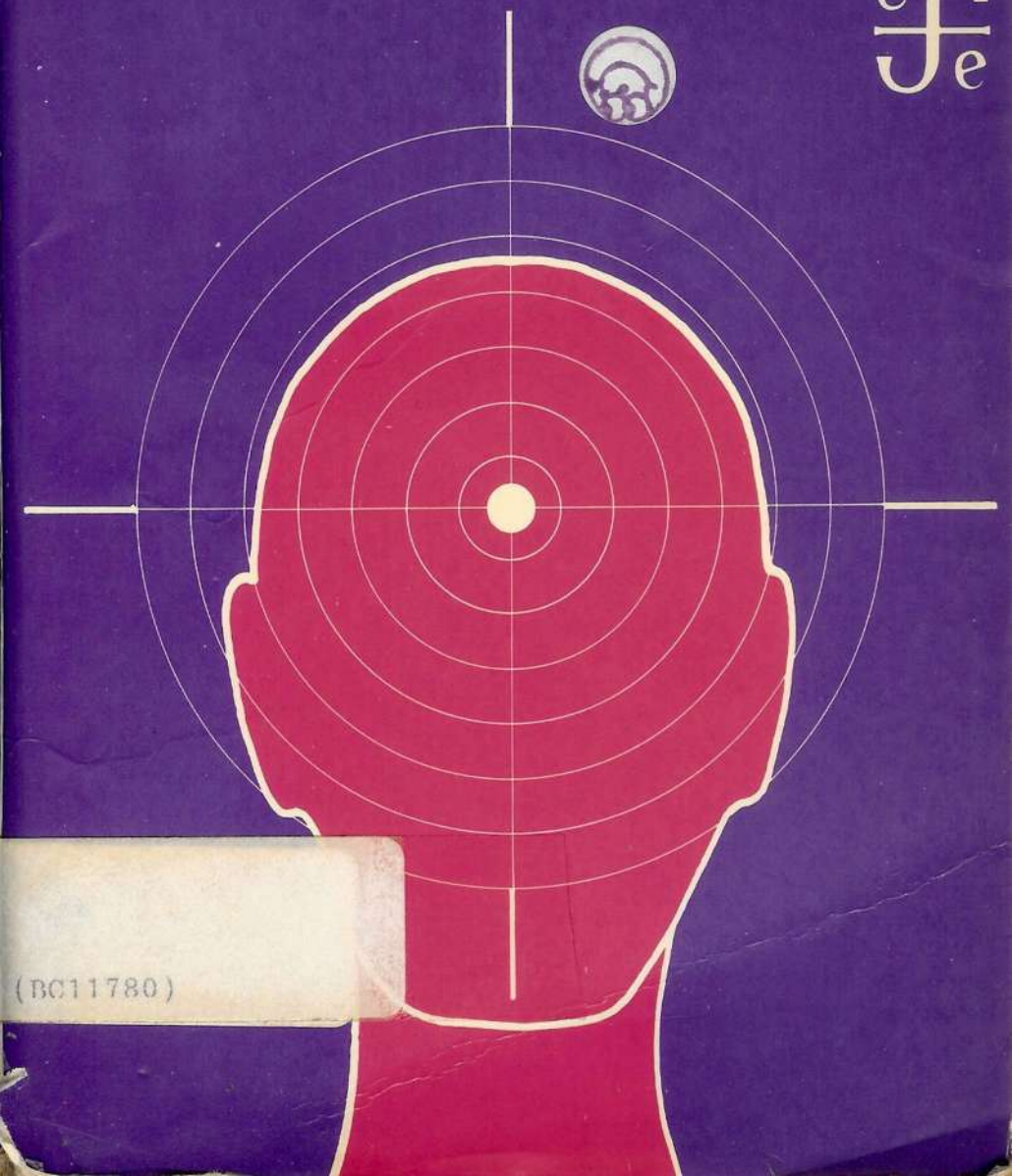
LA MENTE ASESINA

DAVID ABRAHAMSEN

cfe



(BC11780)

BIBLIOTECA DE PSICOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

Dirigida por RAMÓN DE LA FUENTE

LA MENTE ASESINA

DAVID ABRAHAMSEN

LA MENTE ASESINA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1973
Primera edición en español, 1976

Traducción de
SERGIO LUGO RENDÓN

Título original:
The Murdering Mind
© 1973 David Abrahamsen
Editado por Hasper and Row, Publishers, Nueva York,
Evanston, San Francisco, Londres

D. R. © 1976 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad 975; México 12, D. F.

Impreso en México

AGRADECIMIENTOS

ESTE libro sigue las opiniones fundamentales de Sigmund Freud, sin cuya indómita investigación del funcionamiento de la mente humana no hubiera podido escribirse. Aunque la redacción propiamente dicha del manuscrito requirió sólo unos dos años, para su elaboración he aprovechado la experiencia de más de treinta años en el campo de la psicopatología y en la presentación de testimonio pericial ante los tribunales.

Mi amigo y consejero legal Albert Gaynor, ex jefe de la División Criminal del Tribunal de Distrito de los Estados Unidos, Distrito Sur de Nueva York, me ha prestado gran ayuda al acceder a revisar el manuscrito y, en especial, al brindarme consejos valiosísimos acerca de los procedimientos judiciales. Quiero dar las gracias también a mi secretaria, Louise Kragelund, por su paciencia al mecanografiar una y otra vez el manuscrito; a Gay Stebbins, Director Adjunto de Admisión en la Universidad de Pennsylvania, por sus numerosas y excelentes sugerencias editoriales; a Joan Kahn, editor en jefe de Harper & Row, por su interés alentador; y finalmente, aunque con el mismo agradecimiento, a mi esposa Lova por su paciente estímulo.

DAVID ABRAHAMSEN

ELEMENTOS DEL HOMICIDA

ESCRIBIR sobre el homicidio es muy difícil. El tema es repelente y va contra el carácter mismo de nuestros instintos vitales de conservación. Sin embargo, necesitamos analizar el homicidio, pues aparte de constituir una realidad importante de nuestra existencia, toda investigación que se proponga descubrir su naturaleza será siempre saludable. Si aceptamos como cierta la sentencia de Pope: "El estudio propio de la humanidad es el hombre", al estudio del homicidio debemos concederle alta prioridad.

¿En qué consiste esa exploración de la mente humana que realiza el psiquiatra? Incluso el psiquiatra más experimentado no pretende conocer plenamente sus dimensiones —ni la mente del asesino, a menudo deformada, puede ajustarse a categorías clínicamente definidas. A decir verdad, el impulso al homicidio existe en todos nosotros; en todos existen dimensiones de confusión y enfermedad que emergen de nuestro pasado. No obstante, ¿podemos verdaderamente llegar a conocer la personalidad del homicida? ¿En qué medida su mente es el producto de intensas fuerzas emocionales presentes tanto en la infancia como en la vida adulta? ¿Qué distingue al homicida de todas esas personas que, a pesar de sentir ira, cólera y fantasear la comisión del homicidio jamás llegan a matar? Este complejo problema nos afecta en todos los aspectos de la conducta humana, individual y social.

Ahora bien, al escribir concretamente sobre la personalidad del asesino debo retroceder unos treinta años y referirme brevemente a mi Noruega natal, donde, además de ejercer en privado la psiquiatría, trabajé para el Departamento de Justicia. En Noruega los homicidios eran muy raros, probablemente uno o dos al año, cinco tal vez, a lo sumo. Frecuencia tan reducida me permitió estudiar a fondo la constitución psicológica de distintos homicidas, cada uno con sus características individuales y sus exclusivos antecedentes. Cuando vine a los Estados Unidos, país con una población cincuenta veces mayor que la de Noruega y un sistema social radicalmente diferente, me encontré con que la frecuencia del homicidio era mucho mayor y, en consecuencia, mi experiencia a este respecto aumentó correlativamente.

En el curso de mi trabajo psiquiátrico y consultivo en muchas partes de este país he llegado a conocer íntimamente a cientos de personas que manifestaban síntomas neuróticos y psicóticos en toda su variedad, inclusive impulsos asesinos. También pude conocer, en vario grado de intimidad, a muchas personas que habían matado. Algunos de estos individuos fueron ajusticiados en la cámara de gas, ahorcados o electrocutados. Otros fallecieron por causas naturales. Muchos de ellos, gracias a su buena suerte —si así podemos llamarla—, lograron salvar la vida y permanecer aún en prisión. Unos cuantos gozan de libertad, sea por habérseles impuesto una condena diferida y hallarse en libertad condicional o por haber cumplido la pena a que fueron condenados.

Basada en mi trabajo en hospitales psiquiátricos, en prisiones y en tribunales estatales y federales, así como en mi práctica privada, mi impresión original fue que la mayoría de las personas que habían asesinado podían ser tipificadas de acuerdo con el "registro casuístico" ordinario —es decir, ofrecían ciertas características perfectamente definidas. Entre las más notables figuraban la dificultad para comunicarse, la rebeldía contra los padres, la escasa o nula identificación masculina, una rica vida imaginativa, sentimientos de insignificancia, deseo de venganza, temores, frustración y depresión.

Pero al aumentar la variedad de los casos que iba conociendo, me sorprendió descubrir que muchas de las personas respetuosas de la ley que acudían a buscar mi ayuda compartían con los homicidas muchos síntomas y desviaciones de la conducta personal. Sin embargo, aunque estos enfermos particulares se sentían atormentados por trastornos más o menos iguales, en realidad, eran incapaces de matar y, de hecho, jamás lo habían hecho. ¿Cuál es, pues, la diferencia radical entre la persona que mata y la que no lo hace? ¿Residía acaso la respuesta en la ayuda psiquiátrica que como médico proporcionaba a mis pacientes, que les permitía aliviar sus temores, angustias y frustraciones? Pero si bien el tratamiento era sin duda factor importante, evidentemente no daba por sí solo toda la respuesta.

Un descubrimiento importante, al que he llegado después de muchos años de trabajo psiquiátrico, es que en el homicidio hay algo más que el acto violento del matador. Y si es importante explorar los rincones más profundos de la mente

del homicida con objeto de aclarar sus motivaciones, también lo es, e igualmente fascinante, estudiar a la víctima y el vínculo a menudo desconcertadamente íntimo entre ella y el homicida, relación que en muchas ocasiones ayuda a iluminar el carácter de cada uno de los protagonistas. Este vínculo es un aspecto de la personalidad del asesino que con demasiada frecuencia se desdeña o simplemente se omite cuando el caso llega al juicio.

La ley da por supuesto que, en el crimen, el criminal es siempre quien lo comete, y que la víctima es invariablemente inocente. En su veredicto, la ley no concede demasiada consideración a la posibilidad de que el acusado haya sido provocado deliberadamente. El examen psiquiátrico habitual no aclara el papel que la víctima representó en el crimen. No obstante, mi experiencia como psicoanalista me ha convencido de la mucha frecuencia con que la persona muerta representa un papel inconsciente en su propia muerte. Por mucho tiempo he abogado porque se investigue en cada caso, cuál, si alguna, ha sido la relación entre el matador y su víctima, a fin de valorar con mayor precisión el papel que cada uno de ellos representó en los sucesos que condujeron al acto final del homicidio.

En la práctica de la justicia penal tal vez debiérase introducir una nueva disciplina, la *victimología comprensiva*, que abarcara *todos* los aspectos de la relación entre el criminal y su víctima. Pero si bien se ha discutido el problema desde el punto de vista sociológico y legal, las discusiones se han planteado sobre todo en términos de indemnización y seguro económicos que, aunque no dejan de tener importancia, constituyen sólo un aspecto parcial de esta relación tan compleja. Más importante es la vinculación entre los protagonistas.

Fundamentalmente, la victimología comprendería el estudio científico de la personalidad y otorgaría atención especial a los factores pertinentes al desarrollo emocional y social de la persona (o del grupo) que resulta *víctima* de un crimen. En este planteamiento de la conducta criminal, el foco central consistiría en explicar la forma en que la víctima misma contribuye a su propia muerte o a otro crimen, y cómo, a fin de cuentas, los papeles se invierten y el criminal termina por convertirse en su propia víctima. (Otro aspecto de este estudio sería una victimología de grupo —el análisis de las

víctimas en prisiones, campos de concentración, campos de trabajos forzados— tema ajeno a los propósitos de este libro.)

Sólo en muy raras ocasiones la mente humana se encuentra obsesa por el impulso total a matar. Por el contrario, según mi experiencia, en muchos casos, el homicidio es provocado o estimulado inconscientemente por la víctima. Como discípulo de Freud, creo firmemente que la personalidad del asesino carga un torbellino de emociones almacenadas desde la infancia. Cuando estas emociones, por lo general reprimidas, son provocadas, avivadas, agitadas o activadas, la persona, sobre todo si se encuentra en un estado particular de excitación o de frustración, se vuelve violenta. Y de este modo, una persona, en apariencia normal y equilibrada, es poseída de pronto por el impulso a matar.

Es este sinergismo entre el asesino y su víctima el que he tratado de exponer del modo más explícito ante los tribunales. Al respecto debo reconocer que hasta la fecha mis esfuerzos han sido notoriamente infructuosos. Toda la maquinaria de la ley —la instrucción, la acusación, el abogado defensor, el juicio, el veredicto, la sentencia y el encarcelamiento— integra un sistema definido rígidamente en nombre de la justicia. Pero a la justicia, o como yo preferiría llamarla, la "equidad", sólo se llegará cuando conozcamos no únicamente la "historia del caso" consciente sino también algo que es aún más importante: la psique *inconsciente* del homicida que lo libera del sentimiento de culpa que surgiría de un acto deliberado de homicidio.

La primera parte de este libro se esfuerza por mostrar la diversidad de los homicidas, las complejas emociones que generalmente albergan —específicamente el asesino político—, sus primeros síntomas, su miedo a la muerte y la proximidad que existe entre el amor y el odio, para mencionar sólo unos cuantos aspectos.

La segunda y tercera partes del libro describen el estudio casuístico selectivo de un hombre apodado *Tigre*. Debo aclarar que en esta ocasión he modificado en parte mi actitud profesional como psiquiatra, movido por mi intención de trasmitir al lector mi interés humano por el protagonista. La historia de la infancia atormentada del *Tigre* y de su complicado amor es tan humana como trágica. Su caso me ha ayudado a comprender mejor el vínculo existente entre el matador y la víctima, así como el que existe entre aquél y su

crimen. Al *reconstruir* la historia de este caso espero ofrecer al lector una visión psicológica íntima de la persona que mata. Al mismo tiempo podrá compartir conmigo algunas de las frustraciones que experimenta el psiquiatra ante los tribunales. Muchas de las páginas de este libro son reconstrucción de sucesos ocurridos en la sala del tribunal, y tienen la finalidad de ilustrar, tratando de conservar en lo posible el acento del diálogo auténtico, la lucha a menudo acérrima que libran el fiscal y el abogado defensor. Uno de los problemas más difíciles a que tiene que enfrentarse el psiquiatra al exponer sus descubrimientos ante el tribunal radica en que la ley funciona en el plano de los hechos reales o presuntos, mientras que la psiquiatría opera en los niveles del consciente y el inconsciente y, en el último caso, se refiere a sentimientos y estados de ánimo, a fantasías y sueños. Éstos admiten una interpretación que a primera vista puede parecer inverosímil, si no increíble. Toda descripción de la realidad, querámoslo o no, está sujeta al tiempo y tiende a ordenarse por fechas. La ficción, el ensueño o el sueño, por el contrario, son intemporales y sobrepasan la realidad. Si en ocasiones el caso que expongo parece demasiado extraño para aceptarlo como verídico, debemos recordar que la realidad *es* a veces más extraña que la ficción.

Me he empeñado en exponer ordenadamente todos los descubrimientos psiquiátricos que considero aplicables a la ley. En mi afán por evitar el lenguaje técnico, que gusta al psicoanalista y desagrada al profano, posiblemente haya incurrido en un exceso de simplificación por lo demás inevitable.

Una aclaración más. La mayoría de los casos de homicidio aquí descritos son del dominio público. Con el fin de proteger el derecho a la vida privada —el derecho más preciado de la persona— he disfrazado las identidades; en algunos casos he elaborado descripciones individuales que sintetizan e incluyen rasgos de varias personas, y en otros he intensificado ciertos actos de importancia psiquiátrica a fin de presentar con más perfilado relieve la índole psíquica del homicida. También es cierto que las numerosas y largas entrevistas con el acusado rara vez pueden ofrecer una imagen justa de lo intrincado de su mente y de su conducta, particularmente cuando se las resume para ajustarlas a los procedimientos judiciales. Tratar de cumplir con el deber profesional y al mismo tiempo hacer justicia al acusado ante el

tribunal es como navegar entre Escila y Caribdis. En el caso del *Tigre* he trazado un retrato compuesto, traspuesto algunos detalles de las entrevistas del consultorio a la cárcel, condensado la duración de algunos sucesos, agregado deliberaciones judiciales y alterado nombres, fechas y lugares, con el fin de ocultar identidades.

Al seguir el desarrollo de este complejo estudio, es muy fácil que el lector se vea tentado a identificarse con el *Tigre*; puede sentir que comparte con él muchos rasgos y sentimientos. O bien puede reconocerse en alguno de los homicidas aquí descritos, o en personas que han estado a punto de cometer homicidio, o descubrir en ellos ciertos rasgos que hallen eco en su interior.

No obstante, esto simplemente vendría a demostrar que, en efecto, todos somos seres humanos hechos del mismo barro. La única y esencial diferencia radica en la *composición* variable de los estilos y las emociones de nuestra personalidad y en la *manera* en que tratamos de resolver nuestras situaciones conflictivas. El lector no debe buscar explicaciones aplicables a situaciones particulares. Si desea encontrar solución a sus propios problemas, deberá buscarla *dentro de sí mismo.*

Primera Parte

LA MENTE DEL ASESINO

Usted ha realizado en la ciencia lo que yo he intentado hacer en la literatura.

Carta de THEODORE DREISER al autor, 1944.

EL HOMICIDIO surge de la intensidad de los deseos de muerte que coexisten con nuestras emociones al servicio de la vida, del mismo modo que el amor y el odio conviven dentro de nosotros. El homicidio, a pesar de nuestra resistencia a admitirlo, es parte de nuestra humanidad y tiene su raíz en emociones humanas. Es este aspecto frágil y cruel de nuestra conducta el que hace a muchos de nosotros más capaces de matar de lo que imaginamos.

Gracias a una experiencia de muchos años, he aprendido que existen tres elementos psicológicos principales entrelazados capaces de inclinar nuestra mente al homicidio: frustración, temor y depresión. Pero la formación de un asesino es más complicada que la simple interacción de estos tres factores. Después de haber examinado a cientos de individuos que habían matado (y excluyo los asesinatos cometidos por organizaciones criminales), he descubierto que el homicidio no suele originarse en un impulso claramente definido a matar, sino que éste puede ser desencadenado por conflictos internos de grave intensidad. Suponer que los actos homicidas tienen su origen principalmente en los deseos de muerte y en la agresividad homicida de la persona prácticamente convertiría en asesino a cada uno de nosotros. El examen de individuos que habían matado me ha llevado a descubrir una característica común. Aunque con mucha frecuencia no era fácilmente perceptible en su exterior, todos los homicidas se sentían intensamente atormentados. En lo profundo de su persona se sentían acosados, atrapados en un intenso conflicto producido por la lucha entre sus sentimientos sexuales y de autoconservación, por un lado, y su medio externo por el otro. Concretamente, eran presa de un *conflicto interno persistente* entre el ambiente y su mundo interior —el mundo de los impulsos infantiles sexuales y de autoconservación. Son estos impulsos internos los que configuran la fuerza agresiva que en determinada situación puede activar los impulsos homicidas que llevan a actos violentos y pueden culminar en el homicidio.

El conflicto a que me refiero se origina en serias situaciones traumáticas experimentadas primariamente en las más tempranas fases de la niñez, en el primero o segundo año de la vida del niño. Cuando niños, al sentirnos heridos por el re-

chazo o la censura de los demás, o bien expresamos lo que sentimos, o bien apartamos de nuestra mente nuestro verdadero resentimiento o desagrado hasta que lo "olvidamos". Estos sentimientos se hacen inconscientes. Pero si perseveramos en la represión y ésta se convierte en patrón de conducta, por no hallar modo alguno de liberarlos o expresarlos al exterior, estas emociones malévolas se acumulan dentro de nosotros. Si no somos capaces de refrenar estos sentimientos hostiles, se derrumban las defensas protectoras de nuestro ego y surgen impulsos que pugnan por expresarse en actos homicidas.

Desgraciadamente, la persona que sufre de este modo por lo general no es consciente de este patrón de represión formado desde su niñez. El más leve conflicto emocional la obliga a reaccionar exageradamente a las frustraciones que no puede controlar. Si se la somete a presión o tormento excesivos, se torna iracunda, indefensa, vengativa o impulsiva.

De hecho, los individuos que se han vuelto más violentos o matan son los que tienen mayor dificultad para controlar su propia ira o son simplemente incapaces de refrenarla en modo alguno. Ahora bien, como la ira es socialmente inaceptable, se verán obligados a reprimirla y, en consecuencia, sentirán angustia, angustia que, en ocasiones, es aún más desintegradora que la misma ira. Cualquier persona *intensamente* angustiada o temerosa, en caso de sentirse particularmente amenazada, puede sufrir una enérgica abreacción. Si bien es cierto que los seres humanos se complacen en recordar vivencias placenteras, posiblemente obre en ellos con mayor fuerza la tendencia a evocar incidentes traumáticos, por ejemplo, ocasiones en que se sintieron afectivamente desamparados, amenazados o coléricos. Tales vivencias dejan huella imperecedera y, durante toda la vida del sujeto, influirán sobre su concepto de lo que es amenazante o peligroso para él. Por consiguiente, al enfrentarse éste a ciertas situaciones o personas, puede hallarse predispuesto a la angustia o a la ira, emociones que han de encontrar adecuada expresión pues, en caso contrario, pueden conducir al homicidio. Es ahora bien sabido que, cuando una persona ha de desfogar la angustia frustrada en una abreacción, no tiene conciencia de los verdaderos motivos de su conducta. La gente no parece comprender que el homicidio, como tantos otros de nuestros

actos, suele cometerse bajo la influencia de motivaciones íntimamente vinculadas con alguna emoción, casi siempre olvidada, intensamente experimentada en algún momento de la infancia y, casi sin excepción de índole sexual. En realidad, en el acto violento participan siempre elementos sexuales.

El caso más extraordinario de que tengo noticia, en el que el homicidio fue el sustituto de una genuina satisfacción sexual, es el de un joven que, en el curso de una semana, mató a balazos a siete personas. La mayor parte de estos crímenes los cometió camino a casa de su madre o al regresar de ésta. A primera vista, estos crímenes podían interpretarse como atracos vulgares, pero un examen más atento demostró que el robo no fue el motivo real. El criminal había fracasado en su matrimonio y se sentía rechazado por su madre. Ésta seguía considerándolo un niño pequeño, razón por la cual él había jurado que algún día le demostraría que era fuerte, poderoso y viril. Inconsciente del conflicto no resuelto con su madre, sentía por ella un intenso y tierno deseo a la vez que deseaba aún con mayor ansia robarla. Expresó sus deseos sexuales tanto tiempo reprimidos mediante una serie de asaltos en los cuales descargaba su arma —en un acto sustituto simbólico de la eyaculación— sobre sus víctimas. Al victimar a varios extraños, indirectamente victimaba a su madre. El jurado lo encontró culpable de asesinato premeditado y el juez lo condenó a muerte. Nadie en el tribunal comprendió los elementos inconscientes ocultos e intrincados que fueron la causa verdadera de los asesinatos. Evidentemente el funcionamiento de su ego se hallaba perturbado. Había asesinado sin darse cuenta de la motivación oculta que engendraba sus actos.

Como experimentaba un conflicto insoluble (del tipo ego-disarmónico) entre su ego y su superego (conciencia), este individuo fue incapaz de controlar sus deseos de muerte. Esta limitación psicológica produjo una alteración de la conciencia, una *reacción disociativa.* Con esto queremos decir que su ego y su superego estaban desligados del resto de su personalidad. En consecuencia, no estaba en posibilidad de controlar sus agresiones o sus sentimientos de hostilidad. Por otra parte, como carecía de capacidad para satisfacer de manera aceptable su necesidad de agresión, sólo podía reaccionar de modo explosivo y violento. El resultado fue el homicidio consecutivo de siete personas.

Es importante mencionar el estado de alteración de la conciencia provocado por el alcohol. En realidad, el alcohol puede significar en el homicidio una influencia más importante que cualquier reacción disociativa de origen psicológico.

El *homicidio psicótico* es una segunda forma de homicidio y se caracteriza por la ruptura total con la realidad. Una tercera forma, el homicidio del *tipo ego-armónico*, es realizado con poca o ninguna disgregación de la función del ego; para el perpetrador, el homicidio es racional y conscientemente aceptable.

Muchas de estas personas han vivido en una subcultura donde la agresión hostil y la violencia declaradas han llegado a ser cotidianas. El Dr. Emanuel Tanay (en su ensayo, "Psychiatric Aspects of Homicide Prevention", *American Journal of Psychiatry*, núm. 128 [enero de 1972]: pp. 815-818) sugiere tres tipos diferentes de homicida: el ego-sintónico, el ego-distónico y el psicótico.

Obviamente, el homicidio se presenta en muchas formas. Algunos homicidios se cometen impulsivamente y entrañan una participación emocional intensa, en gran medida inconsciente. Otros son premeditados, planeados y preparados, como sucede cuando se trata de un criminal avezado y experto o perteneciente a alguna organización delictiva. Por lo general, estos homicidios —que son los que más han interesado en derecho— son ejecutados sin ninguna participación emocional. No obstante, la mayoría de los homicidios son cometidos por individuos del tipo ego-disarmónico.

La relativa indiferencia del derecho por esta variedad de asesino, que en realidad es la más común, se puede atribuir en parte a la profunda ignorancia de su constitución psicológica. Los legisladores no sólo han opuesto gran resistencia a comprender la actitud del asesino, sino que también han eludido explicarse su mentalidad. Indudablemente, la personalidad del asesino es compleja, pero el derecho ha tendido siempre a minimizar su complejidad, seguro de que la mayor parte de los homicidios los cometen personas que no padecen conflictos de la personalidad, es decir, las de tipo ego-armónico, lo cual está en completa contradicción con los hechos.

Aunque también hallamos conflictos emocionales semejantes entre los pacientes de profundas afecciones mentales, lo cierto es que son mucho más comunes entre los homicidas y

otros delincuentes. Gracias al gran número y la notable intensidad de ciertos rasgos, como el deseo de venganza, el afán de poder, la autosubestimación, los temores, etcétera, nos es posible distinguir al homicida de la persona mentalmente perturbada. El análisis de las experiencias por las que han atravesado muchos homicidas descubre entre ellas gran número de incidentes sexuales intensamente excitantes, por ejemplo, el haber presenciado intimidades sexuales entre los padres, experiencia que pudo haber ejercido importante influencia en la génesis y desarrollo de profundas perturbaciones psicosexuales, uno de cuyos síntomas suele ser la pasividad. Al tratar de vencer su pasividad, estos sujetos intentan defenderse a *sí mismos* contra los resultantes sentimientos de desamparo mediante una abreacción hostil.

Interesa señalar la frecuencia con que descubrimos entre los homicidas ciertas anomalías, entre ellas, por ejemplo, defectos del habla, hipersensibilidad visual y errores ortográficos, la mayor parte de las cuales aparecen ya durante la niñez,[1] como consecuencia de alguna perturbación del proceso del pensamiento.

Ahora bien, como el ego del homicida es débil, éste tiene pocos intereses emocionales, y vive preocupado, ensimismado y aislado del mundo exterior. Este repliegue hacia el mundo interior, bastante frecuente entre las personas deprimidas y entre los criminales, moviliza sentimientos de venganza. Incapaz de olvidar el daño que una vez sufrió, el individuo comienza por urdir fantasías en torno a la idea central de cobrar justa venganza y para ello escoge a su padre o a un sustituto del mismo, en una típica situación edípica; o bien, y esto es lo que rodea al homicidio de un misterio todavía mayor, escoge a su madre. Esta forma extrema de vengatividad la encontramos con mayor frecuencia entre los homicidas capaces de matar a más de una persona.

La característica primordial del homicida es un sentimiento de desamparo, impotencia y venganza que lo persigue desde comienzos de su niñez. Entrelazados con este núcleo de emociones que dan color y distorsionan su visión de la existencia y la totalidad de sus actos, persisten el odio irracional contra los demás, la suspicacia y la hipersensibilidad frente a las injusticias o el rechazo. A estos sentimientos se aso-

[1] Phyllis Greenacre, Trauma, *Growth and Personality* (Nueva York: Norton, 1952), p. 227.

cian el egocentrismo y la incapacidad para soportar la frustración. Agobiado por explosiones emocionales frecuentes e incontrolables, siente la necesidad de ejercer represalias, de destruir, aunque para ello tenga que matar.

Es más fácil reconocer estos síntomas en el individuo que mata a la persona amada en un arrebato de pasión. El enamoramiento que, como decía Freud, "adopta a veces la forma de una leve psicosis", hace al amante incapaz de soportar el intensamente celoso y torturante sentimiento de ser rechazado. A fin de calmar su sentimiento de amor no correspondido deberá vengarse sin tardanza mediante actos que a veces culminan en el homicidio.

Estas pasiones amorosas las encontramos especialmente en adolescentes o personas emocionalmente inmaduras. Siendo personas preocupadas, idealistas y abnegadas, hacen todo lo posible por complacer a su amado, aun al grado del propio sacrificio. Aunque en una persona adulta semejantes sentimientos apasionados bien pueden reflejar inmadurez emocional, también se hallan, aunque con menor intensidad, en personas bien ajustadas.

Al amante despechado, abrumado por la pasión que siente por la mujer amada y herido a la vez por su rechazo, se le ofrecen tres opciones: matar a la mujer, suicidarse o tratar de sobreponerse a su sufrimiento, absteniéndose en lo posible de toda autoconmiseración. El resultado dependerá en gran parte de su edad. El hombre entrado en años se inclinará por la solución de matar a su rival, comparado con el cual se siente sexualmente deficiente, mientras que el joven matará a la amante. Si no la mata es posible que se suicide. Sin embargo, estos deseos suicidas pueden asumir una forma pasiva, caracterizada por el abandono de todas las actividades, la obsesión por el recuerdo de su amada, la complacencia en la autoconmiseración y el sentimiento de que, para él, el mundo ha terminado. Recordará los sitios que acostumbraba visitar en su compañía, sus bromas privadas, y si escucha "su" canción, experimentará un sentimiento profundo de nostálgica soledad. Por su cerebro pueden cruzar ideas de venganza y en su imaginación añorante pueden formarse fantasías en las cuales figura como héroe. De este modo, al menos por un tiempo, logrará sentirse casi aliviado; pero de pronto, brutalmente, todo parece perdido de nuevo. Incapaz de soportar los intensos sentimientos martirizantes, sucum-

birá finalmente a sus emociones suicidas u homicidas y que habrá de descargar de inmediato.

Estos mismos sentimientos, deformados y torturantes, aunque mucho más disfrazados, operan también en otros homicidas, en apariencia más egocéntricos, impasibles y calculadores. Cuando estos individuos se sienten incapaces de inhibir sus emociones hostiles, las defensas de su ego se derrumban y surgen impulsos homicidas que pugnan por su realización. Mediante la represión de todo conocimiento de su intolerable situación real, evitan experimentar lo que de otra manera se verían obligados a sentir. Llegan al nivel peligroso cuando ya no quedan abiertos más escapes a su violenta agresividad. De no encontrar pronto alguna satisfacción, explotarán sus emociones, lo que podría conducirlos al crimen.

Explicar teóricamente un homicidio parece empresa fácil. Pero cuando llega el momento del juicio, la cosa resulta más complicada. En primer lugar, para condenar, el tribunal no exige necesariamente que se descubra alguna motivación. En segundo lugar, el homicidio en sí puede seguir siendo un misterio, y ello no solamente a causa de la multitud de emociones inconscientes que contribuyen a su gestación. El homicidio es además un misterio porque la muerte está más allá de la experiencia de todo ser humano vivo. Al intentar desentrañar el misterio de la muerte la tememos (aunque muchos la desean), pero no podemos concebirla como el fin último y definitivo. Nos sentimos atraídos por ella, como algo desconocido, anhelamos vislumbrarla —descubrir lo que se oculta en esa penumbra de sombras y niebla. Al mismo tiempo, aterrorizados, deseamos alejarla de nuestra mente. Pero la temamos o no, la muerte sigue incitando nuestra curiosidad. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos más ingeniosos, la muerte guarda su secreto, y este secreto constituye en parte la razón de la fascinación que el homicidio nos produce.

El homicidio fascina e intriga a la mayoría de nosotros, como se refleja con toda evidencia en nuestro persistente interés por los relatos de crímenes. La abundancia de crímenes de que informan los periódicos, regularmente en primera plana, difícilmente satisface al gran número de personas que en su imaginación desean reconstruir una y otra vez el homicidio. Leemos novelas policíacas, lo que se considera una forma respetable y aceptada de reposo y entretenimiento.

Tratamos de descubrir al asesino y sus motivos y, absortos, experimentamos una excitación casi sexual, que se exalta y calma en nuestra mente. La curiosidad que muchas personas sienten cuando intentan resolver el crimen descrito en alguna novela policiaca es similar a la curiosidad del niño por las cosas secretas y prohibidas que acontecen a puerta cerrada en la alcoba de sus padres. Deseando penetrar en el misterio del sexo entre sus padres —aunque no sucede así a todos los niños— el niño imagina la intimidad sexual como una lucha violenta entre su padre y su madre, en la cual el hombre lastima a la mujer indefensa y la hace sufrir. El niño imagina a su madre lastimada, herida, e incluso llega a pensar que podría ser muerta. Para él, lo sexual es violencia y la cohabitación, un crimen sangriento. Sabe que está prohibido mirar, pero el secreto mismo estimula su curiosidad. Y así la fascinación del niño por el misterio del sexo se transforma en la que el adulto siente por la novela policiaca, y el atractivo que ésta ejerce sobre él proviene en parte de la reactivación de las fantasías olvidadas de su infancia acerca de la desfloración, la cópula sexual sangrienta y violenta, la preñez y el nacimiento, la vida y la muerte.

Por otra parte, también nuestra fascinación por el asesinato tiene sus raíces en nuestros deseos homicidas y hostiles, conscientes o inconscientes. Aunque su maldad es repelente, no por ello deja de atraernos irresistiblemente. Para muchísimas personas el homicidio es un acto hiriente y horrible porque el matador transgrede violentamente los preceptos morales seculares de la sociedad. A pesar de ello, muchos ciudadanos respetuosos de la ley, atraídos secretamente por el mal, gustosos violarían esos mismos preceptos si tuviesen valor para ello.

Para la gran mayoría, para aquellos que en ocasiones se sintieron tan furiosos que estuvieron a punto de matar, el acto es fraguado sólo en sus fantasías, en sus deseos o en sus sueños. Lo que subsiste de estas fantasías es una admiración *secreta* por el homicida, que ha osado hacer lo que el individuo normal no puede ni jamás podrá hacer en la realidad. Albergando esta oculta fascinación por el criminal, no puede evitar sentir simpatía —simpatía que lo induce a tolerar y a perdonar al homicida. Pero al mismo tiempo, como tiene que mantener refrenados sus impulsos asesinos y destructivos inconscientes, *públicamente* reprueba al delincuente y exige que,

de conformidad con el proverbio bíblico de "ojo por ojo y diente por diente", sea enviado a la horca, a la cámara de gases, a la silla eléctrica o ante el pelotón de fusilamiento. No advierte que sus sentimientos de culpa, despertados por sus propios deseos homicidas, le han jugado una mala pasada. Al censurar al homicida está repudiando sus propios deseos homicidas y su propia culpa; en consecuencia, ahora se puede sumar virtuosamente al clamor de sus conciudadanos que condenan al asesino a su suerte.

Así pues, el homicidio moviliza dentro de nosotros toda una red de emociones inconscientes y contradictorias. Si bien el matador y su víctima son los verdaderos protagonistas, el público se incorpora a la función con descarada excitación. Detrás de esta excitación se esconden los deseos de muerte conscientes o inconscientes que la persona intenta contrarrestar asumiendo una actitud piadosa, afectada o hipócrita. El deseo de muerte, arraigado en el instinto de muerte, y que va desde infligir inconscientemente a otra persona algún daño hasta el causarle la muerte, varía en intensidad. Pero en ocasiones es tan intenso que me atrevo a aventurar la opinión de que si todos realizáramos nuestros deseos de muerte no habría ningún ser humano vivo sobre la tierra.

El deseo de muerte está dirigido originalmente contra el propio ego de la persona, pero el homicida, temeroso de matarse a sí mismo, mata a otra persona en su lugar. Los impulsos homicidas y agresivos causan estragos en hombres o mujeres cuando se encuentran en periodos de sufrimiento o desdicha. Pero los impulsos homicidas y suicidas están íntimamente entrelazados. Podemos decir que todo homicida es inconscientemente un suicida y que todo suicida, en cierto sentido, es un homicida psicológico. Ambos actos se originan en una pérdida súbita y grave de la propia estimación del que los ejecuta. El hombre que asesina oscila entre el suicidio y el homicidio porque tiene miedo de la gente, miedo de sí mismo y miedo de morir. Inconscientemente está tratando de librarse del temor a su propia madre.

Ilustra muy notablemente el punto en cuestión el caso de cierto joven de diecinueve años que mató a tiros a su padre. El muchacho se había criado en una familia en la que se producían constantes discusiones y riñas violentas y donde las palizas cotidianas y el abandono eran habituales. Como es lógico, se crió confuso e inseguro. Sufría frecuentes ataques

de cólera y berrinches, se orinaba en la cama y obtenía pésimas calificaciones en la escuela, a pesar de su gran inteligencia. Falsificaba los informes escolares y era retraído, irascible e insolente. Recibió tratamiento psiquiátrico por corto tiempo, pero la relación con sus padres siguió siendo hostil y explosiva. Una noche, después de que el padre lo había golpeado, el joven tomó una escopeta y lo mató. Pero detrás de este acto dramático se ocultaban el miedo a la gente y el *miedo a sí mismo*. Pero aunque era consciente de su temor, provocado indudablemente por el prolongado maltrato de su padre, lo que es un rasgo prominente del síndrome del niño maltratado, no era consciente de que temía por su propia vida. Él era quien llevaba el arma homicida cuando penetró en el dormitorio de su padre, y sin embargo, en esos momentos, temía por *su propia vida*.

Puede parecer bastante extraño que a un muchacho de diecinueve años le preocupe la muerte. Pero es justamente en esta edad cuando los pensamientos suicidas alcanzan uno de sus puntos culminantes. Entre los adolescentes de los Estados Unidos, el suicidio ocupa el tercer lugar entre las causas de muerte. El parricida en cuestión, como muchos otros jóvenes confusos, temía los impulsos violentos anidados en las regiones oscuras de su mente —tanto como a su propia muerte. Al matar a su padre trataba inconscientemente de librarse del miedo a morir. Si mató, fue en parte porque sentía miedo de morir.

Éste es un punto muy importante. En el fondo de nuestro ser late la vaga creencia de que, al matar a otro ser humano, lo que sin darnos cuenta hacemos es librarnos del temor a la muerte que constantemente nos pisa los talones. Mientras el hombre, consciente o inconscientemente, tema morir, seguirá, como siempre, agrediendo y matando a su prójimo.

Un aspecto particular del homicidio es el asesinato político que, especialmente a partir de 1963 y sumado a la dramática proliferación de nuestra violencia nacional, se ha convertido en parte de la vida norteamericana. Aunque dentro de los propósitos de este libro no está el de estimar la medida en que los asesinatos políticos de la última década han alterado el curso de nuestra historia, es esencial para el adecuado desenvolvimiento de nuestro tema averiguar con precisión qué clase de persona es el asesino político y en qué medida difiere del asesino ordinario.

El estudio realizado por mí en el Tribunal de Distrito de los Estados Unidos, Distrito Sur de Nueva York, en la ciudad de Nueva York, basándome en los exámenes psiquiátricos y psicológicos practicados a personas convictas o sospechosas de haber amenazado de muerte al presidente de los Estados Unidos o a otros funcionarios gubernamentales, así como a personas que de hecho habían cometido crímenes semejantes, pude descubrir ciertos rasgos de personalidad comunes a todos ellos. En su totalidad, once acusados del delito de amenazas contra el presidente u otros funcionarios gubernamentales (de los cuales examiné personalmente a ocho y estudié los expedientes de otros dos), lo mismo que Lee Harvey Oswald, James Earl Ray, Sirhan Bishara Sirhan y Arthur Herman Bremer —este último convicto de haber herido al gobernador George C. Wallace—, mostraron sorprendentes similitudes en sus antecedentes familiares, en su personalidad y en sus patrones de conducta. Éste fue también el caso con los asesinos de los presidentes Lincoln, Garfield y McKinley y, particularmente, el de John Wilkes Booth, asesino de Abraham Lincoln.

Todos los asesinos políticos, examinados por mí, tanto los que realmente cometieron el delito como aquellos que no pasaron de la intención o el conato, revelaron ser personas propensas a fantasías intensas y recurrentes de venganza y omnipotencia que los incitaban a traducir en actos sus impulsos violentos. Muy característico entre ellos era su fracaso personal, otra expresión de la falta de confianza en sí mismos, tan frecuente entre los asesinos. Predominaba además un odio intenso por sí mismos que provocaba ideas suicidas, sentimientos de aislamiento y, en el caso de los efectivos asesinos políticos, la creencia de que estaban obligados a luchar contra todo el mundo. Todos los asesinos políticos actuales o potenciales se habían criado en el seno de familias en que prevalecían la pobreza, la hostilidad, las discusiones y las riñas, familias en las que era común la ausencia o la pasividad del padre y el predominio de la madre.

En la historia de los Estados Unidos, el asesino político ha sido por regla general un solitario, una persona aislada incapaz de establecer relaciones humanas genuinas. Sus ambiciones desorbitadas no guardaban proporción con sus verdaderas capacidades intelectuales y emocionales. En el fondo de esta discrepancia yacía siempre una opinión exagerada de sí mis-

mos, reveladora de sentimientos de omnipotencia y afán por demostrar poder.

Ahora bien, las constelaciones familiares de los asesinos políticos actuales y potenciales, eran extraordinariamente semejantes. En efecto, en ninguna de ellas había habido una figura masculina estable con la cual identificarse, y en consecuencia, todos dichos sujetos se habían identificado con su respectiva madre. En parte, esta identificación femenina era fomentada por las mismas madres, que expresamente transmitían a sus hijos las amenazas de venganza y el resentimiento contra los maridos que las habían descuidado o abandonado. Ante la imagen de un padre que había sido negligente, que había abandonado el hogar o había muerto, los asesinos políticos actuales, igual que los potenciales, se sentían obligados a "proteger" a la madre y a rechazar al mismo tiempo los deseos sexuales que por ella sentían. La madre era territorio prohibido —y prohibitivo. No obstante, incapaces de vencer sus deseos sexuales por la madre e incapaces de aceptar sus propias agresiones sexuales, tenían que buscarles un escape. En gran medida, esta necesidad era estimulada por la idea de que debían "proteger" a su madre. Esta protección imaginaria los hacía sentirse fuertes e importantes y poblaba su infancia de fantasías de omnipotencia. Poseídos y obsesionados por estas fantasías de poder, llegaron a creer que su omnipotencia los hacía más poderosos que a todos los demás y que bastaba un acto de su parte para cambiar el mundo. Sus amenazas y sus ataques contra funcionarios del gobierno de los Estados Unidos o de figuras políticas importantes estaban justificadas en sus fantasías; no eran sino el reflejo de sus sentimientos de omnipotencia.

Esta identificación aberrante había aparecido a una edad muy temprana en la vida de muchos de los asesinos políticos efectivos o en potencia. Los indicios más comunes de serios trastornos mentales fueron la tendencia a la soledad, odios intensos, el sentimiento de desamparo, la sumisión, la creencia en su omnipotencia, temores, frustraciones y deseos homicidas. En particular, la ausencia del padre en la vida del niño había sido muy perjudicial para su bienestar emocional. El padre de John Wilkes Booth se había llevado consigo a dos de sus hijos y abandonado a John con su madre en una granja de Maryland, cuando éste era todavía muy pequeño. Alejado de su padre física y emocionalmente, el niño se sentía

más próximo a su madre, quien ejerció una influencia abrumadora en los comienzos de su desarrollo. Indudablemente existió una relación simbiótica entre la madre, mentalmente trastornada, y John, a quien trasmitió muchas de sus propias fantasías e ideas aberrantes. Privado del padre y sin encontrar figura masculina adecuada con la cual identificarse, se desarrolló en el hijo una identificación anormal, que debilitó sus sentimientos de masculinidad y lo hizo vulnerable a toda clase de amenazas contra su masculinidad y hombría. Para defenderse creyó que debía superar a su padre y a sus prósperos hermanos mayores. Al asesinar al presidente Lincoln, a quien odiaba, no hizo sino desplazar hacia éste el odio que sentía por su padre y su hermano Edwin, surgido desde los comienzos de su niñez. El desplazamiento es un fenómeno psíquico frecuente en virtud del cual actos o pensamientos aparentemente dirigidos contra determinada persona, van inconscientemente destinados a otra.

El padre de Lee Harvey Oswald murió antes que Lee naciera, y el niño fue educado por una madre dominante y sobreprotectora que le prodigaba un amor posesivo y excesivo. Los padres de Ray y de Sirhan acostumbraban golpear a sus hijos y posteriormente ambos abandonaron a sus familias a su suerte. En el caso de Bremer, según se dice, el padre bebía con frecuencia, y ello provocaba continuas discusiones y riñas en el hogar. Según el dictamen médico, la madre era una persona desorganizada, probable enferma mental, que en ocasiones se negaba a cocinar alimentos para la familia e impedía que su marido entrara en casa. Todos estos casos revelan la ausencia de una persona masculina constructiva con la cual los asesinos en cuestión hubiesen podido identificarse durante su infancia, carencia que tuvo como resultado una identificación anormal y provocó en ellos una disminución de su sentido de masculinidad, hasta el grado de no poder defenderse al sentirse amenazados por ataques contra su virilidad.

Rasgo común a Oswald, Ray, Sirhan y Bremer fue el que sus relaciones con las mujeres fueran siempre poco satisfactorias, lo cual no era sino la consecuencia de su insuficiente identificación masculina. La esposa de Oswald, Marina Nicholaevna, lo acusó abiertamente de impotencia, razón por la cual lo había abandonado dos meses antes de que supuestamente asesinara al presidente Kennedy, el 22 de noviembre

de 1963. La acusación de su mujer bien pudo haber sido factor importante en el asesinato del presidente. Es posible que Oswald hubiese querido demostrar a su esposa de una vez por todas que efectivamente era poderoso, potente. Anteriormente ya había intentado probar que en modo alguno era débil o pusilánime y había tratado a su esposa y a sus hijos de un modo brutal, llegando incluso a golpear a su mujer con rudeza en varias ocasiones. Con frecuencia abandonaba el hogar, al que sólo regresaba cuando se sentía presionado por sus compulsiones. Incapaz de satisfacer las necesidades más apremiantes de su familia, debido a su dificultad para encontrar y conservar empleo, era, no obstante, extravagante cuando se trataba de satisfacer sus necesidades personales. Había mandado mecanografiar profesionalmente sus notas sobre la Unión Soviética e imprimir circulares informativas sobre sus actividades en el "Comité pro Trato Justo a Cuba"; por si esto fuera poco, se compró un rifle.[2]

Ray, el asesino del reverendo Martin Luther King, Jr., y Sirhan, el asesino del senador Robert F. Kennedy, al parecer *jamás habían tenido novia*, y *la relación de Bremer con la* única joven a quien conocidamente frecuentaba era bastante superficial. Durante el juicio de Bremer, en agosto de 1972, se declaró que era virgen. Semejante imperfecta relación con las mujeres era natural en un joven que no había sido capaz de desarrollar una identidad masculina firme y constante.

Las relaciones deficientes de los asesinos con el sexo opuesto tuvieron serias repercusiones en sus relaciones con la gente en general. Tenían pocos amigos íntimos o ninguno. Eran, como ya se ha mencionado antes —y esto es aplicable a los once acusados que examiné personalmente— individuos solitarios. Eran tímidos y se sentían amenazados, razón por la cual para ellos era muy difícil, si no imposible, confiar en los demás. Hace mucho que se sabe que el niño que no confía en sus padres rara vez confía en otras personas.

La incapacidad de los sujetos en cuestión por lo que se refiere a distinguir entre las situaciones reales y sus propias fantasías era sorprendente. John Wilkes Booth creía que después del asesinato del presidente Lincoln sería considerado un héroe. Una noche antes de que asesinara a Lincoln en el

[2] David Abrahamsen, "A Study of Lee Harvey Oswald: Psychological Capability of Murder", *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, Segunda Serie, vol. 43, núm. 10 (octubre de 1967), pp. 861-888.

Teatro Ford fue a tomarse una copa en la taberna de Taltavel. En este lugar fue abordado por un borracho que le dijo: "Jamás llegarás a ser tan gran actor como tu padre". Booth le respondió tranquilamente: "Cuando yo abandone el escenario seré el hombre más famoso de los Estados Unidos."[3]

Por su parte, Leon Czolgosz, quien asesinó a balazos al presidente McKinley, el 6 de septiembre de 1901, se quejó amargamente de la forma en que había sido tratado después de asesinar al presidente:

"Después de haber disparado dos veces me derribaron a golpes y luego me pisotearon. Alguien me golpeó en el rostro".[4]

Oswald esperaba ser recibido como un héroe cuando viajó secretamente a la Unión Soviética; experimentó una profunda decepción al descubrir que los rusos no estaban muy complacidos con tenerlo en su país. Él no se consideraba un simple marxista, sino un auténtico filósofo marxista.

Sirhan soñaba con convertirse en diplomático, pero ni siquiera tuvo la capacidad suficiente para terminar su educación preuniversitaria. En vista de su fracaso, decidió convertirse en un *jockey* famoso; se consiguió un palafrenero para que lo adiestrara y al parecer sufrió conmoción cerebral al caer del caballo que montaba. Éste fue el final de su sueño.

Después de una temporada de repetidos ingresos y salidas de la cárcel, se despertó en Ray la afición por el derecho. Se convirtió en un "abogado de prisión" y se dedicó con ahínco a redactar alegatos; pero cuando tuvo que preparar su propia defensa, se manejó de modo tan torpe y perjudicial para sí mismo que lo perdió.

El examen del diario de Bremer revela que soñaba llegar a ser un gran fotógrafo o escritor, aunque en realidad nunca consiguió empleo de mayor categoría que el de portero o el de ayudante de camarero.

Diferencia prominente entre los asesinos políticos efectivos o potenciales y los asesinos comunes es que los primeros

[3] David Abrahamsen, *Our Violent Society* (Nueva York: Funk & Wagnalls, 1970), p. 177. Cita tomada de Philip Weissman, de "Why Booth Killed Lincoln: A Psychoanalitic Study of a Historical Tragedy", en *Psychoanalysis and the Social Sciences*, vol. 5, dirigido por Warner Muensterberger y Sidney Axelrod (Nueva York: International Universities Press, 1958).

[4] L. Vernon Briggs, *The Manner of Man that Kills: Spencer-Czolgosz-Richeson* (Boston: Gorham Press, 1921), p. 243.

muestran mayor preocupación por la sociedad y los acontecimientos mundiales que los últimos, aunque posiblemente existe cierta sobreposición de estas tendencias. La mayoría de los asesinos políticos reales o potenciales se interesaban profundamente por el gobierno. Leían y estudiaban con detenimiento periódicos, revistas y libros y percibían el mundo como un lugar de caos y de fealdad. El mundo en que vivían les parecía horrible, porque también lo era su mundo interior, pero de esta fealdad interior no tenían noción alguna, pues era inconsciente. Su convicción de que el mundo se hallaba amenazado por una subversión política no era sino un reflejo de su creencia de que ellos mismos estaban amenazados. Por lo mismo, debían racionalizar su acto violento y darle alguna justificación política o moral, como ocurrió en los casos de Czolgosz y de Booth. En realidad, los individuos que amenazan a autoridades oficiales, en cierto modo lo que hacen es lanzar una petición de auxilio. Inconscientemente, desean que el gobierno se haga cargo de ellos, los proteja, los ayude a aliviar sus sufrimientos y satisfaga sus necesidades de dependencia.

Podemos preguntarnos por qué el asesino político, el efectivo como el potencial, manifiesta una preocupación predominante por el mundo que lo rodea, en contraste con el asesino ordinario que dirige su acto contra el individuo. La respuesta radica en la magnitud e intensidad de las fantasías y sueños hostiles reprimidos, que, en el caso del asesino político, desbordan los límites de su ego (personalidad) y terminan por abarcar el mundo entero. Esta represión ilimitada de sus fantasías de venganza engendra odio contra el mundo, al que se cree obligado a destruir a fin de crear un nuevo mundo a su propia imagen. Estimulado por sus fantasías regresivas de realizar hazañas grandiosas, se siente obligado a atacar, aunque ello signifique matar.

Es muy posible que estas fantasías sean la causa de que los asesinos políticos elijan inconscientemente como víctimas a personas que han conseguido lo que ellos hubiesen deseado, aunque en realidad no tuviesen la más mínima posibilidad de lograrlo. Oswald, por ejemplo, que se consideraba marxista y soñó una vez convertirse en primer ministro de Cuba, asesinó a un presidente amante de la libertad, al líder de una nación poderosa. Cuando Bremer disparó contra el gobernador Wallace, bien pudo haber sido porque inconsciente-

mente, deseaba ser tanto como su víctima era, cosa para él imposible. Posteriormente se descubrió que había estado siguiendo al presidente Nixon y al senador Humphrey en sus giras electorales por todo el país. Estos dos hombres eran figuras poderosas con las cuales Bremer podía identificarse, aunque sabía muy bien que jamás podría aspirar a igualarse con ellos.

De un modo ambivalente, el asesino político efectivo o potencial, se identifica con la figura política poderosa a la que simultáneamente debe odiar para protegerse contra su propia angustia que se vería estimulada si adoptase una actitud constructiva hacia la autoridad. Si pensara positivamente del gobierno, tendría necesariamente que valorarse a sí mismo de modo negativo, y admitir que en su persona algo no funciona bien. Si odia al jefe del gobierno es porque éste no sólo niega al asesino toda esperanza, sino porque al mismo tiempo, con su acto libera el odio que guarda en sí. Al asesinar a la alta autoridad oficial disfraza el odio que en su niñez sintió contra su padre tras una máscara política o social.

Ésta puede ser una de las razones que explicarían por qué el asesino político ejecuta su crimen en forma tan desesperada, sin pensar mucho en las consecuencias para su propia persona. Aunque este mismo sentimiento de desesperación solemos hallarlo en los que matan sin motivo político. El crimen del asesino político, a la vez que frenético, es un acto dirigido singularmente a determinado fin. Tal parece que el asesino no tuviese nada que perder y que nada más tuviese importancia. Todo se lo juega a una sola carta. Abrumado y hostigado por su odio no puede resistirse a matar. Como hace tiempo me dijo un paciente: "Seguramente albergo en mí un odio asesino."

En cierto modo, esta cualidad, la desesperación con que el asesino político ejecuta su acto violento, es comparable a la del secuestrador de aviones, que con su acto pone en peligro su propia vida y la de todas las personas a bordo del avión. Este individuo, al menos inconscientemente, no sólo provoca el peligro y lo disfruta, sino que además lo ama, del mismo modo que muchas personas no sólo se sienten impulsadas a contemplar y a disfrutar vicariamente de la violencia, sino que la aman. Para el aeropirata, el riesgo y el peligro son parte muy importante, tal vez la más importante, de su

vida. A menudo no puede contenerse. Este afán de exponerse a sí mismo (y a otras personas) al peligro está íntimamente relacionado con sus deseos inconscientes de sufrir. Por muy paradójico que parezca, ciertas personas tienen que mantenerse desgraciadas para sentirse bien. Para ellas su conducta normal consiste en exponerse constantemente al peligro y sentirse desdichadas. Sólo pueden sentirse bien cuando expresan sus emociones hostiles. Sus inclinaciones sadistas son la incitación que las lleva a amenazar o infligir daño y muerte a los demás. No obstante, al mismo tiempo, estas tendencias sádicas se vuelven contra ellas, y se desvían en sentido masoquista.

Si examinásemos a un secuestrador de aviones, seguramente descubriríamos en él cierta tendencia masoquista que se manifestaría en desórdenes psicosomáticos, en trastornos de ciertas funciones corporales, o en alteraciones morbosas como alergia, colitis, jaqueca, úlcera péptica, hipertensión, artritis reumatoide, enfermedades de la piel y propensión a los accidentes —trastornos todos por lo regular íntimamente relacionados con conflictos emocionales casi siempre inconscientes. El hecho más sobresaliente es que estas afecciones psicosomáticas son más frecuentes entre los delincuentes que entre los no delincuentes, como lo evidenció un estudio que realicé en la Universidad de Columbia hace aproximadamente veinticinco años.[5] Al respecto, lo más interesante fue descubrir que los delincuentes mostraron una propensión a los accidentes dos veces mayor que los no delincuentes.[6] Esta observación es muy significativa si tomamos en cuenta que la propensión a sufrir accidentes tiene muy a menudo su origen en inclinaciones masoquistas. Frecuentemente, estas personas pertenecían al tipo de las "atolondrados" que "casualmente" sufren accidentes o se "arriesgan" a experimentar percances que saben acompañarse de dolor y autodestrucción. La persona con tendencias masoquistas no percibe el dolor, las penas o las incomodidades como desagradables o molestas, tal como ocurre con el individuo normal. Por el contrario, experimenta el dolor como un placer o un goce, y se siente aliviada cuando sufre una desgracia, porque inconscientemente cree merecerla. En el fondo considera que debe

[5] David Abrahamsen, *The Psychology of Crime*, 2ª ed. (Nueva York: Columbia University Press, 1967), pp. 91-92.

[6] *Ibid*, p. 94.

ser castigada, pues se siente culpable, ya sea porque efectivamente ha cometido alguna falta o porque ha tenido la intención de realizar algún acto antisocial o criminal.

Por supuesto, no existe relación causal directa entre las enfermedades psicosomáticas y el acto criminal. Por sí mismos, los trastornos psicosomáticos no conducen al crimen. Son muchas las personas que padecen dolencias psicosomáticas —jaquecas, úlcera péptica, asma—, y no son criminales ni probablemente lo serán jamás.

No obstante, es muy importante señalar que los estados psicosomáticos son frecuentes en aquellas personas que provienen de hogares donde la tensión familiar se manifestaba habitualmente en discusiones violentas y rivalidades. En otras palabras, el odio y los actos violentos parecen originarse en la misma constelación del síndrome familiar que provoca trastornos psicosomáticos, en ocasiones, aun al grado en que, como evidenció mi investigación,[7] estos trastornos funcionan como sustitutos de actos criminales.

Al exponerse al peligro, el individuo propenso a sufrir accidentes no se aventura una y otra vez al desastre por ignorancia o estupidez. En realidad, es motivado por una necesidad inconsciente que gira en torno a un núcleo interno de dolor y autotortura. Tienta a su suerte, acepta riesgos y, sin advertirlo, se coloca en situaciones peligrosas con el fin de castigarse a sí mismo. El aeropirata y el asesino político utilizan el mismo mecanismo psicológico. Quienes se exponen al peligro quieren saber cuán lejos pueden llegar sin salir seriamente perjudicados. Detrás de estas pruebas se oculta el deseo inconsciente de descubrir cuánto poder pueden ejercer sobre sí mismos y sobre los demás. Lo que en común comparten el asesino político, el aeropirata y el asesino ordinario es el afán de poder. El asesino político se siente poderoso, goza del poder, porque sabe que con una sola bala que él dispare, no sólo termina con la vida de un presidente, sino que hunde a toda una nación en el caos. El aeropirata obtiene su oportunidad de ejercer el poder cuando amenaza con disparar o hacer explotar una bomba o cuando exige grandes cantidades de dinero como rescate. Experimenta una verdadera emoción de poder cuando dicta órdenes a la tripulación

[7] *Ibid.*, p. 95. Consultar también David Abrahamsen, "Psychosomatic Disorders and Their Significance in Antisocial Behavior", *Journal of Nervous and Mental Disease*, vol. 107, núm. 1 (enero de 1948), p. 14.

de una enorme aeronave para que lo conduzca a donde le plazca y satisfaga todas sus exigencias.

Pero esto no significa que tales sujetos sean psicóticos. No hay fundamento para afirmar que todos los secuestradores de aviones son seres trastornados mentalmente en grado de psicosis. Estos individuos, al igual que otros que han cometido graves delitos —homicidas, violadores, drogadictos o asaltantes de banco— con el fin de probar su perturbación mental simulan ser psicóticos, y con tal propósito "producen" síntomas que superficialmente pueden parecer de naturaleza psicótica. Desenmascarar a estos impostores no siempre es fácil, ya que astutamente pueden engañar, al menos durante algún tiempo, tanto a los abogados como a los psiquiatras, antes de caer finalmente atrapados en sus propias redes.

En última instancia, cuando una persona recurre a la violencia, lo hace con el fin de *obtener poder.* Al obtener poder acrecienta la propia estimación, fundamentalmente fincada en su identidad sexual. En el asesino, este sentido de verdadera identidad es inadecuado o deficiente. Aquellos que no han sido capaces de desarrollar genuinamente su papel sexual tratarán de compensar su incapacidad afirmándose en un campo de actividades para las cuales están especialmente dotados y en el cual tienen probabilidades de sobresalir. De esta manera intentan recobrar vicariamente lo que no han podido lograr sexualmente, proceso que se desenvuelve principalmente en el plano de lo inconsciente. Los individuos que han adquirido un sentido deformado de su identidad están incapacitados para amar genuinamente y, en consecuencia, no se sienten amados ni deseados. Al ser rechazados sexualmente reaccionan de modo violento, pues sienten amenazada la totalidad de su ego. El resultado pudiera ser el homicidio.

La inadecuación sexual es factor primordial en la intensidad de la violencia empleada en el homicidio. La violencia aplicada a la ejecución del homicidio suele ser excesiva, mucho mayor que la necesaria para matar a la víctima, y ello obedece especialmente al afán de venganza. El componente sexual viene a reforzar los deseos de venganza del asesino, a menudo agobiantes. Este elemento sexual puede explicar también la volátil contagiosidad de la violencia y del homicidio en nuestro país durante la década pasada.

El grado extraordinario de frustración que descubrimos

en el asesino puede desconcertar a primera vista. Sin embargo, al confrontarlo con la realidad de su situación, sus frustraciones no siempre están fundadas en realidades. De todos modos, aunque estas frustraciones sean producto de la fantasía, no por ello dejan de ser reales para el homicida. A pesar de la pobre estimación en que se tiene, el homicida suele considerarse demasiado valioso para admitir su frustración. Incapaz de soportar su frustración, expresa su odio mediante actos violentos que le permiten demostrar su poder.

Existe una interesante correlación entre la necesidad de ejercer violencia y los errores verbales y ortográficos. Hice este descubrimiento en Noruega, hace unos treinta años, al realizar una investigación psiquiátrica de personas acusadas de delitos violentos, entre los cuales se incluía el homicidio. Al revisar los trabajos escolares de estos criminales, me sorprendió advertir que, en varios casos, sus expedientes académicos eran muy satisfactorios, a excepción de las bajas calificaciones que habían obtenido en ortografía. En aquel tiempo no comprendí totalmente la importancia de este descubrimiento, pero, a medida que fui examinando mayor número de casos, pude comprobar que las faltas de ortografía, si bien no se presentaban en todos los criminales violentos, ocurrían con elevada frecuencia, no sólo entre los adultos, sino también entre los delincuentes juveniles propensos a la comisión de actos violentos.

Todavía recuerdo las controversias que ocasionaron mis descubrimientos cuando testifiqué ante la "Comisión Presidencial sobre la Violencia", sobre todo cuando sugerí que esta tendencia a cometer faltas de ortografía podía utilizarse dentro de ciertos límites como indicio diagnóstico precoz y como signo premonitorio utilizable para descubrir tempranamente a jóvenes que ulteriormente propenderán a actuar con violencia.

Fue muy interesante observar los frecuentes errores ortográficos que aparecían en el diario de Bremer. No obstante, el caso más sorprendente que he examinado fue el de Lee Harvey Oswald, en cuyo "Diario histórico", así como en sus cartas y notas, descubrí abundantes errores ortográficos. En la página siguiente presento algunos ejemplos.

Estos errores ortográficos revelan lo que llamamos onomatopoyesis: la escritura de una palabra o de un nombre a partir de su sonido. En estos casos la persona utiliza su imagina-

EJEMPLOS DE ERRORES ORTOGRÁFICOS EN LOS ESCRITOS DE LEE HARVEY OSWALD

complusery	compulsory	*compulsivo*
kicten	kitchen	*cocina*
yonuge	young	*joven*
exalant	excellent	*excelente*
tehniction	technician	*técnico*
sptacular	spectacular	*espectacular*
divocied	divorced	*divorciado*
oppossition	opposition	*oposición*
enviorments	environments	*ambiente*
permonet	permanent	*permanente*
admiriers	admirers	*admiradores*
habituatated	habituated	*habituado*
quiality	quality	*cualidad*
patrioct	patriotic	*patriótico*

ción y escribe una palabra tal como se lo dicta su fantasía, ya que en el fondo desea que la palabra sea escrita a *su modo*. Estas personas que cometen errores ortográficos no sienten en realidad ningún deseo de comunicarse. Su comunicación verbal es más bien un medio para exhibirse, como en el caso de Oswald y de otros asesinos que he examinado.

Los errores ortográficos son síntomas mensurables que, de ser confirmados por los datos reunidos en una investigación en gran escala, podrían utilizarse para detectar a la persona potencialmente violenta u homicida. Cuando además encontramos en el sujeto una holgazanería habitual y otros de los síntomas precoces, anteriormente mencionados, debemos estar alertas ante la posibilidad de tendencias violentas latentes.

Por otra parte, estos síntomas sirven también como anuncio del acto homicida. Así como la mayor parte de las enfermedades pasan por un periodo prodrómico —o de incubación— durante el cual aparecen las síntomas precedentes a la verdadera iniciación de la dolencia, del mismo modo, el homicida potencial presenta ciertos signos antes de que efectivamente cometa algún homicidio.

En el caso del sarampión, por ejemplo, antes de que brote la erupción en el rostro y en el cuerpo, transcurre un periodo de incubación, que dura de siete a catorce días, durante los cuales el paciente sufre de fiebre, tos y conjuntivitis. En cuan-

to al homicida, con anterioridad a su acto podemos detectar muchos síntomas emocionales que algunas veces indican la gravedad de su estado mental.

Características predominantes del asesino

1. Deseos intensos de venganza y fantasías de realizar hazañas grandiosas que pueden conducir a la abreacción de sus impulsos hostiles.
2. Soledad, retraimiento, sentimientos de desconfianza, desamparo, temores, insignificancia y subestimación de la propia persona, causados por experiencias sufridas durante la infancia temprana (pre-edípica).
3. Situación familiar sexualmente sobreestimulante por presenciar el niño relaciones sexuales parentales.
4. Errores ortográficos o verbales relacionados con trastornos emocionales surgidos en la infancia (pre-edípica).
5. Tendencia a cambios de la identidad. Imagen propia confusa; sugestibilidad, impresionabilidad.
6. Incapacidad para tolerar la frustración y encontrar satisfacción suficiente para canalizar sus sentimientos agresivos y hostiles mediante actividades constructivas.
7. Incapacidad para transformar su persistente egocentrismo y su egolatría (narcisismo primitivo) en elementos integrantes de ideales y conciencia saludables (ideales del ego y elementos del superego), lo que tiene como resultado dependencia y desprecio por la autoridad.
8. Tendencias suicidas acompañadas de depresión.
9. Visión de la víctima como una imagen compuesta que incorpora y refleja la propia imagen del criminal.
10. Antecedentes de una conducta previa antisocial o delictiva junto con amenazas de homicidio o comisión del mismo.

Debemos realzar el hecho de que todas las características arriba enumeradas revelan también trastornos emocionales que no necesariamente conducen al homicidio. Con demasiada frecuencia se nos pregunta a los psiquiatras la razón por la cual determinada persona cometió un homicidio, mientras su hermano, que aparentemente tuvo la misma formación familiar, se crió de modo normal, se casó y vivió una vida útil a su comunidad.

La razón de esta diferencia radica en factores ambientales y constitucionales. Estos factores, en particular los ambientales, están sujetos a la presión familiar o situacional que di-

ferirá de un tiempo a otro y dependerá de la relación que establezcan los padres en el hogar, así como de los sentimientos y actitudes de éstos para con sus hijos. No existen dos hijos que hayan tenido la misma formación; de hecho, los padres reaccionan inconscientemente de un modo distinto ante cada uno de ellos, a pesar de sus esfuerzos más honrados por ser igualmente justos con todos los hijos. En un hogar en el que el clima emocional fluctúa de acuerdo con las presiones a que están sometidos los padres, encontraremos distintos hijos de un mismo matrimonio que despliegan síntomas y patrones de conducta tan disímiles que hacen difícil creer sean hijos del mismo padre y de la misma madre.

El ejemplo más revelador es el de Lee Harvey Oswald, quien tenía dos hermanos mayores (uno de ellos medio hermano) que llevaban vidas normales. Ambos tenían empleos bien remunerados, se habían casado y eran jefes de familia. En las audiencias de la "Comisión Nacional para la Investigación y Prevención de la Violencia" se me preguntó por qué Robert Oswald era una persona bien adaptada y había prestado una ayuda tan valiosa a la comisión; en efecto, no sólo demostraba ser dueño de un espléndido carácter, sino también de un criterio excelente. Ocupaba un puesto de mucha responsabilidad en una gran empresa y sus patrones dieron de él las mejores referencias —todo ello en contraste con la personalidad desorganizada de Lee Harvey Oswald y su conducta criminal.

Al parecer teníamos frente a nosotros a dos hermanos criados exactamente en el mismo ambiente. Pero en realidad no había sido así, pues tanto Robert Oswald como John Pick vivieron con el padre, mientras que Lee creció al cuidado de su madre. Más aún, a pesar de que Lee y Robert eran hijos de la misma madre, las dificultades de ésta se multiplicaron cuando enviudó, pues a partir de entonces se vio obligada a cuidar de su hijo menor, Lee, sin la ayuda económica y emocional de su marido.

El que una persona sea neurótica o psicótica o presente síntomas psicosomáticos sin que jamás traduzca en actos sus impulsos homicidas o, por el contrario, se convierta en asesino, dependerá en última instancia de la medida en que esté relativamente libre de conflictos emocionales o de su capacidad para resolverlos. Erróneamente se nos ha hecho creer que la situación que incita al homicidio tiene que ser provo-

cadora. No es así. De igual importancia que la situación precipitante —quizás aún más importante— es la posibilidad de que el odio que se ha venido acumulando gradualmente por largo tiempo se convierta en un conflicto fijo en la mente del asesino. Cuando sus temores lo hacen incapaz de establecer relaciones emocionales en general y sexuales en particular, el elemento agresivo de su amor se transforma en odio, con el resultado de que su mismo amor se convierte en el odio que lo impulsa al homicidio.

Nadie es asesino de nacimiento; la tendencia se desarrolla y permanece latente en las personas y algunas de ellas se ven empujadas a cometer el crimen. Esto es particularmente cierto cuando el asesino es provocado por la víctima. La mayoría de nosotros somos lo suficientemente afortunados para no buscar relaciones capaces de reavivar la intensidad de pasadas frustraciones emocionales con fuerza bastante para llevarnos al acto impulsivo del homicidio. Desgraciadamente, algunas personas no gozan de igual capacidad, y cuando así sucede, entre el agresor y su víctima se desata una violenta tormenta de emociones, conscientes o inconscientes, latentes o manifiestas. Casi siempre es muy poco lo que llegamos a saber de lo ocurrido entre el homicida y su víctima. En realidad, si poco sabemos del homicida, menos aún sabemos de la víctima. Dada nuestra falta de información sobre la relación entre el atacante y la víctima es imposible exponer esta relación durante el juicio ante el tribunal; aun suponiendo que dispusiéramos de esta información, un homicidio tiene muchos aspectos que prácticamente nunca llegan a conocimiento del público. Con demasiada frecuencia el homicidio es clasificado como caso evidente —como demostraré con toda claridad con el siguiente ejemplo:

"Un caso obvio e indiscutible", fue el consenso general. Un joven de veintitrés años había sido acusado del homicidio premeditado de una mujer de cuarenta y tres años. Tanto el fiscal como el abogado defensor habían expuesto sus alegatos y el juez había leído su resumen del caso para el jurado, que momentos después se había retirado a deliberar. Pasada una hora, el jurado regresó a la sala y emitió su veredicto: culpable de acuerdo con la acusación. Un mes después el juez sentenció al joven a prisión perpetua.

Yo había intervenido en el caso en calidad de psiquiatra y sospechaba desde el principio que los hechos del caso no eran

tan claros e inequívocos como se podía suponer a primera vista. Por lo general existe una maraña de elementos inconscientes a los que en gran medida cabe achacar la culpa del acto homicida. En realidad el caso sólo podía parecer realmente claro a aquellas personas que contasen con los medios para observar, escudriñar las múltiples emociones ocultas y entrelazadas que existen en todo homicida y reflexionar sobre ellas.

¿Cuáles eran en este caso las pruebas de culpabilidad que el tribunal, el jurado, los miembros de la prensa y el público habían decidido aceptar? El joven había conocido en un bar a una mujer que le doblaba la edad y, después de tomar algunas copas juntos, habían ido al departamento de ella, donde siguieron bebiendo. Se hicieron el amor. Desde que quedó establecida esta relación física —tuvo una duración aproximada de seis meses— él se había dedicado a explotarla económicamente y, finalmente, no sabiendo cómo librarse de ella, la había asesinado.

Por lo regular los periódicos y las revistas describen tales homicidios en términos superficiales y en exceso simplificados, con poco o ningún interés por explicar la complejidad de los sentimientos involucrados. Estas versiones resultan aún más confusas cuando se carece de información sobre los hechos importantes o se los deforma, como sospeché que sucedía en este caso.

Para comprender el homicidio debemos hacernos una pregunta básica: ¿Cuál es el verdadero motivo? Para hallar la respuesta, debemos indagar más allá de los hechos obvios citados con tanta insistencia por el fiscal ante el tribunal. ¿Cuáles eran las necesidades y los temores inconscientes del asesino y de su víctima?

Volvamos al caso en cuestión. Durante mis entrevistas con el acusado me enteré de que había sido la mujer quien lo había abordado a *él* en el bar, que ella había pagado las copas y lo había invitado a su departamento, lujosamente amueblado. Aunque mucho mayor que él, todavía era hermosa y ambos se sintieron mutuamente atraídos. Ella le aseguró que siempre que necesitara dinero, no tenía más que pedírselo. Pasados seis meses le pidió que la acompañara a Florida, con todos los gastos pagados.

—Ése fue el principio del fin —me dijo el joven—. Estaba tratando de comprarme. La idea de ser visto en su compañía

—ella me doblaba la edad—, y especialmente de encontrarnos con algún conocido, me avergonzaba.

—¿Qué hizo usted entonces? —le pregunté.

—Me negué. Ella se enojó y me dijo que yo era un malagradecido. Que había hecho mucho por mí y que yo no le había dado nada a cambio. Según ella, yo era un egoísta, un vividor. Eso fue lo que me indignó. Le arrojé mi copa a la cara y corrí hacia la puerta. ¿Qué quería dar a entender con eso de que yo no le había dado nada a cambio? Yo era joven, fuerte y era su amante. Ella corrió tras de mí rogándome que me quedara. Lloró y me hizo una escena. Sentí lástima por ella, de modo que me quedé. No estoy muy seguro de lo que sucedió después. Me sentía somnoliento y borracho. Nos acostamos y nos hicimos el amor. Pero entonces comenzó a hablarme nuevamente de Florida y a exasperarme con su insistencia. Lo que quería era exhibirme. No pude soportarlo. Tenía miedo y estaba confuso. Dicen que la estrangulé, pero yo no recuerdo lo que sucedió.

El caso me intrigaba. Me sorprendí haciéndome cada vez más preguntas acerca de la mujer y del papel que representó en el asesinato. ¿Era la víctima inocente del acto violento o ella misma lo había provocado? La relación entre el asesino y su víctima debía analizarse de nuevo.

Después de obtener información de varias fuentes pude formarme una imagen más o menos adecuada de la vida de la mujer asesinada. Desde que se había divorciado, unos años antes, había vivido holgadamente de la pensión que le pasaba su ex marido. En el vecindario se sabía que frecuentaba bares, donde alternaba con individuos de dudosa reputación. En una ocasión fue preciso llamar a la policía para que impusiera el orden en su departamento.

Según las palabras del acusado: "Ella era insaciable. Nunca parecía quedar satisfecha —una verdadera devoradora de hombres." Antes de su matrimonio había sido cantante. Desde entonces había ocupado varios empleos relacionados con la publicidad, aunque en realidad no tenía que trabajar para ganarse la vida. Le pregunté al acusado si lo que le había interesado había sido su dinero. Lo negó. "Pero usted no tenía ingreso alguno", le interrumpí, "vivía del dinero de ella". Me contestó que sólo había tratado de pasar un buen rato. Ella estaba sola y necesitaba compañía.

El único pariente que tenía la mujer era un tío abuelo,

quien no pudo proporcionar mucha información acerca de su sobrina, salvo que había tenido frecuentes problemas —ligeros accidentes. Esto último me interesó, pues indicaba que era propensa a los accidentes. Sospeché que era el tipo de persona que inconscientemente se expone al peligro. Comencé a convencerme gradualmente de que la víctima, involuntariamente, tenía la costumbre de infligirse dolor a sí misma —signo definido de masoquismo.

A medida que avanzaba mi investigación iba penetrando cada vez más profundamente en la psicología de la víctima. Estaba sola y temía perder su atractivo como mujer. Deseaba vehementemente que se le prodigaran atención y afecto, y éstos los recibió por un tiempo de su amante —el hombre que posteriormente habría de asesinarla. Pero desde un principio debió comprender que no podía retenerlo para siempre; él era veinte años menor que ella. En primer lugar, ¿por qué se había enredado con él? ¿Es posible, acaso, que no se diera cuenta de que lo estaba explotando y que, de un modo más obvio, él la explotaba a ella?

En parte, la respuesta radicaba en el homicida. Era extraordinariamente bien parecido; tenía cabello rubio, ojos azules y facciones clásicas. Su conducta juvenil y su fuerte físico debieron hallar respuesta en aquella mujer mucho mayor que él, que no sólo estaba ansiosa por proporcionar afecto, sino que, además, necesitaba desesperadamente recibirlo.

El joven era hijo único y había vivido en un hogar donde el padre trabajaba por la noche y dormía todo el día. Cuando niño casi no había conocido a su padre. Su madre, mujer con obsesión por la limpieza ("siempre tenía un trapo en la mano"), prefería que su hijo estuviese fuera de la casa de modo que ella la pudiese mantener impecable y en perfecto orden. Sentía escasa o nula ternura por su hijo. La mayor parte del tiempo éste se sentía solo y no querido. Interiormente prefería permanecer en compañía de la madre que jugar en la calle con los demás muchachos. Éstos lo consideraban afeminado y, a sus espaldas, le dirigían insultos que aludían a una relación incestuosa con su madre. Cuando terminó la escuela no pudo conseguir empleo y, para distraerlo, su madre lo llevaba al cine. Él sentía que constantemente trataba de humillarlo y que lo seguía tratando como a un niño. Un día, "todo se lo llevó el demonio" y en un arranque de furia abandonó el hogar y se mudó a vivir con la mujer

que había conocido en el bar —la mujer que más tarde habría de ser su víctima. Ésta lo mimaba y pagaba todos sus gastos. Ahora no tenía ningún problema económico. Ella era para él como una madre y satisfacía todos sus caprichos. "Si ella estaba dispuesta a pagar por todo, ¿a mí qué me importaba? Yo me daba la gran vida."

Siendo por naturaleza un individuo agresivamente egoísta, interesado exclusivamente por su propio bienestar, cuando traté de interrogarlo acerca de sus motivos para "aprovecharse" de los demás adoptó una actitud hostil y defensiva. Su conducta caprichosa, que no era sino un reflejo del desorden neurótico de su carácter, lo había convencido de que podía obtener todo lo que quisiera si explotaba su agradable presencia. Esta estrategia, el utilizar sus encantos para "cautivar" a su víctima, se hallaba complementada por la necesidad que sentía la mujer de comportarse ante él de un modo frívolo y seductor, actitud que halagaba el ego debilitado del joven. Sin advertir que se exponía a una situación peligrosa, ella siguió provocándolo y él siguió respondiendo, hasta que la situación se convirtió en algo muy serio. Si él la necesitaba como objeto sexual y como madre, ella lo necesitaba como una posesión y como amante. Ejercía una influencia seductora tremenda sobre él, lo absorbía, como una madre devoradora, con el propósito de mantenerlo ligado a ella. Era una dependencia mutua, una relación edípica incestuosa.

Por otra parte, su tremenda necesidad de autogratificación lo ligaba a una situación de la cual su ego deficiente no sabía cómo salir, a no ser matando. Se convirtió en víctima de circunstancias que en parte él mismo había creado, del mismo modo que ella fue víctima de su propia conducta seductora. En homicidios de semejante índole, basados en una relación de naturaleza fundamentalmente sexual, jamás existe una víctima pasiva. En este caso, ambos individuos participaron en el *proceso homicida*, en el curso del cual la relación sado-masoquista entre el agresor y su víctima fue creciendo en intensidad hasta alcanzar su clímax. Si bien él fue culpable de asesinarla, ella inconscientemente tuvo un papel determinante en su propia muerte.

Contrariamente al veredicto —"un caso obvio e indiscutible"—, desde una perspectiva psicológica, el problema de la culpabilidad era complejo. No obstante, el joven fue sentenciado a prisión perpetua.

Este caso ocurrió hace más de veinte años. Al rendir mi testimonio se me instruyó para que me limitara a los "hechos concretos". En la actualidad, mejor comprendida y aceptada, la psiquiatría ha ganado terreno, sobre todo en relación con los casos civiles, aunque no deja de influir también con cierta frecuencia en los casos criminales.

Una relación básicamente sexual confiere al acto violento en general, y al homicidio en particular, una cualidad especial que traslada el crimen del nivel consciente al inconsciente.

La relación entre el criminal y la víctima es más compleja de lo que la ley está dispuesta a admitir. Criminal y víctima obran uno sobre otro inconscientemente. Podemos decir que, en la misma medida en que el criminal moldea a su víctima, ésta moldea al criminal. Y mientras la ley juzga esta relación desde un punto de vista objetivo, no emocional, la actitud psicológica de los participantes es muy diferente. La ley distingue con toda claridad al atacante de la víctima. Pero en realidad esta relación puede ser, y a menudo lo es, de estrecha intimidad, de modo que los papeles se invierten y la víctima pasa a ser el agente determinante, mientras que el victimario finalmente se convierte en víctima de sí mismo.

La víctima se vuelve contra su victimario y mata. Recuerdo el caso de una mujer soltera de cincuenta y tres años que mató a su madre de noventa y cinco. Cuando la examiné en el pabellón carcelario del hospital psiquiátrico me enteré de que había vivido con sus padres toda su vida. Muerto el padre, ella siguió manteniendo a su anciana madre y atendiendo a todas sus necesidades, sacrificándose de un modo masoquista. Su vida se había restringido al extremo —había conservado el mismo empleo por treinta años. Siempre la misma rutina, los mismos hábitos, la misma y constante censura por parte de la madre. Aunque superficialmente la hija cedía a todos los caprichos de la madre, en el fondo había comenzado a sentir rencor por ella y a odiarla. Temiendo expresar su ira por la madre en forma directa, se desquitaba con sus compañeros de trabajo, ante cuya conducta adoptada una actitud crítica y suspicaz.

Cuatro meses antes del homicidio, su madre habíase fracturado una cadera y tuvo que guardar cama. El incidente provocó una tensión todavía mayor en las emociones de la hija. Ahora se le exigía que se preocupara más por la anciana

y le prodigara atención más solícita. Para entonces había comenzado a odiar a la madre abiertamente. Como consecuencia, la hija quedó presa de una crisis emocional. Después de haber dedicado la mayor parte de su vida a las incesantes exigencias de su madre, ahora se sentía profundamente deprimida a causa de su incapacidad para enfrentarse a la anciana. Comenzó a idear alguna forma de escapar a su vida miserable, y pensó en la posibilidad de suicidarse. Por una corta temporada se procuró ayuda psiquiátrica, se sintió mejor e interrumpió el tratamiento. Pero pasado algún tiempo volvió a sentirse cada vez más deprimida por su situación, hasta que una mañana, temprano, mientras contemplaba a su madre que dormía, se sintió de pronto dominada por su confusión. Utilizando un martillo, que previamente había cubierto con tela para amortiguar los golpes contra el cráneo, golpeó a su madre, quien murió al día siguiente.

En este caso, que sucedió hace aproximadamente ocho años, el tribunal tomó en entera consideración todas las circunstancias del crimen. La acusada recibió una condena diferida, y quedó en libertad a prueba por cinco años, a condición de que se sometiera a tratamiento psiquiátrico. Durante su tratamiento, entre otros, relató un sueño muy importante: "Yo estaba atrapada en una enorme telaraña que cubría totalmente la cama. Debí haberme movido para escapar, pero en ese momento desperté."

Durante la prueba de asociaciones libres, dijo: "No dejo de pensar en mi madre, en los buenos ratos que pasamos juntas, en la Navidad, en lo que estaríamos haciendo ahora... No he podido librarme de mi madre y sé que no es así como debieran ser las cosas. Estaba atrapada en una telaraña. Debí haber sentido que estaba cogida en su telaraña."

En este sueño la paciente tuvo por vez primera la revelación de que había estado atrapada en las redes de una madre devoradora y en las de su propia insignificancia e impotencia que la hacían sentirse tan indefensa como una mosca. La telaraña que cubría la cama sugiere el sentimiento de haber sido reducida a la sumisión; una necesidad de protección embriónica; una creciente conciencia de su dependencia; y posiblemente, lo que es más importante, el descubrimiento de que se la había forzado a no tener una vida sexual propia.

El hecho era que se había conservado virgen y no había tenido relaciones amorosas porque, según sus propias pala-

bras, "nunca tuve tiempo para ello. Siempre estaba mamá." Sin embargo, la mayor parte de sus sesiones giraban en torno a remembranzas de lo buena que había sido su madre. Esto revelaba una persistente incapacidad para admitir sus sentimientos hostiles que, al provocar una sobredependencia reactiva, la habían conducido finalmente al parricidio. Aunque su superego conservaba exclusivamente la imagen de una madre absorbente y exigente, de un modo masoquista se había creado otra imagen, la imagen de una buena madre, merecedora de obediencia y amor.

Después de cuatro años de tratamiento su estado mejoró y se hizo más capaz de comprender las motivaciones que la empujaron a matar a su madre. A pesar de que todavía se sentía deprimida por su culpa, pudo conseguir un buen empleo, que logró darle satisfacción y restaurar algo de la propia estimación que había perdido.

Víctima y criminal: un vínculo común

Son muchas las jóvenes que, sin darse cuenta de ello, desean tener relaciones sexuales con determinado hombre, al cual provocan sexualmente, con el propósito de ser atacadas y convertirse así en víctimas, de acuerdo con sus deseos inconscientes de autodestrucción.

El gran número de víctimas de violación forzada registrado en 1971 —aproximadamente 41 890 (40 de cada 100 000 mujeres)—[8] parece indicar que a la violación contribuye quizá cierta actitud seductora por parte de la mujer. Algunas veces, los lamentos de jóvenes que han sido violadas son genuinos, pero es más común que sean la expresión de incómodos sentimientos de culpa por haberse prestado voluntariamente a la pretendida violación. Con el fin de demostrar su inocencia, acusan al varón de haberlas violado. Sin embargo, en ocasiones se niegan a sostener los cargos y de este modo, en cierto sentido, disculpan o perdonan al violador, hecho con el que la mujer atestigua indirectamente su propia culpa.

Este jugueteo seductor es también muy común entre muchachas jóvenes, frívolas y atrevidas que se sienten impulsa-

[8] *Crime in the United States*, FBI Uniform Crime Reports, 1971 (Washington, agosto de 1972), p. 9.

das por su deseo inconsciente de ser poseídas a la fuerza. Ignorantes de sus propias motivaciones, se colocan en situaciones en las cuales pueden ser atacadas sexualmente. Un caso que nunca olvidaré fue el de un joven que, al robar un departamento, entró en el dormitorio donde dormía una joven. Después de apoderarse de las joyas de ésta, ya había alcanzado la puerta, cuando súbitamente ella despertó y entreviendo al hombre en la penumbra, comenzó a gritar: "¡No me viole, no me viole!" Sorprendido, el joven regresó desde la puerta y la atacó. El jurado lo declaró culpable, sin comprender que la misma muchacha, inconscientemente, había sido la parte instigadora del ataque sexual. El juez lo sentenció a una pena de diez a veinte años de prisión.

Un caso que probablemente demuestra todavía con mayor evidencia el papel seductor de la víctima fue el de una joven de veintitantos años que tuvo la suficiente fortuna de salvarse de ser asesinada. Deliberadamente había hecho enojar a su amante con sus provocaciones, y éste por la fuerza montó sobre su cuerpo, hecho que ella sintió como un ataque sexual. Como se sentía molesta y culpable del incidente, se sometió a tratamiento psiquiátrico. Admitió que tenía una "técnica" para seducir a los hombres. "Seducir a un hombre me da una sensación de poder; luego lo rechazo. Termino con él. Ello me da una gran satisfacción. Gozo sabiéndome capaz de seducir. Me gusta controlar a la gente. En realidad no sé quién soy, tantas personas diferentes viven a la vez en mí. Aunque no deja de confundirme, me invade un sentimiento de poder cuando seduzco a alguien." Mediante tratamiento psiquiátrico, esta paciente fue gradualmente comprendiendo las situaciones provocativas y peligrosísimas que había creado con su conducta seductora. Fue más difícil para ella comprender las emociones ocultas que sustentaban su conducta autodestructiva. Habiendo comprendido que inconscientemente, lo que había hecho era buscar poder y dominio, modificó su actitud, y de este modo se salvó de ser una víctima más de la violencia.

Esta íntima conexión, el vínculo causal, entre el asesino y la víctima, en las relaciones sexuales, es más frecuente de lo que imaginamos. Explorar la naturaleza de semejante relación emocional requiere siempre mucho; pero la función psiquiátrica es un proceso lento y difícil, por cuanto es preciso sacar a la luz sentimientos profundamente ocultos con el fin

de definir el mosaico de emociones que determinan los patrones de conducta del individuo.

Una razón más para la estrecha proximidad entre el asesino y su víctima es la existencia de esa intrincada red en que se entrelazan nuestros impulsos homicidas con los autodestructivos. Puesto que, como ya hemos dicho, todo homicida es inconscientemente un suicida y todo suicida es, en cierto sentido, un homicida psicológico, esta oscilación entre homicidio y suicidio influye la relación entre el agresor y la víctima. Típicamente, el homicida tiene miedo de matarse a sí mismo, miedo de morir; por ello mata a otra persona.

Ahora bien, como las emociones más intensas, ya sean de atracción o de repulsión, están vinculadas a las relaciones familiares, no debe sorprendernos saber que el homicidio intrafamiliar constituyó el 25 por ciento del número total de homicidios registrados en los Estados Unidos durante 1971. Las víctimas fueron maridos, esposas, novios, novias, padres e hijos.[9] La razón de este porcentaje tan elevado de homicidio dentro de la familia es la gran afinidad existente entre el atacante y la víctima, atracción básicamente sexual. En cuanto a los homicidios provocados por discusiones, la esposa resulta ser la víctima con mayor frecuencia que el marido.[10] En estos casos, es más común de lo que suponemos el que sea la propia víctima, la esposa, quien inconscientemente provoca al marido a matarla.

De hecho, nuestro conocimiento de la víctima en el crimen ha progresado gracias principalmente a los delitos sexuales, como la violación o la prostitución. La carencia de lazos familiares de la prostituta y sus medios independientes de subsistencia, sumados a su constitución psicológica, determinada por la ausencia de una imagen paterna fuerte durante la infancia, la hacen especialmente propensa a convertirse en víctima del homicidio. Habiendo adoptado su profesión a causa de un desarrollo inadecuado de su personalidad, la prostituta, de un modo deliberado, aunque inconsciente, se expone a gran variedad de hombres, muchas veces bajo condiciones peligrosas y, en consecuencia, se convierte en presa fácil.

La actitud de la víctima varía: puede ser confiada, indiferente, sumisa o de provocación activa del ataque. Es frecuente considerar pasiva a la víctima, del mismo modo que,

[9] *Ibid.*
[10] *Ibid.*

por lo general erróneamente, se atribuye a la mujer una actitud sumisa y se le adjudica el papel pasivo en el acto sexual. No obstante, a los ojos del varón, las mujeres, aun siendo pasivas, juegan siempre un papel seductor.

Afirmar que las mujeres son víctimas naturales es válido sólo en cierta medida, ya que la victimización depende de la fuerza y la proporción que entre sí guarden en ellas los caracteres femeninos y los masculinos. Este equilibrio está determinado por el desarrollo emocional durante la infancia. En el espectro de la femineidad y la masculinidad los puntos extremos son el masoquismo (el deseo de sufrir) y el sadismo (el deseo de dañar). Quienes han sufrido la falta de satisfacción de sus necesidades instintivas durante la infancia, más tarde vivirán atenidos al principio del dolor, aferrados al dolor y al sufrimiento. Estos sujetos son propensos a accidentes o enfermedades y, a menudo, ellos mismos, no siempre inconscientemente, se exponen a situaciones peligrosas de las cuales salen con daño. Al preferir el dolor y la desgracia, lo que hacen es prolongar el dolor sufrido en su infancia, y son capaces de sacrificar su vida, como muchos lo hacen, exponiéndose a ataques mortales. Entran en juego profundos sentimientos inconscientes de culpa, que conducen al individuo a la autotortura, al autocastigo, al masoquismo. Sin advertirlo, estas personas, por alguna razón, sienten una hostilidad que tratan de compensar infligiéndose castigos a sí mismos. Una persona como éstas, que sufre por no haberse satisfecho sus deseos de sufrir, inconscientemente buscará y seducirá a un amante sádico, a alguien que le cause dolor.

Pero, aparte de este elemento de seducción, existe una relación simbiótica entre el asesino y su víctima que implica sugestibilidad, dependencia y cooperación. Esta simbiosis tiene un matiz sexual y caracteriza a la mayor parte de los actos violentos. Indudablemente, esta afinidad entre el homicidio y el sexo es intensificada, si no originada, por la curiosidad que despierta en el niño la intimidad sexual de sus padres. Aquellos niños que han observado a sus padres en el acto sexual o que han recibido de ellos un trato brutal, cargado de crueldad física o mental, aun cuando conscientemente hayan olvidado estas experiencias, suelen manifestar más tarde una mayor inclinación a la violencia que aquellos que no pasaron por la misma situación.

La correspondencia entre el acto violento del homicidio y el acto sexual es sorprendente. Si consideramos el acto sexual como una intensificación del equilibrio entre la tensión y la relajación, comprenderemos cómo el homicidio, tal como es experimentado psicológicamente por el matador, puede concebirse como la expresión vital de una tensión que se resuelve explosivamente en la relajación. La vieja historia de aquella pareja que reñía todo el día y por la noche se reconciliaba en la cama tiene mucho de verdad. El sexo es sustituido por la violencia y la violencia por el sexo; los dos están más cerca el uno del otro de lo que suponemos. Ésta es la razón por la cual el homicidio es relativamente más frecuente entre personas que se conocen o tratan íntimamente.

Se estima que cinco de cada diez asesinatos ocurren como resultado directo de pleitos y discusiones ajenas a la situación familiar. Sin embargo, las personas que participan en estas disputas regularmente se han conocido antes del homicidio. Por muy fortuitos que nos puedan parecer la mayor parte de los crímenes violentos de que nos entera la prensa, la verdad es que el azar está muy lejos de ser el factor principal en ellos. Debido a una relación emocional intensa, muchas veces matizada sexualmente, en 1971, 72 por ciento de *todos* los homicidios ocurrieron entre personas que se conocían entre sí, que vivían en el mismo vecindario o eran miembros de la misma familia.[11] Esto significa que de los 17 630 homicidios cometidos en 1971 (un incremento aproximado del 60 por ciento desde 1966[12]) unos 12 700 ocurrieron entre personas que se conocían o se trataban. En la gran mayoría de los homicidios, el atacante y la víctima pertenecían a la misma raza. Esto demuestra que el homicidio es un acto predominantemente intrarracial o que tiende a ocurrir

[11] *Ibid.*, p. 9.

[12] Este incremento parece ir en aumento. Se informa que en la ciudad de Nueva York el índice de homicidios durante el primer semestre de 1972 ha establecido una nueva marca. Durante este periodo se registraron 810 homicidios, en contraste con periodos similares de 1971, cuando solamente fueron muertas 729 personas, y en 1970, cuando ascendieron a 548 las víctimas de homicidio (*The New York Times*, 15 de julio de 1972). Durante la semana que finalizó el 22 de julio de 1972, ocurrieron 57 homicidios en la ciudad de Nueva York, en contraste con los 25 registrados durante los mismos siete días de 1971. La cifra semanal media de homicidios durante el año pasado fue de 31 (*The New York Times*, 22 de julio de 1972).

dentro de determinado grupo.[13] En el contexto de la tensión racial que priva en nuestra sociedad, este patrón nos causaría perplejidad si no supiéramos que la mayor parte de los homicidios se producen entre personas mutuamente conocidas.

Hay alguna relación entre la víctima y el victimario en la mayor parte de los homicidios, lo mismo entre amantes (heterosexuales u homosexuales), que entre padres e hijos. Incluso en los homicidios cometidos entre miembros de organizaciones delictivas encontramos frecuentemente alguna relación emocional, a veces, muy tenue.

La afirmación de que en la mayor parte de los homicidios el atacante conocía previamente a su víctima es válida también para los casos de agresión con lesiones. También en este caso la mayor parte de las agresiones —un total de 363 600 durante 1971—[14] ocurrieron dentro de la familia, entre vecinos o entre conocidos. No obstante, fue muy difícil obtener condenas sobre la base de las denuncias originales, debido justamente a los íntimos vínculos familiares o a otras relaciones emocionales o sexuales que existían entre el asaltante y la víctima, lo que ocasionó que ésta, con mucha frecuencia, se negara a mantener los cargos o a testificar en favor del acusador público. Por lo mismo, en cuatro de cada diez casos el caso fue sobreseído o absuelto el acusado.

El hecho de que durante 1971, de los 425 mil delitos violentos registrados, entre homicidios, agresiones y violaciones, no menos probablemente de 200 mil fueran instigados por las víctimas, indica la grave intensidad de los deseos inconscientes de autodestrucción por parte de aquéllas.

Quisiera mencionar de pasada, que si se instruyera a toda persona sobre el modo de evitar el llegar a ser víctima de algún crimen violento, aparte de reducir el número de vícti-

[13] *Cf.* Marvin Wolfgang, *Crime and Race: Conceptions and Misconceptions* (Nueva York: Institute of Human Relations Press, 1964), p. 38. Este estudio indica que en 516 homicidios, es decir, en el 94 por ciento de las 550 relaciones identificadas, la víctima y el agresor eran miembros de la misma raza. En treinta y cuatro de estos crímenes, es decir, el 6 por ciento, se hallaba involucrado un agresor que había cruzado la barrera racial: catorce de las víctimas eran negros que habían sido asesinados por blancos y veinte eran blancos asesinados por negros.

[14] *Crime in the United States.* FBI Uniform Crime Reports, 1971 (Washington, agosto de 1972), p. 10.

mas, lograríamos que el público tuviera un conocimiento más claro del papel que representa la víctima en el crimen. Que la víctima, mediante la provocación y la seducción, juega un papel importante en la ejecución de un crimen violento, es un hecho que debe ser presentado a la atención pública. La posibilidad de que evite convertirse en víctima de un homicidio, agresión o violación, dependerá en última instancia de la capacidad de la persona para no *vincularse emocionalmente* con otra persona potencialmente peligrosa para su vida y bienestar. Mantenerse a distancia de semejantes personas requiere aguda intuición emocional respecto a uno mismo y a los demás, cualidad nada común, ya que en gran medida estamos gobernados por nuestros sentimientos inconscientes. Entre estos sentimientos figuran deseos de aventura, provocación, codicia y tendencias competitivas que, ocultos muchas veces tras la máscara de los deseos sexuales, sirven como pretexto para exponerse a situaciones peligrosas. Es indudable que muchas de tales víctimas pudieron haber evitado su suerte si desde un principio hubiesen podido conocer y analizar cuidadosamente sus propias motivaciones. Estas motivaciones son atenuadas o intensificadas por nuestras frustraciones. Y cuando estas frustraciones cargan con el papel dominante conducen, tanto al victimario como a la víctima, a la abreacción violenta de emociones y sentimientos reprimidos.

El vínculo generalmente estrecho que existe entre el criminal y la víctima incita a preguntar: ¿por qué, en última instancia, el homicida se ve obligado a ejecutar el acto violento? La razón fundamental para ello es que, cuando mata o comete otro delito, por ejemplo, una violación, lo hace, con casi total inconsciencia, por creer que *debe* demostrar a su madre que no es *insignificante*, que es capaz de vengarse de ella por haberlo *rechazado*. Debe demostrarle que no es impotente y que tiene el poder suficiente para devolver los golpes.

Actualmente, el público ya se ha hecho a la idea de que cuando un criminal regresa a la escena del crimen, lo hace llevado por el deseo inconsciente de delatarse, a fin de que se le aprehenda y castigue. En realidad, es más importante, en tales casos, el deseo inconsciente de proclamar que no se es impotente, que también uno es capaz de defenderse, de vengarse.

Estos sentimientos tienen como núcleo el desamparo edí-

pico, la "lucha contra la pasividad", como la llamaba Freud.[15] La razón por la cual tiene que ejecutar su acto es que, de un modo inconsciente, anhela vehementemente obtener poder, demostrar a su víctima que tiene el poder de matar. Al perseguir el poder, intenta restaurar su confianza masculina y narcisista. Encontramos aquí un paralelo con el violador, quien, al demostrar que es capaz de establecer contacto sexual con una mujer, niega sus sentimientos pasivos femeninos y se defiende contra sus deseos homosexuales. No obstante, para excitarse sexualmente tiene que recurrir a la violencia. La violencia, para él como para todos nosotros, es una defensa del ego contra la angustia intolerable que en su caso está relacionada íntimamente con la pérdida de su autovaloración masculina. Esta subestimación de sí mismo se funda en la pérdida o el deterioro de su identidad sexual, y conduce a la insuficiencia de la virilidad o a la impotencia. Al sentirse intensamente frustrado —poco importa si sus frustraciones son reales o producto de su fantasía— tiene que expresar su odio frustrado en un intento desesperado e inconsciente de demostrar su poder. Si fracasa y no encuentra un nuevo escape para sus emociones agresivas y violentas, o no encuentra algún modo de satisfacerlas, explotarán sus sentimientos ocultos. La frustración es la nodriza de la violencia.

Las personas de este tipo viven acosadas por intensos conflictos internos. Pero aunque hallamos conflictos emocionales análogos en muchos de los sujetos afectos de trastornos mentales, los descubrimos invariablemente, repito, en *todos* los homicidas del tipo ego-disarmónico. Pese a la considerable frecuencia con que los tribunales admiten el dictamen psiquiátrico pericial, en las raras ocasiones en que se ha dado oportunidad semejante a peritos psicoanalistas profesionales, la opinión psiquiátrica de éstos no ha solido tomarse en consideración.

La victimología —el estudio de la participación de la víctima en el homicidio— marca un nuevo rumbo en la práctica tradicional de la justicia criminal. Esto no quiere decir que el homicida no sea culpable o que la víctima no haya muerto; significa simplemente que la interacción emocional puede conducir a un acto violento.

[15] Sigmund Freud, "Analysis Terminable and Interminable", *Collected Papers*, vol. 5 (Londres: Hogarth Press and Inst. Psychoanalisis, 1950), p. 355.

Atrapado y desamparado, atormentado por sus conflictos internos, el asesino encuentra a su víctima, también plagada de conflictos. En el juego de acciones recíprocas entre atacante y víctima —comparable al jugueteo erótico que precede al acto sexual— pueden quedar al descubierto intenciones y motivaciones, que los protagonistas mismos no comprenden. En lugar de ello, abreaccionan, traducen en actos violentos lo que está escondido, reprimido en sus mentes. Hay un victimario y una víctima, el límite entre ambos durante la victimización es tan vago como la respectiva autoimagen de uno y otro. Entrelazados uno con otro, representan, en todos los niveles de la mente consciente e inconsciente, una corriente de emociones fluidas y transitorias que difícilmente pueden ser descifradas.

He seleccionado para su examen el que para mí ha sido el estudio casuístico que más me ha revelado acerca de un asesino y su víctima. *Tigre era un sujeto complejísimo:* embrollado, pero, al mismo tiempo, analítico; ingenuo y sin duplicidad, pero también ambivalente. Aun cuando se mantenía bajo control daba muestras de violencia y de propensión homicida que extendía a su víctima, a la que acabó convirtiendo en parte de sí mismo, al tiempo en que él se hacía parte de ella.

Ante la complejidad de los sentimientos que envuelve el homicidio, en este lugar he tratado de ir más allá de la forma narrativa utilizada por los medios de información. En lugar de ello, he descrito el *proceso del homicidio* tal como opera en el plano inconsciente. Este oscuro proceso psicológico corre a través de la tortura emocional, desde un extremo del espectro, el masoquista hasta el extremo opuesto, el sadismo; desde la conducta normal hasta la conducta ilógica; desde el territorio del suicidio hasta las fronteras de la locura.

Segunda Parte

TIGRE Y SU VÍCTIMA

Es la vida o la muerte, y entre ambas, en algún lugar, el puente del amor.

1

El caso del hombre que a sí mismo se llamaba *Tigre* comenzó para mí a hora avanzada de cierta noche, cuando recibí la llamada telefónica de un colega, el Dr. Ben Foster. Uno de sus pacientes, un hombre apellidado Mellowbrook, se hallaba en serias dificultades. Estaba detenido en la cárcel, acusado del asesinato de una joven llamada Teddy Gladstone. Mellowbrook supuestamente había cometido el homicidio cuatro días después de haber visitado por última vez el consultorio del médico. El Dr. Foster solamente había examinado a Mellowbrook en dos sesiones, pero presintiendo lo desesperado de su situación, había recomendado su hospitalización. El paciente se había negado. Aunque tuvo que modificar su cargadísimo programa de trabajo, el doctor logró concertar una tercera sesión con el paciente, pero *Tigre* no se presentó a la cita. El Dr. Foster, alarmado, intentó en varias ocasiones comunicarse con él por teléfono, pero sin resultado alguno.

El caso preocupaba al Dr. Foster. La idea de que Mellowbrook pudiese haber estado tramando el asesinato justo en los momentos en que se hallaba sentado frente a él en su consultorio le resultaba demasiado complicada. Me comunicó que había albergado serias sospechas de que el paciente tuviera tendencias suicidas. Generalmente los psiquiatras consideramos al suicidio como un asesinato del ego. La persona obsesionada con el suicidio es menos propensa a cometer homicidio, pues prevalecen sus tendencias autodestructivas, más fuertes; pero, por la misma razón, el individuo que tiene miedo de quitarse la vida es más propenso a matar a otra persona.

El caso de Mellowbrook parecía ser una excepción a esta regla. De alguna manera las piezas no encajaban en el patrón habitual. El Dr. Foster solicitaba mi ayuda. ¿Podía yo, en mi calidad de psiquiatra que había tratado con criminales por más de treinta años, ocuparme del caso? Me aseguró que este caso desafiaba cualquier estereotipo que pudiese haberme formado de la personalidad del asesino. Mellowbrook no era un individuo común: era profundo, inteligente, sensitivo, mesurado y digno. El Dr. Foster consideraba el asunto de

tanta urgencia que deseaba presentarse en mi consultorio lo antes posible. Mellowbrook le había sido recomendado por el amigo más íntimo del paciente, un tal Neil O'Brien, quien había insistido en que el Dr. Foster examinara a Mellowbrook de inmediato, pues éste necesitaba desesperadamente tratamiento psiquiátrico. Al parecer Mellowbrook había intentado atentar contra su persona, pero el Dr. Foster no fue muy explícito al respecto.

Advirtiendo lo avanzado de la hora, el Dr. Foster se disculpó, pero estaba seguro de que yo era la única persona capaz de comprender a un paciente tan complicado. Foster me dijo en broma que, dado que era más de medianoche, al menos podríamos vernos libres de posibles interrupciones y llamadas telefónicas. En todo caso, prometió ser tan breve como le fuera posible y, a pesar de mi cansancio —había asistido esa noche a una reunión psiquiátrica que me pareció interminable—, comprendí que no podía rehusarme.

Estaba intrigado por el análisis inicial del Dr. Foster y por su inquietud. ¿Por qué estaba tan seguro de que éste era tan diferente de un centenar de otros casos similares de homicidio? ¿Qué lo impulsaba a interesarse de ese modo en la suerte de este hombre, de Mellowbrook? La aparente ausencia de serenidad profesional de Foster me sorprendió ligeramente, aunque nuestra profesión con mucha frecuencia provoca angustia tanto en el médico como en su paciente. Nuestra preocupación interior es constante. ¿Cómo se las arreglarán nuestros pacientes durante el intervalo que media entre sus citas con nosotros? ¿Serán capaces de resolver sus problemas? Aun personas en apariencia estables actúan a menundo de un modo totalmente imprevisible, y nuestra profesión implica tratar con personas inestables. Aunque la labor del psiquiatra es con demasiada frecuencia asunto de vida o muerte —estamos en la línea de fuego—, como medida de precaución debemos mantenernos a cierta distancia, aun cuando, como invariablemente sucede, durante el proceso, nuestras emociones se ven profundamente comprometidas. Para ayudar a las personas a liberarse de sus problemas, debemos explorar primeramente sus deseos y temores inconscientes, hasta descubrir lo que realmente las preocupa. Una vez que se ha revelado al paciente su problema, con todas sus facetas difíciles y desagradables, es él quien debe tratar de resolverlo mediante un conocimiento más íntimo de sí mismo. Es

como adiestrar a alguien que ha estado paralítico para que recobre el uso de sus músculos. Algunas veces, poco antes de que concluya la sesión, el paciente arriba a una revelación interior que puede dar un sesgo doloroso a sus emociones. ¿Qué nos asegura que no descargará su confusión, su resentimiento y su angustia contra su madre, su esposa, sus hijos o su jefe, una vez que abandone el consultorio? Nunca estamos seguros de ello. En gran parte debemos descansar en la confianza que tiene el paciente de poder desahogar con nosotros sus reacciones. Debe sentir que puede descargar todas sus ansiedades, resentimientos y frustraciones en *nosotros*, y que se sentirá aliviado al hacerlo. Para amortiguar el impacto, a menudo concertamos sesiones extraordinarias o nos esforzamos por aligerar las tensiones cuando el paciente nos llama por teléfono entre sesiones.

¿Pero qué sucede cuando no regresa más en busca de nuestra ayuda? Supongamos que, al igual que Mellowbrook, no acude a su cita y en lugar de ello comete un asesinato. ¿Qué es lo que dispone a la mente para el homicidio? El sujeto en cuestión estaba huyendo de sí mismo. ¿Era incapaz acaso de aceptar ayuda? ¿Había fracasado con él el tratamiento psiquiátrico? El caso parecía cada vez más intrigante.

Me hallaba dormitando en mi silla cuando sonó el timbre de la puerta. El Dr. Foster entró y me saludó con una vieja broma. "Parece hallarse usted en excelente estado, doctor, ¿cómo me encuentra a mí?" Nuevamente parecía él mismo. Comenzamos a discutir cierta agitada reunión psiquiátrica a la que ambos habíamos asistido hacía dos semanas. Luego nos instalamos en mi consultorio y hablamos del caso de *Tigre*. Comenzó por decirme que el paciente, Tyros Mellowbrook —nombre difícil de llevar—, hombre en sus primeros treintas, había hablado por teléfono a su consultorio en tono suave, incluso mesurado. No había manifestado ninguna contrariedad o enojo cuando no pudo conseguir una cita de inmediato, y estuvo totalmente de acuerdo en posponer su primera consulta por unos cuantos días. El día fijado se presentó puntualmente; al penetrar en la oficina del Dr. Foster se detuvo por un momento a contemplar los cuadros de las paredes y los libros de los estantes. Finalmente tomó asiento en la silla más próxima al escritorio de Foster. Era un joven alto, rubio y bien parecido; boca de labios delgados y sumidos; sus ojos pardos revelaban sensibilidad y penetración.

Comenzó por decir que había estado despertándose alrededor de las cuatro de la mañana y que tenía dificultad para dormirse de nuevo. Era escritor, y en la actualidad trabajaba temporalmente para una campaña política, lo cual detestaba. Su edad, treinta y dos años. Su madre aún vivía; su padre había abandonado a la familia cuando Mellowbrook tenía cinco años. No tenía la menor idea del paradero de su padre e ignoraba si todavía vivía. No tenía hermanos ni hermanas. En la familia no había habido enfermos mentales, hasta donde pudo verificar el Dr. Foster.

Lo que pudo apreciar mi colega en el paciente era que su reserva sombría y su actitud amable, aunque siempre en guardia, reflejaban un excesivo control para reprimir emociones turbulentas. En contraste con su comportamiento aparente, mantenía las manos firmemente apretadas, lo cual indicaba la tensión que debía sentir en su interior. Esas manos denunciaban su angustia y sugerían la lucha interior que libraba por mantener bajo control su ira y su agitación ante situaciones difíciles. Estaba luchando contra sí mismo —y a juzgar por las apariencias, se resistía a dejarse vencer por su depresión—. ¿Se debía esto a su ambición, a su orgullo, o había otra explicación más compleja?

El sexto sentido de Foster, su intuición, le decía que el paciente podía ser un suicida potencial. Aconsejó hospitalización, pero, aunque inicialmente aceptó la recomendación, más tarde Mellowbrook cambió de opinión. Estaba escribiendo un libro, me explicó Foster. "En realidad era todavía un manuscrito. Se llamaba *The Silent Man* (El hombre silencioso). De algún modo, este título me pareció relacionado con su persona, ¡tan reservado y tan difícil de penetrar!"

Mellowbrook conocía bastante de psiquiatría, pero tenía el buen gusto de no sepultar sus pensamientos confusos bajo el camuflaje de la terminología psiquiátrica. Y era tan modesto al hablar de su profesión de escritor que Foster se inclinaba a pensar que tenía talento, tal vez brillante.

"Mellowbrook no sabía en qué dirección lo estaba conduciendo su vida. ¡Estaba tan orgulloso y, al mismo tiempo, tan inseguro de sí mismo! Parecía negarse a permitir que yo le prestase mi ayuda."

"¿Qué dijo de la víctima?"

"Al hablar de ello se mantuvo constantemente a la defensiva. Teddy Gladstone era una joven profesional que tra-

bajaba para la misma compañía que él. Era dinámica, emprendedora y muy talentosa. Mellowbrook estaba reacio a decirme demasiado y habló muy poco de sus sentimientos hacia ella. Sólo la mencionó cuando le pregunté acerca de sus relaciones fuera de la familia. Dijo que se sentía atraído hacia ella. Era hermosa e inteligente —tenaz en sus propósitos— pero de comportamiento imprevisible. Nunca sabía qué esperar de ella."

"Como ya antes dije, *Tigre* se mostraba en extremo reacio a hablar de ella de modo personal. Recuerdo sus palabras: 'Tengo novia y me ama; pero hay obstáculos.' Su elección de las palabras era bastante extraña. 'Obstáculos' me pareció una forma demasiado impersonal para referirse a los problemas de su relación amorosa. Esto demostraba lo cauteloso que era."

"Quieres decir —le interrumpí— que se resistía a las preguntas que consideraba *indiscretas,* particularmente las referentes a Teddy Gladstone." Esto tenía especial interés para mí. Como psiquiatra, me doy cuenta de que me interesa cada vez más por la personalidad y las reacciones de la víctima.

El tribunal nos pide que expongamos nuestro análisis completo del caso, pero luego circunscribe nuestro campo de observación a dos puntos: el estado mental del homicida en el momento del crimen y si está en capacidad de ser juzgado. Y si el tribunal lo considera conveniente, es posible que recurra a otro psiquiatra que discrepe de nuestro análisis. Tanto la prensa como el público propenden a describir a la víctima en términos simplistas: era tan buena y tan hermosa que sólo un loco de atar pudo asesinarla —o tan manifiestamente malvada que es preferible que esté muerta. Quienquiera que sea la víctima, las simpatías se inclinan —y es justo que así sea— en favor de ella. Incluso aquellas víctimas que en vida demostraron cierta maldad adquieren rasgos que las redimen una vez muertas.

Consulté mi reloj. Era más de la una y ambos teníamos por delante un programa de trabajo muy intenso, que se iniciaba a las ocho de la mañana. Le ofrecí a Foster un puro y encendí otro para mí. De pronto le pregunté: "¿Cómo podemos salvar al sobreviviente, en cierto sentido digno de lástima, de su completa destrucción?" Su mirada buscó la mía. Leyó en mis ojos que compartía su preocupación por el *Tigre.*

Por instinto, como profesionales, presentíamos que este caso se apartaba mucho de lo común por su extraordinaria complejidad. Yo tenía la certeza de que aquella iba a ser una larga noche. Me volví al Dr. Foster y le dije: "Es mucho lo que podemos aprender de este caso. Incluso es posible que arribemos a una nueva valoración de la personalidad del asesino y descubramos una nueva forma para exponer el caso de modo que avive el sentimiento humanitario de los tribunales judiciales."

El Dr. Foster se mostró completamente de acuerdo. Reanudó la conversación y me explicó un aspecto interesante de la psique del *Tigre*. Una de las primeras preguntas que había dirigido a su paciente estaba relacionada con su nombre. ¿Se le llamaba habitualmente por su nombre, Tyros, o tenía algún apodo? No, no tenía apodo, había replicado el paciente, corrigiéndole con toda cortesía, sino más bien un *nom de guerre*: el *Tigre*. El Dr. Foster se sorprendió que el *Tigre* fuera tan categórico al referirse a su nombre y lo siguió interrogando:

—¿Qué quiere usted decir con *nom de guerre*?

—Clemenceau, el "Tigre" francés. Fue uno de mis héroes. Yo creo en los héroes.

—Por supuesto —prosiguió el Dr. Foster—, todos tendemos a identificarnos con hombres prominentes.

No pude resistirme cuando le oí decir "Tigre"; comencé a recitar: "Tigre, tigre, ardiente fulgor", y él terminó la estrofa:

> Tigre, tigre, ardiente fulgor
> en las selvas de la noche,
> ¿qué mano, qué ojo inmortal
> pudo trazar tu terrible simetría? *

"Me miró y una leve sonrisa cruzó por sus labios. De pronto comprendí que probablemente el *Tigre* se identificaba con el poema de Blake más de lo que él mismo imaginaba. ¡Qué penetrante significado tenían esas líneas en términos psiquiátricos! Son intensas. Dejé vagar mi imaginación... 'ardiente fulgor' —la pasión de un individuo excepcional. 'En las selvas de la noche' —en un mundo de deseos prohibidos. Y luego, 'terrible simetría'. Era increíble. Parecía algo tomado de *La interpretación de los sueños*.

* "The Tyger", poema de William Blake (1757-1827). [T.]

"Le pregunté de dónde le venía el nombre de 'Tigre'. Me contestó que su madre le había puesto ese apodo cuando era niño. Constantemente le decía que algún día sería poderoso y famoso, posiblemente tanto como Clemenceau. Su padre había abandonado a su madre cuando el *Tigre* sólo tenía cinco años. Ahora estaba sola y deseaba mantenerlo ligado a ella. En el futuro el *Tigre* sería el único hombre en su vida. Su hijo también podría ser un hombre que dejase huella de sí. 'No puede usted reprocharle eso', me dijo. Y en su voz descubrí un tono ligeramente hostil. Como si dijera: 'Ustedes, los psiquiatras, siempre culpan a las madres de todo'."

El Dr. Foster rió, y prosiguió. "Una de las primeras impresiones que tuve del *Tigre* fue que no esperaba recibir mucha ayuda de mí. Se expresaba en tono bastante sarcástico de la psiquiatría, y pensaba que nadie mejor que él podía juzgar lo que le convenía. Por tanto, me abstuve de presionarlo; supongo que me equivoqué."

Foster suspiró. "Espero que te hagas cargo del caso", me dijo mientras se levantaba de su asiento. Dándose cuenta de lo avanzado de la noche, dijo que agradecía le hubiese permitido discutir el caso conmigo. Para un psiquiatra es muy difícil enfrentarse a un nuevo caso, sobre todo cuando se trata de un caso tan delicado como el del *Tigre*. Lo somete a uno a una enorme tensión mental. Yo estaba contento de poder compartir la preocupación del Dr. Foster y de ver lo aliviado que parecía cuando se disponía a abandonar mi oficina.

Por la ventana de mi oficina entraba una leve brisa; pronto llegaría el verano, pensé. Un caso semejante podría prolongarse hasta julio o agosto. ¿Qué pasaría con el viaje a Noruega que mi esposa y yo habíamos planeado con tanta ilusión? El Dr. Foster debió adivinar mi indecisión. "Mi paciente está detenido en estos momentos bajo el cargo de asesinato y sin derecho a fianza. Le he pedido al abogado del *Tigre*, al señor Taylor, que te llame por teléfono."

"Déjame hablar con él antes de llamarte", le contesté. "Tratemos ahora de dormir un poco."

Al día siguiente por la tarde el abogado me llamó. Había estado en el juzgado tratando de sacar a Mellowbrook libre bajo fianza. En tono enfático y ansioso, más afirmativo que interrogativo, me preguntó si deseaba ocuparme del caso.

Siempre que se me pide que actúe como experto profesio-

nal en un caso serio como el de asesinato me inclino a vacilar, a refugiarme tras las páginas de mi extensa y sobrecargada agenda de trabajo. Sería perjudicial para mi práctica privada el comprometerme en un caso semejante. No obstante, habiendo dedicado parte importante de mi vida profesional al estudio de la violencia en los Estados Unidos, confiaba en que podría esclarecer la situación psicológica de Mellowbrook que, por el momento, parecía bastante difícil de dilucidar. ¿Cómo podía evitar preocuparme por un hombre que necesitaba ayuda psiquiátrica? Además, pensé para mí que el estudio de una persona culta e instruida, acusada de crimen violento, me permitiría profundizar en el conocimiento y comprensión de la conducta violenta en general. ¿En qué medida esta violencia —basada en una formación, experiencia y educación diferentes— diferiría notablemente de la que cometen personas menos cultivadas? ¿Los instintos humanos son acaso los mismos en todo hombre?

Le dije al abogado defensor que antes de contestar a su pregunta me interesaba saber por qué, a pesar del cargo de asesinato, confiaba en sacar al *Tigre* de la cárcel libre bajo fianza.

Taylor me contestó que la confesión que había hecho el *Tigre* ante la policía no tenía validez, puesto que, al parecer, la había hecho sin haber sido notificado previamente de sus derechos constitucionales, es decir, su derecho a ser aconsejado por un abogado, su derecho a guardar silencio y su derecho a que se le asignara un defensor de oficio y del hecho de que todo lo que dijera podía ser usado como prueba en su contra.

"Se está usted refiriendo al caso Miranda contra Arizona en 1966", le interrumpí.

"Correcto. Veo que conoce la ley." Taylor continuó y me dijo que a causa de ciertas circunstancias que rodeaban al caso, éste sería presentado al gran jurado próximamente.

Al preguntarme si estaba dispuesto a atestiguar pericialmente ante el gran jurado respecto a la posibilidad de que el *Tigre* tuviese perturbadas sus facultades mentales, le contesté que no podía decirlo, porque todavía no lo había examinado. Más aún, si su cliente era considerado loco y no responsable criminalmente de su delito, el tribunal le ordenaría someterse a observación psiquiátrica en el hospital de la ciudad.

"¿Cuándo puedo verlo?", me preguntó el abogado. "Se trata de un caso de *urgencia*." Subrayó la palabra.

"Está detrás de las rejas. No puede escapar, ¿o *sí*?", le pregunté en son de broma.

"Uno nunca sabe, doctor. Este hombre necesita ayuda urgentemente, es decir, ayuda psiquiátrica."

Al Taylor vino a verme al día siguiente. Era un hombre alto, bien parecido, un poco mayor de treinta años; vestía un traje oscuro y discreto, y sobre las mejillas llevaba largas patillas a la moda. El día anterior, mientras hablaba con él por teléfono, pensé que se comportaba de un modo excesivamente amigable y ahora, cuando avanzaba en dirección a mi escritorio, tuve la impresión de que su sonrisa era un tanto demasiado amable. Pronto comprendí la razón. Era joven y carecía de experiencia. Su comportamiento era un recurso para ocultar su inseguridad. Pero ¿no lo había visto antes en alguna parte?

¡Ah, sí! Recordaba haber visto su rostro años antes en ocasión de observar a los participantes de un prolongado juicio, mientras esperaba mi turno para testificar. Por aquellos tiempos desempeñaba todavía un puesto auxiliar como ayudante de un prominente abogado penalista. Era uno de esos jóvenes que frecuentan los tribunales y se pasan el tiempo murmurando y recogiendo papeles con la esperanza de causar algún día una buena impresión en el juez.

Al leer la tarjeta que me había entregado vi que ya se había independizado y que posiblemente su exuberancia se debía a que el de Mellowbrook era uno de los primeros casos de su carrera. Un pensamiento cruzó mi mente: ¿qué experiencia legal podía aportar al caso? ¿Iba a ser necesario que le impartiera un curso intensivo de criminología psiquiátrica, como tantas veces hube de hacerlo antes?

Me interesaban las observaciones de Taylor sobre Mellowbrook. Me dijo que estaba inquieto por la desorientación que manifestaba su cliente. Tenía la impresión de que el hombre estaba loco, ya fuese temporalmente o... Pero tales decisiones se las dejaba a un experto como yo. "Sin embargo", reiteró, "¿no sería muy probable que estuviese loco, doctor?"

Sonreí. "Los abogados siempre tratan de decirme, desde el principio, de qué lado va a caer la moneda. No es tan fácil. Esa desorientación de que usted habla bien puede indicar simplemente que el hombre está perfectamente consciente de

su situación, de la significación de su acto —es decir, si en realidad es culpable. En otras palabras, su actual desorientación, por extrema que parezca, paradójicamente podría probar que está sano y comprometerlo peligrosamente. Debo advertirle que, aun en el caso de que yo pudiere demostrar que está loco, él puede negarse a que usted lo declare tal. He presenciado casos en que el reo prefirió la muerte a un veredicto de locura."

"No me ha sido posible todavía comunicarme con el fiscal", me contestó. "No sé cuáles son sus planes. Extraño caso, sin duda, pensé. El *Tigre* supuestamente asesinó a la mujer que amaba, luego se asustó y huyó. No parece ser un homicidio premeditado, no hasta donde puedo juzgar. Yo creo que estaba loco. ¿No lo cree usted así, doctor?"

"No sé. Todavía no lo he examinado a fondo. Debe usted recordar que no todos los asesinos son insanos —psicóticos." Si respondí a Taylor con tanta brusquedad fue porque, como la mayoría de los abogados con que he tratado, deseaba colocar al *Tigre* dentro de una categoría legal perfectamente definida. Evidentemente deseaba que estuviese loco y que, como tal, no fuese considerado criminalmente responsable del asesinato. De otro modo, lo menos que podía esperar era purgar una condena en prisión. Pero a Taylor el caso le parecía ordinario.

No obstante, el abogado insistía en que el *Tigre* debía haber obrado fuera de sus cabales. "¿Acaso puede darme mejor explicación?"

Le contesté que, evidentemente, no podía contestar a su pregunta hasta haber examinado a Mellowbrook. Si lo que deseaba era un psiquiatra que atestiguara categóricamente que su cliente estaba loco al cometer el homicidio, yo no era la persona que buscaba. Mi testimonio estaría fundado en las circunstancias que rodeaban al crimen, y para ello necesitaba conocer muchos hechos de la infancia, juventud y vida adulta de Mellowbrook. Entonces, y solamente entonces, podría decir con alguna certeza qué clase de persona teníamos frente a nosotros y qué perturbación pudo o no pudo haber sufrido que hubiese influido en su acto violento.

"Evidentemente", asintió el Sr. Taylor, "primero tiene que examinar al acusado. Pero recuerde que yo soy su abogado y tengo que defenderlo. Francamente, doctor, yo creo —mejor dicho, deseo— que la fuerza de la defensa descanse en el

testimonio psiquiátrico, aunque, por supuesto, no puedo atenerme exclusivamente a ello; tengo mi propia labor que desempeñar. En la escuela de derecho tuve un profesor que nos decía que, después de leer el informe del psiquiatra, era muy posible que creyéramos conocer al cliente mejor que a nuestros padres o hermanos, pero que, finalmente, nos veríamos forzados a hacer caso omiso de la mayor parte del dictamen, en virtud de las restricciones legales".

Comenzó a relatar los pasos preliminares, los pequeños legalismos que habían precedido el arresto de Mellowbrook y que, con toda propiedad, podían señalar el camino a su destrucción. Este caso podía llegar a ser sensacional. No sólo la joven asesinada era extremadamente fotogénica, sino, además, bastante conocida en su medio. En varias ocasiones se había ligado su nombre con los de hombres importantes en los negocios o en la política. Taylor señaló que demasiada publicidad en torno al caso podría perjudicarnos e incluso inclinar desfavorablemente el ánimo del tribunal.

Le dije a Taylor que esta forma de pensar ponía de relieve la diferencia que existía entre el abogado y el psiquiatra. "Como psiquiatra sólo puedo aclarar los hechos del caso auxiliado por mis interpretaciones. En mi profesión, los llamados 'hechos' incluyen todos los sentimientos inconscientes del *Tigre*, sus fantasías, deseos, ilusiones y odios; sus aspiraciones y sus temores; en suma, todos los elementos que contribuyeron a hacer de él el hombre que es en la actualidad. Y luego viene el homicidio en sí."

"Si desea usted mi opinión", me dijo el abogado, "el *Tigre* es un producto de nuestro tiempo, de la violencia que priva en nuestra sociedad. Siempre hemos sido un pueblo sin ley, y tal vez más anárquicos ahora que en épocas anteriores de nuestra historia."

"Si vamos a hablar de generalidades", repuse, "debemos recordar que el pasado norteamericano estuvo plagado de violencia. Por ejemplo, piense en la violencia ejercida contra los indios y los españoles en Florida, en la violencia del Ku Klux Klan, en los vigilantes de nuestras fronteras, en los disturbios raciales que se han extendido a todas las ciudades del país. La tasa de nuestros homicidios es más elevada que la de cualquier otro país civilizado del mundo. Si usted piensa que nuestro clima social moviliza nuestros impulsos asesinos, tiene mucha razón; pero como abogado, Al, usted

sabe muy bien que la ley debe ser mantenida por encima de todo, nos guste o no. Por otra parte, no sería prudente que nos aferrásemos a la tradición al grado de impedirnos evolucionar de acuerdo con los nuevos descubrimientos psiquiátricos y científicos sobre la conducta humana. Para arribar a un verdadero sentido de justicia es preciso que investiguemos toda la gama de nuestras emociones en busca de respuestas que den razón de nuestra conducta violenta, que va mucho más allá de lo evidente. En un caso no todo está perfectamente definido; todos los colores tienen múltiples matices."

"Y usted, doctor, debe distinguir todos esos matices", me dijo Taylor, sonriente.

"Exactamente", le respondí, "y eso requiere tiempo y esfuerzo."

"¿Y cuál piensa usted que será el color resultante, el verde?"

"Sea verde o azul", repliqué, "lo que usted desea es que lo tranquilice. En eso es usted igual a todos los abogados —o a cualquier otro profesional, incluyendo al psiquiatra. Todos deseamos estar seguros de obtener un resultado satisfactorio. Respecto al *Tigre*, no puedo —ni puede nadie— garantizarle un resultado favorable. Yo sólo puedo esperar descubrir la prisión de su mente".

"Lo comprendo, doctor, pero es tanto lo que está en juego... el futuro de un hombre, su bienestar."

"¿Y qué me dice usted de la mujer cuya vida terminó tan repentinamente?", le interrumpí. "En efecto, el jurado pensará en el matador, pero también tendrá presente a la víctima. ¿Qué sabe usted acerca de ella?"

"Bien, primero déjeme decirle que ahora se le está practicando la autopsia para averiguar la causa de su muerte, y que tendremos los resultados en unos cuantos días... Tenía treinta y pocos años, trabajaba en relaciones públicas; le iba bastante bien. He visto su retrato y tenía toda la apariencia de una modelo —alta, morena, hermosas piernas. Es curioso, no puedo recordar su rostro con exactitud; en fin, parecía inteligente. Recuerdo que tenía ojos grandes, penetrantes, y pómulos salientes. Daba la impresión de ser muy despierta. En realidad era muy atractiva."

"¿Tiene algún retrato de ella?"

"No, no lo tengo, doctor, pero Neil O'Brien —un amigo de

ellos— me lo puede conseguir. Parece que se trata de un asunto de amor y odio."

"El homicidio es siempre un acto entre el asesino y su víctima", repliqué. "Para mí es indispensable estudiar al *Tigre*; pero también es muy importante contar con tanta información como me sea posible en relación a la víctima, la muerta. Su apellido era... ¿Gladstone?"

"Sí, así es, Teddy Gladstone."

"Teddy —repetí—, y el nombre de él es el *Tigre*. Ambos nombres tienen la misma letra inicial. Muy interesante."

"Neil me dijo que era una mujer muy segura de sí, dedicada en cuerpo y alma a su carrera."

"En otras palabras, era una persona resuelta a lograr sus fines."

"¿Es así cómo define usted a las personas que sólo se preocupan por su carrera, doctor?"

Asentí. "¿Cómo se descubrió el homicidio?"

"El encargado del edificio comenzó a sospechar al no ver a Teddy en varios días. Los periódicos estaban apilados afuera de su puerta y nadie contestaba el teléfono. Luego, cuando uno de los inquilinos se quejó de un olor peculiar, penetró en el departamento utilizando su llave maestra y descubrió el cadáver sobre la cama. La habitación se hallaba en completo desorden. Los cojines del sofá estaban esparcidos por el suelo y había vasos vacíos sobre la mesa. Llamó a la policía y a la Sección de Homicidios. Al principio se sospechó del encargado y se le sometió a interrogatorio, pero parece que tenía una coartada. No obstante, pudo hacer la descripción de dos individuos que había visto en compañía de la víctima. Uno de ellos tenía el pelo rubio y rizado y usaba lentes —no era muy bien parecido, apenas más alto que ella. Luego los detectives llamaron a Petterson y Schatz, la firma para quien trabajaba Teddy, donde les informaron de un tal Mellowbrook. Como la descripción de éste correspondía a la de uno de los amigos de Teddy, lo detuvieron para interrogarlo. Usted pensará que ahí terminó todo, doctor, pero no fue así. La policía es sumamente astuta. Vigilaron la casa de Teddy y cuando vieron penetrar a un joven en el departamento usando su propia llave, lo arrestaron. Así pues, la policía tiene ahora en su poder a dos principales sospechosos.

El otro sujeto —creo que se apellida Clark— pudo com-

probar todos sus movimientos a partir del sábado, pero de todas maneras lo encerraron y pasó la noche en la cárcel. Esa misma noche interrogaron a Mellowbrook. Le ofrecieron el café y los emparedados acostumbrados y después algunos cigarrillos."

"Nada de 'repostería danesa', por lo visto —interrumpí—. Al parecer lo tenían con el agua al cuello y no tuvieron que recurrir a métodos más persuasivos. Pero, bromas aparte, ¿confesó el crimen?"

"Sí, eso fue lo que me dijo el fiscal. Como usted sabe, se le acusa de asesinato".

"¿Disponía el *Tigre* de algún abogado cuando fue interrogado? Según me dice, es muy inteligente y debió estar al tanto de sus derechos constitucionales. Con toda seguridad, la policía debió notificarle sus derechos y advertirle que todo lo que dijese podía ser usado como prueba en su contra."

"Todo fue muy extraño", me contestó Taylor. "Casi increíble. La policía le asignó un defensor de oficio, pero durante el interrogatorio este abogado tuvo que ausentarse para atender otro caso, y fue entonces cuando, según me informa el fiscal, Mellowbrook se declaró culpable del homicidio."

"¿Sin que estuviese presente el abogado?"

"Así es."

"¿Pero acaso no necesitaba la policía una orden de allanamiento para registrar el departamento de Teddy?", comenté.

"No, el cadáver era prueba suficiente." Taylor guardó silencio. Luego dijo, "el caso se presentará ante el gran jurado con el fin de dictar el auto formal de acusación."

"¿Pero él puede eludir la investigación del gran jurado, no es así?", inquirí.

"Así es —repllicó Taylor—. Podría ser acusado formalmente si confiesa el homicidio sobre la base de la información del oficial de policía que formuló los cargos y, además, si sometido a interrogatorio verdaderamente cuidadoso, da respuestas coherentes en relación con las circunstancias del crimen y demuestra haber comprendido lo que hizo. Si tal fuere el caso, efectivamente, podría evitar el presentarse ante el gran jurado."

Después de una pausa, continuó. "Pero para que se le pueda mantener detenido es preciso que sea acusado formalmente, especialmente en vista de que asegura que su confesión fue hecha bajo coacción y coerción y que no se hallaba

representado por un abogado. Por otra parte, en un caso de esta índole, en que la persona es acusada de asesinato con agravantes (asesinato en primer grado), el gran jurado deberá entrar en acción de inmediato y acusarlo formalmente del crimen con el fin de retenerlo en prisión."

"¿Y usted pensaba en un principio que, debido a ciertas circunstancias especiales del caso podía sacarlo libre bajo fianza?"

"Así es, doctor, siempre existe esa posibilidad, si bien es muy remota —reconoció el abogado—. En todo caso, por lo que he visto de él, es un individuo fuera de lo común —un hombre interesantísimo. A pesar de su desorientación, parecía comprender todas mis preguntas."

"¿Sabe si estaba ebrio o bajo los efectos de alguna droga cuando cometió el homicidio?"

"No, no lo creo —replicó Taylor lentamente—. Sin embargo, el encargado del edificio donde vivía la señorita Gladstone, me informó que, en cierta ocasión, Mellowbrook se había comportado de un modo que bien podría describirse como 'insanamente violento'. Trató de echar la puerta abajo y provocó un escándalo terrible. El encargado llegó corriendo y le rogó que se marchara, que fue lo que hizo, y en forma bastante apacible. Se me ocurre, doctor, que quizá sufra episodios psicóticos, o ataques o algo por el estilo. ¿No cree usted?"

"Eso dependería del informe médico, y no olvide la posible provocación que tal vez residía tras esa puerta. Por ello necesito saber más sobre la víctima, casi tanto como respecto a su cliente."

"Debo decirle, doctor, que el *Tigre* afirma no recordar nada de lo ocurrido la noche en que murió la joven."

"¿Quiere usted decir que sufre de amnesia?"

"Sí, algo por el estilo", replicó el abogado. "Ahora bien", prosiguió, "en cuanto a los honorarios de usted, debo decirle que el *Tigre* cuenta con algún dinero. Por otra parte, una tía suya murió hace unos meses y en cuanto se legalice el testamento recibirá todavía más. Aunque usted sabe muy bien, por supuesto, que si el acusado fuera indigente, el estado le pagaría a usted una bicoca."

No pude menos que sonreír al escuchar su última observación. "¿Así pues, me quiere dar a entender que por razones humanitarias estoy obligado a aceptar el caso?"

"Eso es más o menos lo que quise decir", me contestó.

"Pues bien —le dije—, me encargaré del caso."

"Gracias —el abogado parecía aliviado—. Sabía que aceptaría."

Le contesté: "Yo no."

2

INDUDABLEMENTE, el caso del *Tigre* se había convertido en una preocupación constante para mí. El segundo paciente que atendí en la mañana del viernes siguiente era una joven talentosa y desconsolada de veintitantos años que acababa de pasar por una relación traumática con un hombre casado. Justo cuando se disponía a salir de mi consultorio, de improviso se detuvo y me preguntó: "¿Es posible justificar el homicidio, doctor?" La pregunta me desconcertó por un momento, pero le contesté que la cuestión estaba posiblemente relacionada con la terminación de la sesión —la angustia de la separación. Añadí que existían mejores métodos para resolver un conflicto emocional y le aconsejé que abordara el mismo problema en la próxima sesión.

Mientras ella cerraba la puerta tras de sí pensé en Mellowbrook. Yo tenía la seguridad de que la paciente que acababa de salir era incapaz de realizar un acto tan dramático y destructor como el homicidio, pues se mantenía en buen contacto con su ambiente. Me llamaba siempre que algo la contrariaba o deprimía intensamente, a veces para solicitar sesiones extraordinarias; por otra parte, dormía bien por las noches, signo desde luego importante.

Mis pensamientos regresaron nuevamente al *Tigre* y a Teddy. ¿Qué fuerzas habían obrado para determinar el papel que cada uno de ellos había representado finalmente: homicida o víctima? Comprendí que por el momento mi pregunta era puramente académica; no obstante, esta incertidumbre ocupaba mi mente y me planteaba la cuestión obvia: ¿Qué factores deciden quién llegará a ser víctima y por qué muchos se salvan de sufrir tal destino?

Alguien ha dicho que la probabilidad de ser víctima de un homicidio viene a ser del mismo orden que sacar el premio mayor en una lotería de un millón de dólares. Pero en vista del constante incremento del número de homicidios, he comenzado a creer que la situación ha cambiado radicalmente. Se nos informa que la proporción de las víctimas de homicidio en nuestras grandes ciudades es de una por cada diez mil habitantes. De acuerdo con todo lo anterior, *podríamos* concebir a Teddy como un simple dato estadístico —como esa

persona entre diez mil a quien estadísticamente correspondía ser asesinada.

Interrumpió mi meditación la llamada de mi secretaria por el teléfono interior. Al Taylor, el abogado defensor, deseaba hablar conmigo. Le había comunicado al fiscal que, en virtud de que existían ciertas dudas respecto al equilibrio mental del *Tigre*, se me había designado perito psiquiátrico para que lo examinase. Me rogaba que me apresurase, ya que el fiscal deseaba enviar al acusado al hospital psiquiátrico de la ciudad para que se le sometiera a observación. "Conseguí que pospusiera el traslado para que usted pudiera examinarlo de inmediato. En estos momentos envío un mensajero con una copia de la carta que he dirigido al juzgado, en la cual nombro a usted psiquiatra en el caso. Es urgente."

Le contesté al abogado que iría a la prisión tan pronto como terminara de atender a mis pacientes.

Como cualquier otro ser humano, el psiquiatra tiene sus propios y peculiares modos de reacción inmediata al encuentro de un extraño. Muchos consideran infalibles las primeras impresiones. La forma en que una persona reacciona ante otra es a menudo instintiva, y en sus reacciones intervienen muchos factores —visuales, auditivos, incluso olfativos— que integran la impresión inicial. De modo instintivo capta la expresión del ego total del desconocido y percibe sus reacciones ante el encuentro y la situación. El indumento también revela a la persona: esmerada o desaliñada, elegante o andrajosa; a esto hay que añadir los indicios que revela el apretón de manos, la expresión facial o la voz.

En esta reacción inicial intervienen también los recuerdos, la comparación con personas a las que conocimos en pasadas ocasiones. ¿No se parece este desconocido un poco al tío Ed? El tío Ed era amable. Luego, es muy posible que este desconocido también lo sea. O bien, nos recuerda a aquel muchacho pendenciero que conocimos en la escuela y que golpeaba a todo mundo; por tanto, tal vez deberíamos desconfiar de él. En último término, y casi siempre inconscientemente, guiados por cierta especial intuición logramos colocar en adecuada perspectiva todos los elementos del caso.

El psiquiatra debe esforzarse por retener esta perspicacia especial en cada encuentro con sus pacientes. Debe mantenerse extraordinariamente sensible a ellos y cristalizar toda su capacidad, innata o adquirida, en dos cuestiones axiles:

¿Qué desea de mí este extraño? Y en seguida —cuestión aún más apremiante: ¿Qué puedo hacer por él?

El abogado defensor, a quien consideraba agudo observador, me había dado la impresión de que Mellowbrook era una persona obstinada. ¿Sería acaso un individuo rígido, un tanto idealista y de estrechas ambiciones? Por ejemplo, ¿buscaría cierto tipo de mujer, y sería este tipo el único capaz de satisfacer a su ego? Si esta línea de indagación era la correcta, comprendí que primeramente debía dedicarme a descubrir la naturaleza de la muchacha en cuestión. Ahora bien, ¿ella, por su parte, había sentido la misma necesidad por determinado tipo de hombre? La dinámica de una relación emocional es sutil, con frecuencia sádica y masoquista. ¿Iba a ser éste un caso bien definido de victimología? Y de serlo, ¿cómo podía presentarlo ante un tribunal judicial, ya que el caso no parecía ajustarse a los precedentes establecidos por el derecho penal? Sin embargo, por el momento, este problema parecía bastante remoto. Por ahora tenía una preocupación mayor: el *Tigre*.

Siempre he odiado las prisiones. Los muros altos, desnudos e implacables; las interminables crujías cercadas por gruesos y helados barrotes de hierro siempre han provocado en mí una impresión aterradora. Pocas personas comprenden plenamente lo que significa verse privado de la libertad. Sólo aquellos que alguna vez han estado encarcelados pueden comprender realmente el efecto devastador que tal situación causa sobre la mente. Permanecer encerrado en una celda sin posibilidad de salir de ella, verse obligado a levantarse a una hora determinada por la mañana, observar un estricto reglamento que marca la hora de comer o de dormir, sentirse reducido a ser un simple número, son cosas todas que hacen del individuo algo inferior a un ser humano.

Por supuesto, cuando establecimos nuestras leyes y edificamos nuestras prisiones dejamos con ello definido lo que a cada ciudadano le está permitido o prohibido hacer. Si un individuo ha transgredido la ley o ha cometido un delito debe ser castigado. Y ésta es la razón para edificar prisiones. Establecimos condiciones que habían de cumplirse tras los muros de ladrillo como medida de precaución contra los criminales peligrosos y hemos terminado por creer que todos aquellos que transgreden la ley son peligrosos.

En la actualidad, si bien a paso lento, siempre demasiado lento, ya hemos comenzado a modificar nuestra actitud respecto al encarcelamiento de los delincuentes, pero todavía seguimos recluyendo a nuestros semejantes en prisiones, sean peligrosos o no, incluso a quienes sólo han sido acusados de algún delito por el cual aún no han sido condenados. Cuando los encarcelamos lo que hacemos es suspenderlos como personas. Interrumpimos todas sus actividades habituales. Aplazamos su vida para un tiempo futuro, si es que algún futuro les dejamos.

El centro penitenciario municipal es una mole imponente, de unos veinte pisos de altura y con largas hileras de ventanas guardadas por barrotes. La fortaleza —como la bauticé hace mucho tiempo— tiene una apariencia aborrecible, que resulta aún más amenazante cuando el cielo se oscurece y rodea al edificio de espesa niebla, como era el caso la tarde de aquel viernes cuando me aproximaba a él.

Toqué el timbre incrustado en la puerta de sólido concreto. Se abrió una mirilla y un guardia de rostro delgado y mandíbula prominente me examinó de arriba a abajo. Extendió la mano para tomar mis documentos de identidad: la carta de presentación del despacho del abogado defensor y la orden judicial. Los revisó detenidamente y oprimió el timbre que abría la puerta. Penetré en el vestíbulo, donde el mismo individuo me registró, examinó mi portafolios y lanzó una mirada suspicaz a mi grabadora. Me condujo ante un escritorio, donde firmé el libro de registro de visitantes.

"Es usted psiquiatra, ¿no es así?", me preguntó, al mismo tiempo que me apuntaba con su mentón. "Debería usted *ver* la clase de locos que tenemos aquí. Algunos son auténticos, pero la mayoría son unos farsantes, si quiere que le dé mi opinión. Piensan que de ese modo lograrán evadir su condena." Luego tomó un teléfono y en voz baja le dijo a alguien que enviara abajo a Tyros Mellowbrook, de la crujía 11.

Esperé hasta que escuché el ruido de una puerta y en la distancia distinguí a un hombre que avanzaba con lentitud. Aunque era más alto de lo que yo había imaginado, su camisa le venía grande. Tenía las mejillas hundidas y parecía caminar sin rumbo fijo. Dio vuelta y se metió a un cubículo que quedaba fuera de mi vista. Otro ruido de puertas. Ahora era mi turno. Caminé hacia la derecha y entré en un pequeño

cuarto que estaba separado de los cubículos destinados a las entrevistas por una ventana que se elevaba hasta la mitad del muro. A excepción del cuarto en que había entrado, todos los demás se hallaban ocupados.

Mientras observaba al *Tigre* pasearse dentro del cubículo, éste se detuvo y se volvió a mirarme con ojos penetrantes. Desde un principio comprendí que frente a mí se hallaba un hombre con dignidad. Yo lo miraba del modo más discreto posible, en tanto sus ojos, de color pardo oscuro, enmarcados por unos lentes de aros metálicos, no se apartaban de mí. La combinación de aquellos ojos pardos y su pelo rubio era impresionante. Su boca era grande y denotaba determinación. No parecía deprimido. La expresión de su rostro parecía casi fija, como si llevase una máscara. Presentía que deliberadamente trataba de dominarse para comportarse ante mí con dignidad. Tras de su fachada, yo sentía esa desconfianza que nace de la soledad y se nutre de ella.

Ambos esperábamos a que el otro comenzara a hablar. Él mantenía el brazo enganchado en el respaldo de su silla. Me pregunté si no era éste un ademán significativo, revelador de la tensión que le producía el hecho de sentirse atrapado. De pronto, su expresión cambió. Sus manos, bien formadas, con largos dedos de artista, parecían pender sin vida. ¿Era posible acaso que su acto fatídico hubiese agotado toda su energía emocional? ¿Se sentía libre al fin del efecto corrosivo de la ira que había reprimido desde su infancia? Mientras lo contemplaba, pensé en un niño prudente, enfermo que manifiesta cierta mágica sabiduría cuando despierta por la noche y desea hablar con alguno de sus padres. Al parecer estaba intrigado por ver lo que yo haría.

Me presenté y le dije que debía hacerle algunas preguntas sencillas con el fin de orientarme. Por supuesto, eran preguntas a las que podía contestar con facilidad. En lugar de responderme se volvió a contemplar la pared en actitud defensiva. Le dije que iba a ser muy difícil para él hablar de lo sucedido, pero que cuanto más pudiera decirme de su persona, de su vida, y de su infancia, mayor sería la ayuda que yo —y otras personas— podríamos prestarle. Yo trataba de evitar darle la impresión de que lo presionaba.

Inicié mi interrogatorio. ¿Recordaba haber consultado a algún psiquiatra, al Dr. Ben Foster? Asintió casi imperceptiblemente. Le dije que el Dr. Foster había sugerido que me

encargara del caso, conociendo mi considerable experiencia en los tribunales, especialmente en casos de homicidio. Deliberadamente utilicé la palabra "homicidio" y la pronuncié con toda claridad con la intención de medir sus reacciones. No pude apreciar reacción alguna.

¿Tenía que hacerme alguna sugerencia? Hablando más para sí que conmigo y con voz sin inflexión alguna, me contestó: "¿De qué serviría?"

"Puede ayudar a que usted y el tribunal aclaren lo ocurrido; yo entiendo su reticencia para hablar del asunto, pero ésta es la única esperanza que le queda."

No contestó.

"Si no hay comunicación entre nosotros, poco será lo que pueda hacer por usted. Debe existir alguna razón para su silencio. ¿Es usted fatalista?"

"Apuesto a que el abogado desea que declare que estoy loco", dijo con cierta brusquedad. Luego su voz se normalizó y se hizo distante, como si hablara desde lejos. "Creo que lo que Taylor desea es que yo comience a echar espuma por la boca, a golpearme la cabeza contra la pared o algo por el estilo; pero no tengo ninguna intención de hacer cosa semejante. Hace mucho que tengo decidido no volverme loco, ¡jamás me permitiré acabar loco! Las personas pueden controlar su locura."

"Dígame, ¿cómo pueden hacerlo?", le pregunté suavemente.

No respondió.

Me sorprendió que Mellowbrook pudiese pensar que el hombre era capaz de ejercer tal control sobre sus sentimientos y que al parecer tuviese tanto respeto por su capacidad para dominar sus emociones. Esto evidenciaba el poco conocimiento que de sí mismo tenía.

Siguió un prolongado silencio durante el cual ninguno de los dos habló. Encendí un puro. Le dije que esperaba que no le molestara que fumara. El *Tigre* se concretó a mirarme.

"Usted y Freud con sus puros", dijo de pronto. "Él tenía que demostrar su potencia —y usted lo imita."

Preferí no responderle.

El *Tigre* se refugió en sus pensamientos. No me quedaba otra cosa que hacer sino esperar. Era importante para mí, como para él, que reconstruyéramos todos los sucesos que habían conducido al homicidio, como asimismo lo ocurrido en el momento del crimen y después de éste. ¿Cómo se ha-

bía comportado *después* del homicidio? ¿Lo había visto alguien poco antes o poco después de la muerte de Teddy? Yo *tenía que ser* a la vez detective y psiquiatra: descubrir la realidad interior de las emociones, la realidad exterior de los hechos, los actos y su secuencia en el tiempo. Era imprescindible descubrir de la mejor forma posible lo que había sucedido al *Tigre* entre el sábado —la noche del crimen— y el martes, el día en que había sido arrestado. El éxito de un psiquiatra o de un abogado ante un tribunal depende en gran medida de lo informado que esté del caso. Si hasta la fecha he logrado un éxito relativo, se debe principalmente a que siempre me he esforzado por conocer incluso aquellos hechos que a primera vista carecían de importancia.

Me puse a estudiar el rostro del *Tigre*. Parecía cansado. Mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Hay que dejarlo dormir, pensé. Dejarlo escapar. Súbitamente abrió los ojos. Eran profundos, oscuros, insondables. "No puedo controlar el curso de los acontecimientos", musitó. "¿No debería uno ejercer un control razonable sobre sus acciones?" Levantó la cabeza, miró a su alrededor y, por primera vez, pareció reparar en mi presencia. Se me ocurrió pedirle que se quitara los lentes. ¿Eran sus ojos desiguales en tamaño? En efecto, su ojo derecho parecía más grande que el izquierdo. El ojo derecho era tranquilo, el izquierdo, inquisitivo. Me vino a la memoria lo que Ibsen llamaba "el terreno del rostro". Su rostro era irregular; el pómulo izquierdo, más pronunciado que el derecho, levantaba la ceja izquierda y hacía que la frente pareciera menos curva de ese lado. La línea de su boca se curvaba imperceptiblemente hacia la izquierda. Como médico, examinaba con la más aguda atención su configuración física. La posibilidad de una ligera lesión cerebral cruzó por mi mente. Más tarde verificaría esa posibilidad. Aunque se daba cuenta de que lo estaba observando, aún parecía preocupado, absorto en sí.

"Me dicen que he estado intimidando a la gente..." En seguida, como si se le acabase de ocurrir: "lo que más temo es perder mi libertad".

"¿*Ha* intimidado a alguien en especial?", le pregunté.

"No me agrada discutir cosas sin importancia. Detesto a quienes gustan de hablar por hablar. La gente piensa que soy cauteloso; pero la verdad es que no sirvo para conversaciones triviales. Por supuesto, como soy tan reservado, algunas

veces asusto a las personas. Se dan por ofendidas. Si a eso llama usted intimidación, estoy de acuerdo."

El *Tigre* se reclinó en su silla contra la pared. Con los ojos cerrados, dijo: "Por mucho que lo nieguen, a los hombres les gusta ver llorar a las mujeres. Eso los hace sentirse superiores."

"¿Por qué?"

"Cuando una persona humilla a otra está tratando de sentirse más grande y más importante que el otro individuo."

Por lo que me daba cuenta, el *Tigre* estaba refiriéndose a sí mismo. Sospeché que comunicarme con él iba a ser labor muy difícil.

El método que seguía para examinarlo era el mismo que utilizo siempre que un paciente o un acusado se mantiene en guardia y reacio a darse a conocer. Lo llamamos método de anamnesis de asociaciones libres, y estimula al entrevistado a expresarse con entera libertad y decir todo lo que acuda a su mente —pensamientos relacionados con su propia persona, con su familia, alguna experiencia que haya sufrido, sus aspiraciones, sus deseos, sus temores o sus fantasías—; en suma, todo aquello que pueda recordar.

El método consiste en pedir al paciente que describa sus experiencias sin que el examinador lo entere de lo que desea saber de él. Siempre que sale a relucir un detalle que alude a sus sentimientos se le ruega que lo explique con mayor amplitud. Al estimularlo para que hable sobre asuntos relacionados con sentimientos o actitudes que previamente no habían sido revelados durante la entrevista, el psiquiatra puede lograr que se descubra el fundamento consciente o inconsciente de la conducta del interrogado. Si utilicé esta técnica de anamnesis de asociaciones libres fue porque comprendí que el *Tigre* no era el tipo de persona capaz de descubrir sus pensamientos a un extraño. En ningún momento había solicitado mi compasión; advertí que se resistía a confiar en mí —o en cualquiera otra persona. No dejaba de admirarlo por conservar el sentimiento de su dignidad a pesar de lo desesperado de su situación. Pero aunque no se quejaba, inspiraba piedad, ya que parecía poco o nada consciente de lo difícil de su situación.

El psiquiatra llega a conocer de un enfermo mucho más de lo que éste sabe de sí mismo. Algunas veces, este conocimiento es doloroso para el psiquiatra.

No obstante, la anamnesis por asociaciones libres tiene ciertas limitaciones. Para que dé resultado es preciso que el paciente adopte una actitud positiva hacia el médico, única manera de que la relación emocional entre ambos —la transferencia— resulte fecunda. Sospeché que la actitud del *Tigre* hacia mí era ambivalente, aunque todavía era prematuro afirmarlo con seguridad.

El *Tigre*, obviamente refiriéndose a sí mismo, acababa de afirmar que cuando una persona menosprecia a otra, lo que hace es tratar de ser más importante de lo que es en realidad. En ese momento comprendí que debía esperar a que siguiera hablando. No había otra alternativa. Así pues, nos mantuvimos sentados sin decir palabra, el *Tigre* con los ojos cerrados y yo mirando al vacío.

Después, un tanto descuidadamente, el *Tigre* dijo: "Hasta ahora no he dicho mucho y sé que voy a tener que hablar. Pero no hay un comienzo —sólo un fin."

"¿Por qué no tratamos de poner cierto orden en las cosas?", le dije, temiendo que mis palabras no fuesen lo suficientemente convincentes. "No disponemos de tiempo suficiente para esperar a que usted se comunique conmigo. Por supuesto, nadie puede obligarlo a hablar. Pero creo que si habla conseguirá aliviar ese peso que lo agobia. ¿Por qué no abre los ojos? Lo que necesitamos es un abridor de ojos", le dije, poniendo a prueba su sentido del humor.

El *Tigre* levantó la cabeza, me lanzó una mirada inquisitiva, y me preguntó: "¿Doctor, soy un esquizoide?"

"Ese término no tiene sentido", le contesté. "¿La cuestión es saber hasta qué punto una persona es esquizoide? ¿Qué significado tiene para usted el término 'esquizoide'?"

"Pongo en duda mis propias opiniones, es algo que hago constantemente. Comprendo que la violencia es inmoral. Sin embargo, creo en la revolución violenta. Podría yo decir que se trata de hostilidad y agresión, pero no sabría explicar por qué siento así. Los hechos se verifican con otros hechos. De no ser así, ¿en qué podemos creer?

"Mi intento por ser racional es una defensa para no volverme loco. Es sólo un recurso para eliminar las dudas que me asaltan sobre mí mismo. ¿Sabe?, a veces me siento muy confuso. Protesto contra mí mismo, contra el mundo. En realidad, no soy agresivo. Nunca manifiesto ira verdadera, si bien es cierto que llego a sentirla algunas veces. Supongo

que suprimo mi agresividad; tal vez, sin darme cuenta, eso es lo que estoy haciendo ahora."

Mientras se describía a sí mismo, el *Tigre* hablaba con cierta vehemencia y parecía reanimado. Comenzaba a agradarme. Me sorprendían sus incisivas opiniones, y sobre todo la forma de expresarlas. Ahora sabía por qué la reacción del Dr. Foster ante Mellowbrook me había fascinado. Se supone que los psiquiatras debemos ser objetivos al juzgar a nuestros pacientes; pero después de todo, somos muy humanos y, por añadidura, sensibilísimos a la gente, particularmente a las personas complejas e inteligentes.

Pero aunque el *Tigre* me daba la impresión de ser inteligentísimo, sus opiniones respecto a su persona estaban evidentemente deformadas. No obstante lo desesperado de su situación personal, hablaba de agresión y de revolución como si fuese un hombre libre. Negaba de ese modo la realidad de hallarse en prisión. Pero su interés por lo que acontecía en la sociedad era auténtico y no simple evasión de su problema personal.

Presintiendo lo que podía ocurrirle en ese estado de ánimo perturbado, debía conducir el examen a un nivel personal.

"¿Tiene usted miedo de volverse loco?"

El *Tigre* se concretó a mirarme. "Ya se lo dije", me contestó cortésmente.

"*Tigre* —comencé—, usted parece saber bastante de psiquiatría. Háble me, se lo ruego, del tratamiento que ha recibido".

"Vi a mi último analista sólo unas cuantas ocasiones. Luego interrumpí el tratamiento."

Sus últimas palabras se apagaron en el silencio.

"¿Por qué no lo siguió viendo?"

"Teddy no quería que lo hiciera. Sí, aunque parezca extraño, ¡maldita sea! Ella no quería que lo siguiera viendo."

"¿Por qué?"

"¡Todo es tan absurdo! Por un momento la estaba culpando. Con anterioridad ya había consultado a otros psiquiatras —dos, a decir verdad."

"¿A quién?", le pregunté.

"A mujeres psiquiatras. No pude entenderme con ellas. Siempre me ordenaban cosas, igual que mi madre. Haz esto, haz aquello. Harás bien en hacer esto. Si no lo haces, estás equivocado." El *Tigre* insinuaba que los psiquiatras creemos tener todas las respuestas —al menos para los demás. Me

miró con una leve sonrisa en los labios. Comprendí su sarcasmo y le sonreí a mi vez.

Después de una pausa continuó. "Yo dirijo mi agresividad contra toda persona que desea controlarme. Jamás me hicieron algún bien. No, debo corregir lo anterior. La segunda mujer era mejor que la primera. Por lo menos no hablaba demasiado. Tampoco usted habla mucho, pero no parece tener muchas preguntas que hacerme. ¿Me está dejando a mí las preguntas, doctor?"

"Sí, en su mayor parte. Mañana traeré conmigo la grabadora nuevamente. ¿No le importaría si la uso?"

"No tiene ninguna importancia."

"¿Qué sucedió durante su tratamiento con las psiquiatras?"

"No mucho. Por lo general hablaba conmigo mismo; una especie de monólogo interior. Eso era mucho mejor que hablar con ellas."

"¿De qué hablaba consigo mismo?"

"De que me sentía atrapado, dominado..."

"¿Cuándo consultó a esas psiquiatras?"

"Hace cuatro o cinco años."

El *Tigre* volvió a abismarse en sus pensamientos. Finalmente me atreví a interrumpir su meditación. "¿Por qué deseaba consultar a un psiquiatra?"

"Había llegado a Nueva York. La ciudad es una dinamo, pero devoró toda mi energía. Usted diría que mi libido, doctor. La ciudad me dominó, absorbió toda mi fuerza y todas mis ambiciones parecieron desvanecerse. Me convertí en una nulidad, en un cero a la izquierda, en un don nadie. Se me ignoraba. Nueva York es como una mujer —al principio parecía estar de mi lado, luego cambió de parecer. Había venido a conquistar a esta ciudad —a esta mujer— y no pude hacerlo. Era demasiado poderosa para mí. Logró adueñarse de mí, me atrapó. Perdí."

La descripción de Nueva York que había hecho el *Tigre* era interesante, especialmente la forma en que equiparaba las imágenes de la ciudad con las de una mujer. Pero parecía ser totalmente incapaz de percibir que estaba describiendo a Nueva York como a una mujer castrante. Esto era sumamente significativo en relación con el homicidio, por lo cual le pregunté qué había querido decir cuando dijo "perdí".

Pero el *Tigre* comenzó a mostrarse receloso conmigo. Yo estaba sondeando aguas demasiado profundas. En seguida

se puso en guardia, como sucede tarde o temprano con la mayoría de los pacientes. Dejó de hablar.

"Volveré mañana temprano. Trate de sobrellevar su situación lo mejor que pueda."

Cuando nos despedimos su mano estaba impregnada de sudor. Durante nuestra conversación había podido apreciar el estado de confusión en que se hallaban sus emociones, aun cuando se esforzaba por negarlas. Parecía no darse cuenta de que efectivamente estaba atrapado.

Advirtiendo su forma de pensar divorciada de la realidad y su tendencia a la impulsividad, que hacían de él un suicida potencial, le dije al guardia que Mellowbrook debía ser vigilado cuidadosamente.

"¿Es psicótico?"

Me limité a contestarle: "Necesita vigilancia, cuidadosa vigilancia."

Cuando regresé a mi consultorio me sentía cansado. Mi primera entrevista con el *Tigre* había sido más un encuentro que otra cosa. Su caso era delicado, complejo. Guardaba muchas cosas sepultadas en su mente. Lo primero que debía hacer era conseguir que Mellowbrook se familiarizara conmigo; yo esperaba que con el tiempo tal vez transferiría a mi persona algunos de los sentimientos hacia su padre, que debía haber reprimido por muchos años, ese padre que le faltaba desde que era niño. Durante mi larga experiencia como psiquiatra he observado cómo el padre que ha abandonado al hijo antes de que éste cumpla cuatro o cinco años de edad sigue presente en la mente consciente e inconsciente del hijo. La imagen del padre persiste no sólo como enigma, sino también como símbolo de deserción, de abandono —y por ende, de desaprobación del ser mismo del hijo (por lo menos así se lo imagina el hijo). Más aún, el símbolo del padre subsiste como un fantasma amigable con el cual conversa el hijo en su soledad de adolescente, mientras que, llegado a la madurez busca encontrar un sustituto en otros varones, pues aunque sus sentimientos por el padre fluctuarán entre el amor y el odio, necesariamente deberán hallar expresión de algún modo, en alguna parte. Si conseguía que Mellowbrook comenzara a investirme con atributos de la figura paterna, sería posible que, empujado por su desesperación, se franquease conmigo algo más cuando regresara a verlo la mañana siguiente; al menos, ésa era mi esperanza.

La mañana siguiente, el sábado, me puse en camino a las 8 de la mañana. Ya en la cárcel, volví a identificarme y mostré al guardia mi carta y la orden judicial. Nuevamente revisó mi portafolios y mi grabadora. En esta ocasión me sorprendió descubrir su enorme parecido con un perro bulldog, con su mentón y su labio inferior prominentes y su nariz chata. Se dirigió al escritorio y le oí decir: "Envíen abajo a Tyros Mellowbrook, de la crujía 11."

Mientras sostenía el auricular del teléfono hojeó rápidamente las páginas de un libro de registro.

"Tal como pensaba", dijo en voz alta. "Mellowbrook ha sido trasladado al hospital municipal."

"¿Cómo pudo haber sido enviado al hospital? Apenas ayer por la tarde me entrevisté con él aquí."

El guardia parecía no haber escuchado mi pregunta.

"Si no ha sido enviado allá pronto lo será", me contestó indiferente.

"¿Está aquí o no?", le pregunté con cierta impaciencia. "¿Ha ocurrido algo, acaso?"

Evidentemente el guardia no escuchó mi pregunta. En seguida, sin dar muestra alguna de urgencia, dijo por el teléfono: "El doctor lo está esperando." Por lo visto no tenía ninguna intención de apresurar a sus compañeros celadores. El reloj circular sobre la pared marcaba las nueve, con sus manecillas en ángulo recto.

Recordé lo atestados que habían estado el día anterior los cuartos de entrevistas parcialmente separados. La confusa algarabía que formaban las voces de abogados gesticulantes y en extremo celosos de su función, expresándose en tono categórico y autoritario, sumada a las interrupciones anhelantes, a veces lacrimosas de los sudorosos detenidos o las de sus familiares, habían impedido que escuchara a mi paciente con toda claridad. En tales condiciones era casi imposible descubrir todas esas sutilezas que tan necesarias son para un examen psiquiátrico bien estructurado.

En vista de las dificultades que el día anterior había tenido para entrevistar a Mellowbrook en la cárcel, aquella mañana había llegado tan temprano como me había sido posible, con la esperanza de encontrar poca o ninguna gente por aquí. De pie en el cuarto del rincón, el más alejado de los otros cuartos locutorios, hice señas al *Tigre*, quien en esos momentos penetraba en el cubículo arrastrando los pies. No

traía agujetas en los zapatos ni cinturón. Parecía extenuado. Ha perdido por lo menos dos kilos durante la noche, pensé.

"Buenos días, Sr. Mellowbrook. ¿Me recuerda?"

Asintió. Tenía la barba crecida, la piel amarillenta oscura y hundidos sus pardos ojos. Desde mi visita el día anterior se había operado en él un cambio dramático. Tenía un aspecto lastimoso. No obstante, todavía quedaban en él cierto atractivo y autodominio. Pude apreciar que se sentía atormentado. Su boca estaba contraída por el dolor. Sus pómulos salientes parecían todavía más pronunciados; tenía las mejillas hundidas y el rostro tenso y fatigado. Siempre presto atención a los rasgos del paciente, a sus manos, a la expresión de su boca, a sus gestos más sutiles. Para un psiquiatra los rasgos y las características visibles de una persona son de gran ayuda para comprender lo invisible. Debe ejercitar constantemente su habilidad diagnóstica para discenir la estructura mental y el estado de ánimo de su paciente. Aunque hasta cierto punto es posible predecir la reacción del paciente o la forma en que va a responder a la situación creada por el tratamiento, la habilidad diagnóstica del psiquiatra siempre es acicateada por su curiosidad respecto a posibles descubrimientos sobre lo que oculta el paciente.

"Sé todavía muy poco de usted", dije al *Tigre*.

Como el día anterior, su ojo derecho era más grande, pero ahora su ojo izquierdo parecía no tener vida. Se mantenía inclinado hacia adelante como si sus espaldas cargaran un peso invisible.

Siguió un largo silencio. Luego, de improviso, como si hablase de lejos, desde muy lejos, me dijo: "No quiero morir. No sé por qué deseo vivir, pero no quiero morir."

"¿Qué lo hace creer que va a morir?", le pregunté.

Como si hablase para sí, sin ninguna inflexión en su voz, dijo: "No sé cómo llegué aquí. Estoy encerrado en una pesadilla llena con todos los elementos de una novela policiaca. No sé cómo he venido a parar aquí, pero lo cierto es que yo mismo estoy cooperando a todo, y ello es parte de mi pesadilla. Los policías, las preguntas. Contesto a los policías y fumo los cigarrillos que me ofrecen. Cuando me dejan ir, sigo al guardia y penetro en la celda que me abre. Veo cómo me encierra. Se aleja por el corredor y el corredor queda vacío. Me vuelvo. Estoy encerrado en una jaula alumbrada por una luz deslumbrante. Un hombre con edad suficiente

para ser mi padre está sentado en un catre. Me mira de arriba a abajo y me dice. 'Siéntete como en tu casa. Mi casa es tu casa'. Se ríe, pero la pesadilla no termina ahí. Este mundo es demasiado irreal. Me oprime. Quiero irme, quiero salir de aquí. Sé que tarde o temprano acabará esta pesadilla. Sé muy bien que estoy aquí, pero no sé por qué. ¿Por qué está usted sentado ahí? ¿Cuáles son sus intenciones? ¿Qué significa todo esto?"

Sus palabras fluían con dificultad. Parecía aturdido, demasiado absorto en sí mismo para darse cuenta de su predicamento.

"¿Ha tomado algún medicamento —algún sedante— desde que lo vi ayer tarde?"

"¿De qué serviría?"

"De mucho. ¿No es obvio?"

"Luego, si es tan obvio, ¿por qué demonios hacer la pregunta?"

"Debo escucharlo de la propia boca del caballo —o del tigre—", le contesté. Pareció ponerse más alerta. Levantó los ojos, captó mi sonrisa y sonrió a su vez.

"¿Qué ha sucedido?"

"Se me ha trasladado a otro lugar. La luz estuvo prendida toda la noche. Esos idiotas..." Calló de repente.

"Continúe, por favor."

El *Tigre* bajó la vista y miró al suelo.

"Estoy —estoy en el limbo— vivo o muerto... Había un sujeto en mi celda, en la litera superior. Pasó toda la noche llamando a su mujer. Primero roncaba, luego se puso a gritar. Vino el guardia y lo despertó, pero en seguida volvió a lo mismo. La misma cosa de nuevo. Vino el médico y le administró una inyección. El individuo se tranquilizó. Demasiado silencioso, el maldito. Luego el guardia regresó. Dijo que yo había gritado. Lo negué y me replicó que yo estaba loco."

"¿Y por qué gritó usted?", le pregunté.

"Decían que el hombre de la otra litera estaba en la cárcel porque había amenazado de muerte a su esposa. Como la había agredido pensé que también a mí intentaría matarme. Cuando el guardia dijo que estaba loco le contesté que no deseaba ser asesinado. En todo caso, yo mismo podía matarme.

"Pero entonces el guardia exclamó: 'Ahora tenemos que

soportar a dos locos juntos' y cerró de un empujón la puerta de la celda."

El rostro del *Tigre* estaba rojo de indignación. Luego, lentamente, comenzó a calmarse. Por un tiempo se mantuvo en silencio. Finalmente volvió a hablar.

"Decidí —dijo en un tono mesurado— que no podía volverme loco. Las personas fisiológicamente insanas pueden controlar su insania. Lo que significa renunciar a la voluntad de vivir. La locura es una alternativa al suicidio."

Que tuviese que elegir entre la locura y el suicidio era una idea que indudablemente había deducido de sus experiencias desdichadas. Si se iba a volver loco tenía la opción de matarse. Con toda probabilidad, esta vacilación entre la psicosis y la autodestrucción lo había torturado mucho tiempo y era una señal definida de su confusión interior.

El *Tigre* se hallaba en situación precaria. Por lo que se me alcanzaba, si bien el guardia de la prisión había percibido su estado de ánimo exaltado, nadie allí había advertido la gravedad de su propensión al suicidio ni que la depresión que sufría había existido por años. Desvié mi examen y le pregunté qué le había ocurrido después de salir el guardián de su celda.

"Regresó y me trasladó a otra celda. Me quitaron los zapatos y los pantalones y me dieron una pastilla para dormir."

"¿Cómo se siente ahora?"

"Atrapado. La vida es un castigo. Y no me diga que fue Dostoievsky quien lo dijo. *Yo* lo digo."

"¿Pero por qué lo dice ahora, *Tigre*?" Esperaba que se extendiera más.

"¿Por qué ha de ser usted tan personal? ¿Acaso no puedo decir nada sin que en el acto me vea comprometido en ello?"

"Naturalmente, claro que puede hacerlo, ¿pero no cree usted que su afirmación de que 'la vida es un castigo' es algo digno de reflexión? Debe haber pasado en su vida por experiencias que le hacen suponer que su idea tiene algún fundamento. ¿No lo cree usted así?"

El *Tigre* parecía perplejo. "Simplemente se me ocurrió y en seguida lo escribí. Así de simple." Parecía hablar con cierto aire de superioridad. Percibía que su humor sombrío se había disipado un poco. No obstante, yo seguía preocupado porque al parecer él no comprendía que en su aseveración había algo muy real que concernía a su persona. Sor-

prendía que supiera tan poco de sí mismo y que fuera tan intransigente con sus emociones. Constituye un síntoma de grave perturbación mental el que una persona sea incapaz de reconocer sus propios sentimientos, ni siquiera superficialmente.

Tratando de ocultar mi preocupación, le dije que ya era tiempo de que pusiera pies en tierra. Ya habría otras ocasiones para discutir filosofía. Lo que yo necesitaba ahora eran los hechos. Debía hacer un esfuerzo por regresar al mundo real. Con mucho tacto, sin hacer ninguna referencia a la muerte de Teddy, y confiando en que el *Tigre* comprendiera, le pregunté si deseaba decirme algo sobre Teddy, los detalles de las actividades de él durante esos días cruciales, el último encuentro de ambos y las circunstancias que condujeron a su arresto.

La expresión del *Tigre* cambió inmediatamente. Un muro había vuelto a levantarse entre nosotros.

No obtuve ninguna respuesta.

"¿Acaso no desea defenderse?", proseguí.

"¿De qué serviría?" Y en seguida: "Ellos dicen que yo la maté."

"¿Y lo hizo?"

"Tal vez. No recuerdo."

"¿*Qué* recuerda?"

"Fui a su departamento a tomar una copa. No recuerdo más."

"Dígame todo lo que recuerde."

"Ella no creyó la verdad."

"¿Verdad? ¿Cuál verdad?"

"Tenía una cita para cenar —eso fue lo que dijo."

"¿Con quién?" Parecía estar medio dormido. "¿Me escucha usted, *Tigre*?"

"Mi madre acostumbraba decir lo mismo. '¿Me escuchas?' "

"*Tigre*", le dije despacio y cambiando de tema, "su abogado defensor desea que se declare inocente, alegando demencia. ¿Es eso lo que usted quiere?"

"No recuerdo."

"¿No recuerda qué? ¿Qué es lo que no recuerda?" Fue un momento de tensión. El *Tigre* se había abierto un poco. Sus defensas comenzaban a flaquear. Lo que importaba ahora era ensanchar la cuña psicológica. "¿Qué se le ocurre en estos momentos?", le pregunté.

"No sé, doctor. La mañana del sábado había tomado estimulantes. Necesitaba tomar algo."

"¿Por qué?"

"¿Por qué?" El *Tigre* parecía fastidiado.

"¿Qué clase de estimulantes?"

"Dexedrina, 'acelerador'."

"¿Sabía usted que pueden ser peligrosas?"

"Es usted anticuado, doctor. Los tiempos han cambiado. Todo el mundo..." Guardó silencio.

"¿Qué recuerda de la noche en que Teddy murió?"

"Todo es muy confuso. Fui a su departamento. Estoy seguro que fui a su departamento. Peleamos."

"¿Qué clase de pelea?"

"Me puso furioso. Ella es como un volcán. Un volcán en erupción. Simplemente no podía soportarlo... la forma en que trataba siempre de humillarme. ¿Comprende?"

En ese momento el *Tigre* hablaba de Teddy en tiempo presente, como si todavía estuviese viva. Su *lapsus* verbal reflejaba su resistencia a aceptar su muerte y el deseo de volverla a la vida. Continuó.

"Yo la amaba. ¿Comprende?"

"¿Qué quiere decir con eso? ¿Estaban comprometidos?"

"No oficialmente. Pero la amaba. Deseaba casarme con ella."

"Supongamos que empieza por el principio y me dice todo lo que hizo ese sábado, todo lo que recuerde."

"Como siempre, me levanté temprano, las siete y media. Desayuné lo acostumbrado: café, jugo de naranja y pan tostado."

"¿Tomó una de esas pastillas —dexedrina?"

"Tal vez sí, tal vez no."

"'¿Suele trabajar los sábados?"

"No, no generalmente, pero ese sábado tuve que hacerlo, porque debía investigar algunos nuevos datos para la campaña electoral del senador Callahan. Luego Teddy me habló a la oficina a eso de las once; quería saber si era cierto el rumor de que el senador había estado saliendo con una joven llamada Dottie. Al principio me extrañó su pregunta, pero en seguida se me ocurrió que Teddy debía sentir algún interés por el senador. Antes de que pudiera tratar más a fondo el asunto, Teddy desvió la conversación y me dijo de pronto: 'Oh, a propósito, no sé si pueda cenar esta noche

contigo, pero de todos modos pasa a tomar una copa por la tarde.' Yo estaba furioso. Cuando le había pedido a Teddy que fuera conmigo a ver al senador se había mostrado realmente entusiasmada. Yo había hecho las reservaciones con diez días de anticipación. Y ahora me dejaba plantado. ¿Qué demonios pasaba? ¿Qué le hacía pensar que podía hacerme eso a mí? No era fácil adivinar lo que se traía entre manos. Siempre estaba obligándome a hacer cosas para ella y por esa razón disponía de poco tiempo para trabajar en mi libro."

"¿Estaba escribiendo un libro?", le pregunté.

"Sí. Estaba tratando de expresar algo importante, pero resultaba demasiado difícil."

"¿Por qué?"

"Mi primer libro trataba de un asesinato masivo ocurrido en Washingtonville. El libro entero era una descripción de hechos. Pero el de ahora es más difícil. Es una novela de ideas, de mis impresiones, de mi filosofía. Deseo escribir, pero no me interesa la fama. Aunque quiero que se preste atención a mis ideas, no me mueve el afán de provecho personal."

"¿Escribir ese libro significaba algún alivio para usted?"

"Sí, doctor. Yo deseaba ser escritor. De niño, cuando leía un libro, siempre estaba consciente de que lo había escrito una persona y me maravillaba de lo que era capaz de hacer un escritor. Yo era un tragalibros, decía mi madre. Mi ambición por llegar a escribir algún día constituía mi secreto; soñaba con ese libro. Es posible que la causa de mi depresión sea el hecho de que jamás pude realizar mi sueño. Nunca he tenido tiempo suficiente para dedicarme a escribir mi libro. Y Teddy representaba un obstáculo enorme. Era igual que mi madre; siempre estaba pidiéndome que le ayudase en sus asuntos, cuando lo que yo deseaba era estar solo para hacer las cosas a mi manera —mis propias cosas. Ella pensaba que yo era un niño, inferior a ella, y se burlaba de mi libro."

"Incluso en la cama deseaba controlarlo todo. Constantemente trataba de rebajarme. 'Un hombre toma, *nunca* pide.' '¿Qué hombre?', le gritaba yo."

"Teddy me hacía sentir que siempre estaba equivocado. Hasta de amarla, me hacía sentir culpable. Yo sabía que no era el tipo de muchacha que uno lleva a la casa de su madre."

"¿Por qué?"

"Realmente no lo sé. No obstante, yo la desafiaba a ir."

"¿Deseaba usted escandalizar a su madre?"

"No; ¿por qué?"

"Usted estaba resentido con ella", le contesté. Detrás de ese deseo de escandalizar a su madre se ocultaba el deseo sádico de herirla, aunque, por supuesto, no se hallaba consciente de ello... El *Tigre* había vuelto a su obsesión por Teddy.

"Una noche, en mi departamento, por casualidad descubrió el manuscrito de *El hombre silencioso*, en el que había estado trabajando antes de que ella llegara. '¿Qué demonios es esto?', preguntó. Le contesté que era mi libro —mi primera novela. Se rió y tuve la terrible sensación de haberme traicionado yo mismo. Primero se había burlado de mí en la cama, y ahora intentaba burlarse de mi libro. No pude soportarlo. Al parecer, jamás se le había ocurrido que yo fuera realmente un escritor. Se limitó a descartar todo el asunto con una observación trivial: '¿Hablas de mí en ese libro?' Le contesté: 'No, Teddy, éste es un libro de ideas. Tú no entenderías'. '¿Pero cómo puedes escribir una novela? No sabes nada de la vida, *Tigre*, y creo que nunca sabrás'. Seguía hablando como si todo fuese una broma."

"¿Da a usted lo que le he dicho una imagen justa de la mujer, doctor? Ella era terriblemente egoísta, una verdadera arpía. Pero en público Teddy podía ser encantadora. Recurría a su encanto cuando deseaba algo. Tenía mucho éxito en el mundo de los negocios. Ella era..., no sé. Supongo que en privado tenía que mostrarse tal como realmente era y descargar todas sus frustraciones. Tal vez por eso era tan dura conmigo.

"Sabía muy bien cómo cuidarse. Lograba que el mundo se adaptase a ella. Jamás me aceptó como soy. Un amigo mío tenía una chica que lo aceptaba tal cual era. Eso a mí me impresionaba. Pero Teddy era incapaz de hacerlo. Había algo poderoso en ella. Básicamente, uno anhela ser amado. Un perro es amado por lo que es. Come, juega y corretea. Se le quiere por lo que es. Pero no yo."

El *Tigre* se reclinó sobre el respaldo de su silla y cerró los ojos. Luego: "Creo que no debería hablar de Teddy. Es una mezquindad... Me he dejado llevar por la cólera."

Pude advertir que el *Tigre* comenzaba a reconstruir sus emociones respecto a Teddy. Lo esencial era descubrir cuá-

les habían sido sus sentimientos ese sábado —el día del asesinato; por tanto lo presioné un poco.

"¿Qué más sentía?"

"Estaba enfurecido contra ella. Me invadía una sensación de insignificancia. Era preciso que abandonase la oficina. Me sentía enfadado, furioso. No podía apartar a Teddy de mi mente. Caminé hasta Central Park. Había por allí otras personas, pero yo no las veía. Estaba fuera de mí. No recuerdo si tomé alguna droga. Estaba trastornado, y ahora no recuerdo rostros ni lugares. Me puse a fumar mi pipa."

"Se hallaba fuera de sí. ¿Por qué razón?"

El *Tigre* no lo sabía. ¿Se sentía deprimido? Sí. ¿Algo más? No. ¿Estaba cansado de la vida? No, me contestó. ¿Acaso se sentía solo? Mi pregunta lo animó. Estaba solo, ¿no? Sí. ¿Qué se le ocurría en relación con su soledad? El *Tigre* se concretó a mirarme. Repetí mi pregunta y añadí: ¿se había sentido desesperado? El hecho de que no contestara a mi pregunta no me sorprendió demasiado, pues en general el sentimiento de soledad es uno de los más importantes síntomas de la inadaptación grave, casi siempre unida al odio por uno mismo, que se traduce en ideas y tentativas de suicidio. Pero no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente. Comprendí que no podía obligarlo a enfrentarse a esta cuestión fundamental y preferí hacerle una pregunta obvia.

"¿Cuándo comenzó a tomar esos estimulantes?"

"Como un año después de conocer a Teddy. Los tomaba de vez en cuando, no con regularidad. Ello no tenía nada que ver con mi situación."

¿Esperaba que los estimulantes lo hicieran más activo y emprendedor? Lo ignoraba.

¿Qué había hecho la tarde de ese sábado?

"No es mucho lo que recuerdo de esa tarde. Regresé a la oficina. Me sentía extraño, cansado y temeroso de dictar mis notas sobre Callahan. Temía que pudiesen parecer las ideas de un loco. Estaba enojado con Teddy. No quise llamarla. Lo habíamos planeado todo. Tomaríamos unas copas y más tarde cenaríamos. Ahora tenía la desfachatez de decirme que no podía verme porque se le había presentado algo importante. Ven a tomarte un coctel, me había dicho. Creí que lograría convencerla de que cenara conmigo. No recuerdo qué sucedió después. Sólo fragmentos." El *Tigre* se iba sintiendo acorralado. Podía ver cómo volvía a reforzar sus

defensas de manera que decidí interrumpir la conversación, y así se lo dije. Pero antes de marcharme le advertí que éste no era el momento para abandonarse a sus tendencias autodestructivas —con ello me refería a su tendencia a la autoconmiseración— y que ya era tiempo de que él, no obstante lo desesperado de su situación, se defendiera.

"Lo veré mañana domingo", le dije mientras estrechaba su mano.

De regreso en mi consultorio, Al Taylor me llamó. El departamento del *Tigre* había sido registrado y la policía había encontrado ciertos objetos relacionados con el homicidio.

"Es algo muy importante para su examen del *Tigre*", me explicó el abogado. "¿Puedo dejarle la orden de allanamiento en su consultorio, doctor?"

"Por supuesto. Estoy seguro de que siente curiosidad por saber cuál es mi opinión sobre el *Tigre*. Un caso complejo. Ha sido y quizá lo sea aún un suicida potencial. Interesantísimo y muy lamentable —en realidad más lamentable que interesante."

El *Tigre* albergaba tendencias suicidas y las ocultaba —dos aspectos de su personalidad que me inquietaban. Me había proporcionado más información sobre Teddy que de sí mismo, probablemente porque es más fácil culpar a otra persona de las propias acciones.

Si hubiese estado en libertad, tal vez hubiera sido más fácil para el *Tigre* hacer frente a sus tendencias suicidas. La falta de confianza en sí mismo, de lo cual no era consciente, había asumido el papel central en sus inclinaciones autodestructivas. Estas emociones se habían intensificado a raíz de su encarcelamiento. En su celda, el *Tigre* estaba obligado a sobreponerse a su aislamiento y a la pérdida de su libertad, lo cual no hacía sino ahondar su depresión y avivar sus ideas suicidas. Llamé al Dr. Foster y le planteé la cuestión de las tendencias autodestructivas del *Tigre*.

"Como te dije, no fue muy comunicativo cuando lo entrevisté en mi consultorio", dijo Foster. "Lo que calló fue más importante para mí que lo que dijo. Estaba agitado y deprimido, casi incoherente, aunque lograba mantener el control sobre sí mismo. Parecía estar pasando por una profunda crisis personal y, como me asaltó un presentimiento, le receté dos pastillas para dormir y le hice prometer que volvería a

mi consultorio al día siguiente. Durante su segunda visita se mostró tenso, asustado, como un ciervo herido, perseguido y lastimado. Parpadeaba constantemente. Dado su estado, no resultaba candidato adecuado para el psicoanálisis, sino para una psicoterapia de sostén. Le recomendé que se internara en un hospital. Al principio estuvo de acuerdo, pero luego se rehusó. Como no había surtido mi receta, le aconsejé que lo hiciera lo más pronto posible, que tomara una pastilla y me volviera a ver al día siguiente. Como sabes, no se presentó. ¿Lo has visto tú?"

Le dije que había entrevistado al *Tigre* en la cárcel dos veces, pero que no había avanzado mucho en mi examen, porque mantenía una actitud defensiva y reservada. Estaba furioso consigo mismo y contra Teddy; se sentía deprimido, preocupado, pesimista y propenso al suicidio. "Mañana iré a verlo", agregué. "Me comunicaré contigo en cuanto tenga algo más de que informarte."

Por entonces empezaba a comprender que, en términos estrictos, no cabía calificar al *Tigre* de asesino. Desde luego, no había cometido el acto para obtener provecho personal. Y aunque en la gestación del proceso homicida intervienen sentimientos de celos y de venganza, de la información relativa al caso cabía inferir que en él habían concurrido muchos otros factores. Factor predominante era su inclinación al suicidio, que no había aparecido en escena sino después de su reclusión. Aunque inconscientemente, creo que tal propensión llevaba ya largo tiempo encerrada en su mente. Es bien sabido que toda persona que mata quiso primeramente matarse a sí mismo. Para el psiquiatra, *el homicidio es un suicidio del ego, por muy inconsciente que ello sea.* Sin embargo, el caso del *Tigre* daba pie a muchas otras conjeturas. A estas alturas se vislumbraba que en el caso concurría una abrumadora cantidad de elementos psicopatológicos, mayor de lo que yo había previsto o hubiera estado dispuesto a admitir.

Mi firme opinión era que, en este caso, la víctima y el matador se hallaban más envueltos en el homicidio de lo que parecía a primera vista.

Comencé a leer la orden de allanamiento que el abogado me había enviado.

JUZGADO DE DISTRITO: NUEVA YORK

Con referencia a la solicitud del
DETECTIVE JOHN MCGEE DEL
DEPARTAMENTO DE POLICÍA
DE LA CIUDAD, SECCIÓN
DE HOMICIDIOS

para que se le conceda una orden judicial autorizando el registro de un departamento ocupado y utilizado por TYROS MELLOWBROOK, localizado en el número 778 de la calle 69 Este, en Nueva York, N. Y., con el fin de encontrar los objetos personales que a continuación enumeramos, propiedad personal de la difunta TEDDY GLADSTONE: un anillo matrimonial de mujer con la letra 'T' grabada en el anverso; un collar de oro en forma de cadena, un reloj de pulsera cuadrado de hombre y un instrumento agudo, objetos todos que se consideran pruebas de la comisión de un crimen y pruebas de que una persona en particular o varias personas cometieron un delito, a saber, homicidio.

ESTADO DE NUEVA YORK
DISTRITO DE NUEVA YORK } Bajo juramento.

JOHN MCGEE, habiendo prestado el debido juramento, declara y dice:

Que es detective del Departamento de Policía de la Ciudad, adscrito a la Sección de Homicidios.

Que es uno de los detectives comisionados para investigar la muerte por homicidio de TEDDY GLADSTONE, cuyo cadáver fue hallado en su departamento.

Que de acuerdo con los registros del Departamento de Policía, guardados en la Jefatura de la Policía, la autopsia practicada al cadáver de la víctima indica que su muerte fue causada por la asfixia producida por estrangulación del cuello y hemorragia originada en garganta y tórax.

Que el día 15 de mayo de 19—, o aproximadamente en esa fecha, TYROS Y. MELLOWBROOK, después de haber sido notificado de sus derechos constitucionales por este declarante, respecto a su derecho a tener abogado asesor legal, su derecho a guardar silencio, su derecho a que se le designe de oficio un abogado, si

él no pudiere conseguirlo y de que todo lo que declarara podría ser usado en su contra, y una vez que manifestó haber comprendido estos derechos y estas advertencias, expresó que deseaba hacer una declaración. En efecto, declaró a este declarante que el 12 de mayo de 19—, cuando se hallaba en el departamento de TEDDY GLADSTONE, situado en el número 226 de la calle 55 Este, dio muerte a la citada TEDDY GLADSTONE.

Que TYROS MELLOWBROOK manifestó además al declarante que, en la noche del crimen, viajó en un taxi en torno a la calle 42 y que el nombre del chofer del taxi era Max Golden.

Que el declarante, con esta fecha, habló con Milton Bridges, Gerente Administrativo de Petterson y Schatz, compañía de relaciones públicas domiciliada en Broadway y calle 42, en Nueva York, quien informó a este declarante que TYROS MELLOWBROOK se hallaba bajo contrato especial y que el lunes había estado ausente de la oficina, la misma oficina donde TYROS MELLOWBROOK fue abordado inicialmente por la policía el 15 de mayo de 19—.

Que el declarante ha indagado en el Departamento de Vehículos de Motor del Estado y ha confirmado que el chofer de taxi, Max Golden condujo al mencionado TYROS MELLOWBROOK desde la calle 55 Este y por sus alrededores y que, después de conducirlo a la calle 42 Este, el cliente abandonó el auto sin pagar el pasaje.

Que el declarante entrevistó a un viejo amigo de la occisa, llamado Neil O'Brien, quien había visto a la víctima el día anterior al de su muerte. Según Neil O'Brien, en la mencionada ocasión la víctima llevaba un collar de cadenilla y un relojito cuadrado masculino. El señor O'Brien piensa que la occisa también llevaba, quizá, en la mano derecha un anillo sencillo, de los llamados matrimoniales, con la letra 'T' grabada en él.

Que los familiares de TYROS MELLOWBROOK hasta esta fecha no están enterados de su arresto y que podrían intentar disponer de los objetos enumerados en la orden de registro, ya que algunos de los objetos personales que se trata de confiscar son pequeños y es fácil hacerlos desaparecer. Se solicita que se autorice de inmediato una orden para allanamiento nocturno, en vista de lo avanzado de la hora, y de que no es preciso hacer ninguna notificación de autoridad o propósito para la ejecución de la orden judicial de registro.

Que cuando se encontró el cuerpo de la víctima no llevaba sobre su persona las joyas antes mencionadas.

Que no se ha hecho ninguna otra solicitud para este procedimiento ante ningún tribunal, juez o magistrado.

POR CONSIGUIENTE, se solicita respetuosamente que este juzgado expida una orden de allanamiento en la forma adjunta al presente escrito, autorizando el registro de los locales y sitios arriba

mencionados, con el fin de localizar los objetos personales antes indicados y enumerados.

Jurado en mi presencia este
16 de mayo de 19—.

John McGee

Yo estaba intrigado por ciertos detalles de la orden de registro. ¿Por qué Teddy usaba un anillo matrimonial? ¿Se sentía tan insegura que necesitaba llevarlo? ¿Y por qué un reloj de hombre? ¿Tenía acaso dificultad para aceptar su femineidad?

El siguiente punto de interés en la orden de registro era la mención de un "instrumento agudo". ¿Acaso Teddy había sido acuchillada y estrangulada a la vez? Parecía increíble. Era preciso que consultase el dictamen de la autopsia, de manera que llamé a Taylor y le pedí que me enviara el informe del fiscal.

"Tengo la sospecha de que no fue un homicidio premeditado, al menos no en el plano de lo consciente", le dije. "Por lo tanto, tendrá usted una posibilidad bastante buena de reducir la acusación de asesinato a la de homicidio; pero, por supuesto, esto lo sabe usted mejor que yo. Mientras tanto, veré al *Tigre* mañana por la mañana."

"¿Se ha formado ya alguna opinión respecto a su estado mental en el momento del crimen?", preguntó el abogado.

"No he llegado todavía a la primera base", le confesé con cierta inquietud.

Me hallaba sentado frente a Mellowbrook en el reducido cuarto de entrevistas del centro de detención. Era una mañana de domingo y parecía notablemente tranquilo y reposado. Incluso sonrió cuando le estreché la mano.

Le dije que había traído conmigo mi grabadora. ¿Me permitiría que la utilizara? Aceptó de buen grado, lo cual no dejó de impresionarme. Le dije que podía hablar sobre cualquier cosa que deseara —"Todo lo que se le ocurra".

"Asociaciones libres, quiere decir."

"Sí, si a usted le place. Algo relacionado con su vida presente o con su infancia; en fin, cualquier cosa sobre la cual quisiera hablar."

Éstos son algunos de los pensamientos que el *Tigre* me comunicó sobre su persona y que yo grabé aquella mañana:

"No me gusta sentirme avergonzado. Si me pregunta por qué, no sabría contestarle, aunque sospecho que sé la razón. Me llevó mucho tiempo configurar mis ideas, si entiende lo que quiero decir. Pero Teddy me avergonzaba siempre que podía, me hacía sentirme terriblemente avergonzado. Hasta cuando nos hallábamos juntos en la cama trataba de utilizar sus viejas artimañas conmigo...

"¿Cuándo comenzó todo? Todo tiene un principio. Sé que hablo como un viejo, aunque sólo tengo treinta y dos años. Pero algunas veces me siento como si hubiese nacido viejo. Aun de niño era ya un viejo. Nunca jugaba con los demás muchachos. Mamá solía decirme, 'sal y juega con los muchachos, no seas tragalibros'. Jugábamos a las escondidas —nunca podían encontrarme. Detestaba la rayuela porque era un juego para niñas, no para hombres, pero me gustaba la lucha. Sin embargo, lo que más me gustaba era jugar solo, trepar a las rocas, a los árboles, o pescar. Solía pensar en lo aburrido que debía resultar el ser adulto. Los adultos no podían jugar. Sí, ¿por qué los adultos no jugaban? ¿Por qué?

"'Los adultos no tienen tiempo para jugar', me explicaba mamá. Eso me desconcertaba. 'Tienen que trabajar', agregaba. 'Y eso es algo que tú también deberás aprender, *Tigre.*' Como usted ve, *Tigre* era ya mi verdadero nombre. Si me pregunta por qué me pusieron el nombre de *Tigre,* en realidad no podría contestarle. Mamá solía decirme que Tyros o Tigre había sido el nombre de un coronel confederado que luchó bravamente, pero que había sido derrotado en batalla.

"Mucho antes de que yo naciera, nuestra familia había vivido en Nueva York, pero uno de mis bisabuelos se mudó a Carolina del Sur. Mamá me decía que era una especie de inventor —un ingeniero—, que había inventado algo relacionado con las despepitadoras de algodón, que había logrado hacer una fortuna con ello y que había constituido una de esas grandes mansiones de plantación con grandes columnas blancas al frente. Estaba situada en lo alto de una colina —la 'Colina del Tigre', así la llamaban. Tenía un enorme salón de baile y de una de sus paredes colgaba la cabeza de un tigre que, según decían, el mismo coronel había cazado. Aunque parezca increíble, yo lo creía. No obstante, en la actualidad no estoy muy seguro de lo que creo o no. Pero una cosa sí es cierta: mi nombre es *Tigre.* De eso no me cabe la menor duda.

"Y ese nombre soy yo, como si lo llevase grabado en mis huesos. Me gusta mi nombre. Dice algo. Tiene sustancia, maldita sea, significa algo. Es sutil. No se trata simplemente de un animal salvaje merodeando, en busca de alguien a quien matar. No, para mí *Tigre* significa poder y orgullo. El tigre te mira directo a la cara, como si te dijese: '¿Quién demonios eres tú?'; y si no contestas, te rogará que lo hagas. No te dejará en paz hasta haber recibido respuesta. Yo lo sé, porque el tigre que llevo en la cabeza me lo ha estado preguntando a diario desde que tengo uso de memoria. He visto su regia cabeza, su cuello majestuoso, su cuerpo poderoso y sus miembros musculosos cubiertos por una piel amarilla aterciopelada cruzada por franjas oscuras. Su cuerpo es fuerte, coordinado, poderoso —siempre alerta, listo para saltar. Y contemplo sus ojos encendidos o insondables, que me miran con una furia serena y me despiertan de una pesadilla. Sus ojos me acompañan noche y día. Me siguen a todas partes, ven todo lo que hago y no dejan jamás de interrogarme. Sé que el tigre dentro de mi cabeza nunca podría hacerme daño porque soy demasiado rápido para él. No le tengo miedo. Tengo la sensación de que este tigre siempre ha estado tratando de decirme algo, repitiendo una y otra vez la misma pregunta: '¿Quién eres tú?'

"Esta pregunta me desconcierta. Por supuesto, yo sé que soy un hombre, que mi nombre es *Tigre* Y. —esta 'Y' significa Yarnell— Mellowbrook. Mi nombre concuerda conmigo.* Soy tranquilo, pero también soy inquieto. Se podría decir que soy como un arroyo que fluye con rapidez y cambia de curso perpetuamente. Debe salvar guijarros y rocas, pero su cauce básico permanece constante. Un arroyo fluye continuamente; es constante, como yo. 'Encuentra tu propio camino', solía decir mamá. Yo no necesitaba buscarlo. Ya lo había encontrado —y lo sabía—, pero mi curso era un secreto. Mamá no lo sabía y jamás se lo dije. Pero si me pregunta usted por la naturaleza concreta de mi camino, no sabría contestarle, aunque de alguna manera yo sabía que estaba por allí, en algún lugar..."

El *Tigre* había dejado de hablar. Era evidente que sus ideas vagaban en círculos. Como sus inclinaciones eran de índole intelectual, sentía escaso aprecio por sus sentimientos. Se

* Mellowbrook está compuesto por "Mellow": suave, tierno, dulce, y "brook": arroyo. Podría traducirse como "arroyo tranquilo". [T.]

comparaba a un arroyo, tomado como paradigma de constancia, mas esa constancia era de carácter intelectual. ¿Pero, qué podía decir de sus actos, de sus sentimientos? ¿Existía alguna constancia en ellos? Su estado de ánimo casi eufórico lo había abandonado y de nuevo se había sumergido en el silencio. Ahora parecía preocupado, indudablemente absorto en sus fantasías.

"¿Hay algo más que quisiera usted decir... sobre su madre, tal vez?"

"Mamá tenía grandes ojos pardos. Parecían seguirme a todas partes. '¿Qué estás tramando ahora, *Tigre*?', solía preguntarme. 'Nada, simplemente estaba pensando', le contestaba, y en seguida salía corriendo de la habitación. Nunca me dejaba en paz. Yo era travieso. En cierta ocasión, cuando tenía cinco o seis años de edad, robaron en la casa vecina. Llegaron los policías y preguntaron si alguien había visto al ladrón. Nadie respondía y los policías me miraban directamente. De pronto, por pura baladronada, exclamé: 'Yo los vi'. '¿Tú los viste?', repitieron los policías. 'Sí', contesté, y eché a correr. 'Oye, tú, vuelve aquí', gritó uno de los policías, pero seguí corriendo. Estaba asustado."

Este incidente revelaba un patrón de conducta. Deseando ser el centro de atención, el *Tigre* utilizaba sus fantasías para ir tirando hasta que se daba cuenta de que había ido demasiado lejos. Luego escapaba.

"Detesto que se me impongan decisiones. Eso me hace sentirme infeliz. En esos momentos quisiera que me dejaran en paz. Eso es. Lo que quiero es que me dejen en paz. Cuando tenía cuatro años jugaba a que era Tarzán. Tendía una cuerda entre dos árboles e imaginaba que estaba en la selva y que me columpiaba entre las lianas. Recuerdo a una niña que me ayudaba a columpiarme. Una vez caí, mi cabeza golpeó contra un trozo afilado de roca y comencé a sangrar profusamente. Ella corrió hacia mí y me ayudó a limpiarme la sangre. Yo temía regresar a casa."

"¿Por qué?"

"Sabía que mi madre se iba a enojar. Ella deseaba que me comportase siempre como un perfecto caballerito. Nunca había dejado de pensar en su aristocrática ascendencia sureña y deseaba que yo siguiera la tradición. No se me permitía fracasar. Me fijaba metas inasequibles que jamás podía alcanzar."

El *Tigre* volvió a guardar silencio. "Detenga la grabadora", me ordenó de improviso.

"¿Por qué?"

"Porque hace demasiado ruido."

"¿Es ésa la razón? ¿Está enojado? ¿Por qué no me deja utilizar la grabadora? Se lo ruego, es muy importante."

Aceptó a regañadientes.

Yo proseguí. "¿No se agrada a sí mismo, verdad? El odio por los demás está relacionado siempre con el odio a uno mismo. Cuando uno se odia, odia a los demás."

Al parecer el *Tigre* no me escuchaba. De pronto levantó la mirada y pareció recobrar la atención.

"Ella llevaba un traje sastre, muy bien cortado, de color rojo encendido. Estaba preciosa. Había preparado una jarra de martinis. A mí me gusta el whisky. Le dije que debía haberme dejado que yo mezclara los martinis. Después de todo, se supone que es el hombre quien debe preparar las bebidas. Estaba condenadamente atractiva. Yo quería ir a la cama con ella, pero dijo que tenía un compromiso." Movió la cabeza en señal de impotencia. "No puedo recordar más —salvo que se burló de mí y me dijo: '¿De qué me serviría acostarme contigo?' Se rió. Eso fue todo."

"¿Recuerda lo que sucedió después?"

"Llegaron los detectives. Dijeron que yo la había matado. Me llevaron a la comisaría de policía. Un juez. Y aquí me tiene."

Esperé a que el *Tigre* continuara. Como no daba muestras de estar dispuesto a hablar de su vida sexual, tuve que interrogarle. Me contestó que ése era un asunto personal. ¿Cuán personal? Las mujeres habían entrado tarde en su vida. ¿Cuán tarde? ¿A los veinte, a los veinticinco o a los treinta años? Más o menos a los veinticinco. Luego Mellowbrook enmudeció. Pero poco después habló de nuevo. "La vida es un castigo."

"Creo que ya me ha dicho eso mismo antes. ¿Qué piensa usted en realidad?"

"Lo que quiero decir es que cuando uno mata a otra persona es uno mismo quien se castiga. ¿Es imposible matar sin sentir dolor?"

"¿No puede contestar esa pregunta usted mismo?", le contesté.

"Mi pregunta es mi respuesta."

Aunque ésta era una respuesta que fácilmente podía esperar, lo que me sorprendió fue el súbito cambio en el tono y en el humor de mi entrevistado. Había abandonado su estado de ánimo eufórico, casi reposado, y se hallaba ahora bajo el dominio de sus sombríos pensamientos, terriblemente angustiado. Tenía los ojos cerrados, las mejillas hundidas, los hombros inclinados hacia adelante. Su rostro inspiraba piedad.

Con el propósito de aliviar su tensión, le pregunté cuánto tiempo llevaba en Nueva York. ¿De dónde es usted?

"Soy de Carolina del Sur, de un pueblo pequeño —Washingtonville. Regresé allá hace unos seis meses. Pero Teddy me necesitaba. Siempre estaba diciéndome que me necesitaba. Ellos no lo creen, pero le juro que ésa es la verdad."

"¿Deseaba usted que alguien lo necesitara?"

"No. Pero es natural."

"¿Sentía usted necesidad de ella?"

"Hasta donde mis recuerdos alcanzan, siempre he querido escribir. Cuando era muchacho escribía cuentos y poesías. Después llevé un diario en el que anotaba mis impresiones sobre lo que me sucedía a mí o a las personas que conocía —la muerte inesperada de uno de mis maestros, que murió muy joven y dejó viuda y tres hijos pequeños. A los veintitantos años escribí mi primer libro. He intentado escribir otro libro, pero me ha sido difícil hallar tiempo para hacerlo. Teddy me necesitaba. Yo seguía creyendo que quizá me conviniera irme de aquí, no a Washingtonville, sino a cualquier otro sitio. Teddy no hubiera venido conmigo. Le iba muy bien y ganaba buen sueldo, pero creo que en el fondo temía que, si se me daba una oportunidad, lograra superarla. En realidad se sentía amenazada. Yo deseaba que se fuese conmigo. Nueva York consume a uno. No es lugar apropiado para una persona creativa. Tenía que marcharme."

Evidentemente, el *Tigre* no comprendía que Teddy estaba dedicada en cuerpo y alma a su éxito y a su carrera. Aun suponiendo que lo amase, era poco probable que se decidiera a abandonar Nueva York. Sus observaciones no hacían sino revelar cuán poco comprendía el *Tigre* la personalidad de Teddy y su intenso anhelo de éxito y fama.

"Cuando tenía quince años", continuó el *Tigre*, "uno de mis poemas fue publicado en la *Washingtonville Gazette*. Mi plan era venir a Nueva York una vez que terminara el colegio.

Podría haberme hecho famoso. Pero mamá estaba sola y me necesitaba. Por tanto, me quedé en Washingtonville y entré a trabajar como reportero en la *Gazette*. Pero luego hice algo verdaderamente importante y me vine a Nueva York."

"¿Qué fue eso tan importante que hizo?", le interrumpí.

"Era el relato de un asesinato masivo."

"¿Ocurrido en Washingtonville?"

"Sí, asesinaron a cuatro personas. Yo era el único reportero en el lugar y pude examinar todos los cadáveres. La *Gazette* estaba dispuesta a comprar mi narración. Me pidieron que escribiera una serie de artículos sobre el asunto, que, convenientemente ampliados, dieron para formar un libro, el cual se vendió bastante bien. Luego la *Gazette* me ofreció un puesto para que escribiera una columna de contenido regional. Tuve cierto éxito, pero era difícil salir adelante. Teddy nunca tuvo que preocuparse. Siempre tuvo éxito, siempre." Se detuvo. Era bastante revelador observar lo obsesionado que se encontraba con Teddy —como si ella todavía estuviese viva.

Prosiguió: "Temporalmente estoy trabajando en relaciones públicas. Relaciones públicas, ¡qué ridículo! Es peor que la publicidad. Al menos los publicistas son francos y reconocen que son capaces de todo con tal de vender el producto de su cliente. Los de relaciones públicas están más interesados en dar una buena imagen de su firma. Oh, no, ellos jamás venden algo. Es un juego de mala fe y lo detesto. Sin embargo, mi cargo me permitía hacer muchos favores a Teddy. Pero no agradó a Petterson. Sé que yo tampoco le simpatizo. La razón es que pretende a Teddy. Yo he conseguido más de Teddy que lo que él pudo haber conseguido nunca. Pero algunas veces ella me humillaba deliberadamente, y en esos momentos sentía verdaderos deseos de golpearla. No, no quise decir eso. Jamás he golpeado a nadie."

Su voz lo traicionaba. El tono de su voz se había hecho un tanto más agudo, lo que atribuí a los sentimientos de intensa angustia y de hostilidad que probablemente lo acosaban. No obstante, detrás de su hostilidad yo adivinaba su miedo. Le pregunté:

"¿Tiene miedo de algo?"

"Tengo miedo porque ignoro por qué estoy aquí. Por lo regular soy capaz de explicar las cosas —de eso vivo, de explicar cosas." Se abrió un nuevo y prolongado silencio.

Después de esa pausa, le pregunté: "¿Cuándo comenzó a sentir miedo?"

"Desde tan allá como mis recuerdos alcanzan he sentido miedo."

"¿Esa fue la razón por la cual buscó ayuda psiquiátrica?"

"Sí."

"¿Y cuando consultó al último psicoanalista, tenía miedo también?"

"La cosa iba de mal en peor. Yo tenía miedo... Era Teddy."

Nuevamente guardó silencio. Parecía cansado. Esta confrontación con su pasado y el desfile de los recuerdos que plagaban su mente habían agotado al *Tigre* emocionalmente. Había comenzado a sentir el impacto de la entrevista.

"Tomaremos un descanso. *Tigre*, ¿podemos continuar después de comer?"

Levantó la mirada y me dijo malhumorado: "¿Tengo alguna alternativa?"

"No, no lo creo —admití—. Volveré aproximadamente dentro de una hora."

Yo también estaba exhausto por la sesión de la mañana. Necesitaba mi bebida favorita —café— y entré directamente en la primera cafetería que encontré. Debí haber estado inmensamente absorto en el caso del *Tigre*, porque no me di cuenta del abominable sabor que tenía aquel brebaje hasta haber tragado sus últimas gotas.

Durante la entrevista me había mantenido profundamente consciente de la humanidad del *Tigre* y de la necesidad que sentía por Teddy. A pesar de su habilidad verbal casi profesional y de su evidente y aguda inteligencia, toda la mañana había hablado en circunloquios, sin comprender su problema central. *Tigre* había hablado de Teddy como si el destino los hubiese unido. Las alusiones e insinuaciones que había dejado escapar —la evasividad es lo acostumbrado en las entrevistas iniciales— me permitían conjeturar la existencia del invisible vínculo que unía al *Tigre* y Teddy. En la unión de la vida de dos seres hasta constituir uno solo el azar representa un papel importante. Pero en este caso no era sólo el azar quien los había unido. Para que ocurriera el crimen, lo más importante fue que la actitud de Teddy y la reacción del *Tigre* obraran como fuerzas conjugadas.

3

CUANDO regresé al centro penitenciario me hallaba abismado en mis pensamientos. Tal como había esperado, Mellowbrook se había abierto ante mí; conmigo había ido más allá del lacónico comentario que le había hecho al Dr. Foster: "Tengo una novia y ella me ama. Pero existen obstáculos." Pero si bien me había proporcionado una imagen de esta alianza, todavía no me había dicho nada de los sucesos que habían culminado en su fatal arrebato de violencia. Hasta el momento se resistía a aceptar su participación en lo que a todas luces parecía ser un homicidio. Bien podía ser que esa censura protectora que resguarda nuestra mente consciente contra recuerdos intolerables estuviese bloqueando toda posible reconstrucción de esa noche fatídica. No obstante, el *Tigre* y yo habíamos progresado bastante.

Yo me daba perfecta cuenta de que el *Tigre* ignoraba cuál había sido la causa que provocara la pérdida transitoria de su habitual autodominio aquella desastrosa noche. No obstante, creí necesario seguir preguntando acerca de lo que había sucedido. En consecuencia, una vez sentados en el cubículo —tan semejante a una jaula y tan deshumanizante—, de inmediato fui al grano.

Meditó un buen rato. Finalmente me dijo: "No recuerdo. Sólo vaguedades."

"Sí, entiendo, pero debemos intentarlo. ¿Por qué razón fue a aquel lugar?" El tono de mi pregunta no era apremiante.

"Todo lo ocurrido es un caos —contestó el *Tigre*—. Cuando llegué al departamento de Teddy me sentía confuso, iracundo, trastornado —yo no era el mismo. Recuerdo que las cosas parecían diferentes —el sofá amarillo brillante, la alfombra blanca sobre el piso, las sillas negras y blancas, el cuadro de Miró y los libreros de cristal y acero inoxidable. No, no estaba drogado, pero las cosas parecían diferentes. Era algo en verdad sorprendente. Como ella misma. Fuego y hielo. Teddy estaba deslumbrante. Su traje de un rojo llameante parecía incendiarla. Me pareció salvajemente apasionada. Traté de besarla, pero ella parecía desconcertada y me rechazó. Pensé que algo en ella había cambiado. Le pregunté si me había extrañado, pero no pareció oír mi pregun-

ta. En lugar de contestar me ofreció una copa. Me sentía incómodo, desplazado, lejos; entonces ella me tomó una mano y la acarició suavemente. De lo que sucedió después sólo recuerdo que ella estaba reclinada contra mí y me besaba con ternura. Había lágrimas en sus ojos. En ese momento me sentí superior a ella, condescendiente, y le dije que no debía llorar, que la iba a hacer parte de mi vida y que podía estar segura de ello. Siguió llorando. Recordé que mi madre solía decirme que le gustaba llorar de vez en cuando. Así pues, permanecí sentado, preguntándome el motivo de su llanto. Me sentía confundido, avergonzado incluso. Pero pensé que no había hecho nada malo; y así, ¿qué podía hacer?"

"Es curioso", reflexionó el *Tigre*, "pero ahora comienzo a verlo todo con claridad. Me estrechaba tan apretadamente que sentía latir su corazón junto al mío. Seguramente le había dicho algo confortante, algo en el sentido de que deseaba tenerla toda la vida junto a mí. De pronto ella me preguntó: '¿Me amas verdaderamente?' Contesté que sí, que la amaba. 'Antes te creía', me contestó, 'pero ahora no estoy muy segura'. No recuerdo qué dijo después, pero en seguida comenzó a hacerme una serie de preguntas personales. ¿Había estado enamorado antes? ¿Cuántas chicas había conocido? ¿Qué demonios tenía eso que ver con nosotros? Ella sabía muy bien que había tenido que cuidar de mi madre. Ella se mostraba cada vez más inquisitiva y asertiva. Su humor había cambiado. Teddy se mostraba sarcástica y trataba de avergonzarme. Le dije —como un tonto— que me estaba esforzando por hacer las cosas del mejor modo posible, pero ella me interrumpió: 'Lo que tú consideras mejor no me parece suficientemente bueno'. ¿Se imagina, doctor, decirle tal cosa a la persona amada? Me acusó de estar atado a mi madre, que todavía no me había destetado y que probablemente nunca lo haría. 'No me malentiendas', dijo. 'Sé que te tiene atrapado, pero tú mismo permites que te domine interiormente. No eres un verdadero hombre. Serías capaz de llevar a cabo cualquier cosa por ella, pero ¿qué harías por mí?'"

Para mí era evidente que Teddy anhelaba la total devoción del *Tigre*. No obstante, el *Tigre* era incapaz de comprender que utilizaba el hecho de que su madre dependiese de él como una constante excusa para no comportarse como

un individuo emancipado. Como veremos más tarde, esta reacción era típica de él.

"La explosión de Teddy me había dejado atónito. ¿Qué quería dar a entender? Entonces le grité: '¡Yo quería casarme contigo, perra!' Me miró de un modo extraño y me dijo: 'Ésta es la primera vez que mencionas la palabra matrimonio', y me dio un ligero beso; pero entonces, ¡maldita sea!, me dijo que sólo se casaría conmigo si yo la amaba del mismo modo que ella a mí..., que realmente yo desconocía el significado del amor entre un hombre y una mujer. Doctor, la situación era ridícula. ¿Qué puede uno hacer cuando una mujer se hace agresiva?"

Comprendí que la relación del *Tigre* con Teddy existía más en su fantasía que en la realidad.

"Traté de tranquilizarla y le dije que sentía miedo. Pareció sorprenderse y me preguntó si tenía miedo de ella o miedo de que mi madre pudiese pensar que ella no era la chica adecuada para mí. '¡*Tigre*! ¡Vaya nombre!', me dijo en son de burla. Me di cuenta de que no me entendía. ¿Qué sabía ella de mi familia? Casi en un susurro, le oí decir: 'Tú y el tigre de papel de los chinos son la misma cosa'. Aunque lo había dicho en voz baja, sus palabras sonaron como una explosión en mi cabeza. ¿No son las peores mentiras aquellas que se dicen en silencio?

"Teddy siguió hablando: 'Una vez te amé'. Yo no lograba entender lo que quería decir. No tenía sentido. Luego se volvió agresiva de nuevo. 'Eres tacaño, ¡tan tacaño!'; me gritó. 'Siempre vienes corriendo a mí. Hablas o guardas silencio. Oh, sí, yo respeto tu inteligencia. No puedo negar que tienes buen gusto. Sabes hablar de música y de pintura; pero, aparte de eso, ¿qué me has dado?' "

"Me puse furioso. 'Te mostré mi libro, pero te burlaste de él. Te hice regalos —incluso ese collar que llevas puesto'. Ella replicó: '¿Acaso no le regalaste también un collar a tu madre?' Demonios, ¿qué podía decir? Vea usted, doctor, soy incapaz de manifestar mi agresividad. Pero me gusta ser agresivo por dentro —en mi propia imaginación— sin que nadie se enteré."

"¿Por qué?", pregunté.

"Eso es más inteligente que utilizar la fuerza bruta. La fuerza bruta no hace sino acarrear dificultades."

"¿Qué me dice de aquella ocasión en que forzó su puerta?"

"Ah, eso. ¿Cómo lo supo?"

"El encargado del edificio se lo contó a la policía."

"Debí suponerlo. A fin de cuentas todos terminan por saber o creer que saben todo acerca de mí... Sí, es cierto, hace algún tiempo eché abajo su puerta. Pero creo que en el fondo a Teddy le agradó que lo hiciera.

"Trataba de demostrarle a Teddy lo fuerte que soy cuando me lo propongo. En especial, esa noche me había dicho —no, el día anterior me había invitado a su departamento para que tomásemos una copa juntos. Pero cuando toqué el timbre ella salió apresuradamente a abrir la puerta y me dijo: 'Estoy agotada, terriblemente agotada. Háblame mañana por la noche, querido' y me cerró la puerta en las narices. Yo ya iba a mitad de las escaleras cuando se me ocurrió que si la dejaba salirse con la suya por esta vez ella me abandonaría, ya que seguramente perdería el poco respeto que pudiese tenerme. Así pues, di media vuelta, regresé sobre mis pasos y eché la puerta abajo. Aunque pareció asustarse, pude captar un destello de malicia en su mirada. Tenía que demostrarle quién era el amo.

"*Tigre*, el encargado dice que Teddy le pidió disculpas por la conducta de usted. Le dijo que usted se sentía frustrado por el trabajo que desempeñaba, ocupación que indudablemente estaba muy por debajo de su talento; que además estaba preocupado por la salud de su madre y que..."

Su rostro se ensombreció. "Jamás pensé que yo le importara lo suficiente para decir cosa semejante."

Siguió un prolongado silencio.

"¿Qué sucedió después entre usted y Teddy esa última noche?"

"Me dijo que jamás podría sentirse cercana a mí. Que no podía entenderme. En esos momentos sonó el timbre de la puerta. ¡Maldición!, esa noche sucedieron demasiadas cosas. No recuerdo la sucesión exacta de los hechos. Ella regresó con un telegrama y lo arrojó sobre la mesa.

"'¿No vas a leerlo?', le pregunté.

"Me contestó en tono cortante: 'No. Nadie envía buenas noticias por telegrama y las malas bien pueden esperar.'

"En las ocasiones en que se ponía realmente insoportable, yo solía pensar para mis adentros: 'Eres una verdadera víbora' y tal pensamiento me calmaba. Sentía cómo la sangre

se agolpaba en mi rostro y sonreía. Cuando le sonreía de ese modo, ella inmediatamente se arrojaba en mis brazos, me acariciaba la nuca o me mordisqueaba las orejas. Ésa era la Teddy que yo amaba, tierna, dócil, afectuosa —y así seguíamos, siempre con altibajos, nunca los dos al mismo paso.

"¡Es tan difícil entender a una mujer! Su psique era compleja. Teddy era fuerte, castrante; por supuesto, jamás se lo decía. De seguro se hubiese puesto furiosa y me hubiese echado; por eso prefería callar. Detestaba que se le criticara. Como quiera que sea, esa noche me sentí bastante trastornado cuando finalmente me confesó que tenía otra cita. Al referirse a ello se anduvo con demasiadas evasivas. Cuando le recordé que teníamos una cita para cenar con el senador, me contestó: '¿Y quién dice que los tres vamos a cenar juntos? Yo simplemente te invité a tomar una copa'. Yo estaba confundido. Luego Teddy dijo: 'Yo no te pertenezco, *Tigre*. No estoy obligada a salir contigo si no lo deseo'. Se estaba portando conmigo de un modo petulante. Me estaba menospreciando. Poco a poco sentí cómo crecía la rabia dentro de mí. De pronto me pareció que la habitación estaba demasiado caliente. Respiraba con dificultad. Creo que gozaba realmente con provocarme. Yo había sido quien había realizado toda la investigación que ella había utilizado en la campaña del senador. ¿No me debía eso por lo menos? Si yo deseaba entrevistar al senador era porque esa entrevista podía ser muy importante para mi libro —para mi carrera. Y deseaba que Teddy estuviese presente. Con ella a mi lado yo parecería más importante.

"Creo que no me he explicado con claridad, doctor. Yo había hecho las reservaciones para que los tres cenáramos en el hotel. La semana anterior ella me había dicho que le parecía una buena idea. Pero siempre tenía que salirse con la suya. Cuanto más le hablaba de la entrevista menos parecía interesarse Teddy por el asunto. Parecía preocupada, como si no me estuviese escuchando. Evidentemente tenía otros planes.

"Luego se volvió hacia mí y me dijo: '¿Qué te hace creer que yo te pertenezco? Tú no eres mi dueño. Jamás has hecho algo con tu vida. ¿Por qué crees que puedes controlarme? No quiero cenar contigo'. Yo estaba perplejo. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué demonios quería darme a entender? No te-

nía sentido. Yo estaba furioso. Sentí cómo se me encendían las mejillas. De pronto el cuarto se volvió borroso. La rabia me invadía. Sentí que estaba a punto de explotar. Teddy dijo: 'Oh, *Tigre,* tómate otra copa. Vamos, yo te la sirvo. Tengo que marcharme muy pronto'. En esos momentos sonó el teléfono. Teddy saltó. Cuando contestó el teléfono inmediatamente su voz se volvió suave y seductora, tal como yo la recordaba. Parecía ronronear como un gatito. 'Oh, sí, por supuesto, ahí estaré', dijo. 'Oh, no se preocupe por eso. No había hecho ningún plan para cenar'. Después de una pausa, Teddy dijo: 'Adiós, senador'. De modo que era eso. Increíble. De pronto comencé a comprender lo que Teddy estaba haciendo.

"Temblaba de ira. No podía hablar. Estaba anonadado. Teddy intentaba ahora deshacerse de mí con evasivas. Me dijo: 'Luego nos veremos, *Tigre.* Tengo algunas cosas que hacer. ¿Por qué no nos vemos aquí a las diez? ¿Sí? Que pases una buena noche'. Reía mientras hablaba. Permanecí callado, aturdido, incapaz de comprender la situación. En esos momentos recordé mi plan para la entrevista, las reservaciones que había hecho para cenar. Mientras me servía otro trago pensé entre mí: ¡Maldita sea!, por lo menos podré hacer la entrevista. Sin saber cómo salí de allí y me dirigí al Hotel Plaza, donde esperé al senador, cinco, diez, quince minutos, sin que él apareciera. El vestíbulo estaba atestado de gente. Comencé a dudar de que aún me fuera posible realizar la proyectada entrevista. De pronto oí una risa familiar. Apenas podía creerlo. Allí estaba Teddy, riendo, echando atrás la cabeza, portándose como una niña, alegre, bromeando, sonriendo, agarrada del brazo del senador. Era demasiado, más de lo que jamás hubiera pensado. Me dirigí al bar y comencé a pedir copas... dobles. Había perdido toda noción del tiempo. Sólo recordaba que Teddy me había dicho que me reuniera con ella a las diez en su departamento. Como quiera que fuera *tenía* que ir allí. Me las iba a pagar. ¿Quién se figuraba ella que era para hacerme aquello a mí? Había sido yo quien hiciera las reservaciones para la cena. Era mi entrevista. ¿Qué demonios trataba ella de hacer, arruinarme? Ya le bajaría yo esos humos.

"Mientras conducía rumbo a su departamento, comencé a sospechar que a ella, realmente, no le importaba yo mucho. No obstante, estaba celosa de mí. Recordé nuestra primera

noche, dos años antes, los dos juntos en la cama, yo poseído de una maravillosa sensación de triunfo. Ella había hecho lo imposible con tal de agradarme; jamás mujer alguna me había demostrado tanto empeño. Ahora me doy cuenta de que todo ello nada tenía que ver conmigo realmente. Era su ego... un medio para expresar ese ego suyo que tanto amaba, no el reflejo de lo que por mí sentía. No tardé en percatarme de que Teddy era una persona intensamente egoísta. Al cabo de cierto tiempo ya estaba yo desencantado, desengañado, en cuanto al papel que yo representaba en su vida y el que ella trataba de asumir en la mía. Pero me agradaba y satisfacía el que ella me hubiera seducido. A veces, yo mismo me lisonjeaba y envanecía pensando que, al expresarme su menosprecio por mi capacidad amatoria, lo que trataba de hacer era que yo me abstuviera de practicar mis hazañas sexuales con otras mujeres. El hecho era que, con todo y burlarse de mí, seguía acostándose conmigo, y pensando en ello trataba de tranquilizarme.

"Y más tarde volvería a soliviantarme. Aparecería toda engalanada y diría: 'Tengo una cita; no me esperes; esta noche no regresaré a casa.' Era verse uno traicionado sin recato alguno, con absoluta deliberación. Y entonces yo regresaría a mi departamento y me pondría a trabajar en mi libro. Había aprendido a aplacar mi cólera tomándola a broma y diciéndome que todas las mujeres son imposibles.

"Al regresar a su departamento la noche de aquel sábado probé de racionalizar mi ira. Mas no pude. La amaba y quería que ella me correspondiese con igual pasión. *Debe* haber alguna razón para que Teddy se haya portado así conmigo, pensaba. Y decía para mis adentros: 'Tómalo con calma, *Tigre*.' Cuando regresó al departamento yo estaba de pésimo humor, y no quise oír su versión de lo acontecido. Le dije que me gustaría oír algo de música, y ella replicó, 'como quieras'. Puse la sinfonía número 40, en sol menor, de Mozart. Me senté a escuchar con ánimo sombrío. Teddy callaba. La música siempre ha ejercido sobre mí tremenda influencia. Esa sinfonía es mi favorita. La música me pone en un estado de ánimo especial. Mozart expresa en esa sinfonía algo muy importante: el mundo oculto del artista romántico.

"Algo por el estilo debía decir con voz alta, por cuanto Teddy me miró, inclinó la cabeza y dijo: 'Soy una romántica, *Tigre*.'

"Sentí que el hielo empezaba a fundirse.

"¿No te das cuenta de que vives encerrado en ti mismo? Algo te atemoriza y siempre estás a la defensiva, resistiendo, encogido en tu concha.

" 'Tal vez tengas razón', contesté, 'pero siempre tuve que luchar solo. Así fui educado. Tuve que aprenderlo, y aprenderlo de la manera más difícil. Me crié sin padre. Nadie me brindó su apoyo con excepción de mi madre.

"Sí, creías que eras alguien muy importante y por eso a mí siempre me ocultaste tus pensamientos. Tal vez te los ocultabas hasta a ti mismo. Parecía triste.

"Comencé a pensar: 'Si esto es el matrimonio, que se vaya al infierno. No lo necesito'. Simplemente no podía comprenderla cuando se lamentaba de su mala suerte. ¿Qué demonios quería decir? Tenía amigos por legiones y desempeñaba un trabajo que le gustaba. A ella le iba mejor que a mí. Por lo menos no tenía que esclavizarse a una campaña política que detestaba. Le dije que era una niña mimada.

"Después de eso me sentí satisfecho por la forma en que la estaba manejando y me serví otro trago. Le ofrecí una copa, pero rehusó con la cabeza, se dirigió a la ventana y se puso a mirar hacia afuera. Ambos guardábamos silencio; luego vino hacia mí y me dijo en voz baja: 'No se cómo decírtelo, pero es preciso que tú también lo sepas. Voy a tener un niño.'

"Lentamente las palabras fueron cobrando sentido en mi cerebro. 'Imposible' exclamé. '¿Qué clase de broma es ésta?' Luego Teddy dijo: 'Te necesito, te necesito'. Sentí que el piso se hundía bajo mis pies."

"¿Fue una sorpresa para usted?", le pregunté. "¿Se sintió decepcionado?"

Por un largo rato no obtuve respuesta.

"Decepcionado no es la palabra. Era la chica con quien deseaba casarme. Era el centro de mi vida, y ahora me salía con ésas. Por largo rato ninguno de los dos habló. Yo tenía ganas de marcharme, pero comprendí que no era el momento de abandonarla. Ella relató un sueño horrible que había tenido la noche anterior. En el sueño su rostro aparecía feo y deforme. Aterrorizada, corrió hacia el espejo, pero en ese momento comprendió que todo había sido un sueño. Sin embargo, yo me daba cuenta de que todavía se hallaba impresionada.

" 'Parecía tan fea en ese sueño', me dijo. 'Tenía el rostro

encendido, hinchado y amoratado y una mancha, como ésas que llaman 'deseos' en mitad de la frente. Me veía vieja y horrible.

"'Sabía que mi fealdad la causaba el embarazo. Estaba deforme. Me repugnaba ver a otras mujeres. Me imaginaba que ellas también estaban embarazadas. Las mujeres preñadas pierden su figura. Llevan vestidos como sacos y ahora yo era una de ellas. Muy pronto yo también me vería inflada y sin forma. Sería tan fea como me había visto en el sueño'.

"Teddy parecía desolada. Sentí compasión por ella. Era terrible lo que le sucedía. Me dijo: 'He vivido en una constante pesadilla. No puedo salir de ella. Tengo miedo del día y de la noche. Sueño que animales de toda especie me persiguen; intento escapar de ellos, pero tiran de mí. ¡Me siento tan aterrada! Detesto todo lo que me inspira terror. No quería que me ocurriera esto'.

"Usted sabe, doctor, cuando una mujer se encuentra afligida de ese modo no es conveniente interrumpirla. En seguida Teddy comenzó a hablar de su hermana; que su padre quería más a su hermana que a ella, que peleaba frecuentemente con su hermana, y luego dijo algo que creo no olvidaré jamás. 'Papá siempre quiso más a mi hermana que a mí y tú amas más a tu madre que a mí. Todos aquellos a quienes amo aman a otra persona más que a mí'.

"Yo no sabía qué hacer. Para tranquilizarme me serví otra copa. Luego me puse furioso. ¿Qué me obligaba a seguirla queriendo? Estaba indignado conmigo mismo y con ella. Comencé a tiritar. Hacía mucho frío y cerré la ventana. Luego, por un segundo, me volví a observar su rostro. Me pareció amarillo.

"Eso me sorprendió. Debe saber, doctor, que cuando veo amarillo el rostro de alguna persona significa que la odio. Me pregunté: '¿Acaso odio a Teddy?' No obstante, me alegraba que su rostro no se viera rojo, ya que para mí el rojo significa maldad y no creo que Teddy sea mala." Nuevamente el *Tigre* estaba hablando de Teddy en tiempo presente, como si todavía estuviese viva.

Prosiguió. "Miré a mi alrededor. Afuera estaba oscuro. La sombra velaba parcialmente el rostro de Teddy. Parecía ictérico. Me estremecí."

El hecho de imaginar que el rostro de una persona cambia súbitamente de color revela un alto grado de alteración men-

tal. Si bien no común, es un fenómeno que podemos observar en pacientes psicóticos o en personas que se encuentran bajo la influencia de ciertas drogas, como la mescalina. Algunos de estos sujetos ven distorsionado el rostro de otras personas, lo que también refleja perturbación mental. La significativa descripción que había hecho el *Tigre* del rostro de Teddy era indicio de su estado psicótico.

"En verdad, doctor, simplemente no podía quedarme sentado allí. Era preciso que hiciese algo. Deseaba marcharme, pero algo —maldita sea— me retenía. Quería decir algo, pero no podía. Le pregunté por qué me había contado lo de su embarazo. Me contestó que aunque, por supuesto, no estaba obligada a hablar de ello, ella pensaba, o mejor dicho, imaginaba que existía cierta unión entre nosotros y que yo comprendería. ¿Acaso no me había amenazado con abandonarme? ¿Qué tenía yo que comprender? Lo único que yo podía entender era que su vida era un martirio y un tormento constantes, y sentía lástima, verdadera lástima por ella. 'Si la vida es así, no vale la pena seguir viviendo', comentó; yo le contesté que podía provocarse un aborto. 'No, no puedo hacer eso', gritó. Se puso furiosa. Traté de calmarla. '¿Por qué le tienes tanto miedo al aborto? En todo caso, si así lo deseas, puedes tener tu hijo', le dije, y en verdad sentía lo que decía. Si deseaba casarse con otro no iba a ser yo quien se interpusiera en su camino. Finalmente me dijo: 'Mi madre murió cuando nacimos mi hermana y yo; fuimos gemelas'. 'Lo siento', le dije, 'no lo sabía. Ahora entiendo'. Comprendí que Teddy tenía un miedo atroz de morir.

"Probablemente no debí hacerlo, pero le dije que ella misma se lo había buscado. ¿Sabe, doctor?, a mi modo yo también soy una especie de psicoanalista. Fue entonces cuando realmente se armó el lío. Me dijo: 'No toda la culpa es mía. También es culpa tuya'. Exclamé: '¿Culpa mía? ¿Qué demonios tuve yo que ver con ello?' Inmediatamente ella me contestó —¿sabe?, siempre tenía respuesta para todo— que el que no hubiese hecho nada era tan malo como el que hubiese hecho algo."

Frente a una situación tan crítica como ésa, lo extraño es que el *Tigre* no hubiese adoptado una actitud realista y le hubiese interrogado acerca de su estado. ¿Tenía la seguridad de estar embarazada? ¿Había consultado a un médico? ¿Si estaba embarazada, cuántos meses llevaba de embarazo? Fiel

a su naturaleza, había retrocedido ante la realidad y le había hecho preguntas que no tenían relación alguna con su estado físico.

"Le pregunté: '¿Por qué quieres tener un hijo?' 'Bueno', contestó, 'la verdad es que mi hermana tuvo un niño y yo también quisiera tener uno. Ella está casada. Yo no lo estoy. Yo estoy sola, desesperadamente sola y deseaba tener algo que me perteneciera, algo que fuese solamente mío y que, al mismo tiempo, pudiese compartir con alguien. Contigo, quiero decir', dijo, y me miró ansiosamente. Sobra decirlo, eso hizo que me sintiera peor que nunca. ¿Sabe, doctor?, ésa era una de las contadas ocasiones en que se había atrevido a hablarme tan abiertamente. No supe qué contestar. Luego Teddy me contó que desde que había empezado a desarrollarse, su padre solía advertirle: 'Cuídate de los muchachos'; ahora que pienso en ello creo que su padre realmente la amaba y que le prodigaba toda la atención que necesitaba."

La clara evocación que había hecho el *Tigre* de lo que había acontecido entre ellos me sorprendió, especialmente porque para él la muerte de Teddy seguía siendo una página en blanco. Cuidándome de no distraerlo, le pregunté: "¿Qué sucedió entonces, *Tigre*?"

"Realmente no lo sé —contestó—. Me preguntaba quién podía ser el padre del niño, pero no por mucho tiempo, ya que ella misma me lo dijo. No recuerdo muy bien, pero me dijo que su amigo era un hombre de negocios. Mencionó que tenía una cicatriz en el rostro y añadió en seguida que por lo general se sentía atraída por personas mal parecidas."

"No entiendo a las mujeres", continuó el *Tigre*. "Imagínese. Esta chica inteligente, con todos sus problemas, de pronto comienza a hablarme de lo buen bailarín que era aquel sujeto y a reprocharme que yo jamás hubiese bailado con ella, algo que, para colmo, simplemente no era verdad. Yo bailaba con ella. Se estaba contradiciendo. Yo estaba terriblemente enojado con ella. No tenía por qué utilizar el hecho de que yo bailase o no con ella como una excusa. La acusé de estar enamorada de aquel hombre. Ella lo había querido y ahora realmente lo tenía: que se atuviese a las consecuencias. 'Pero, por supuesto', agregué, 'eso es asunto tuyo'. Luego pensé: '¿Qué hago sentado en este sitio? Hace mucho tiempo que debí haberme largado'. Pero no quería darme por vencido, así que le pregunté: '¿Te sentías ligada a ese hombre?' 'Sí,

en cierto sentido', me contestó. 'Por lo menos me sentía más cerca de él que de ti. Tú estás siempre tan alejado de mí, perdido en otro mundo, ¡sólo Dios sabe dónde!' Yo estaba furioso. No podía soportar más. Debía largarme de allí. Deslicé mi pipa en mi bolsillo, recogí mi cortapluma de la mesa y le dije: 'Me voy.'

"Pero Teddy no cedía —jamás lo hacía— ¿y sabe lo que me dijo? Que de cualquier manera yo era incapaz de amarla, que me hallaba demasiado ocupado en mí mismo, en mi madre o tal vez en alguna otra persona. Sólo Dios sabe qué... Sí, doctor, el amor es el cuerpo y no creo que el suyo me perteneciera."

"Prosiga, *Tigre*, ¿qué sucedió entonces?", le pregunté.

"No lo sé. Simplemente no lo sé. Recuerdo que me le quedé mirando y vi el collar. Fue entonces cuando sucedió. No sé. Sí, ya recuerdo. Ahora ella quería dinero para el aborto. Le dije que aunque no disponía de mucho dinero ciertamente le podía prestar el que tuviese, pero ella cambió de opinión y dijo que no deseaba abortar. Ni siquiera estaba segura de que deseara casarse. Después de todo, ella era perfectamente capaz de mantener, no uno, sino hasta dos niños.

"Yo estaba confundido. Le pregunté si había olvidado lo que pensaba del matrimonio antes de mi partida, cuando fui a visitar a mi madre. Le recordé que ella había dicho que deseaba casarse y se había burlado de mí porque yo siempre corría a refugiarme en mi madre. Le dije que cuando regresé yo estaba dispuesto a casarme con ella. ¿No era eso lo que realmente deseaba?

"Ella estalló: '¿Qué demonios me importa el matrimonio y qué me importan los hombres?' Yo estaba aturdido por su reacción y, en cierto modo, sentí un momento de triunfo. Al fin comprendía por qué me había llamado un tigre de papel y me había mirado como si yo fuera un ser despreciable, no un hombre verdadero. Siempre me había acusado de despreciar inconscientemente a las mujeres, como lo demostraba el que yo nunca hubiera cumplido totalmente con ella. Así pues, ¿qué demonios iba a hacer yo? Ella estaba furiosa y yo me ahogaba de rabia."

Se detuvo. Tenía las manos firmemente apretadas.

Lo animé a continuar.

Pasado un tiempo dijo: "Cuando me di cuenta me hallaba en la calle."

"Pero debió suceder algo antes de que usted se encontrase en la calle. ¿Qué le sucedió a Teddy? ¿No lo recuerda?"

"No, no recuerdo nada."

"*Tigre* —le pregunté calmadamente—, ¿le hizo algo a ella, acaso la golpeó?"

"Tal vez lo hice, tal vez no."

"¿La estranguló?"

"No recuerdo."

"¿La apuñaló?"

"No, no la apuñalé. ¿Por qué había de apuñalarla? Yo estaba afuera, en la calle."

En ese momento me limité a preguntarle: "¿Estaba usted en la calle?"

"Sí, sí, yo estaba en la calle. ¡Estaba todo tan tranquilo, tan terriblemente tranquilo! La cabeza me daba vueltas. Las luces de la calle parecían esferas blancas de luz ardiente."

"¿Qué hizo entonces?"

"No lo sé. Creo que caminé —o corrí— y de pronto oí en mi mente algo así como: 'No quise hacerlo, todo fue culpa suya'."

Estaba agitado, así que traté de calmarlo. Necesitaba un tranquilizante y no podía dárselo, ya que el reglamento prohíbe que un médico externo suministre medicamentos a un prisionero. Después de notificarle al guardia que el recluso necesitaba un tranquilizante, regresé con el *Tigre*. Al rato, continuó:

"Caminaba y contemplaba las luces de la calle; yo las pasaba y ellas me pasaban a mí. Flotaban en el aire —enormes ojos amarillos que me miraban fijamente. Luego noté que pasaba gente por mi lado. Sus brazos se balanceaban hacia adelante y hacia atrás, como si no les pertenecieran. Recuerdo que me puse a observar mis manos y mis brazos y eché a correr. Corre, aléjate de ellos, pensé. Pero ellos me perseguían. Corrí más rápidamente, pero las lámparas amarillas seguían allí, mirando fijamente mis manos. Es curioso, pero creo que metí las manos en mis bolsillos. Mis manos no pudieron haberlo hecho. No pudieron. No tenían ningún motivo. Luego me puse a pensar en las manos, en lo útiles o inútiles que son, y pensé que las manos son siempre un estorbo. Cualquiera podía caminar sin utilizar las manos, justo como yo lo estaba haciendo."

Tigre dejó de hablar. Le sudaba la frente y su rostro esta-

ba pálido y surcado de arrugas. Evidentemente estaba reviviendo el episodio psicótico por el que había pasado. Lo dejé reposar por unos minutos y luego traté de convencerlo para que continuara. "No estoy loco. Esa noche, el conductor de un taxi me detuvo y me dijo que estaba loco. Que tuviese más cuidado y mirara por dónde iba. Más tarde me encontré en el metro y luego afuera, arriba de las escaleras, y había luces, cientos de luces que me miraban y me seguían a todas partes. Luego me hallé dentro de una sala oscura; debe haber sido una sala de cine. No sé. Estaba aturdido."

Nuevamente el *Tigre* guardó silencio. Había cerrado los ojos. Parecía abismado en sus pensamientos. Luego dijo: "Constantemente sonaba una melodía en mi cerebro, una y otra vez. No podía recordar de qué melodía se trataba. Finalmente recordé que acostumbraba tararearla mientras caminaba por la calle o escribía. No podía sacarme esa melodía de la cabeza. Era suave y lenta. Luego advertí que de la oscuridad de mi mente había surgido otra tonada. La melodía se hizo insistente, cada vez más definida e intensa; luego se desbocó y siguió más y más rápidamente hasta que por fin escapó y desapareció. Luego, todo recomenzó: lento, rápido, fuga y desaparición. En ese momento comprendí lo que significaba: *Lento, rápido, fuga, desaparición.*"

"*Tigre*", pregunté, "¿por qué deseaba desaparecer? Algún motivo debía tener para ello. ¿Por qué?"

"¿Qué quiere usted de mí? ¿Es usted mi amigo, mi médico? ¿Qué desea de mí? ¿Quién es usted?"

"¿Cree que estoy en contra de usted?"

Al parecer no me había oído. Dijo: "Soy un criminal. Sé que he hecho algo malo."

"*Tigre*, présteme atención. ¿Por qué de pronto dice usted que es un criminal?"

"No lo sé."

"¿Por qué no intenta continuar y me dice lo sucedido?"

"Esa noche —dijo el *Tigre* con lentitud— había un policía parado frente a mí. Yo estaba en un bar y traté de ocultar la cara. Miré por el espejo colocado detrás del mostrador. La imagen era borrosa. No pude reconocer mi propio rostro. Sabía que el policía todavía estaba allí.

"En el bar había un escándalo terrible. La rocola sonaba a todo volumen y un marinero bailaba con una chica. Luego recordé lo que me había dicho Teddy. Que yo no bailaba.

Más tarde se suscitó una riña; de pronto me encontré en el suelo, y creo que un policía se me acercó y me preguntó qué estaba haciendo, si buscaba algo. El policía se enojó. 'Ha bebido usted demasiado', me dijo; recuerdo que utilizó la palabra 'señor'. 'Es mejor que vuelva a su casa y se comporte como es debido'. 'Déjeme contarle', le dije. '¿Quiere usted escuchar una buena historia? Lea usted el periódico mañana por la mañana y en él la encontrará'. ¿Y sabe, doctor?, el policía se rió de mí. Dijo que estaba chiflado y que andaba inventando historias. 'No intente tomarme el pelo, amigo. Afortunadamente para usted no estoy ahora de servicio'.

"'¿Entonces no me cree?', le dije. En ese momento sentí cierta decepción y me di cuenta de que el policía no apartaba su vista de mí. El alcohol ardía en mi cuerpo y estaba tan aturdido que me acerqué al mostrador y pedí otra copa. Pero entonces sentí una mano posarse sobre mi hombro. Estaba tan aterrado que ni me atreví a voltear la cabeza. Permanecí sentado y callado. Luego escuché una voz que me decía: 'Siento haberlo golpeado'. Era el marinero. Así pues, no había sido el policía, como creí en un principio. 'Pierda cuidado', le contesté."

Tigre miraba fijamente la grabadora, como si ignorase qué clase de aparato era.

"¿Qué más sucedió?", le pregunté.

"No recuerdo nada de esa noche, sólo detalles y fragmentos; por otra parte, se hablaba y se bebía demasiado. Hablaban de crímenes y homicidios. Recuerdo que alguien mencionó que habían asesinado a doce personas, pero no entendí lo que dijo después. Luego alguien más dijo que quien fuese capaz de hacer algo semejante debía estar loco de remate. Sin duda alguna, las dos ancianas que habían cometido los asesinatos estaban locas, lo mismo el tipo que había sepultado a las víctimas; otra mujer habló de un ama de casa que, después de asesinar a su marido, se había ido al cine con su amante, y se preguntaba cómo era posible que la gente fuese capaz de hacer tal cosa. Primero cometer un asesinato y después salir tranquilamente a divertirse. Era algo de una crueldad inaudita. En seguida, otro individuo dijo que él opinaba que el problema de nuestro tiempo consistía en que éramos demasiado benévolos con los asesinos. Yo dije que aproximadamente cada hora ocurría un homicidio. Incluso en ese mismo segundo un hombre o una mujer estaba siendo asesinado.

Al oír lo anterior una chica que se hallaba presente lanzó un grito y dijo: '¡Basta!'."

La reacción del *Tigre* al mencionar que en ese justo momento un hombre o una mujer estaba siendo asesinado no era sino el reflejo de su propia experiencia con Teddy.

"¿Recuerda lo que sucedió después, *Tigre*?"

"Me hallaba nuevamente en la calle. Caminaba cada vez más rápido. Ni siquiera oía mis pasos. Era como un sueño. La melodía volvió nuevamente. *Lento, rápido, fuga, desaparece*. Lo dije en voz alta. Luego vi caminar a un hombre por la calle. No pude distinguir su rostro. Pensé que era mi padre. Recuerdo que, cuando era niño, a menudo me imaginaba que veía venir a mi padre por la calle, aunque yo sabía muy bien que jamás regresaría. De todos modos, seguía aguardándolo. Aguardando, esperando. Mamá no sabía cuánto sufría; pero no se lo reprocho. No lo hizo con intención. No fue culpa suya. El culpable había sido mi padre. Luego recordé que acostumbraba pararme frente al espejo a contemplar mi rostro y estudiar mis facciones. Si sabía cuál era mi apariencia eso me ayudaría a recordar a mi padre. Pero cuando caminaba por la calle me era imposible recordar mi aspecto. Era extraño —no podía acordarme de mí mismo. Sólo conseguía retener una impresión vaga de mi rostro; todo era producto de mi imaginación."

"¿Qué hizo una vez en la calle, *Tigre*?", le pregunté.

"No sé", replicó. "Entre en un bar y una chica me invitó a su mesa. Me preguntó si vivía en el hotel. No pude entender a qué se refería. '¿Qué hotel?', pregunté. Miraba las botellas detrás del mostrador. Eran verdes, rojas, amarillas y tenían las formas más extrañas. La muchacha me dijo: 'Mira esa pintura. ¿No es extraordinaria? Una mujer en cueros'. Dirigí la mirada hacia donde ella me indicaba, pero no pude ver nada o, por lo menos, no con claridad. En eso ella me dijo: 'Debes usar lentes, guiñas demasiado los ojos'. 'No', contesté, 'no necesito lentes'. Luego pensé: '¿Dónde están mis lentes?' No los había tenido conmigo en toda la noche. Comencé a registrar mis bolsillos. Debía haberlos dejado en casa o en algún otro sitio, pero no recordaba dónde. Me dije: 'En todo caso no los necesito. Sólo los necesito para leer y nada más'. En seguida la chica me contó que se iba a casar y yo le pregunté qué demonios hacía entonces en ese bar. Simplemente deseaba divertirse, me dijo. Me levanté y ca-

miné hacia la salida, pero ella me gritó: 'Regresa, regresa. ¿Adónde vas?' Regresé y me dijo: 'Voy a casarme con un hombre, pero no sé si finalmente me decida a hacerlo. Aunque él es mucho mayor que yo, en cierto sentido me gusta y, además, está loco por mí'.

"'¿Y yo qué tengo que ver con ello?', le pregunté. '¿No comprendes?', replicó. 'Quiero divertirme. No voy a casarme contigo. Sólo quiero divertirme, pasar un buen rato'. Luego le dije: 'Sí, debes divertirte'. Indudablemente la chica era extraña. Mientras nos hallábamos sentados frente al mostrador ella me dijo de pronto: 'Me bastó tocarte el brazo para conocerte. ¿Por qué tenía que contarte todas esas cosas? ¿A ti qué te puede importar?'

"Aquella muchacha me asombraba. Tenía razón, después de todo tenía sus sentimientos. Al igual que Teddy, tenía planeada su vida. Sabía lo que quería y lo iba a conseguir."

Tigre había dejado de hablar. Parecía somnoliento. Cuando se lo pregunté reconoció que sentía sueño.

"¿Puede decirme algo más?"

"La chica llevaba algo alrededor del cuello. Pero entonces me quedé dormido. No sabía si estaba soñando o durmiendo. De prontó desperté y comencé a preguntarme: ¿Dónde están mis lentes? ¿Dónde podían estar? ¿En mi oficina? Había estado en demasiadas cantinas. ¿En mi departamento? Tal vez se me habían caído del bolsillo. Le pregunté al cantinero si había visto unos lentes. Me sentí aliviado cuando me contestó que tenía un par y me los arrojó por encima del mostrador. 'No', le dije, 'éstos no son los míos'.

"Caminé hacia una mesa pensando en los lentes. Podía arreglármelas sin ellos. Luego miré hacia arriba y me acerqué al mostrador, donde leí un letrero que decía: 'La permanencia en este local de más de 85 personas es peligrosa e ilegal'. Miré a la chica y en ese momento recordé dónde estaban los lentes. Estaban en el departamento de Teddy. Los lentes podían darles una pista y guiarlos hacia mí. Lo mismo había sucedido en Chicago, en 1924, en el caso de Nathan Leopold. Siempre es un detalle insignificante el que delata a los culpables. ¡Maldición! Los lentes estaban allí. Doctor, fue como una revelación. Mis lentes estaban en su departamento. No podía comprenderlo."

"¿Qué hizo entonces?", le pregunté.

"No sé, pero creo que nuevamente me hallaba en la calle

y estaba oscuro. Yo estaba solo y era de noche. Comencé a caminar y anduve sin detenerme. Pensé en abordar un taxi, pero no había ninguno a la vista, y seguí caminando. Luego me detuve en una esquina y vi un reloj."

"*Tigre*", le pregunté, "¿esa misma noche, más temprano, tomó usted algún taxi?"

"No", dijo. "No lo sé. Tal vez."

"¿Qué hora era entonces?"

"No lo sé."

"¿Había tomado un taxi antes de eso?"

"No lo sé. Tal vez."

"Más tarde lo recordará. Muy bien. Veamos lo que sucedió después."

Tigre guardó silencio largo rato. Tenía los ojos entornados.

"¿Desea usted que por hoy suspendamos la entrevista?", le pregunté al mismo tiempo que lo miraba fijamente. Podía darme cuenta de que comenzaba a titubear.

"¿Qué va a pasarme?"

"Eso nadie lo sabe con certeza, pero hay algo de lo que puede estar seguro, *Tigre*, y es que mientras más pueda contarme acerca de usted y de lo que sucedió entre usted y Teddy, mejor enterado estaré de lo ocurrido; del mismo modo, mientras mejor puede explicar su caso ante el jurado más fácilmente lograrán entender a usted y comprender su predicamento... Creo que tendremos que hacerle algunos exámenes, *Tigre* —psicológicos, y neurológicos, y un electroencefalograma. Puedo asegurarle que ello no le causará ningún dolor."

"¿De modo que mientras más le hable de mí menos serán los exámenes que deba hacerme —no es así?"

"No, no exactamente", repliqué. "Más aún, no se le hará ningún examen sin su consentimiento."

"Ahora recuerdo algo", dijo el *Tigre* lentamente y de un modo espontáneo, "algo que no tiene ningún sentido".

Se detuvo. Yo esperaba ansiosamente. Casi en un susurro le pregunté en qué estaba pensando.

"Esa noche —contestó el *Tigre*— Teddy me dijo: 'En cierto modo me espantas. Realmente no tengo por qué temerte. Eres amable. ¡Pero te tengo miedo!' Ésas fueron sus palabras: 'miedo' y 'amable'. Era una enorme contradicción. ¿Por qué lo dijo? Siempre fue contradictoria. Creo que dijo que me amaba, y pienso que decía la verdad, pero yo tenía la

impresión de que quería desembarazarse de mí —sobre todo esa noche— y yo estaba terriblemente furioso a causa de ello. ¿Qué demonios quería decir? Jamás pude hablar coherentemente con Teddy. Siempre estaba tratando de confundirme. Insultaba y nunca explicaba lo que había querido decir."

En ese momento pensé que era conveniente que intentara establecer una relación más íntima con el *Tigre.* Aunque hubiese preferido que continuase hablando de lo que había sucedido después de la muerte de Teddy, decidí que eso podía esperar. El vínculo entre nosotros era frágil y por ello debía alimentar un sentimiento de confianza que lo ayudase a revelar aspectos de su mente que parecían estar bloqueados. Yo había notado que su comportamiento bastante formal ocultaba algunos puntos vulnerables que podían ser sondeados. No obstante, como en cualquier velación psiquiátrica, lo más importante era que él obtuviese alguna satisfacción de su conversación conmigo. En tanto estuviese satisfecho, lo cual significaría que sentía cierta complacencia, la transferencia entre ambos iría en aumento.

Le pedí que hablase un poco más de lo que pensaba de Teddy.

"Era egoísta —contestó—, pero bien pudo haber tenido sus razones para ello. Siempre existen motivos para que la gente se comporte en determinada forma. Una vez me dijo que no quería ser utilizada por los hombres como objeto de placer. No deseaba representar ningún papel. Deseaba dominar, hacer las cosas a *su* manera. A mí me ponía furioso."

"¿Ha pensado en ella con frecuencia después de su muerte?", me atreví a preguntarle. "¿Lamenta que esté muerta... asesinada?" Sabía que mi pregunta era aventurada, pero intentaba detener el flujo de sus pensamientos y desviarlo de él. Hasta el momento, el *Tigre* se había negado a aceptar el hecho de que Teddy había muerto. Su mente había bloqueado esa realidad. Siguió hablando en tono distante e indiferente.

"¿Cómo pude haber tenido algo que ver con ello, doctor? Yo la necesitaba, realmente la necesitaba. Algunas veces me ponía a meditar en las palabras que se pronuncian en la ceremonia del matrimonio —'en la riqueza como en la pobreza, en la enfermedad como en la salud'— y comprendía que interiormente estaba enferma. Me insultaba. Era agresiva, contradictoria; estaba traumatizada, llena de culpa —la persona

que los médicos catalogan como 'enferma'. Había sido lastimada, humillada. Yo siempre tenía el recurso de trabajar en mi libro; ella no tenía nada en que refugiarse. Ésa era la causa de sus berrinches. Yo la entendía. Simplemente se comportaba tal cual era, ni más ni menos. Cuando me humillaba, unas veces volvía a ella, para atormentarla y otras para condescender. 'Ningún otro hombre sería capaz de soportar tus necesidades', le decía. Pero ella tenía que llevar la voz cantante, dominar la situación. Yo la envidiaba, pero ella también me envidiaba, porque yo podía controlar los acontecimientos. Me contó —y era verdad— que en cierta ocasión en que se hallaba en el departamento de un joven, se había puesto a registrar sus cajones y encontrado unos preservativos. Tomó una aguja y los perforó. Toda mujer que en el futuro tuviese relaciones sexuales con él correría el riesgo de quedar embarazada." Súbitamente el *Tigre* guardó silencio. Como la cinta se había terminado, tuve que cambiarla rápidamente. Me volví a mirarlo. Estaba meditando sobre algo.

"Debió haber sido *él* quien la preñó. Maldita sea. Cayó en la trampa que ella misma había preparado. ¡Qué ironía!"

"¿Cree usted, entonces", le interrumpí, "que inconscientemente Teddy deseaba el embarazo? Eso concordaría perfectamente con lo que usted decía antes, que ella deseaba tener algo que le perteneciera —¿no fue eso lo que dijo, *Tigre*?"

"Sí, sí", contestó enfáticamente.

"¿Era posesiva?", pregunté.

"Sí."

"¿Y qué me dice de usted? ¿Es usted posesivo?"

El *Tigre* pareció sorprenderse. "No se me había ocurrido eso."

"¿Qué piensa de ello?"

No me contestó. Evidentemente sus pensamientos se hallaban en otra parte. Su expresión facial parecía ser la de un hombre de mayor edad y estaba desprovista de todo rastro de emoción.

"¿Cree usted que yo soy posesivo?", dijo el *Tigre* finalmente, con cierta melancolía en su voz. Siguió una pausa. "Esa noche yo iba caminando... Me detuve en la esquina y vi un reloj. Las cuatro y media. No traía mi reloj conmigo, pero eso no me preocupaba porque sabía que estaba en el tocador de mi departamento.

"Ignoro cuánto tiempo llevaba caminando, pero entonces miré hacia arriba. Creo que vi las ventanas del departamento de Teddy.

"No tenía idea de lo que estaba haciendo allí; sin embargo, me parecía bastante natural. ¿Debía llamar a la policía? Pero yo le había dicho al policía que algo había sucedido y no me había creído. Traté de no pensar en mis lentes. Como puede usted ver, doctor, me preocupo demasiado. Siempre me preocupa que pueda perder mis lentes. En la escuela los muchachos se burlaban de mí porque me preocupaba por cosas insignificantes. Un día perdí mis lentes y me afligí muchísimo, porque mamá tendría que gastar en unos nuevos lentes. Pero entonces necesitaba mis lentes; debía recobrarlos, ya que sin ellos no podría trabajar en mi libro."

Advirtiendo que nuevamente divagaba, le interrumpí.

"¿Qué hizo entonces, *Tigre*?"

"Penetré en el edificio. Pensé que estaba loco. ¿Qué hacía yo allí?"

"¿Cómo se introdujo en el departamento?"

"Por la puerta de la cocina del sótano. Estaba terriblemente oscuro, pero a tientas encontré el camino. Recuerdo que abrí la puerta y subí a su departamento."

El *Tigre* dejó de hablar por un segundo. "Me hallaba parado frente a su puerta." Nuevamente guardó silencio.

"¿Qué sucedió entonces?", le pregunté.

"Comencé a hacer girar la perilla de la puerta."

"¿Y luego?"

"La puerta se abrió", contestó. Una pausa prolongada.

"Entré y me senté." El *Tigre* estaba sudando.

Inclinándome hacia adelante en mi silla le pregunté: "¿Qué sucedió?"

"No recuerdo. Me senté. Estaba oscuro. Luego, a tientas, busqué mis lentes. Tropecé con algo, pero finalmente los encontré. No podía ver nada. Estaba oscuro... mis lentes."

Aguardé a que continuase. Como no lo hizo, le pregunté si no había tenido miedo de que alguien en la casa despertara. Me contestó: "No, no pensaba en nada. Sólo deseaba encontrar mis lentes."

"¿Por qué?"

"No podía ver sin ellos."

"Pero usted había vagado por toda la ciudad. Había estado en varias cantinas, en el subterráneo, en una sala de cine.

Luego, de algún modo, usted *veía*. ¿Tenía miedo, *Tigre*?", le pregunté. "¿Temía acaso que al haber olvidado sus lentes en el departamento de Teddy éstos pudieran ser la pista que lo delatase?"

"Sí."

"¿Cuánto tiempo permaneció en el departamento?"

"No lo sé."

"¿Qué sucedió después?"

"Nada", contestó. "Pensé: 'Mañana todo estará perdido'. La cabeza me dolía terriblemente."

"Lo que usted me cuenta, *Tigre*, parece increíble. Su descripción de los hechos es casi una escena dostoyevskiana. ¿No se trata de una ficción de su imaginación, *Tigre*? ¿Sucedió realmente o lo soñó?"

"No lo sé. Eso es lo que recuerdo."

Por supuesto, en el curso de mis treinta años de práctica psiquiátrica he escuchado muchas experiencias, descritas por mis pacientes, que a primera vista parecían irreales e increíbles. No hace mucho un paciente me contó que, después de pasar la noche en el departamento de su chica, descubrió que había olvidado allí su portafolios. En lugar de llamarla, tomó un taxi, se dirigió a su casa, subió las escaleras, abrió la puerta, caminó de puntitas para no despertarla y recobró su portafolios sin que ella lo descubriese. Ella jamás se enteró de que había regresado.

"¿Qué hizo después, se fue a su casa?", le pregunté al *Tigre*.

"Sí, regresé a casa. Lo único que deseaba era dormir. Pensé que lo ocurrido había sido una pesadilla."

"¿Qué sucedió durante los días siguientes?"

"Dormí. Creo que tomé una de esas pastillas para dormir que me había recetado el médico y dormí tal vez uno o dos días. Me sentía deprimido, confuso. Nada parecía real."

Nuevamente le pregunté, con mayor determinación que la primera vez, si sabía lo que había sucedido —que Teddy estaba muerta y que posiblemente él *había tenido* algo que ver con ello.

"Yo sabía que estaba complicado en algo, pero ignoraba en qué. Recuerdo que una mañana leí el periódico, pero no pude encontrar nada."

"¿Qué buscaba?", pregunté.

No respondió. Tenía la mirada clavada en el piso. Pude

advertir una expresión de dolor en su rostro. Estaba callado. Yo deseaba aliviar su sufrimiento. Le dije que, a pesar de su inteligencia, necesitaba ayuda profesional para que aprendiera a enfrentarse a sus arraigadas frustraciones. No contestó. Hice un intento por restablecer la comunicación:

"¿Debe usted leer mucho, no es así, *Tigre*?"

"Sí, doctor, desde que era niño; luego, al crecer, sentía un verdadero anhelo por aprender toda clase de cosas, por saber todo lo que estuviese a mi alcance. Era casi como una embriaguez —deseaba saturarme de conocimientos, de comprensión y, sobre todo, conocerme a mí mismo. Aprender se convirtió para mí casi en una obsesión; deseaba saberlo todo: nuestra estructura social, el sistema político, la tecnología, nuestra cultura, el 'sueño americano'. Trataba de recordar todo lo que había leído. Acostumbraba poner a prueba mi memoria, pero había cosas que no podía recordar. Finalmente tuve que admitir que no todo merece ser recordado. Sí, la memoria es importante, pero olvidar es tan importante como recordar."

Nuevamente el *Tigre* se expresaba con absoluta fluidez. Al parecer había logrado sobreponerse a la angustia provocada por su evocación de la noche del asesinato y estaba alejando esos recuerdos de su mente. Todo indicaba que su confianza iba en aumento; estaba ansioso por hablarme de sí mismo.

"¿Estaba usted consciente de que era víctima de una seria depresión, *Tigre*?"

"No, no exactamente. Creí que sólo estaba deprimido, pero ahora pienso que, además de ello, experimentaba cierta sensación de frustración, como ha dicho usted."

Esta observación me hizo comprender que lo que el *Tigre* deseaba era ejercer un control absoluto sobre su mente. Era como si su mente fuese una máquina que pudiese poner en marcha o parar a su antojo. Lo que volvía a sorprenderme era lo poco que sabía de sus fuerzas emocionales. Yo sabía que iba a ser muy difícil burlar ese control tan estricto y descubrir lo que había sucedido realmente entre Teddy y el *Tigre*.

"¿Ha soñado últimamente?"

"Tuve un sueño", contestó el *Tigre*. "Estaba relacionado con la muerte de mamá. Yo iba a su funeral. ¡Era tan extraño! No tenía con quien hablar. Era triste, realmente tris-

te... Doctor, sé que está interpretando mi sueño. No tiene que revelarme su significado."

"Comprendo, *Tigre.* Me bastó verle el rostro para comprender que usted entendía parte del significado de lo que acaba de relatarme. Pero usted *ha* estado deprimido", afirmé. "¿Cuándo comenzó todo? ¿Cuánto cree que haya durado esa depresión?"

"No lo sé."

"¿Recuerda alguna etapa de su vida anterior en que se haya sentido seriamente deprimido... es decir, en su infancia o su juventud?"

"Nunca fui persona alegre", respondió el *Tigre.* "Algunas veces se me reprochaba que jamás sonreía, que no hacía intentos por comunicarme. Cuando la gente me decía que no me comunicaba me enfurecía interiormente. Esa palabra es demasiado irreal. El simple hecho de abrir la boca no significa que nos comuniquemos."

"Pasa gran parte de su tiempo solo, ¿no es así, *Tigre?*"

"Sí", admitió de un modo evasivo.

"Sin embargo, usted tenía familia, ¿no es así?"

"Sólo tenía a mi madre. A eso yo no le llamaría tener una familia. Nunca pensé que tuviese una familia. Por esa razón, cuando vine a Nueva York, tuve que crearme mi propia familia —es decir, yo mismo. Me convertí en mi familia."

"¿Se sentía deprimido cuando se sabía solo y sin familia? ¿Se compadecía de sí mismo?"

"No, no sé si yo mismo me daba lástima. En realidad nunca supe lo que significaba tener una familia. Siempre estuve solo. Pero *sí* creo que estaba deprimido."

"¿Cuándo, por ejemplo?"

"Cuando las cosas me salían mal, cuando no podía escribir, cuando no me venían las ideas con facilidad, cuando fracasaba con las chicas. Eso me deprimía. Comenzaba a cortejar a una chica, pero me seguía sintiendo solo. ¿Sabe, doctor?, yo sé que no es normal sentirse solo, pero no creo que en nuestra sociedad sea fácil establecer una relación seria. Existen demasiadas presiones. La soledad es como un sustituto de la vida —al menos para mí."

El *Tigre,* en contraste con lo que había dicho anteriormente, había admitido que la soledad era su forma de vida. Pero era incapaz de ver la relación que existía entre su soledad y sus ideas suicidas.

"Doctor, hay algo más que quisiera decirle", dijo el *Tigre* de pronto. "La soledad es algo que nos acontece cuando no podemos comunicarnos con alguien. Yo no tenía a nadie con quien comunicarme."

"¿Se refiere a su infancia?", le pregunté. "Tenía usted a su madre."

"Sí, yo tenía a mi madre, pero no tenía padre."

"Ya hablaremos de esto la próxima vez que nos veamos." Era hora de marcharme.

Antes de abandonar el cubículo me detuve a observar su rostro por última vez. Había cierto aire de orgullo en el aspecto del *Tigre*. Su rostro era fuerte y reflejaba una especie de dignidad que parecía aislarlo de la vulgaridad reinante en la prisión. Sentí que estaba a punto de penetrar en ese cerrado santuario interior que era la mente del *Tigre*.

Cuando regresé a la oficina esa tarde me hallaba exhausto. Seguía pensando en Teddy y en el *Tigre*.

Pensé: ¿por qué esa chica agresiva y dinámica había elegido a un hombre tan inseguro de sí y que no la igualaba en fuerza? Para encontrar la respuesta debía explorar el pasado de Teddy y remontarme hasta su misma infancia. Desde que Teddy supo que su madre había muerto al darla a luz había comenzado a creer que ella había sido la causa de su muerte y, en consecuencia, apareció en ella un sentimiento de culpa. ¿Cómo iba a expiar esa culpa que había asumido por la muerte de su madre? Ya que no podía borrar esa culpa de su conciencia, Teddy debía aplacarla, congraciarse con su superego (su conciencia), conciliarse con él. Incapaz de saldar su deuda con su conciencia, comenzó a sentirse despreciable. Pero su inteligencia y su belleza se rebelaban contra esta capitulación. No obstante, su culpa era la fuerza más intensa y el sentimiento de inanidad dominaba la imagen que se había formado de sí. Comenzó a sentirse más segura con hombres poco atractivos, pues creía que a éstos podría dominarlos con mayor facilidad. Esto le proporcionaba una sensación de poder que la satisfacía emocionalmente. Pero toda relación que pudiese establecer estaba condenada al fracaso, pues la basaba totalmente en su necesidad egoísta de asegurarse de su propia valía.

Al llegar Teddy a los treinta años ya había tenido varias aventuras amorosas, todas las cuales habían tenido un brusco desenlace. Frente a su constante fracaso en el amor había

asumido una actitud superficialmente indiferente y estoica, a pesar de que interiormente no dejaba de sufrir por ello. Con el tiempo había logrado justificar su incapacidad para establecer relaciones duraderas diciéndose a sí misma: "Los hombres son demasiado superficiales; son indignos de mi amor." Sin embargo, este mismo patrón de amor y de rechazo se repetía con todos los hombres que conocía. A estas alturas había adoptado lo que en psiquiatría se conoce como compulsión repetitiva —en su caso, un impulso inconsciente, involuntario y ciego por repetir y dramatizar una y otra vez las dolorosas experiencias que previamente había sufrido con los hombres, a quienes reprochaba siempre el que no reconocieran la verdadera mujer que era en realidad. En efecto, empujada por su secreto sentimiento de culpa por la muerte de su madre, sin advertirlo, se castigaba a sí misma diciéndose: "No significo nada para ningún hombre." Inconscientemente, buscaba esos hombres en apariencia normales y reservados a quienes ella atraía, a los cuales, aunque podían humillarla, era capaz de dominarlos con su belleza.

Si la narración del *Tigre* había sido incoherente a veces, otras había abundado en observaciones penetrantes. No podía librarme de la impresión de que su vívida imaginación podía haber deformado y exagerado parcialmente lo ocurrido la noche de la muerte de Teddy. Por supuesto, yo me basaba simplemente en mi intuición; no tenía prueba alguna de ello. Como psiquiatra lo que más me importaba eran sus tendencias suicidas y su relación con la chica. Lo uno no podía explicarse sin lo otro. A juzgar por mis entrevistas con el *Tigre* todo parecía indicar que Teddy había respondido más a su debilidad y a sus deficiencias que a su fuerza y a sus cualidades como hombre. Asimismo, el *Tigre* respondía más bien a las carencias de Teddy que a sus virtudes. Así pues, al menos superficialmente, podía parecer que el uno se adaptaba al otro, tal como encaja una llave en la cerradura. El uno obraba en función de la debilidad del otro. El *Tigre* era un moralista, pero bastante ingenuo. La había idealizado y pensaba que en ella había encontrado a una madre, es decir, aquello mismo que había faltado a Teddy. Por su parte ella creía haber encontrado en el *Tigre* a un hombre, un padre, que le había faltado a él toda su vida. El resultado tenía que ser por fuerza compensatorio, una relación simbiótica en la cual el vínculo invisible entre ambos era tan

inevitable como el asesinato mismo. El *Tigre* consideraba a Teddy como un reto, del mismo modo en que él constituía un desafío para ella. Ella se sentía amenazada por su ambición de llegar a ser un hombre poderoso. Jugaban el uno con el otro de un modo destructivo y ponían en juego no sólo sus "nervios" sino, por decirlo así, todo su ser, todas sus emociones. Por el momento yo debía suponer que las tendencias autodestructivas del *Tigre* se habían desplazado de él y proyectado hacia Teddy. De alguna manera, aunque inconscientemente, ella había deseado que la atacara. Como se sentía culpable, inconscientemente había deseado convertirse en víctima de su agresividad. Se trataba de una forma casi pura de victimología.

Un descubrimiento que por entonces no lograba conciliar con lo anterior era la suposición de que el *Tigre* había estado ingiriendo drogas, algo que él negaba o minimizaba. Cuando lo examiné no encontré síntomas de privación, como respiración anormal, boca seca, pérdida de apetito, temblores o extrema fatiga. También es cierto que en ocasiones estos síntomas desorientan. Sin embargo, la personalidad del *Tigre* era de tal índole que, aun en el caso de que hubiese estado tomando drogas —dexedrina u otras anfetaminas— no habría hecho ningún intento por ocultarlo. Su ego no le permitía escudarse en excusas, ya que deseaba asumir la responsabilidad de todos sus actos siempre que le fuese posible; por lo mismo, yo tampoco creía que el hecho de que negase ser adicto a estas drogas obedeciera a que le daba vergüenza admitirlo. Fiel a su carácter, deseaba mantenerse firme en sus convicciones.

No obstante, este aspecto del uso de drogas debía ser investigado más tarde, y su amigo, Neil O'Brien, podría proporcionarme información al respecto. A juzgar por su propio relato y por sus experiencias con Teddy, el *Tigre* era un individuo que había permitido que lo maltrataran. Sin darse cuenta de ello amaba el sufrimiento, aunque, en su relación con Teddy, esta tolerancia no había durado sino hasta cierto límite. Suponiendo que el *Tigre* la hubiese acuchillado o estrangulado —lo último parecía ser lo más probable— inconscientemente debió haber comprendido que su acto era una forma simbólica de decirle: "Tú me mataste —mataste mi dignidad, mi virilidad— y eso voy a cobrármelo ahora con creces: voy a matarte." Una de las primeras cosas que

el Dr. Foster me había dicho era que el *Tigre* tenía el aspecto de un animal perseguido, herido y lastimado. Él suponía que el *Tigre* había sido víctima de una especie de violencia secreta que lo había herido y lastimado. Si bien no había acabado del todo con él —es decir, no lo había matado físicamente— esta suerte de violencia oculta estaba exterminando sus sentidos, su espíritu y su alma. Hasta ahora, en las entrevistas que había tenido con el *Tigre*, éste jamás había hecho *ningún comentario excesivamente ofensivo o relatado* alguna experiencia en la cual hubiese intentado humillar o maltratar a alguien. Posiblemente, esto se debía a que él mismo había sido herido, razón por la cual, en el plano inconsciente no era capaz de causar daño a nadie. Él me había preguntado: "¿Soy un esquizoide?" No deseando aplicarle una etiqueta, no le había contestado. Sin embargo, esta pregunta era reveladora. Aunque el *Tigre* era hipersensible, su misma personalidad contradictoria lo exponía a toda clase de abusos.

Se podría decir que el *Tigre* sufría de un sadismo que había sido reprimido desde su más tierna infancia. Él había convertido este sadismo en autotortura y, por otro lado, en una amabilidad y una bondad excesivas, manifiestas en el comportamiento con su madre y, en ocasiones, con Teddy.

El hilo trenzado al curso de su vida entera era la depresión, profundamente arraigada, grabada en su persona, y que bien podía considerarse factor muy importante en su dificultad para enfrentarse a la vida en su actual y difícil situación legal.

El hecho más asombroso de mis entrevistas con el *Tigre*, que cubrían casi dos días y medio, era que jamás había utilizado las palabras "asesinar", "homicidio" o "muerte". Nunca había mencionado que Teddy hubiese muerto. Era como si este pensamiento le fuese ajeno. La idea de haberla matado le causaba tremenda y dolorosa angustia. Puesto que era incapaz de recordar algo de lo ocurrido durante aquellas últimas horas, lo importante para él y para el caso sería descubrir qué había sucedido realmente la noche del crimen. Pero desentrañar esta maraña de hechos y pasiones iba a ser una labor dificilísima.

4

Volví al caso del Tigre unos días después, cuando su amigo, Neil O'Brien, vino a mi oficina. Desde un principio mostró la mejor disposición para hacer todo cuanto pudiese en ayuda del *Tigre*. El hecho de que el *Tigre* hubiese sido acusado de la muerte de Teddy lo apenaba profundamente, pues ambos eran amigos suyos, y, de hecho, había sido Neil quien los había presentado. El *Tigre* y Neil habían sido amigos desde sus lejanos años escolares. Habían crecido juntos y visitado con frecuencia sus respectivos hogares. Al pedirle que me contara lo que había en especial del *Tigre*, me contestó que en ocasiones era bastante reservado con sus cosas.

"El *Tigre* fue siempre muy extraño. Le era muy difícil entablar amistades. Uno podía advertir que se mantenía a la expectativa para ver si la otra persona merecía su confianza o si, por el contrario, sería capaz de traicionarlo o ridiculizarlo. Aunque fuimos amigos durante la escuela elemental y secundaria, a veces lo sorprendía observándome con esa mirada tan extraña e inquisitiva que acostumbraba, como si estuviese preguntándose si lo tomaba en serio o me burlaba de él."

"Dígame, por favor —y sé que para usted puede ser difícil contestarme—, si recuerda la primera vez que lo vio."

"Sí, recuerdo el primer día que vi al *Tigre*. Era otoño y las clases ya habían comenzado. Mi familia se acababa de mudar a Washingtonville ese verano, y ése era mi primer año en aquella escuela. Yo cursaba el quinto grado. La primera impresión que conservo es la de una mujer alta que penetró en el salón de clase llevando firmemente asido de la mano a un muchacho pálido y delgado. La mujer era corpulenta y se expresaba con autoridad. Recuerdo que dio a la maestra instrucciones minuciosas respecto a su hijo, en voz lo suficientemente alta como para ser oída por quienes ocupaban las primeras filas del aula. Dijo que era la señora Mellowbrook y que su hijo Tyros había estado enfermo. Podía salir a jugar afuera durante el recreo, siempre y cuando el día fuese cálido y asoleado y, aun así, no le estaba permitido correr, sofocarse o cansarse. En tanto trascurría este monólogo, Tyros, su hijo, lanzaba miradas furtivas a su al-

rededor. Llevaba unos lentes redondos que parecían demasiado grandes para su rostro. Más tarde supe que el *Tigre* había padecido fiebre reumática hacía un año aproximadamente y, aunque su enfermedad no había sido lo suficientemente grave como para lesionarle el corazón, su madre lo protegía en exceso, y con el más leve pretexto obligaba al *Tigre* a no asistir a la escuela.

"Ese día el tiempo era excelente, y el *Tigre* salió al patio de recreo con el resto de nosotros. Se mantuvo apartado, contemplando a los demás niños —los muchachos que jugaban a la pelota, las niñas que saltaban la comba. Parecía solitario e indefenso: el blanco perfecto para los pendencieros de la escuela, y había buena copia de ellos. Recuerdo especialmente a uno de ellos —Jack, creo que se llamaba—, tipo rudo y fornido, hijo de un obrero fabril. Vi cómo se acercaba al *Tigre*, hablaba con él y trataba de provocarlo a pelear. También vi que el *Tigre* rehusaba la pelea, sin que por ello dejase de replicar a Jack, y pude advertir cierta dignidad y orgullo en la forma en que el *Tigre* se defendía, aunque para entonces estaba a punto de llorar y, junto a su rival aparecía demasiado frágil. Bien, cuatro o cinco de mis amigos y yo fuimos hacia ellos y dijimos a Jack que dejara de molestar al muchacho. A partir de ese incidente el *Tigre* me seguía a todas partes como un perrillo. Aunque me convertí en su mejor amigo y lo seguí siendo por muchos años jamás pude estar seguro de conocer al verdadero *Tigre*. Había cierta reserva en su actitud. Yo siempre fui discreto y dejaba que me contase lo que quisiera acerca de su persona. Durante los largos meses que había durado la convalecencia de su enfermedad se había aficionado a la lectura, y devoraba cuanto libro estuviese a su alcance. Era inteligentísimo, sin ser del tipo vanidoso que trata de destacar en clase y que levanta la mano para contestar cada vez que el profesor hace una pregunta. Era demasiado profundo para eso. Posteriormente, ya en grados superiores, acostumbraba discutir cosas tales como la evolución, la vida, la muerte, el destino —ideas profundas, abstractas. A mí eso me impresionaba sobremanera y, aunque a menudo no entendía lo que decía, asentía a todo. Era como hablar con un adulto, y no con alguno de mi misma edad."

Neil hizo una pausa para encender un cigarrillo.

"El *Tigre* estaba muy ligado a su madre, especialmente des-

de que su padre había abandonado el hogar. Su madre se había visto obligada a tomar huéspedes para sostenerse ambos. Uno de esos huéspedes era un músico que daba lecciones de violín al *Tigre*. Creo que, si se lo hubiese propuesto, habría destacado en la música. El *Tigre* estaba verdaderamente encariñado con ese hombre, a quien llamaba 'tío Roger', y pasaban muchos fines de semana juntos, en excursiones, de pesca o simplemente hablando. El *Tigre* se animaba y era otro en su compañía. No deja de ser gracioso; la primera vez que visité la casa del *Tigre* conocí a aquel individuo, que actuaba como si fuese el dueño y se mostraba demasiado afectuoso con la madre del *Tigre*. Naturalmente, creí que era el padre del *Tigre* y me dirigí a él llamándole señor Mellowbrook. Recuerdo que el *Tigre* se ruborizó y que ambos adultos parecían molestos.

"Ahora que lo recuerdo, el *Tigre* se avergonzaba con suma facilidad. En cierta ocasión uno de los compañeros de nuestra clase se encontró una cajetilla entera de cigarrillos y pensamos que sería muy divertido ir a algún sitio donde pudiésemos fumarlos. Existía una vieja casa de campo abandonada, cubierta totalmente por enredaderas, y que nos pareció el lugar perfecto para nuestro propósito. Al principio el *Tigre* no quería ir, pero alguien comenzó a burlarse de él y finalmente se unió a nosotros.

"Nos sentamos a fumar y a charlar y nos sentíamos verdaderos adultos. Alguien contó a los demás que en una ocasión había entrado al baño de su casa y había visto desnuda a su hermana mayor, justo en el momento de meterse en la tina. La hermana había olvidado cerrar la puerta. Eso fue el inicio de todo; todos comenzamos a narrar experiencias similares, y cada uno de nosotros trataba de impresionar a los demás con sus conocimientos respecto al sexo. Todos, menos el *Tigre*. Él simplemente permanecía sentado con una expresión de dolor en el rostro. Finalmente echó a correr y, como no regresaba, salí a ver si se encontraba bien. Lo hallé sentado sobre una cerca y lo llamé a gritos, pero no pareció escucharme. Por fin, sintiendo de algún modo mi presencia, se volvió a mirarme sorprendido. Cuando el *Tigre* se ponía a soñar despierto era difícil comunicarse con él. Una vez seguro de que se hallaba bien, regresé y me reuní con los demás. El *Tigre* ya se repondría. Lo mejor era dejarlo solo."

"¿Cómo se comportaba el *Tigre* en la escuela?"

"Era inteligente, aunque a veces se creaba problemas con la maestra. Recuerdo que en cierta ocasión ella lo golpeó —ignoro por qué razón—, y que él le devolvió el golpe. Era presidente de la sociedad de alumnos y una vez me dijo que se iba a dedicar a la política.

"Realmente pienso que si el *Tigre* no hubiese soñado tanto en clase hubiese obtenido mejores calificaciones, y estoy seguro de que podría haber conseguido una beca para asistir al colegio. Se la pasaba mirando por la ventana como si estuviese aburrido. Desde luego, su rendimiento en la escuela disminuía también porque lo que escribía lo absorbía demasiado."

"¿Recuerda algo en especial del *Tigre?*"

Neil meditó por un rato mi pregunta, una mano sobre el rostro, tres dedos en la mejilla, el pulgar en el mentón y el meñique en la bòca; parecía haber regresado a su infancia.

"Recuerdo que solía jugar con los animales, aunque, por supuesto, eso no es nada extraño. Tenía una gata y acostumbraba jugar con ella en el desván. Cierta vez ella lo mordió y él la arrojó por la ventana. La gata aterrizó sobre sus cuatro patas, ilesa, pero el *Tigre,* asustadísimo bajó corriendo las escaleras. Lo recuerdo muy bien porque trató de atrapar a la gata, sólo que ella se le escapó. El *Tigre* estuvo rumiando el incidente por mucho tiempo y juró que jamás volvería a perder los estribos. Creo que su acto irreflexivo realmente lo había cogido por sorpresa. Se sentía avergonzado por lo sucedido. Había perdido el control."

"¿Hay algo más que quisiera decirme sobre el *Tigre?*"

"No le gustaba discutir. Siempre pensó que discutir era fácil y él no deseaba tener que ver nada con la futilidad. Solía asistir a la escuela dominical, hasta que un día simplemente dejó de ir. Más tarde me dijo que había dejado de creer en Dios. Dijo que su dios era la razón."

Neil opinaba que, en general, el *Tigre* se llevaba bastante bien con su madre, aunque también era cierto que le tenía miedo. "Ella estaba siempre encima de él y lo reprendía por cualquier motivo. Había depositado en su hijo grandes esperanzas, pues era lo único que tenía en la vida. Él era testarudo y se resistía a sus intentos de controlarlo."

"Testarudo, dijo usted. Explíqueme eso con mayor detalle."

"A menudo estaba de mal humor. Era necesario halagarlo

para persuadirlo de que abandonase su —bueno, lo que fuera. No era fácil congeniar con él —no era precisamente un tipo alegre. Pero era recto y franco, salvo por el misterio en que mantenía su vida personal. Cuando tenía cita con una chica jamás se franqueaba espontáneamente. Pero no tenía muchas amigas."

"¿Qué más puede decirme de él?"

"Ya le he dicho que el *Tigre* leía demasiado. Un día vino y me habló de Darwin. Yo jamás había oído hablar de él y el *Tigre* me explicó la evolución, pero yo entendí que se refería a la revolución. Él se rió de mí. Evolución, repitió —el desarrollo de las especies. No me atreví a preguntarle qué significaba eso de 'especies'."

"¿Aparte de aquella ocasión en que arrojó a la gata por la ventana, alguna otra vez lo vio enojado?"

Neil no recordaba haber visto al *Tigre* enojado; creía más bien que se sentía desilusionado y frustrado, razón por la cual se aislaba y se refugiaba en sí mismo. No era lo que se llama un atleta. Sostenía que los deportes eran una actividad inferior. "Eso es sólo para los papanatas", solía decir. Él prefería leer libros.

"Después de nuestra graduación en la escuela secundaria", recordó Neil, "nos separamos. Él fue al colegio y yo tomé unos cursos. Me dediqué a las relaciones públicas y me convertí en promotor. Nos veíamos durante las vacaciones de verano, pero luego me fui de Washingtonville definitivamente y vine a Nueva York. Un día el *Tigre* también apareció por acá. Había estado trabajando intensamente en un libro, según me dijo".

"¿Sabe usted qué libro?"

"No estoy muy seguro. Sólo sé que era diferente del primer libro que había escrito, el cual trataba de un asesinato masivo ocurrido en nuestro pueblo."

"¿Dice usted que le habló de su nuevo libro?"

"Así es, aunque nada concreto realmente. Algunas veces me daba la impresión de que trabajaba febrilmente en su libro por días enteros, sin darse tiempo siquiera para comer. Yo le hablaba por teléfono y lo invitaba a cenar, pero por lo general se negaba cortésmente. 'Lo siento', decía, 'no tengo tiempo'. Otras veces lo invitaba a una fiesta y en ocasiones venía; fue precisamente en una de esas fiestas donde conoció a Teddy —hace dos o tres años— y creo que a par-

tir de entonces se siguieron viendo con bastante regularidad. Uno nunca sabía qué había entre ellos. La pareja resultaba extraña. Teddy era inteligente y muy atractiva; pero también demasiado impulsiva. Lo único que sé de ella es lo que él mismo escribió y que una vez me dio a leer, al parecer algo que pensaba incluir en su libro. Me lo quedé y lo he traído conmigo. En su manuscrito no menciona a Teddy por su nombre, pero creo que se trata de ella. Aquí está, doctor." Me extendió un papel ajado.

Inesperadamente su rostro se surcó de arrugas. Traté de analizar su límpida expresión, pero su rostro se trasformó súbitamente y recobró una impasividad seductora. Realmente no sabía si ahora parecía mucho más joven y a punto de llorar, o mucho más vieja y tratando de agradar. Decidí que por un momento pareció solitaria o, tal vez, adorable. Yo me esforzaba por descifrar el rostro de aquella mujer y me concentré intensamente en él, como si estuviese tratando de describirlo a otra persona. Anhelaba que fuese mía y escudriñaba su rostro a fin de descubrir lo que ella sentía por mí, de adivinar sus sentimientos. Pero me avergonzaba mirarla directamente a los ojos; temía parecerle un muchacho campesino inocente y enamorado —que era como en realidad me sentía. ¿Detrás de ese hermoso rostro, había oculto algo desagradable y dominante —era capaz acaso de mirarme de la misma forma en que lo había hecho mamá cuando me enamoré por primera vez?

"Aquí tengo algo más —dijo Neil, en tanto me entregaba dos hojas escritas a máquina—. Esto se refiere a él mismo."

Es posible que acabe solo. Es incapaz de avenirse al tipo de compromisos que acostumbra la demás gente. No creo que alguien esté obligado a buscar una relación simplemente porque está solo...

No le gustaba ser un don nadie. Tenía su empleo y su departamento, es cierto; pero, aparte de eso, ¿qué más tenía? Su identidad no dependía de lo que lo rodeaba. Su vida era parte de ser un objeto. Siempre se había considerado un niño. Las conversaciones le parecían vanas, sin sentido. Absurdas. Le gustaba hablar, cuando tenía algo que decir; pero decir algo con el mero propósito de sostener una conversación le parecía abominable.

De ordinario se comportaba de acuerdo con las convenciones sociales; pero sus ideas se apartaban de lo generalmente admi-

tido. Era contradictorio. En otro tiempo soñaba con la fama, ¿quién no lo hace? Pero la fama era otra palabra hueca. En sus fantasías escribía un libro, una novela, y luego se rehusaba a publicarlo para demostrar que tampoco tenía sentido. La fama nada significa.

"¿Qué piensa usted de esto, Neil?", le pregunté.

"Lo que el *Tigre* quería dar a entender es que la fama tiene sentido sólo cuando existe algo detrás de ella, algo sustancial. Acostumbraba compararse con Georges Clemenceau, a quien también apodaban *Tigre*. Él había sido famoso, y el *Tigre* se identificaba con él. Ahora que pienso en ello, creo que el *Tigre* en realidad deseaba ser médico, sólo que consideraba esta profesión muy limitada para sus propósitos, ya que deseaba actuar en el mundo, dedicarse a la política. Por otra parte, el *Tigre* me dijo también que Georges Clemenceau había sido médico, y que sólo después se había dedicado a la política. No sé hasta qué punto esto sea verdad o no, pero eso fue lo que me dijo."

"¿Cree usted que su amigo era insólitamente ambicioso?"

"Sí", dijo Neil, "muy ambicioso, aunque tenía motivos para serlo. Era muy inteligente. Pero ahora todo está perdido. *Debe* usted ayudarlo, doctor. Creo que toda esta situación es bastante injusta. Hablé por teléfono con la madre del *Tigre* y me dijo que va a venir a verlo. Hablé también con el padre y la hermana de Teddy, y fue sumamente doloroso".

"¿Cuál era la verdadera relación entre el *Tigre* y Teddy?", le pregunté.

A Neil le parecía que, en cierto modo, hacían buena pareja, aunque discutían demasiado. "Yo pensaba que se trataba más bien de riñas de enamorados y, por esa razón, no les concedía mucha atención. Como le disgustaba discutir, regularmente era él quien cedía. Recuerdo que escribió unas palabras, algo así como que, mientras más fuertes fuesen los lazos que unían a las personas, más hirientes tendrían que ser las discusiones. Luego dijo algo que creo se refería a su íntima relación con su madre, aunque posiblemente también se refería a Teddy. Era algo en el sentido de que —Neil vaciló un segundo— 'mientras más extrema sea la dependencia entre dos personas, más propensas estarán a detestarse mutuamente'. Francamente, doctor, no lo entendí, pero

es natural, yo no soy psicólogo. Y el *Tigre* estaba muy por encima de mí."

Al preguntarle por el despego que Mellowbrook sentía por su madre, Neil contestó que el *Tigre* reconocía que ella había sido buena con él, que lo había ayudado y que creía que estaba obligado a hacer lo mismo por ella. La admiraba por lo mucho que había hecho por él, aunque le guardaba cierto rencor. "Creo que lo controlaba demasiado, y eso era algo que él aborrecía."

"¿En su opinión, era violento el *Tigre*?"

"No, en realidad no lo era. Deseaba evitar la violencia. Ésa era también la razón por la cual no podía soportar las discusiones. El *Tigre* se había convertido en el principal sostén de su madre, en demasía. Estaba disgustado consigo mismo a causa de ello. Sin embargo, no tenía otra alternativa."

"¿Y qué me dice de la gata? —interrumpí—. La gata que arrojó desde el desván."

"Oh, pero eso fue cosa de un momento."

Sí, pensé, pero en ese momento se puso violento y lanzó a la gata por la ventana.

"¿Demostraba el *Tigre* afecto por su madre?", pregunté.

"Cuando estaba de humor para ello. Pero creo que la quería mucho y que era feliz con ella."

"Neil, usted me dijo antes que el *Tigre* no era un atleta. ¿Acaso no practicaba ningún deporte?"

"Sí", respondió Neil. "Era un excelente nadador, y durante la época en que estudiábamos en la escuela secundaria a menudo íbamos a nadar al mar. A él le atraían especialmente las olas altas y se divertía tremendamente. Disfrutaba de las olas como si fuese parte de ellas, parte de su violencia. A mí eso me asombraba, porque yo no me atrevía a adentrarme en el mar tanto como él lo hacía. Era como si estuviese tratando de desafiar la fuerza de las olas. Pero siempre salía a la playa por su propio esfuerzo. Yo me daba cuenta de que estaba totalmente extenuado, pero también orgulloso de sí por haber logrado vencer a las olas."

"¿Piensa usted entonces, Neil, que el *Tigre* jugaba con las olas?"

"Más bien parecía todo lo contrario. Yo diría que las olas jugaban con él."

Me intrigaba el comentario de Neil. Este último dato era

importante para mí. Tal parecía que, al desafiar las olas, el *Tigre* trataba de probar que no les tenía miedo —lo cual, desde luego, podría significar que en realidad las temía. Estaba luchando por probarse a sí mismo, por reafirmar su voluntad, su supremacía. Pero esta lucha implicaba un riesgo personal que rayaba en la autodestrucción.

"¿Tenía miedo el *Tigre* de algo?"

"No que yo sepa", respondió Neil, "aunque temía lastimarse. Había sufrido algunos accidentes de gravedad. Recuerdo que siempre trepaba a los árboles tan alto como podía y, claro, algunas veces perdía el equilibrio y caía. Una vez cayó y se hirió seriamente una pierna. En otra ocasión se cortó con un cuchillo y el médico tuvo que coserle la herida. También sufrió otros accidentes leves."

La información de Neil confirmaba que el *Tigre* era propenso a los accidentes y manifestaba síntomas psicosomáticos y tendencias autodestructivas. Se exponía al peligro, lo desafiaba y, no obstante, seguía temiendo hacerse daño. Donde existe un temor, existe también un deseo inconsciente. Inconscientemente, o incluso, con plena deliberación, jugaba con la muerte.

"¿Hay algo más que pueda decirme respecto al *Tigre* y Teddy?"

"Recuerdo que los veía juntos en las fiestas, muy unidos; de pronto, inesperadamente, ella comenzaba a discutir acerca de algo. Jamás supe de qué discutían. Casi podía pensarse que fuesen enemigos. Pero en seguida se reconciliaban y nuevamente eran amigos. Eso me desconcertaba, aunque, por supuesto, me abstenía de hacer preguntas."

"¿Quiere decir que eran amigos y enemigos a la vez?"

"Algo semejante. Teddy era de sangre ardiente, temperamental, impaciente, y el *Tigre* tenía que tranquilizarla. Tenía mucho talento. Prácticamente todo lo que tocaba se convertía en oro. Tenía dinero —le gustaba ganarlo y gastarlo. Era muy trabajadora, doctor. A mí me complacía ver juntos a Teddy y al *Tigre*, porque pensaba que, a la larga, él conseguiría asentarla un poco. Ahora veo que estaba completamente equivocado. Me siento terriblemente mal por lo que ha sucedido, porque sé que, en realidad, ha sido culpa mía. Nunca debí haber presentado al *Tigre* con Teddy —fue un gravísimo error."

Traté de tranquilizar a Neil y le dije que él había obrado

con la mejor intención para ambos. No era culpa suya si su relación había terminado de modo tan trágico.

Neil me miró de modo un tanto raro y dijo: "Jamás pude comprender al *Tigre*. Algunas veces, al hablar, se le trababa la lengua por completo y yo le decía que no le entendía ni jota. No comprendía cómo podía escribir tan bien cuando era incapaz de expresarse verbalmente con facilidad."

"¿Puedo hacerle una pregunta franca, Neil? ¿Qué lo hacía conservar su amistad con usted?"

"Ésa es una pregunta interesante, doctor. No estoy muy seguro de saber la respuesta. Él me consideraba una persona sociable, con buen sentido del humor y que no temía decir lo que sentía. Pero, por supuesto, había algo más hondo que eso. Probablemente era la nostalgia por su pueblo natal y al hecho de que hubiéramos compartido algunas experiencias."

"¿Alguna experiencia en particular?"

"Oh, usted sabe, los muchachos suelen jugar entre sí; claro, cosillas inocentes."

Anoté mentalmente su última observación.

"Tomaba el *Tigre* alguna droga?"

"De vez en cuando, no con demasiada frecuencia. Tomaba dexedrina para animarse, algunas veces otras anfetaminas, pero no en demasía. Les tenía pavor a las drogas. No le gustaba tomar nada."

"¿Bebía?", pregunté.

"No, no bebía mucho. Muy poco. De hecho, tenía la costumbre de pasearse con un vaso de agua helada en la mano y la gente pensaba que era ginebra o vodka. Pero bebía muy poco. Excepto, por supuesto, cuando se hallaba demasiado inquieto."

Le pregunté a Neil si sabía de alguien en la familia del *Tigre* que bebiese con exceso. No podía asegurarlo. Decidí preguntárselo a la madre del *Tigre* cuando hablase con ella.

"Bien", le dije a Neil, "usted tendrá que atestiguar cuando este caso llegue a juicio. Estoy seguro de que el abogado del *Tigre*, el señor Taylor, se mantendrá en contacto con usted y lo pondrá al tanto del caso. Mientras tanto, quisiera que lo que hoy hemos hablado quedara estrictamente entre usted y yo. En ninguna circunstancia discuta el caso con alguna otra persona. Es muy posible que reciba llamadas

telefónicas de los reporteros de los diarios... Ah, una última pregunta, Neil. ¿Cree usted que Teddy era celosa?"

"Sí, creo que sí. A veces llegó a decirme que expresaba un resentimiento con el propio ego. Yo no podía comprender cómo se podía ser envidioso y estar al mismo tiempo disgustado con uno mismo. Pero, después de todo, ella tenía sus malos ratos —como todos nosotros." Neil sonrió. "Teddy se sentía atraída por él, de eso no cabe la menor duda; sin embargo, a ella le gustaba discutir."

"¿Sobre sexo, tal vez?"

"No puedo decirlo. El *Tigre* nunca me contó nada. Era algo que mantenía secreto. En cierta ocasión los oí discutir sobre ciertos planes que tenían. Me dio la impresión de que él estaba equivocado, aunque ella tampoco parecía tener la razón. Qué pareja más extraña, pensé. Pero no iba a ser yo quien dijese una palabra sobre el asunto."

"¿Piensa usted que Teddy provocaba deliberadamente las discusiones?"

"Ella era impaciente", dijo Neil, "y no tenía pelos en la lengua. Era muy dada a envolverse en discusiones."

"Gracias por haber venido a mi consultorio, Neil", dije. "Si tiene algo más qué decirme, le estaré muy agradecido. Es decir, si puede agregar detalles, tantos como le sea posible, acerca del *Tigre* y de Teddy, especialmente acerca de la relación entre ambos. Si deseo más información es porque puede guardar relación con su muerte. Trate de recordar y anote cualquier incidente que pueda arrojar luz sobre su vida en común, cualquier incidente, ya sea de su infancia o de su juventud. Mientras más sepamos, mejor comprenderemos lo que ocurrió entre ellos y lo que provocó la muerte de ella."

Yo sentía cierta inquietud al meditar en los comentarios de Neil y, mientras hacía preparativos para recibir a mi próximo paciente de esa tarde, pensaba en su observación de que Teddy se veía envuelta en discusiones con suma facilidad.

Eso me hizo pensar que, sin saberlo, ella planeaba, urdía o creaba una especie de intriga con el *Tigre*. Tal vez gustaba de la intriga porque de ese modo era capaz realmente de crear situaciones favorables donde ella era figura importante de la situación, si no la *única*. Para ella la intriga era necesaria; tal vez fuera parte esencial de su vida sobre

la cual fundaba su fascinación de mujer. Si disfrutaba con ello era porque así fortalecía su ego. Es muy posible que su tendencia a la intriga, aun inocente y todo, fuera el arma más eficaz con que contaba para atraer a los hombres. Al parecer había aprendido esta técnica de manipulación a temprana edad y la había ido perfeccionando con el tiempo. Se había rebelado ante el intento del *Tigre* por asumir la autoridad, mientras que él, a su modo, tranquila e indirectamente, se había rebelado contra el dominio de ella.

La habilidad de Teddy para tramar intrigas con un deleite sádico introducía una dimensión sorprendente en el caso. Podía decirse que su afán por crear intrigas la convertía en cómplice del asesinato que más tarde ocurriría. Sin tener conciencia de ello, ella misma había incitado al *Tigre*, había jugado con él y, por decirlo así, lo había desafiado para que la atacara, movilizando de ese modo los deseos violentos de él —otra manifestación de victimología.

Otro aspecto de la entrevista con Neil que me sorprendió fue su refinado lenguaje. A pesar de que sólo había cursado la enseñanza secundaria, ciertamente sabía bastante de análisis de la personalidad, si bien cabía la posibilidad de que se hubiese sometido a psicoanálisis. O tal vez había adoptado alguna de las palabras e ideas que el *Tigre* utilizaba y, aun sin comprender del todo su significado, las había incorporado a su vocabulario. Que estaba preocupadísimo por el *Tigre* quedó confirmado más tarde, pues acostumbraba llamarme siempre que le venía a la mente algo relacionado con el *Tigre* que creía de posible interés para mí.

Después de la primera entrevista, Neil me entregó parte del borrador del trabajo del *Tigre*, escrito a mano con grandes letras. La redacción era un tanto desarticulada, epigramática:

Lo que es mortal anhela ser inmortal. La muerte es la seperación del cuerpo y de la mente, es decir, del espíritu.

Algunas personas anhelan ser acecinadas. Aguardan morir.

Aquel capaz de conquistar la vida será un hombre.

El hombre es el más feroz de todos los animales, más feroz que el tigre, más feroz que el tiburón.

Un hombre mata a seres de su propia especie, no por placer, sino porque así lo desea.

Quien sea capaz de dominar sus propios deseos puede llegar a ser o será un hombre.

Hay un tiempo para la decesperasión y un tiempo para el placer.

La infidelidad emocional es peor que la infidelidad sexual.

Menospreciar la propia alma es crimmal.

¿Te amo? ¿Me amas? No puedes amar lo que no conoces.

Debe existir un sentido del honor. Se debe defender a toda costa.

El miedo es el infierno. Vencerlo es el cielo.

Como la belleza nunca nació, nunca morirá. Un hombre en constante contacto con la belleza seria inmortal.

Al leer las notas del *Tigre* advertí que la palabra "asesinada" había sido mal escrita; había escrito dos *c* en lugar de dos *s*. La palabra "separación" había sido escrita "seperación". Estos errores ortográficos podrían obedecer a su deseo de escribir las palabras tal como se lo dictaba su imaginación. Si bien es cierto que existen muchas personas inteligentes incapaces de escribir con corrección y que, no obstante, no actúan de un modo violento y, aun cuando indudablemente, la muestra que ofrezco es escasa, éste podía ser otro factor probatorio circunstancial que confirmaría el acto violento del *Tigre*. Neil no sabía nada de los errores ortográficos del *Tigre*. Me dijo, en son de broma: "Yo también tengo mala ortografía y no por eso ando por ahí matando gente."

Recordando que, según Neil, el *Tigre* rara vez bebía, creí prudente interrogarlo nuevamente al respecto. Neil contestó que había estado pensando en ello y que recordaba una ocasión, poco antes de que se graduaran de la escuela secundaria, en que se habían ido de parranda, se habían emborrachado y a la mañana siguiente habían despertado en un sembradío. "Recuerdo que el *Tigre* me preguntó si había matado a alguien. Yo sufría de un terrible dolor de cabeza y no comprendí del todo lo que quería decirme. Su pregunta me pareció fuera de lugar. Creo que más tarde se olvidó del asunto, pero ahora que pienso en todo lo ocurrido dudo mucho que realmente lo haya olvidado."

Me interesó muchísimo esta última idea acerca del *Tigre*. Matar a alguien en la imaginación no es algo fuera de lo común. Es posible que la gente no repare en este aspecto de su personalidad porque sus impulsos homicidas son inconscientes; sin embargo, abriga sentimientos de culpa. Todos sabemos que el niño o el adolescente (e incluso el adulto)

alimentan deseos de muerte contra sus padres, hermanos, hermanas o quien aparezca ante ellas como símbolo de autoridad. Pero en el caso del niño, especialmente, cuando la parte inconsciente de su mente quiere matar a alguien, tal deseo no se refiere siempre a un acto final, mortal, definitivo, sino, más bien, a un suceso transitorio, pasajero, remediable. Al deseo de muerte se añade el de revivir al muerto. Por tanto, "deseo matarlo" significa que el inconsciente desea que cierta persona desaparezca si el niño lo considera necesario o conveniente. Por lo mismo, el niño normal no se siente culpable por desear la muerte de alguno. Pero el *Tigre*, con toda seguridad, sí se había sentido culpable por sus deseos de muerte dirigidos contra su padre o su madre, hecho que en cierta medida podría explicar el resentimiento y el odio, tanto tiempo incubados, ocultos tras sus deseos de muerte.

"Neil —pregunté—, ¿pensaba el *Tigre* seriamente dedicarse a la política?"

"Es difícil decirlo, pues aunque hablaba de ello nunca daba detalles. Era más bien una especie de sueño. Le interesaba la sociedad y leía toda clase de periódicos y libros."

Recordé lo que me había dicho un asesino en ocasión de hablarme sobre lo que pensaba de sí mismo como criminal. Dijo: "Desde el punto de vista de la sociedad soy un criminal; pero en realidad soy un rebelde contra los tiempos modernos." Al preguntarle si se sentía culpable por su acto, se limitó a contestarme: "Para mí la autoridad no significa nada. Matar no me afecta en lo más mínimo. No produce ninguna alteración en mis emociones. Es como un instinto animal."

En cierto modo, el *Tigre* era como este individuo. Tampoco él encajaba en la estructura de nuestra actual sociedad. Pero el origen de su sistema moral y de sus normas de justicia radicaba en sus emociones que, en contraste con el mencionado criminal, lo hacían sentirse culpable.

Otro criminal, tratando de justificar el homicidio que había cometido, dijo: "Cuando la sociedad mata a otro ser humano no ve nada de malo en ello. La sociedad quiere matarme. Gusta presenciar la muerte como si ello les diera placer. Y no sólo el ciudadano común goza con la muerte de otra persona, hasta los sacerdotes disfrutan del espectáculo —ellos mismos presencian la ejecución. Si la mayoría

piensa que hay derecho a matar, ¿por qué no habría yo de hacerlo?"

En su mayoría, los asesinos piensan que pueden cometer un acto de agresión o de violencia y librarse del castigo. Eso está muy lejos de ser verdad, ya que muchos de ellos son aprehendidos. La actitud depresiva del *Tigre* y sus amargas cavilaciones hamletianas indicaban que se sentía culpable por su conducta. Sentía que había hecho o deseado hacer algo indebido que no deseaba expresar y que, por lo mismo, trataba de mantener lo más lejos posible de su mente.

Era muy posible que el *Tigre*, en cierto modo, hubiese intentado rebelarse contra la sociedad, o que su rebeldía hubiese sido estimulada por Teddy. Para él, ella representaba el dinamismo y el ambiente opresivo de la ciudad de Nueva York, esa sociedad apresurada que aborrecía y que, no obstante, había intentado aceptar y dominar —la sociedad que, a su modo de sentir, lo había rechazado.

Al reflexionar brevemente sobre la relación que existía entre Neil y el *Tigre*, comprendí que Neil era activo y emprendedor. Gustaba de realizar cosas y había elegido trabajar en el medio de la publicidad y la promoción. En su opinión, el *Tigre* era esencialmente un soñador que hablaba de la evolución, cosa que, sencillamente, no encaja en el mundo real. ¿Quién necesita tal cosa? Neil se vestía a la moda, y cuando salía con alguna chica deseaba llevarla a un buen restaurante o conseguir los mejores asientos para un espectáculo.

Me simpatizaba Neil porque era directo: sabía lo que era y lo que deseaba. Tal vez por eso el *Tigre* se sentía atraído por él. La relación entre ambos se fundaba en el contraste. Neil tenía el cuerpo de un atleta: alto, musculoso, flexible. Sus rasgos eran firmes, y todo en él hacía sentir suma cualidad de franca espontaneidad. Reflejaba ingenuidad. Aun callado, parecía irradiar una actividad contenida. Sus opiniones eran firmes y sencillas. Sus ojos oscuros enfrentaban mi mirada directamente y reflejaban sinceridad y preocupación por su amigo. Como hombre, Neil era atractivo y vigoroso; le gustaban las chicas y gozaba de amplias simpatías entre ellas. Tal vez por esa razón había estado ansioso de que el *Tigre* y Teddy se conocieran, ya que el *Tigre*, tímido e introspectivo por naturaleza, nunca había podido relacionarse fácilmente con las mujeres.

Pero aunque Neil y el *Tigre* eran totalmente opuestos, los lazos de lealtad que los habían unido en su infancia eran fuertes y seguían uniéndolos en Nueva York. Neil se había sentido importante cuando presentó al *Tigre* a Teddy, una chica a la que él mismo había intentado cortejar. Sin embargo, Neil no era lo suficientemente refinado para Teddy.

Cruzó por mi mente la idea de que Neil y el *Tigre* se sentían mutuamente atraídos *debido* a sus personalidades complementarias. Unas semanas más tarde, cuando interrogué al *Tigre* al respecto, pareció sorprendido e indignado. Una vez más comprendí que era una persona para quien la conducta debía conformarse a ciertas reglas de respetabilidad o a lo que la sociedad o él mismo estimaban correcto. Reprimía toda atracción emocional o física de naturaleza inconsciente que pudiese sentir por Neil, algo que fácilmente se podía esperar de él. Esto contrastaba con la actitud de Neil, quien aparentemente tenía pocas represiones. Era ágil para comprender y no tenía que obrar contra una rígida estructura mental.

Yo diría que, en cierto sentido, la relación entre ambos era satisfactoria, aunque probablemente a veces surgiría cierta tensión entre ellos, especialmente cuando el *Tigre* sentía envidia de la conducta desenvuelta de Neil. Mientras que Neil era físicamente el mejor dotado de los dos, el *Tigre* lo aventajaba en el plano intelectual. Esta tensión en su relación debía aumentar en ocasiones hasta alcanzar la intensidad de esa tortura psicológica que a menudo observamos entre personas altamente inteligentes. Todo parecía indicar que sus vidas se hallaban entrelazadas en un grado muy alto.

Lentamente, un detalle comenzaba a adquirir importancia en mi mente: Neil me había informado que, en cierta ocasión, el *Tigre* había soñado o fantaseado que había matado a alguien, dato que, aunado a la estructura especial de su personalidad, podía significar que había deseado matar a su madre o a su padre, pero jamás lo intentó. Sin embargo, esta misma hipótesis me hacía preguntarme si el *Tigre* había matado *realmente* a Teddy. Contra tal suposición hablaba el que no recordara o no quisiera recordar nada de ese hecho en particular. Pero era muy posible que la razón para ello fuese que sus temores de haber deseado matarla hubiesen dado origen a la idea de que en realidad lo había

hecho. Donde existe un temor existe un deseo, y, aunque este deseo había permanecido sumergido, el temor a este deseo había surgido a la superficie y le hacía creer que la había matado. Sin ninguna sorpresa para mí, de pronto me hallé pensando como detective.

El psiquiatra *es* una especie de detective. Trata de descubrir emociones y motivaciones ocultas en sus pacientes que intenta sacar a la superficie con el fin de que aquéllos puedan ver claramente los sentimientos que los impulsan. Los factores que hacen o impiden que determinada persona obre satisfactoriamente; las razones por las cuales no logra adaptarse a los demás, es un impotente sexual, un fracasado o tiene demasiado éxito —todo ello está alojado profundamente en la mente, y sus raíces sepultadas en el pasado. La tarea del psicoanalista consiste en desentrañar estas fuerzas emocionales y esclarecerlas, de modo que el paciente sea capaz de comprenderlas y enfrentarse a ellas. Esto no es fácil, ya que el analista se ve obligado a ahondar profundamente en el inconsciente, a fin de descubrir el origen inconsciente de la conducta de sus pacientes. Y ésta es la razón fundamental por la cual el psicoanálisis requiere tanto tiempo. Es un proceso que lleva mucho tiempo y que a menudo se prolonga debido a la resistencia del paciente a revelar detalles de su vida que han sido dolorosos para él y que ha reprimido.

No había duda alguna de que el *Tigre* había reprimido muchas experiencias, no solamente de su propia vida, sino también de su relación con Teddy. Al negarse a reconocer la gama total de sus emociones deformaba muchas de las cosas que de sí mismo conocía. Por otro lado, se resistía a comunicar cualquiera de estas cosas que veía. Lo que había pasado entre el *Tigre* y Teddy seguía siendo en gran parte un misterio. Esto no debe sorprendernos pues, por regla general, es muy poco lo que sabemos de las verdaderas relaciones entre los integrantes de una pareja. La imagen que una pareja ofrece a los demás suele ser una deformación, un cuadro falso del verdadero vínculo que los une.

Neil había descrito a Teddy y al *Tigre* como una pareja extraña. Los miembros de una pareja extraña se hacen cosas raras el uno al otro. Se desafían, están en desacuerdo hasta el punto de agredirse físicamente y, en cierto sentido, también se aman. Pero existe tensión entre ambos, y el uno

está indeciso o inseguro respecto al otro. Sin embargo, a juzgar por lo que sabía, el caso del *Tigre* parecía a primera vista un crimen imposible, que planteaba una cuestión interesante —la posibilidad de que jamás hubiese habido crimen y sólo múltiples coincidencias que habían culminado en un hecho que tenía toda la apariencia de un homicidio.

La orden de allanamiento sugería que Teddy había sido apuñalada y estrangulada. Era difícil imaginar cómo podía haberla acuchillado el *Tigre*. ¿Dónde estaba el arma homicida? El *Tigre* era un individuo que vivía más en los libros que en la verdadera actividad de la vida. Prácticamente, los libros constituían casi su vida entera. Era extraño que todavía no hubiese recibido el informe de la autopsia que el fiscal había prometido enviar a Taylor.

En mi calidad de testigo perito siempre he considerado esencial confirmar todos los datos disponibles referentes al caso, los que aportan el acusado, la policía, el médico forense, el tribunal y el abogado defensor, sin pasar por alto informes provenientes de otras fuentes. Los psiquiatras tienden a limitar su examen al acusado, y se abstienen de investigar lo que ha ido ocurriendo en torno suyo. Son muchos los casos en que se me ha consultado y en los cuales, los psiquiatras habían prestado poca o ninguna atención a las circunstancias que rodeaban al crimen. Si bien es conveniente confiar en el abogado, deberían intentar formarse su propia opinión en torno al "cómo" y al "porqué" fue cometido el crimen.

El *Tigre* tenía todas las circunstancias en su contra. Existía la confesión, que no había firmado; era posible que ni siquiera fuese admitida como prueba, pues había sido interrogado en el momento de su arresto sin que estuviese presente su abogado. Tal vez fuera aún más importante el que, en realidad, nadie lo hubiera visto en el departamento de Teddy. El hecho de que una persona confiese un crimen no siempre significa que lo ha cometido. Muchas personas se acusan de actos imaginarios de los cuales se sienten culpables.

Por muchas razones el *Tigre* se sentía agobiado por su culpa. Fundamentalmente era hostil y temeroso, y donde existe hostilidad debe haber culpa, consciente o inconsciente. Él afirmaba que había regresado al departamento de Teddy, pero, ¿qué crédito debíamos concederle a su afirmación?

Si había regresado a la escena de su presunto crimen, bien podía haber sido porque tenía necesidad inconsciente de ser castigado, de delatarse, con la esperanza de ser aprehendido. Además, era muy posible también que, habiendo estado dominado por su madre desde su más tierna infancia y sentido indefenso ante ella, su regreso al departamento de Teddy expresara el deseo inconsciente de proclamar que no era un ser impotente; demostrar indirectamente a su madre que era fuerte y viril, capaz de venganza.

Como lo había esperado, mi entrevista con la madre del *Tigre* no reveló mucha información sobre la vida interior de su hijo. Tenía poco más de cincuenta años y vestía pulcramente. Llevaba un par de guantes blancos en la mano, sin duda un signo de distinción en el Sur. Era sumamente emocional. Al principio lloró y sollozó casi incontrolablemente. Lentamente, en tanto iba recobrando su compostura, habló de la infancia y comienzos de la niñez del *Tigre*. Su embarazo había sido normal, aunque se había sentido muy disgustada con su esposo, a quien calificó de vagabundo. Próxima ya a dar a luz, su esposo estaba ausente, y ella se había visto obligada a pedirle a una amiga que la llevara al hospital. El parto fue prolongado, pero, hasta donde estaba enterada, no se habían utilizado fórceps. No recordaba nada insólito sobre el *Tigre* durante sus primeros meses. Hablaba con claridad antes de cumplido el año y aprendió a dominar sus esfínteres a su debido tiempo. Comenzó a leer a los cuatro años y medio. (Evidentemente, pensé, no había habido lesión cerebral). Era melindroso con sus alimentos, pero, en general, "buen chico". Desde que su marido la abandonó, hasta que cumplió nueve o diez años de edad el *Tigre* durmió en el mismo dormitorio que ella. Le gustaba trepar a los árboles, y aun cuando en una ocasión cayó y se lastimó, no hubo manera que dejara de subirse a ellos. Obtenía buenas calificaciones en la escuela, es decir, en matemáticas y en lectura, porque en ortografía siempre falló.

"¿Mala ortografía?", repetí.

"Sí, no podía deletrear correctamente las palabras. No sabía cómo hacerlo o no quería, pero creo que más tarde mejoró."

Ella había deseado que el *Tigre* continuase su educación después de graduado en el colegio —tal vez con el tiempo llegaría a ser médico—, pero él decidió interrumpir los estu-

dios por un año. "Recuerdo lo horrorizada que yo estaba; le dije que todo el mundo debía tener alguna profesión para sostenerse. Temía que el *Tigre* se convirtiese en un vago como su padre. Pero por aquel tiempo consiguió un empleo en el periódico y comenzó a escribir."

"¿Se enojaba con usted?"

"Algunas veces", contestó, "pero era un buen muchacho. Todo lo que ganaba lo traía a casa, me lo entregaba, y yo, de ese dinero, le daba una asignación. Así lo hicimos por muchos, muchos años, hasta que se vino a Nueva York, hace cuatro o cinco. Me escribía desde Nueva York dos veces por semana, por lo menos; desde luego, yo contestaba sus cartas y él me llamaba cada domingo —por cobrar, naturalmente. O era yo quien lo llamaba. Algunas veces venía a visitarlo, pero sólo por unos cuantos días, porque tenía que regresar a hacerme cargo de mis huéspedes. He hablado con Neil y con el abogado del *Tigre*, el señor Taylor, quien me pareció persona amabilísima. No comprendo nada..."

"¿Le hablaba el *Tigre* de Teddy?"

"De vez en cuando, pero nada importante. Desde luego que yo estaba impaciente porque él se casara, pues, como usted sabe, todo el mundo debe casarse tarde o temprano y el *Tigre* ya pasa de los treinta. ¡Deseaba tanto tener un nieto!" Comenzó a sollozar nuevamente.

"¿Conoció a Teddy?"

"No —dijo—. El *Tigre* siempre me explicaba que estaba ocupada o que no tenía tiempo para conocerme. A mí eso me parecía muy extraño, pues pensaba que se iban a casar."

"¿Se comprometieron alguna vez?", pregunté.

"No."

"¿Cuando vivía en su pueblo, el *Tigre* tuvo novias?"

"No, no las tuvo. Pero conoció a una muchacha muy agradable, tranquila, ¡era tan agradable! Ella hubiese sido la chica ideal para él. Salieron juntos en varias ocasiones e incluso él iba a veces a cenar en su casa, a la que yo también iba; pero nunca se llegó a nada."

Aunque la Sra. Mellowbrook parecía estar ansiosa por hablar de su hijo, en su mente predominaba la idea de que se le debía salvar a como diera lugar. "Usted lo debe ayudar, doctor", dijo. "No sé si se habrá portado mal, pero no puedo concebir que le haya hecho algo a Teddy. No sería natural en él."

Le pregunté si el *Tigre* sufría accesos de cólera, pero lo negó.

"¿Tenía pesadillas?"

No podía recordar ninguna.

"Trate de pensar", le apremié.

"Sí, ahora recuerdo", contestó. "Fue sólo una vez, poco antes de que lo trasladara a su propio cuarto. Tuvo una pesadilla. No pudo explicarla, pero dijo que en sueños estaba buscando algo. Debe haber sido que estaba buscando a su padre y lo encontró. Como usted sabe, se crió sin padre."

Su interpretación del sueño me sorprendió en un principio, pero luego comprendí que, como se sentía culpable respecto al padre del *Tigre*, proyectaba sus propios pensamientos en el *Tigre*. "¿Mencionó alguna vez que deseaba ver a su padre?", pregunté.

"No, nunca lo hizo. Jamás."

"¿No le parecía eso extraño?"

"No, no me lo parecía."

¿Tenía algo más que decirme acerca de su familia?

Titubeó, alisó arrugas imaginarias de su vestido con sus manos pequeñas y bien formadas, se mordió el labio inferior y, con voz apagada y vacilante, dijo que había pertenecido a una familia adinerada, pero que la habían repudiado cuando se casó con el padre del *Tigre*. "Era muy atractivo, pero un bueno para nada —un vagabundo y un bebedor empedernido. ¿Pero qué más podía hacer yo? Estaba embarazada. Debí haberlo sabido. Después de casarnos me obligaba a beber con él. ¡Le temía tanto!" Intentó esbozar una sonrisa, que se trocó en una mueca grotesca. "Oh, estaba tan avergonzada de mí misma, tan avergonzada." Guardó silencio y comenzó a llorar silenciosamente.

La Sra. Mellowbrook parecía atormentada. En tales circunstancias siempre es difícil hacer preguntas. ¿Para qué abrir viejas heridas? No obstante, le haría bien desahogar su corazón. Permanecí en silencio, contemplando su rostro ensombrecido y agobiado por el dolor, sus ojos anegados en lágrimas. Pensé para mí qué habría hecho *ella* para merecer este destino: venir aquí y encontrar a su único hijo acusado de asesinato. Como todas las madres, ella también habría soñado lo mejor para su hijo: fama, distinción; todo lo que en su juventud ambicionara para sí y que jamás pudo alcanzar...

Pasado un rato, levantó la vista: "Todo está perdido", murmuró. Recordé que el *Tigre* había utilizado las mismas palabras.

Viendo que había comenzado a recobrar su compostura, intenté reanudar el interrogatorio. Le pregunté si sabía dónde estaba su esposo. No, ignoraba dónde pudiese estar. Lo último que había sabido de él era que se había ido de Washingtonville y jamás había regresado. "Mientras menos hable de él, mejor." Advirtiendo el empeño que ponía en eludir el tema de su marido, le hice algunas preguntas en torno al *Tigre*.

¿Había sido un hijo no deseado? No, ella amaba a su esposo, pero había deseado y orado porque el hijo que esperaba fuese una niña. Se había sentido desilusionada cuando, en lugar de una niña, nació el *Tigre*. Éste era un dato importante que, en gran medida, explicaba por qué lo había mantenido tan estrechamente ligado a ella. Indudablemente, el hecho de que hubiese deseado una niña había despertado en ella sentimientos de culpa hacia su hijo, razón por la cual había intentado compensarlo colmándolo de amor.

Interrumpiendo mis propios pensamientos, le pregunté cuál había sido su vida después de abandonarla su marido. Había sido una vida difícil, solitaria. "La única ilusión en mi vida era el *Tigre*." ¿No veía a algunos amigos? De vez en cuando, no muy a menudo. Hacerse cargo de su casa de huéspedes y tratar de que éstos se sintieran a gusto consumía todo su tiempo. En realidad no le importaban sus huéspedes, pero ése era su único medio de vida.

Le pregunté: "¿Aparte del *Tigre*, no había nadie más a su lado?"

"No, pero había un huésped, con el cual el *Tigre* estaba muy encariñado, y que permaneció mucho tiempo en casa. Yo estaba sola. No se puede una pasar toda la vida yendo a la iglesia. ¿Qué hace una después de la iglesia?"

"¿Qué hizo usted, si puedo saberlo? Por supuesto, no está obligada a contestarme si no lo desea", añadí apresuradamente.

"¿Qué hace una mujer solitaria? ¿No puede adivinarlo?" Sin darme tiempo a contestarle, continuó: "Me emborraché hasta perder el sentido. Cuando desperté, me sentía avergonzada por el *Tigre*. Me hallaba medio desnuda. No sabía qué hacer. Traté de ocultar mi desnudez. Estaba avergonza-

da, doctor, ¡tan avergonzada! *Por favor,* debe creerme." Había elevado la voz en un crescendo.

"Le creo", le contesté al instante. Pero *ella* no me creyó a *mí.* Prorrumpió en un llanto compulsivo. Su sentimiento de culpa parecía excesivo, pensé. Cuando se hubo calmado, le pregunté si tenía alguna pregunta que hacerme. Ella sólo deseaba que ayudara al *Tigre.* Había estado en el hospital (*Tigre* había sido trasladado a él para que se le practicara el examen psiquiátrico). El *Tigre* tenía un aspecto atroz. Y toda aquella gente a su alrededor —drogadictos, toda clase de tipos extraños. En toda su vida jamás había visto caterva semejante. ¿No era posible trasladar al *Tigre* a un hospital particular?, suplicaba. Le recordé que el *Tigre* estaba bajo jurisdicción del tribunal y que éste era la única autoridad que podía tomar tal decisión. Trasladarlo a un hospital particular iría contra el reglamento y, en el estado actual del caso, yo dudaba mucho de que se autorizara su traslado. En general, agregué, el resultado del caso estaba en manos de los dioses o, mejor dicho, en manos de la ley. Traté de convencerla de que tanto los médicos como las enfermeras del hospital psiquiátrico municipal desarrollaban su labor del mejor modo posible.

Ella no creía que hubiese algo anormal en el *Tigre*; era evidente que jamás había pensado que pudiera estar loco, aunque admitió que, en ocasiones, estaba malhumorado y taciturno. Sí, ahora que pensaba en ello, frecuentemente hacía berrinches y sufría accesos de cólera; pero, aun cuando a veces se enfurecía, siempre se esforzaba por controlar su ira. Su malhumor provenía del hecho de que ella no siempre podía darle todo lo que él deseaba. Había sufrido una gran desilusión cuando, en lugar de ingresar en Harvard o Yale, había tenido que asistir al colegio estatal, donde la colegiatura no era tan elevada. Pero —como toda madre quisiera creer—, en su opinión su hijo jamás se había sentido frustrado. Durante la entrevista nunca mencionó a Teddy, a menos que yo lo hiciera. Como decía, estaba tratando de salvar a su hijo del estigma de homicidio. Si fuese necesario, ella estaba dispuesta a atestiguar en el juzgado en favor de su moral y sus buenas costumbres. Al finalizar la entrevista la Sra. Mellowbrook hizo un valiente esfuerzo por controlar su desesperación. A pesar de que había llorado varias veces, en su rostro pude apreciar vestigios de la misma

gran dignidad que había notado en el *Tigre*, si bien en su hijo éstos eran más notorios.

Gracias a mis entrevistas con Neil y la señora Mellowbrook me había enterado de ciertos elementos importantes del desarrollo emocional del *Tigre*. Desde sus primeros años su madre había ejercido una influencia dominante, tanto en su mente consciente como en la inconsciente. Él mismo exageraba este poder y se sentía disminuido ante ella. Para mí era fácil comprender por qué se había desarrollado en el *Tigre* tal actitud, ya que su madre me había dado la impresión de ser una mujer fuerte que había intentado hacer más de lo que era su deber. Como su esposo la había dejado sola con su hijo, ella había creído que debía compensar la ausencia paterna y desempeñar las funciones de madre y de padre a la vez.

El hecho de que el *Tigre* hubiese dormido con ella en la misma pieza hasta los nueve o diez años de edad —aun cuando ella negase que hubiera dormido en la misma cama— debió establecer gran intimidad entre ambos. Es perfectamente razonable suponer que, cuando bebía en exceso, como ella misma había reconocido, se exhibía ante el *Tigre* en camisón o en ropa interior, y a éste, en tales ocasiones, ella debió parecerle especialmente seductora. Es muy posible también que hubiese presenciado intimidades sexuales entre su madre y el huésped a quien él llamaba "tío Roger". Estas experiencias pudieron haber estimulado su ira y su resentimiento y agravado su ya avanzada frustración.

Estos sentimientos de sobrestimulación y frustración constantes pueden haber movilizado en el *Tigre* la tendencia a tratar de averiguar lo que pasaba con su madre o en su casa. Ahora podía comprender mejor el interés del *Tigre* por observar cosas. En parte, esta necesidad de mirar y de observar —su inclinación escopofílica— podía satisfacerla mediante incesantes estudios y lecturas, por los cuales intentaba alcanzar un conocimiento universal. Su sobreestimulación sexual dio origen a un desarrollo psicosexual perturbado, que trajo como consecuencia sentimientos de culpa y de temor.

5

Los días siguientes fueron agitados. Había hecho arreglos para visitar al *Tigre* en el hospital el martes, y deseaba hablar primero con su abogado. Pero, en vista de que Taylor estaba también muy ocupado, nos citamos para almorzar juntos el miércoles, en un sitio tranquilo donde pudiéramos hablar con libertad. El abogado estaba impaciente por escuchar mis hallazgos y yo le hice una descripción a grandes rasgos de la estructura de la personalidad del *Tigre* y de su versión de lo que había sucedido en el departamento de Teddy. También le hice saber que el *Tigre* no recordaba el acontecimiento real durante el cual, supuestamente, la había estrangulado o acuchillado.

"¿Qué más puede decirme?", preguntó Taylor.

"¿Lo que me pregunta es qué deseo decirle?"

"Bien, como usted guste."

"¡Ojalá fuese así! —le dije en broma—. ¿Sabe?, se supone que el psiquiatra debe tener siempre la razón, al parecer porque está del lado de los ángeles. Pero, hablando en serio", continué, "la estructura de la personalidad del *Tigre* es bastante extraña. Es evidente que reprime una gran parte de la realidad, especialmente lo que sucedió la noche de la muerte de Teddy. Y en ningún momento ha solicitado expresamente mi ayuda".

Le describí mi entrevista con la madre del *Tigre*, en especial el detalle significativo de que habían compartido el mismo dormitorio hasta que él tuvo nueve o diez años de edad, hecho que indudablemente había establecido gran intimidad entre ambos, aunque no necesariamente de orden sexual. Comencé a reflexionar en voz alta: "Dijo ella que el padre del *Tigre* había ejercido una influencia perturbadora en su hijo, a pesar de que el *Tigre* era todavía muy pequeño cuando su padre los abandonó. Sin embargo, es extraño que el *Tigre* nunca le hubiese dicho cómo se sentía por el hecho de haberse criado sin padre.

"Escuché", proseguí, "la falta de información respecto al padre pudiera indicar que éste era débil y carecía de autoridad en la familia. Siempre que existe escasa o ninguna referencia a un miembro de la familia, especialmente cuando

se trata del padre, y aun cuando éste haya abandonado el hogar, debemos sospechar que esta persona en especial ejerció mayor influencia que la supuesta, aunque negativa. En nuestro caso, el *Tigre* estaba resentido con su madre, y reñía con ella, sin que en ningún momento expresara una sola palabra de reproche contra su padre. Pero su silencio era revelador".

Luego Taylor me habló del informe de la autopsia. El único hallazgo consistía en una tosca línea irregular y variable alrededor del cuello. No había heridas de arma blanca. Patentemente, la causa de la muerte había sido la estrangulación. El homicida debía haber arrancado violentamente el collar y, al hacerlo, la había estrangulado. El grado de hemorragia en la laringe y en la faringe indicaba que se había empleado cierta fuerza.

En seguida puse a Taylor al corriente y le informé del interrogatorio que le había hecho al *Tigre* el día anterior en el hospital psiquiátrico de la ciudad. Nuestra entrevista había sido de breve duración —una hora, a lo sumo. Nuevamente lo había interrogado en relación con lo acontecido la noche en que había muerto Teddy, pero la respuesta del *Tigre* había sido totalmente negativa. Había sido difícil hablar con el, pues en el hospital no había disponible ninguna habitación aislada donde llevar a cabo el interrogatorio, y había tenido que entrevistarlo en un cuarto abierto, una especie de corredor por donde desfilaban constantemente los pacientes y los guardias de la policía. El lugar era ruidoso y desordenado, justamente la clase de ambiente capaz de provocar tensión en el *Tigre*, ya que éste podría sentirse expuesto y privado de la intimidad que su personalidad exigía.

Se había sentado frente a mí, vestido con un descolorido pijama gris. Lo interrogué desde todos los ángulos posibles acerca de la noche en que había muerto Teddy. Fue categórico al contestar que no recordaba lo sucedido. Era tan firme en su negativa que comencé a pensar que tal vez en ningún momento había estado en su departamento y que no había sido él quien la había estrangulado. Me preguntaba si, al registrar el departamento del *Tigre*, la policía había encontrado el collar con el que supuestamente la había estrangulado.

Lo extraño era que, después de abandonar por última vez el departamento de Teddy, el *Tigre* había regresado a su

casa, aparentemente como si nada hubiese ocurrido. Había momentos, dijo, en que trataba de acordarse de lo que había hecho, pero en seguida trataba de negar con cada fibra de su ser que algo hubiese ocurrido. Dijo que era incapaz de violencia. Tuve que recordarle aquella gata que había arrojado por la ventana cuando era niño y que en ocasiones se encolerizaba sin expresar su ira.

Le dije a Taylor que, durante la noche, el *Tigre* había regresado al departamento en busca de sus lentes. Pero no podía decir si esto había ocurrido realmente o sólo se trataba de un sueño o un deseo. En su narración abundaban tantos elementos psicopatológicos y contradictorios que era difícil distinguir entre lo que realmente había sucedido esa noche y lo que era producto de su fantasía.

Luego le comuniqué una nueva duda que últimamente me había estado preocupando. Al pedirle a la madre del *Tigre* que me hiciera una descripción de su marido, ella me dijo que era alto y que tenía el cabello oscuro. Ella también era morena. Supuse que podrían existir ciertas dudas en torno a su paternidad, y que el hombre a quien el *Tigre* consideraba su padre tal vez no lo fuera. Como sabíamos ambos, el pelo del *Tigre* era de un color muy claro. Por supuesto, era muy posible que alguno de sus abuelos fuese rubio y que él hubiese heredado los genes. Éstas eran simples especulaciones mías. Pero si mis presunciones fueran ciertas, es posible que en el *Tigre*, intensamente sensitivo, surgieran ciertas dudas al encontrar que no se parecía ni a su madre ni a su padre, y posiblemente ésa era la razón por lo cual acostumbraba examinarse ante el espejo en busca de alguna semejanza con sus padres. No le había hecho al *Tigre* ninguna pregunta al respecto, pues no deseaba abrumarlo con más problemas. No obstante, seguía pensando que el problema de la paternidad podía haber sido crucial en su desarrollo emocional.

El abogado me preguntó qué creía yo que pudieran revelar los resultados del examen psiquiátrico realizado en el hospital. Casi sin vacilación le respondí que, debido a la renuencia del *Tigre* a revelar información relativa a su persona, seguramente se le consideraría apto para comparecer ante el tribunal. No obstante, Taylor pensaba que era necesaria una audiencia previa para definir la salud mental del *Tigre*. Dijo que hablaría con el juez para solicitar que esta audiencia se llevara a cabo antes del juicio.

Durante los catorce días siguientes permanecí sumido en la incertidumbre de un caso que, tanto desde el punto de vista psicológico como del legal, estaba muy lejos de ser claro y evidente. Aun cuando el tribunal declarase que el *Tigre* no estaba perturbado en sus facultades mentales, existían muchos elementos psicológicos que lo colocaban en una zona intermedia entre la cordura y la locura. El que hubiese o no asesinado realmente quedaba dentro de la competencia del tribunal; no obstante, esta cuestión legal estaba íntimamente relacionada con el estado mental del *Tigre*.

Unas cinco semanas más tarde recibí del abogado defensor el informe psiquiátrico sobre el *Tigre* que él había obtenido del hospital psiquiátrico municipal.

"Tyros Mellowbrook, de 32 años, raza blanca, sexo masculino, fue enviado a este hospital para su observación por órdenes del Juzgado Penal el 1º de junio de 19—, después de haber sido acusado de homicidio. Durante los exámenes psiquiátricos que se le practicaron, los examinadores encontraron al paciente bien orientado en cuanto a su noción del tiempo y su identidad personal. Estaba tenso y pálido. Algunas veces no contestó a las preguntas que se le formularon, especialmente las relacionadas con la acusación que pesa en su contra. Sus respuestas fueron bastante cautelosas y manifestó cierta hostilidad. Lo más saliente de su comportamiento era su estado de depresión. El paciente parecía preocupado y se expresaba con dificultad. No tenía queja alguna que hacer, salvo que el lugar le parecía ruidoso y que tenía dificultad para conciliar el sueño. Había venido padeciendo insomnio desde hacía algún tiempo y hasta el momento no se le había suministrado ningún somnífero. Negó ser adicto a las drogas, aunque admitió que en ocasiones había tomado dexedrina u otras anfetaminas. Se consideraba a sí mismo un escritor, pero en la actualidad creía ser un fracasado. No quiso mencionar los sucesos durante los cuales supuestamente mató a una mujer. No se pudieron verificar delirios ni alucinaciones. Parecía sugerir ideas paranoicas el hecho que el sujeto sienta temor por la gente. El examen psicológico obtenido mediante la escala de inteligencia para adultos de Weschler reveló un cociente intelectual verbal de 132, un cociente intelectual de eficiencia de 120, y un cociente intelectual total máximo de 127. Se le puede clasificar como un individuo de inteligencia superior, con cierta perturbación

ocasional del pensamiento. La prueba de Rorschach denuncia abundancia de tendencias hostiles y agresivas que, en determinados momentos, alcanzan dimensiones paranoides. Da la impresión de ser una persona controlada y con dominio de sí misma. No se halló prueba de perturbación formal de su pensamiento. Esto bien pudo deberse a que se trata de una persona muy inteligente que sabe cuidarse al responder.

"En vista de su estado de ánimo depresivo, al paciente se le proporcionaron medicamentos para contrarrestar su depresión. Diagnóstico: Depresión mental de naturaleza reactiva, estrés y reacción al mismo en un individuo altamente inteligente. Conclusión: Durante el supuesto crimen, Tyros Mellowbrook no carecía en grado sustancial de la capacidad (como resultado de defecto o enfermedad mental) para comprender o apreciar la iniquidad de su conducta o para ajustar su conducta a los requerimientos de la ley.

"Tyros Mellowbrook está capacitado para comprender los cargos en su contra, para consultar con su abogado, para contribuir a su propia defensa y para comparecer ante el tribunal."

Para mí era evidente que los dos psiquiatras que lo habían examinado en el hospital no habían sido capaces de analizar con suficiente profundidad el estado emocional del acusado. Sin duda esto se debía en parte al gran número de pacientes que estaban obligados a examinar. Lo más notable del caso era el hecho de que no se hiciera mención a la intensa relación de *Tigre* con Teddy. Posiblemente, el gran número de casos por examinar era también una de las razones por las que no se le había tomado un electroencefalograma ni se le había interrogado bajo los efectos del amobarbital sódico (narcoanálisis), procedimiento que hubiera podido sacar a la superficie algunas de las intensas emociones que el *Tigre* había reprimido.

Aunque el informe psiquiátrico presentaba sólo un esbozo del estado mental de Mellowbrook, yo sabía por experiencia que los psiquiatras contratados por el tribunal o por un abogado generalmente realizan observaciones más completas que las contenidas en sus informes. Se hacía poca referencia a sus emociones, a su infancia o a su juventud; no obstante, toda esta información podría presentarse en la audiencia psiquiátrica. Sin embargo, el informe de los psiquiatras indicaba que podría ser muy difícil decidir si estaba o no "cuer-

do legalmente". Si, en efecto, era la persona que había cometido el crimen, entonces, definitivamente, los elementos inconscientes habían desempeñado el papel más decisivo. Si yo lograba descubrir estos elementos inconscientes decisivos, estaría en posibilidad de establecer la relación psicodinámica que existía entre su personalidad y su presunto acto homicida. La importancia de establecer tal conexión queda demostrada por el hecho de que el mismo patrón de conducta mediante el cual una persona manifiesta sus rasgos distintivos actuales o potenciales, se expresa también en el homicidio que ha cometido. Si bien las circunstancias pueden conferir al homicidio cierto carácter, la motivación estampa en el acto un sello que hace posible identificar al homicida.

El caso más famoso que yo había estudiado a este respecto había sido el de Lee Harvey Oswald. El patrón que conformaba la estructura de su personalidad estaba definido con toda precisión: desarrollo emocional perturbado durante la infancia; deformación de su carácter que traía como resultado la ausencia de un superego; incapacidad para tolerar la frustración, exhibición de sentimientos de hostilidad; aislamiento y falta de identificación masculina; sentimientos de insignificancia e impotencia; deseos excesivos de venganza y fantasías de grandes hazañas; finalmente, anteriores actos delictivos y violentos, delatores de un deseo intenso de herir gravemente a otra persona. Todos estos rasgos revelaban la conexión íntima que existía entre la estructura de su personalidad y su potencialidad psicológica homicida.[1]

Naturalmente, esta configuración varía en cada homicida. En el caso de Mellowbrook había descubierto los siguientes: ausencia del padre, sobrestimulación sexual materna, falta de identificación masculina, propensión a los accidentes, cólera repentina, impulsividad y expresiones de violencia (lanzar a la gata por la ventana del desván). Su ortografía había sido deficiente, en relación con su inteligencia superior. Era temeroso, tímido, solitario y se sentía amenazado por el ambiente. Manifestaba una fuerte tendencia a fantasear, y sus

[1] David Abrahamsen, *Our Violent Society*, "Lee Harvey Oswald: Psychological Capability for Violence and Murder" (Nueva York: Funk & Wagnalls, 1970), pp. 129-160. David Abrahamsen, "A Study of Lee Harvey Oswald: Psychological Capability of Murder", *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, Segunda Serie, vol. 43, núm. 10 (octubre de 1967), pp. 861-888.

fantasías en lugar de proporcionarle satisfacción, le provocaban angustia. Su evidente fascinación por el suicidio y la muerte indicaban la presencia de impulsos autodestructivos —todo lo cual revelaba un estado mental cercano a la psicosis. En general, descubrimientos de tal naturaleza indican la importancia de que se practique examen psiquiátrico a todos los acusados de delitos graves, como agresión u homicidio.

Tenía mucho trabajo por delante, pensé. Aunque sabía bastante de las motivaciones inconscientes del *Tigre*, hubiese deseado saber un poco más, particularmente en torno a lo ocurrido la noche en que había muerto Teddy.

Un método para obtener más información, especialmente en relación con la cuestión de la insania y la responsabilidad legal, sería realizar la entrevista psiquiátrica estando el interrogado bajo la influencia del amobarbital sódico (narcoanálisis), pues de este modo se reduciría su resistencia y podría revelar información que no descubriría en estado de plena vigilia. No obstante, como me lo había enseñado mi experiencia, el narcoanálisis no es infalible, y el sujeto, enfermo o acusado, aun bajo la influencia del amobarbital sódico, sigue siendo capaz de ocultar o retener la verdad. Por otro lado, suele ocurrir con personas psicopáticas o suspicaces —y tal era el caso con el *Tigre*— que el sujeto se niegue a que se le aplique medicamento alguno, y entonces el interrogatorio narcoanalítico es imposible. En efecto, el método sólo puede aplicarse con el consentimiento del sujeto, previa y formalmente enterado de que las revelaciones obtenidas podrían ser aceptadas como pruebas en su contra. Más aún, ignorábamos si el tribunal tomaría en consideración y admitiría como prueba la información extraída mediante el narcoanálisis. En ocasiones, algunos tribunales han aceptado los resultados del interrogatorio efectuado bajo la influencia del amobarbital sódico. En nuestro caso, sin embargo, el tribunal no accedió a la petición de la defensa de someter al *Tigre* a interrogatorio narcoanalítico, por considerar que se trataba de un procedimiento que había de aplicarse en un hospital y, durante la audiencia sobre salud mental, Mellowbrook no podía ser trasladado de la prisión a que había sido retornado después del examen psiquiátrico pericial.

Semanas más tarde, Taylor intentó liberar a Mellowbrook bajo fianza. Alegó que el *Tigre* estaba sumamente deprimido

y psicótico y que requería tratamiento psiquiátrico, algo que no se le podía proporcionar en la prisión. Esta petición también fue rechazada. El fiscal se mostró inflexible: contaba con pruebas circunstanciales —la propia confesión del acusado y la declaración del conductor del taxi— que, según él, refutaba todo argumento en el sentido de que el *Tigre* fuera un psicótico. Por otra parte, el fiscal se apoyó también en el informe del hospital psiquiátrico municipal, en el cual se afirmaba que Mellowbrook no estaba loco. En vista de las opiniones contradictorias respecto a su estado mental, el juez había decidido turnar rápidamente el caso para que se celebrase una audiencia de salud mental, como nosotros la llamamos, audiencia prejudicial Huntley.

Siempre que existen dudas en cuanto al estado mental de un acusado, en cualquier momento se puede llevar a cabo una audiencia de salud mental —antes, o después del juicio o durante el mismo. Dado que el estado mental influye sobre la responsabilidad criminal, el problema de la posible enajenación mental del *Tigre* debía resolverse en primer término.[2] En el caso del *Tigre* esta cuestión era especialmente pertinente. Estando próxima la audiencia de salud mental, le dije a Taylor que trataría de ver al *Tigre* en el curso de los días siguientes.

Pero si el *Tigre* había sido bastante inaccesible en el pasado, ahora lo era mucho más. Tuve que recordarle lo que me había comunicado de sus experiencias con Teddy antes de que ocurriera el asesinato. Se limitó a asentir con un movimiento de cabeza. Yo tenía la clara impresión de que ahora deseaba borrar de su conciencia todo lo que le había sucedido con ella. Mencioné que me había dicho antes que tenía muchos temores. ¿No podía ser más explícito al respecto? ¿Tenía miedo de alguna persona en especial? ¿O se trataba de un miedo general?

Por largo rato el *Tigre* permaneció en silencio, sumido en sus meditaciones. Finalmente dijo: "Me gusta vivir; tengo miedo de morir."

"Llegado el momento, todos tenemos que morir."

"Sí", contestó, "¿pero quién desea morir?"

[2] Especialmente es esencial averiguar *en qué momento* el delincuente no se hallaba en pleno uso de sus facultades mentales. Para mayores detalles, *cf.* David Abrahamsen, *The Psychology of Crime* (Nueva York: Columbia University Press, 1967), pp. 252-257.

"Hay quienes desean morir. ¿Tiene algún comentario que hacer?"

No respondió.

No deseando proseguir el interrogatorio por esta línea, le pregunté cómo se había llevado con los demás pacientes del hospital.

"No puedo quejarme."

"¿Ha hablado o trabado amistad con alguno de ellos en particular?"

"Sólo con las enfermeras; eran amables. Sabían hacer su trabajo", contestó lacónicamente.

"¿Es usted hipersensible?"

"Sí, puede decirse que lo soy", contestó el *Tigre*.

"¿Ha visto a su madre?"

"Sí." Siguió un silencio embarazoso. Era doloroso contemplar la tristeza de su rostro. Sus ojos fijos en el piso carecían de expresión.

"Fue horrible", dijo pasado algún tiempo. "¡Cómo lamento haberla hecho pasar por todo este sufrimiento! Me arrepiento de todos los trastornos que le he causado. Me ofreció dinero; ¿de qué serviría? ¡Si sólo pudiera largarme de este lugar!" Había alzado la voz.

"¿Qué haría entonces?", pregunté.

Se encogió de hombros.

Después de aguardar un rato, me atreví a decirle: "Usted sabe que Teddy ha muerto." No respondió. "¿Cree usted que ella misma se lo buscó?"

"Tal vez. Su suposición es tan buena como la mía. Después de todo, usted es el médico y debe saberlo. ¿Qué va a pasarme?" Ésta era la primera vez que el *Tigre* manifestaba alguna preocupación por su suerte. Evidentemente, había adquirido cierto sentido de la realidad.

"No puedo decirlo con seguridad. Pero se va a realizar esa audiencia de sanidad mental de que le ha hablado su abogado. Qué vaya a suceder después, nadie lo sabe."

¿"Será pronto?", preguntó. "¿Podré salir mientras tanto?"

"Debe hablar con su abogado al respecto. Lo siento mucho, pero no puedo decirle más sobre el asunto."

"¿Voy a tener que permanecer en este lugar el resto de mi vida, doctor?"

"Espero que no. ¿Hay alguna otra pregunta que quiera hacerme, *Tigre*?"

"¿De qué serviría? Ni siquiera pudo contestar a mi última pregunta. Estoy atrapado."

"¿Se le ha administrado algún medicamento?"

"No."

"Debo hablar con el médico de la prisión y ver si le pueden dar algo. ¿Duerme por las noches?"

"No", contestó el *Tigre*.

"¿Sueña por las noches?"

"Sí, algunas veces."

"¿Qué sueña?"

"Sueño que la gente me persigue. Tengo miedo. Huyo. Tratan de alcanzarme."

"¿Qué clase de gente?"

"Una masa gris —muchos rostros —enormes —sin facciones."

Pasado un largo rato, dijo: "¿Cómo puedo quedarme aquí? Cuando camino tengo que sostenerme los pantalones para evitar que caigan. Ni siquiera me permiten que use cinturón. No soy un animal. Yo soy —o al menos lo era— un ser humano con ideas. Míreme ahora. ¿Qué le parece?"

En lugar de responderle, le pregunté. "¿Cómo pudo meterse en este lío?"

"Lo ignoro, doctor, pero aquí me tiene."

"¿No recuerda nada de lo que sucedió con Teddy un poco antes de que abandonara su departamento?"

"Lo he intentado, pero no recuerdo nada."

"¿Llevaba algo consigo cuando abandonó el departamento?"

El *Tigre* levantó la cabeza y sus profundos ojos pardos me miraron con sorpresa, como si no hubiese comprendido mi pregunta.

"¿Que si llevaba algo conmigo? ¿Como qué?"

"Fue sólo una pregunta", respondí. "¿Ha intentado recordar lo que ocurrió en el departamento de Teddy?"

"Lo he intentado una y otra vez. Pero es inútil."

El *Tigre* había comenzado a verbalizar algo de la amargura que le provocaba su situación y que hasta entonces había reprimido. Durante la entrevista había estado relativamente tranquilo, aunque yo podía apreciar en él gran inquietud, miedo y angustia. Se mostraba tímido, evasivo. No había aceptado mi entrevista con agrado, pero tampoco se había rehusado a ella.

Absorto en sus propios pensamientos, no había prestado

completa atención a lo que le había dicho o preguntado. Aunque al observador inexperto el *Tigre* pudiera parecerle superficialmente torpe, en realidad, bajo esa torpeza, se ocultaban una gran agudeza mental y una enorme hipersensibilidad. Hablaba como si estuviese bajo gran tensión. Pero, a pesar de que se expresaba de modo titubeante e incoherente, su voz era firme y bien modulada. No sufría ilusiones, alucinaciones o falsas percepciones. Existían, es cierto, algunos sentimientos paranoides que se habían intensificado, posiblemente, debido al hecho de encontrarse recluido en prisión y sin muchas esperanzas de salir libre. No obstante, a juzgar por lo que me había dicho y por sus escritos, indiscutiblemente albergaba deseos de muerte contra sus padres y contra sí mismo. Había tenido sueños que podían caracterizarse como pesadillas. Él no creía que hubiese nada anormal en ellos. Aunque indudablemente se sentía culpable, no quería reconocerlo. Esta negativa a enfrentarse a sus emociones indicaba que carecía de una comprensión sustancial de sí mismo. Su memoria estaba intacta, salvo por el incidente de la muerte de Teddy, que parecía sepultado en su mente. El examen neurológico había sido negativo.

A pesar de que durante las entrevistas su conducta había sido por lo general controlada, creo que había en ella cierta impulsividad, especialmente cuando se le hacía una pregunta que lo cogía desprevenido. Durante las entrevistas había manifestado gran obstinación, y no había querido o podido ni siquiera mencionar hechos o expresar sentimientos; sin embargo, en otras ocasiones había cedido a la necesidad de hablar.

En modo alguno podía decirse que se hubiera negado a cooperar, pues su falta de cooperación estaba relacionada con su control mental, no siendo, por tanto, sino una defensa psicológica. Su resistencia a relatar detalles de su vida pasada y, en especial, del crimen del que se le acusaba, estaba posiblemente relacionada con su actitud defensiva y con el hecho de que su mente había bloqueado el recuerdo de los hechos ocurridos. Su huida del departamento de Teddy casi equivalía a una huida provocada por un pánico homosexual.

El caso del *Tigre* Mellowbrook no era de tal índole que pudiese encajar en un rígido marco o estereotipo diagnóstico. Debo señalar que su caso, más que otros que había estudiado,

me había ayudado mucho a mejorar mi inteligencia de la psicodinámica del homicidio y de la relación entre el homicida y su víctima. Sin duda alguna había intentado valerse de todas las fuerzas a su alcance —su inteligencia, su visión del mundo tal como él lo concebía y su sentido de responsabilidad social— para explicarse a sí mismo. Había utilizado sus lecturas para elaborar una filosofía y un estilo de vida con que enfrentarse a sus tendencias violentas e irracionales, de las cuales, no obstante, no era plenamente consciente. Su narcisismo lo había convertido en su propio médico. De ser cierto que había matado a Teddy, entonces había fracasado rotundamente en su intento por controlar dichas tendencias violentas. En contraste con muchos otros asesinos que yo había examinado, cuyas personalidades eran incoherentes comparadas con la del *Tigre*, éste se hallaba confundido por sus tendencias violentas inconscientes. Indudablemente estaba desesperado —desesperado, creo yo, por explicarse lo que había sucedido; y de esta manera había intentado salvarse a sí mismo. Por otro lado, era orgulloso —terriblemente orgulloso—, tanto como reservado y resignado. Desde mi primera entrevista con él sentí que había cierta fatalidad en el *Tigre*. En cierta ocasión había dicho que en él había algo de rebelde, de revolucionario. Durante nuestra última conversación había estado colérico, aunque yo tenía la impresión de que se creía capaz de sublimar su ira. A mi juicio, bien pudiera ser que con su ira estuviera tratando de liberarse de su amargura y sus frustraciones, de sobreponerse a su odio, a fin de reforzar su débil ego.

Los rasgos más sobresalientes del estado mental del *Tigre* eran su depresión, sus tendencias autodestructivas y su conducta monomaniaca. Pero aunque había en él gran hostilidad, no la manifestaba, a menos que se sintiera provocado más allá del límite para él tolerable. Temía que se le descubriese; uno presentía que albergaba en sí un secreto que no podía compartir con nadie. Aunque superficialmente su actitud parecía de desafío, yo sospechaba que, en el fondo, no le importaba gran cosa lo que los demás pensasen de él. Era, en suma, el clásico solitario.

Muchas veces he comparado en mi imaginación al *Tigre* con el genial filósofo y psicólogo vienés Otto Weininger, quien durante su corta vida escribió un extenso tratado titulado *Sexo y carácter* (1903) y, a los seis meses de publi-

carlo, se suicidó.[3] Él también guardaba un secreto que no podía compartir con nadie. A él tampoco le importaba lo que la gente pudiese pensar de él. Fiel a su propia inclinación, era fuerte en carácter, fuerte en orgullo —el clásico solitario.

El *Tigre* conocía la ley, pero no a sí mismo. Creía que la vida había sido injusta con él, una razón más para la pobre estimación en que se tenía. Desde su niñez había sido hipersensible a las heridas, al insulto y a la agresión de los demás, especialmente las que provenían de su madre. Cuando niño, lo que más lo había hecho sufrir era su convicción de que no merecía tal trato. Este sentimiento lo había transferido a Teddy. Sentía que ella era injusta con él. Ella lo amenazaba y era cruel. Y ahora esto mismo iba a repetirse en la prisión, según pensaba. En su vida adulta se había mantenido fiel a esta convicción, al grado de que, al igual que Weininger, llegó a ser incapaz de distinguir entre causa y efecto, de apreciar como tales sus propios actos de odio y de agresión. En último término, tal vez, todo su pasado había hecho erupción en el homicidio.

[3] *Cf.* David Abrahamsen, *Mind and Death of a Genius* (Nueva York: Columbia University Press, 1946).

Tercera Parte

EL JUICIO

6

HABÍAN pasado tres semanas. El día fijado para la audiencia de salud había llegado. Penetré en la sala del tribunal un poco antes de las 10 de la mañana. La sala se hallaba vacía, salvo por la presencia de un empleado del juzgado ocupado en consultar un libro. Al verme, me saludó amablemente con un movimiento de cabeza y en seguida volvió a enfrascarse en su trabajo. La audiencia era un recinto amplio y sobrio; al frente del salón se hallaba colocada la bandera de los Estados Unidos y sobre uno de los muros podía leerse: "En Dios confiamos." Me pregunté por qué razón el tribunal tenía que invocar el nombre de Dios, siendo que la leyenda, "En Dios confiamos", podía sugerir que Dios tenía algo que ver con el tribunal. En mi opinión, el tribunal era obra del hombre y no de Dios.

Me preguntaba cuánto tiempo más tendría que esperar. En los tribunales debe uno aprender a armarse de gran paciencia. La puntualidad de los jueces no es precisamente uno de sus hábitos. Gracias a mi larga experiencia he aprendido a traer conmigo siempre amplio material de lectura.

La audiencia psiquiátrica, que generalmente no atrae mucho la atención del público, es presidida y oída por un juez y no hay jurado. El juez es quien decide si el acusado está o no cuerdo legalmente y en capacidad de someterse a juicio. En aquellos casos en que el acusado es evidentemente psicótico, la audiencia psiquiátrica dura una o dos horas a lo sumo, pero cuando hay dudas considerables respecto a su estado mental, puede durar mucho más. (La audiencia psiquiátrica de mayor duración en que he participado duró tres meses.) La audiencia del *Tigre*, pensé, duraría varios días.

En una audiencia de este género, el psiquiatra puede testificar todo cuanto juzgue necesario en relación al caso o al acusado, e incluso referirse a su culpabilidad o a su inocencia. Durante el juicio propiamente dicho, por el contrario, su testimonio ha de limitarse a las preguntas concretas que se le hagan. Si en el curso del proceso menciona información relativa a la culpabilidad o inocencia del procesado, su intervención puede dar lugar a la anulación del juicio.

Al Taylor, el abogado defensor, llegó a las diez en punto, llevando en cada mano un portafolios repleto de papeles. En seguida llegó el fiscal, un hombre joven y corpulento, de amables ojos azules, espesas cejas rubias y dueño de una voz resonante. "Soy el Sr. Samson", me dijo, presentándose. Abrió su portafolios sobre su mesa, algo separada de mi lugar. Alcancé a ver uno de mis libros. Lo mismo de siempre, pensé. Indudablemente Samson estaba preparado para señalar las posibles discrepancias que pudieran existir entre mi testimonio en el caso del *Tigre* y lo que yo había escrito en el libro.

Sabiendo de antemano que todo fiscal está ansioso por obtener una condena, lo cual desde su punto de vista es muy humana, tras larga experiencia he llegado a la conclusión de que testificar en calidad de perito y someterse a un riguroso interrogatorio ante el tribunal es, en gran medida, un asunto de estrategia. Los resultados periciales son una cosa; otra muy distinta la forma en que la parte contraria los selecciona e interpreta. El fiscal no trata al acusado de modo que éste aparezca a la luz más favorable. Su propósito principal es conseguir del tribunal un fallo condenatorio. Mi principal finalidad consiste en exponer con la mayor claridad las dimensiones psicológicas del caso.

Mellowbrook, esposado y custodiado por dos alguaciles, penetró en la sala de justicia, tomó asiento en la mesa reservada para la defensa y los alguaciles le quitaron las esposas. Me buscó con la mirada y sus tristes ojos se posaron en los míos. Respondí a su gesto con un movimiento afirmativo de cabeza.

Pasado un tiempo se escucharon los tres pesados golpes de costumbre sobre la puerta que daba a la sala del tribunal. Todo el mundo se puso en pie; entró el juez, vistiendo su toga negra, subió al estrado y se sentó en su sillón. Una vez pasados los habituales preliminares —"Oíd, oíd... todos seréis oídos"— el abogado defensor se puso en pie y pidió permiso para aproximarse al estrado. Los dos abogados y el juez conferenciaron brevemente en voz baja. Luego, el defensor se refirió a ciertas especificaciones que no pude comprender —y que tampoco comprendió el *Tigre*, estoy seguro. El fiscal protestó y el juez logró calmar a los dos. Después de que Taylor hubo declarado, para su constancia en autos, que el Dr. David Abrahamsen, psiquiatra, se hallaba presente en la sala, Samson hizo un resumen de la tesis de la acusa-

ción: Tyros Mellowbrook estaba acusado de homicidio en primer grado (asesinato con agravantes). Supuestamente había matado a Teddy Gladstone estrangulándola y acuchillándola. (De la orden de allanamiento había inferido que había sido acuchillada pero, como más tarde se aclaró, esto resultó ser incorrecto.) Por orden del Estado, Tyros Mellowbrook había sido sometido a examen psiquiátrico en el hospital psiquiátrico de la ciudad y el informe indicaba que estaba en uso de sus facultades mentales y que era capaz de comparecer ante el tribunal.

El abogado defensor hizo la objeción de que las conclusiones de su psiquiatra respecto al estado mental de Mellowbrook diferían de las expuestas en el informe del hospital. El fiscal replicó que, dado que el psiquiatra privado de Mellowbrook no había presentado ningún informe por escrito, él no tenía conocimiento alguno de sus conclusiones. Se inició una acalorada discusión que fue interrumpida cuando el juez, finalmente, dio un golpe con su martillo, miró severamente a ambos abogados y les ordenó que guardaran silencio; como abogados experimentados, a estas alturas ya deberían saber cuáles eran las reglas. "Procedamos con el caso", concluyó.

Samson tomó la palabra y dijo que la acusación tenía en su poder una confesión del Sr. Mellowbrook y que deseaba introducirla como la prueba número 1 de la acusación. Taylor se puso en pie y protestó vehementemente. Señaló que esa confesión le había sido arrancada a su cliente sin que estuviese presente su abogado y que, por otra parte, no había sido firmada. El fiscal respondió que introduciría no sólo la confesión, sino también la orden de allanamiento y las razones por las cuales el acusado había sido arrestado y acusado de homicidio en primer grado.

Como el abogado defensor repitiera su objeción, el juez anunció: "Objeción denegada. Permitiré que testifiquen los testigos que se hallaban presentes en el momento en que se rindió la supuesta confesión; pero, mientras tanto, me reservo la decisión de admitirla o no como prueba." El abogado defensor se puso nuevamente en pie y protestó enérgicamente. "Objeción denegada."

Esta dialéctica verbal prosiguió por espacio de casi una hora. Los ánimos se habían exaltado. Ambos abogados se esforzaban por obtener una posición ventajosa. A juzgar por

la forma en que el fiscal había actuado en el tribunal hasta el momento, todo indicaba que creía tener ante sí un caso evidente y de rutina. La vista del caso del *Tigre* exhibía el "sistema de adversarios" en todo su esplendor.

"Su Señoría —dijo el abogado defensor—, ¿puedo tomar la palabra?"

El juez concedió su permiso.

"No veo que haya relación entre la confesión y el estado mental del acusado. La confesión del crimen no ha sido puesta en evidencia. Debo objetar que se permita al fiscal examinar a los testigos que se encargaron de obtener esa presunta confesión."

El fiscal se levantó de su asiento y comenzó a agitar la mano tratando de atraer la atención del juez. "Su Señoría, su Señoría."

"Adelante", dijo el juez.

"Mediante el interrogatorio de estos testigos me propongo probar que el acusado se hallaba en su pleno juicio y que se expresaba coherentemente. Ésta es una de las razones por la cual quisiera presentar ahora mismo esa confesión."

En ese momento el juez manifestó cierta impaciencia. "Abogados, si ambos van a seguir interrumpiendo los procedimientos como hasta ahora lo han venido haciendo, permaneceremos aquí hasta Navidad. Ambos son inteligentes y experimentados. Ambos conocen la ley. Previamente he fallado que me reservo la decisión en cuanto a la admisión de la presunta confesión y debemos sujetarnos a esta decisión. Señor fiscal, presente a sus testigos."

Inmediatamente el abogado defensor expresó su desacuerdo. "Objeción denegada", repuso el juez.

"Excepción", exclamó el abogado defensor.

El detective Joseph Curran, de la Sección de Homicidios, subió al estrado de los testigos. Dio comienzo a la lectura de una extensa declaración que había sido tomada en la comisaría el 15 de mayo a partir de las 9 de la noche. Presentes en el interrogatorio habían estado el teniente Paul Monahan, placa 0016, el detective Frank Washington, placa 6625 y el detective Joseph Curran, placa 8793. El acusado había sido interrogado por el fiscal adjunto, Clarence Newman; el taquígrafo había sido Hans Kurtzer.

Tyros Yarnel Mellowbrook había sido notificado de sus derechos: podía guardar silencio, cualquier declaración que

hiciese podía ser utilizada como prueba en su contra y tenía el derecho de que estuviese su abogado presente durante su interrogatorio. Mellowbrook dio muestras de haber comprendido todo lo anterior.

Al preguntársele si sabía que Teddy Gladstone había muerto alrededor de las 11.30 de la noche del sábado 12 de mayo, Mellowbrook dijo que lo ignoraba. No respondió cuando se le preguntó si la había matado. No recordaba haber hecho tal cosa. Reconoció que había discutido con ella acerca de todo lo habido y por haber, pero negó que la hubiese golpeado o haberse hallado en su departamento cuando murió. Admitió que Teddy Gladstone estaba viva cuando él llegó a su departamento y que llevaba puesto un collar de oro. Ignoraba qué había sucedido con ese collar. Admitió, no obstante, que habían sostenido una acalorada discusión. El interrogatorio continuó como sigue:

P. ¿Sobre qué discutieron?
R. Ella me acusó de no haberle dado nunca nada... y yo le dije que le había regalado un collar.
P. ¿Qué clase de collar?
R. Era un collar de oro en forma de cadena.
P. ¿Era pesado, con gruesos eslabones?
R. Sí, algo por el estilo.
P. ¿Se llevó usted el collar consigo?
R. No lo sé.
P. ¿La estranguló? ¿Trató de quitárselo?
R. No lo sé.
P. ¿La estranguló?
R. Tal vez, si usted lo dice, pero no recuerdo.
P. ¿Había tenido usted dificultades con Teddy?
R. Sí.
P. ¿En qué consistían esas dificultades?
R. Yo me iba a casar con ella.
P. ¿La amaba?
R. Sí, mucho.
P. ¿Lo amaba Teddy a usted?
R. Sí, me amaba —por lo menos eso es lo que decía.
P. ¿Cuál fue el motivo de disgusto entre ustedes?
R. Ella se expresó despectivamente de mí —y de mi madre.
P. ¿Qué dijo, concretamente?
R. No puedo recordarlo.
P. ¿Pensó alguna vez en matar a Teddy?
R. No.

P. ¿La estranguló y la acuchilló esa tarde o esa noche en que estuvo en su departamento?
R. No recuerdo.
P. ¿Lleva por costumbre una navaja consigo?
R. Sí, para mi pipa.
P. ¿Qué hizo con esa navaja?
R. No sé. La usaba para mi pipa.
P. ¿Todavía la lleva consigo?
R. No.
El acusado registra sus bolsillos. No encuentra la navaja.
P. ¿Está en su departamento?
R. Lo ignoro.
P. ¿La utilizó la noche en que estuvo con Teddy en su departamento?
R. Sí.
P. ¿Qué hizo con esa navaja?
R. Limpié mi pipa.
P. ¿Qué tamaño tiene la navaja?
El acusado señala unos doce centímetros.

El fiscal adjunto continuó el interrogatorio y tomó los datos personales del *Tigre* —edad, domicilio, ocupación. Luego:

P. ¿Sabe usted por qué se encuentra aquí?
R. No estoy muy seguro.
P. ¿Recuerda los nombres de las personas aquí presentes?
R. No.
P. ¿Sabe usted quién soy yo?
R. Sí.
P. ¿Quién soy?
R. El fiscal.
P. ¿Cuál es mi nombre?
R. New... man.
P. ¿Por qué mató a Teddy Gladstone?

Mellowbrook se negó a contestar a esta pregunta porque su abogado no se hallaba presente (había tenido que atender otro caso).[1] Se quejó de que se le obligara a contestar pre-

[1] Puede parecer extraño que un abogado abandone a su cliente mientras éste es interrogado por la policía. Sin embargo, en un caso famoso de homicidio, el abogado del sospechoso tuvo que ausentarse mientras éste era interrogado. Más tarde, después de haber sido el acusado declarado culpable de asesinato y sentenciado, se apeló contra la sentencia con resultados favorables. El fallo fue revocado, ya que la condena se había basado principalmente en la confesión del acusado, parcialmente, obtenida durante la ausencia de su abogado.

guntas cuando su abogado estaba ausente. Finalmente, se rehusó a firmar la confesión. La declaración había concluido a las once y media de la noche.

El abogado defensor se levantó lentamente de su asiento: "Su Señoría, esta supuesta confesión ni siquiera es una confesión en sentido estricto. Lo más que llega a decir es que el acusado estuvo en el *departamento* de Teddy Gladstone. En ella no existe descripción alguna que contenga información psiquiátrica. Solicito que la presunta confesión leída ante el tribunal sea suprimida del acta."

"Moción denegada", replicó el juez.

"Su Señoría", dijo el abogado defensor, "con su venia, ¿puedo hacer una observación?"

El fiscal se había puesto en pie.

"¿Qué clase de observación?", preguntó secamente.

"Una observación en torno a la tesis que sustenta el Estado."

"Protesto —rugió Samson—. Estamos discutiendo la salud mental del acusado; otras cuestiones son impertinentes."

Taylor contestó: "Antes de que pueda plantearse la cuestión concerniente al estado mental de mi cliente es preciso que sean planteados los cargos que presenta la acusación respecto a la culpabilidad del acusado."

"Protesto", interrumpió el fiscal.

"Escuchemos lo que el abogado defensor tiene que decir", contestó el juez.

"La tesis del fiscal —comenzó el abogado defensor— no depende siquiera de probabilidades sino, a lo sumo, de ciertas posibilidades. El acusado es una persona honrada y respetable. Cuando afirma que no recuerda lo que sucedió en el departamento de la señorita Gladstone, considero que lo menos que podemos hacer es creerle. Que el acusado haya estado supuestamente en el departamento de la muchacha muerta no significa que fuera él quien la matara. De hecho, en un principio se sospechó también de otro individuo. El mismo encargado del edificio fue considerado sospechoso. El fiscal cuenta sólo con pruebas indirectas para sostener su acusación. El fiscal cuenta sólo con pruebas no corroborativas para sustentar su tesis. En este momento quisiera proponer que los cargos en contra del acusado sean desestimados."

"Si el tribunal me lo permite —replicó el fiscal con su

potente voz—, debo señalar que el acusado fue la última persona que vio viva a la occisa."

"Protesto. No existe prueba alguna de ello."

"La confesión", prosiguió Samson, "demuestra que el acusado se hallaba presente en el departamento cuando ella murió. Ella estaba con vida cuando él llegó, tuvieron una seria discusión y luego, cuando él abandonó el departamento, ya estaba muerta. El informe de la autopsia, que a su tiempo será presentado, demostrará además que el cargo de asesinato contra el acusado está justificado."

"Tomaremos un descanso", dijo el juez secamente. "Quince minutos."

Consulté mi reloj: cuarto para las doce.

Era muy poco lo que se había avanzado respecto a la cuestión de la enajenación mental del acusado. Hasta ahora sólo se había hecho alusión a unos cuantos hechos. En el juzgado rara vez hay lugar para interpretaciones. La ley sólo trata con hechos o pretendidos hechos. A juzgar por la confesión, era evidente que el *Tigre*, al comprender que se hallaba en "territorio enemigo", en un ambiente extaño y hostil, no había revelado lo que más tarde me relató.

Cuando llegó su turno de interrogar al detective, el abogado defensor le preguntó hasta si había o no tomado en consideración la relación entre el acusado y la chica muerta. Después de meditarlo un segundo, el detective contestó que él simplemente se había apegado a los hechos.

Más tarde, cuando la acusación quiso introducir la orden de allanamiento como prueba, el abogado defensor protestó, alegando que contenía la información errónea de que el acusado había apuñalado a la chica.

"El informe de la autopsia", continuó Taylor, "no contiene prueba alguna de que la chica hubiera sido apuñalada. Sólo en la laringe y la faringe había hemorragia."

"Pero eso fue justamente lo que provocó su muerte", interrumpió el fiscal.

En ese momento el juez hizo uso nuevamente de su martillo y amonestó al fiscal para que no siguiera interrumpiendo. Ya se le daría oportunidad de dirigirse al tribunal a su debido tiempo, oportunidad que hasta el momento no se le había negado, como podía comprobarse en actas, agregó el juez, sonriendo con ironía.

"Y en cuanto a usted, señor Taylor, también debo amones-

tarlo. Estamos presentes en una audiencia psiquiátrica. El problema consiste en saber si el acusado está o no está en su juicio, si está apto para someterse a juicio y cuál era su estado mental en el momento del supuesto delito. Limítese a esta cuestión de modo que podamos seguir adelante."

El abogado defensor después de preguntar al detective cuánto tiempo llevaba en el cuerpo de policía, le preguntó si había visto alguna vez a una persona loca. El testigo contestó que en el tiempo que llevaba en la policía había visto a muchas. Añadió que el señor Mellowbrook le había causado una magnífica impresión. Era un individuo tranquilo y callado. Desde luego que se hallaba consternado, pero después del interrogatorio pareció sentirse ligeramente aliviado. "A mí me pareció normal", concluyó el detective.

"Pero", le interrumpió el señor Taylor, "usted no vio al acusado la noche del supuesto crimen", a lo cual el detective se limitó a contestar: "Tiene usted razón."

"Luego, en realidad, no sabe cuál fue su comportamiento esa noche."

"No, señor."

Con esto el abogado defensor despidió al testigo.

Al cuarto para la una el juez consultó su reloj y preguntó al fiscal cuántos testigos deseaba examinar. Seis o siete. El señor Taylor presentaría cuatro o cinco, incluyendo a un psiquiatra.

Samson pidió permiso para acercarse al estrado. Los dos abogados y el juez murmuraron entre sí hasta que, finalmente, el juez anunció: "Uno de los testigos de la acusación no se halla presente ni podrá presentarse hasta esta tarde. Por lo tanto, se levanta la sesión hasta las dos."

Durante la suspensión para almorzar, Taylor me dijo que casi había abandonado la idea de que se desestimaran los cargos contra el *Tigre*. A su parecer, en este caso no había hechos claros y sencillos. Hasta ahora la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, no había salido a relucir respecto a la supuesta participación del *Tigre* en el crimen. Pero por el momento lo más importante era tratar de establecer que, si había cometido el homicidio, no había estado "cuerdo" al hacerlo. Nadie lo había visto en el momento del crimen. Éste era un detalle muy importante. Le recordé a Taylor que la perturbación mental de un individuo puede ser más aguda en determinado momento que en otro y que

el aspecto superficial de una persona no necesariamente corresponde a lo que verdaderamente siente. El estado interno del *Tigre* no se podía deducir de la simple observación de su apariencia.

Cuando regresamos a la sala del juzgado, después de almorzar, el *Tigre* ya se hallaba presente. Durante la primera sesión lo había observado detenidamente: había permanecida arrellanado en su asiento con la cabeza agachada. Sólo una vez, cuando se dio lectura a su supuesta confesión, levantó la cabeza sorprendido; luego me miró, como si recordase vagamente mi pregunta relativa al collar de Teddy. Al iniciarse el descanso había pasado cerca de donde estaba sentado, pero no nos dijo nada, ni a mí ni a su abogado. Parecía *triste; su rostro* reflejaba pasividad y resignación; como si todo estuviese perdido.

El primer testigo que presentó el fiscal esa tarde fue el encargado del edificio en el que había vivido Teddy. Sustancialmente relató la misma historia que Taylor me había contado; había abierto la puerta con una llave maestra, hallado muerta a la chica y llamado a la policía. Su explicación era simple, tal vez demasiado. Luego el fiscal le preguntó si conocía de vista a alguno de los amigos de Teddy. Respondió que dos hombres la visitaban con bastante frecuencia.

"¿Ve alguno de ellos en esta sala?"

El testigo señaló con el dedo al *Tigre*, quien permanecía sentado con la cabeza inclinada. No levantó la cabeza sino hasta que el fiscal le dijo que lo hiciera. Luego Samson interrogó al encargado respecto a la ocasión en que el acusado había echado abajo la puerta del departamento de la muchacha muerta. El fiscal utilizaba siempre las palabras "el departamento de la muchacha muerta". Me pareció que esta alusión introducía deliberadamente un prejuicio en el caso que tendía a reducir la complejidad del papel que Teddy había representado en el asesinato. Según Samson presentaba las cosas, Teddy había dejado de existir. Era alguien inexistente. Por supuesto, por lo que a mí se refería, Teddy era tan central para mi tesis como lo era el *Tigre*.

"En esa ocasión se puso violento", continuó el fiscal, más como una afirmación que como una pregunta.

"Sí, podría decirse que sí."

"¿Estaba violento o no lo estaba?"

"Sí, estaba violento", contestó el testigo. El fiscal pareció satisfecho con su respuesta.

Cuando interrogó al testigo, el abogado defensor hizo alusión a cómo había disculpado la conducta del *Tigre*. Le había dicho al encargado que estaba borracho, que no podía soportar por más tiempo sus problemas y que tenía miedo de perder su empleo. El encargado declaró también que, aparte de este incidente, Mellowbrook siempre se había comportado de un modo tranquilo, amable y respetable. El testigo recordaba a otro individuo, llamado Clark, que había visitado a Teddy con bastante frecuencia. Era una muchacha con grandes simpatías, y muchos hombres se sentían atraídos por ella.

El siguiente testigo era el policía que había acudido al llamado del superintendente. Al encontrar muerta a Teddy había llamado a la Sección de Homicidios. Más tarde llegó una ambulancia y se llevó el cadáver al depósito para que se le practicara la autopsia. El abogado defensor no examinó a este último testigo.

Mientras el policía descendía del estrado de los testigos, el fiscal llamó nuevamente al encargado del edificio de Teddy. Lo interrogó con mayor detalle acerca de los hábitos de la muchacha muerta. ¿Iba a trabajar todos los días? ¿Salía con frecuencia? ¿Recibía muchas visitas? El testigo respondió que era una mujer muy trabajadora y que, según sabía, iba a su oficina todas las mañanas. Justamente porque ésta era su diaria rutina él comenzó a sospechar cuando dejó de verla un par de días.

"¿Era una mujer de buenas costumbres?"

El abogado defensor se puso en pie y exigió que esta última pregunta fuese suprimida del acta. El testigo no tenía modo alguno de saber si las costumbres de Teddy Gladstone eran buenas o malas. El juez accedió a su petición y pidió al fiscal que presentase su próximo testigo.

Yo ya conocía al médico forense sentado en la sala. Era un hombre de vasta experiencia, muy amable, corpulento, de ojos azul claro, espeso cabello negro, barba y voz resonante. Cuando el fiscal le pidió que especificara su historia académica y su experiencia profesional, el abogado defensor reconoció inmediatamente su competencia.

El médico forense inició su testimonio. La observación externa revelaba la presencia de un surco hondo, entre el men-

tón y la laringe, que rodeaba todo el cuello de la joven muerta y que era más claramente visible en la cara anterior —signo de estrangulación causada por un alambre grueso o, tal vez, de una cuerda. El rostro estaba apacible, un tanto cianótico, y no había saliva en la boca. Había ligeras hemorragias tanto en la laringe como en la faringe. No había fractura del hueso hioides ni de los cartílagos de la laringe. El examen de los pulmones, oscuros y congestionados, revelaba también señales de estrangulación. Cuando se le preguntó qué clase de instrumento pudo haber causado la estrangulación, el médico dijo que, suponía, podía tratarse de un collar metálico.

"¿Un collar de plata o de oro, tal vez?", interrumpió el fiscal.

"Algo por el estilo, creo yo", contestó sonriente.

"El testigo es suyo", dijo Samson, dirigiéndose al abogado defensor.

"Doctor", comenzó Taylor, "acaba usted de declarar que se pudo haber utilizado un collar para estrangular a Teddy Gladstone y ocasionarle la muerte. ¿Pudo haber ocurrido esta estrangulación si una persona trató de arrancarle el collar violentamente en un arrebato de ira?"

El doctor reflexionó un momento y dijo pausadamente: "Los únicos indicios con los que contamos son una notoria línea irregular alrededor del cuello y la hemorragia en la laringe y la faringe, todo lo cual indica que la estrangulación fue provocada por un instrumento muy parecido a un collar. En qué medida esta estrangulación fue accidental, no puedo decirlo."

"¿Pero pudo haber sido accidental? ¿No es posible que discutieran, llegaran a las manos y, en la lucha, alguien tratara de arrancarle el collar con resultados fatales?"

"No puedo asegurarlo."

El abogado defensor insistió: "¿No es posible o probable que así ocurriera?

"Todo es posible, pero no tengo prueba alguna de ello."

Taylor repitió su pregunta, que ahora parecía ser más bien un juicio afirmativo. "¿En lo acalorado de la discusión, no pudo el acusado haberle arrebatado el collar porque deseaba apoderarse de él y entonces la occisa, al resistirse, haber obrado con violencia bastante para que él la estrangulara accidentalmente? ¿No sería esto posible, doctor?"

El médico forense se acarició la barba: "Siempre existe una posibilidad."

El fiscal intervino. "El abogado defensor ha hecho la misma pregunta por tres veces consecutivas y el médico forense le ha respondido. No creo que deba seguir fastidiando al testigo por más tiempo." En seguida el juez ordenó al abogado defensor que procediera a establecer su siguiente pregunta.

"¿Cree usted, doctor, que esta estrangulación, por accidental que haya sido —el abogado defensor trataba siempre de utilizar la palabra "accidental"— pudo haberse producido en un arrebato de pasión? Para su información, debo agregar que la habitación se hallaba en completo desorden, había cojines esparcidos por todas partes y vasos volcados. Obviamente había ocurrido una pelea. En el transcurso de la noche el acusado había tomado varias copas. Es posible también que hubiese tomado unas cuantas pastillas."

En ese momento el fiscal se puso en pie de un salto. "Hasta ahora no hay pruebas de que el acusado hubiera bebido ni tampoco de que hubiera tomado alguna droga."

"Reconozco mi error. No obstante, más tarde demostraremos que esa noche el Sr. Mellowbrook había bebido en exceso. ¿Puedo modificar mi pregunta? Suponga, doctor, que el acusado había bebido demasiado esa noche y que ésa no fuera su forma habitual de conducirse. Supongamos, además, que también había tomado uno o dos comprimidos de dexedrina. ¿No cree usted que la combinación de estos dos intoxicantes pudiera haber influido en la mente del acusado a tal grado que empleara excesiva fuerza para tirar del collar y, accidentalmente, estrangulara a Teddy?"

"No puedo asegurarlo", dijo el médico forense.

El fiscal interrumpió. "Mi docto oponente plantea una cuestión psiquiátrica a una persona que no es especialista."

Taylor respondió: "Pero aun no siendo psiquiatra, el médico forense tiene tanta experiencia de casos similares que su opinión sería valiosa para nosotros."

"Aun así, debo objetar a esa pregunta."

"Aceptada la protesta", dijo el juez, y en seguida recomendó al abogado que modificara su pregunta.

"¿Cree usted que el acto de arrancar el collar pudo haber sido realizado en un arrebato de pasión?"

"Es posible", reconoció el médico forense.

En su réplica, el fiscal preguntó: "¿Doctor, no es cierto que para estrangular a alguien el acusado tuvo que emplear mucha fuerza?"

"Sí."

"Luego, no fue accidental", insistió el fiscal.

"Objeción", protestó Taylor enérgicamente. "El fiscal está induciendo al médico forense a que dé una respuesta categórica."

El fiscal replicó que Taylor había hecho la misma cosa.

"Su Señoría, debo protestar por esa pregunta."

La discusión entre ambos prosiguió por varios minutos, hasta que Taylor, en la contrarréplica, preguntó al testigo: "¿Cree usted que ese acto pudo haber sido realizado por un loco?

"Protesto", rugió el fiscal. "El médico forense no es psiquiatra; por tanto, no puede saber si el acusado estaba o no en su juicio."

"¿Pero pudo haber sido accidental?", preguntó el abogado defensor.

"Posiblemente."

"Con la venia del tribunal", dijo el fiscal, "procederé a examinar a mi siguiente testigo."

El siguiente testigo era un enfermero llamado Isidore Stone, quien llevaba trabajando en el hospital municipal quince años.

El fiscal preguntó: "¿Sería tan amable de declarar cuál es su trabajo y qué sucedió en cierta ocasión en que actuaba usted en calidad de supervisor en su pabellón del hospital?"

Después de describir su trabajo y obligaciones, Stone declaró que una mañana, temprano, mientras hacía su ronda por el hospital en compañía del enfermero nocturno, se le había acercado un paciente y le había hecho una pregunta. Stone le dijo que hablaría con él más tarde en cuanto terminase su ronda.

"¿Puede decirnos quién era ese hombre que se le acercó y deseaba hablar con usted?", preguntó el fiscal alzando la voz. "¿Lo ve usted en esta sala?"

El testigo contestó afirmativamente.

"¿Lo puede señalar?"

El testigo señaló al acusado.

"¿Qué sucedió cuando finalmente habló con él?"

"Dijo que se sentía deprimido y que no había hablado con

ningún médico del hospital. Se preguntaba cuándo lo iba a examinar el médico."

"¿De qué le habló?", preguntó el fiscal.

"Me habló de su madre. Le preocupaba la forma en que su madre iba a reaccionar ante su arresto."

"¿Estaba preocupado por sí mismo?"

"No, no lo estaba."

"¿Le dijo a usted algo en especial?"

"Dijo que había reñido con su novia, que habían sostenido una discusión bastante acalorada, que ella había muerto y que a él lo acusaban de haberla asesinado." Stone hizo una pausa. Pasado un rato, al exhortársele a que continuara: "Tuve la impresión de que quería decirme algo, pero se contuvo y pareció encerrarse en sí mismo."

"¿Qué sucedió entonces?", preguntó Samson impaciente.

"Se alejó."

"¿Le pareció normal el acusado?"

"Sí, creo que sí. No me pareció que fuese un 'psico'."

"¿Qué quiere decir con 'psico'?"

"Que no estuviese en sus cabales —que fuese un psicótico."

"Luego, ¿no le pareció psicótico?"

"No. Me causó buena impresión. Parecía inteligente, pero difícil de entender."

Este testimonio inquietó al defensor. No parecía apegarse a lo expuesto en el informe del hospital. Comenzó por preguntarle al testigo qué día había tenido esa conversación con el *Tigre*. Stone no lo recordaba.

"Ciertamente, usted debió hacer alguna anotación en el expediente del hospital. ¿Podría ver sus notas?"

"No hice ninguna anotación en el expediente, pero le dije al otro enfermero que lo hiciera."

"¿Es ése el procedimiento acostumbrado? ¿No hace ninguna anotación cuando algo le sucede al paciente u ocurre algo extraordinario, digno de ser registrado?"

"Sí", balbuceó, "pero esa mañana, o a esa hora del mediodía, no tuve tiempo para hacerlo".

"Es un hecho, entonces, *que no conserva usted ninguna nota del incidente.*"

"No, no la conservo."

"Luego, lo que nos relata esta tarde lo ha dicho simplemente de memoria."

"Sí."

"¿Lo vio alguien hablar con el acusado, con el Sr. Mellowbrook?"

"No lo sé", respondió Stone.

"En ese caso, contamos solamente con sus observaciones, que no consignó por escrito; por otra parte, nadie lo vio hablar con él. ¿Es eso correcto, señor?" Había cierto sarcasmo en la voz de Taylor.

"Sí", contestó el enfermero.

"¿Se mostraba el paciente deprimido o agitado de algún modo?"

"No, que yo me diera cuenta."

"¿Se le administró algún medicamento? ¿Sabe algo de eso?"

"Sí, le habían recetado algo."

"¿Qué?"

"Le habían estado aplicando paraldehído, diez mililitros cada noche."

"¿Qué es paraldehído?"

"Es un medicamento que utilizamos para sedar a los enfermos."

"Luego, el señor Mellowbrook debió haber estado agitado o perturbado, o de otra forma no hubiese habido necesidad de administrarle ese medicamento. ¿No es así?

"Sí."

"Y a pesar de que estaba deprimido o agitado, ¿no descubrió nada anormal en él? De acuerdo con lo que acaba de decirnos su estado era perfectamente normal. ¿No es así?"

"Sí."

"Gracias", replicó Taylor con frialdad.

Estas últimas preguntas invalidaban la declaración original de Stone referente al estado mental del *Tigre*. El *Tigre* no le había confesado nada al enfermero. Aunque aparentemente había estado a punto de contar lo que había ocurrido la noche en que Teddy fue asesinada, por alguna razón se contuvo.

El abogado defensor volvió a tomar la palabra: "Si se me permite, debo dirigir la atención del tribunal al hecho de que en el expediente del hospital está asentado que al acusado se le administraron diez mililitros de paraldehído durante varias noches y que el diálogo del señor Stone con el acusado no está registrado en la historia clínica del hospital."

"Así se ordena", respondió el juez.

Era muy revelador el hecho de que el enfermero hubiese olvidado anotar su conversación con el *Tigre*. Podía significar que no quería reconocer que el *Tigre* se hallaba seriamente perturbado.

En su réplica, el fiscal preguntó a Stone si el acusado le había relatado algún hecho indebido que hubiese cometido en su vida. Cuando el testigo contestó afirmativamente, Taylor se puso en pie y le preguntó si le había especificado de qué clase de "fechoría" era culpable. Stone negó con la cabeza.

"¿Quiere eso decir que la respuesta es no?", preguntó Taylor.

"Así es, la respuesta es no."

Justo cuando comenzaba a sentir el tedio de estos procedimientos, el juez anunció el aplazamiento del juicio hasta las diez de la mañana del día siguiente.

"Su Señoría —dijo el fiscal—, están presentes en esta sala dos psiquiatras del hospital psiquiátrico municipal. ¿No podríamos continuar con la audiencia?"

"Imposible —respondió el juez—. Haga el favor de presentar a los psiquiatras mañana por la mañana a las diez en este lugar, si es que son sus primeros testigos. Comprendo que, como profesionales, sean personas muy ocupadas, pero en esta ocasión no puedo hacer nada para evitarlo. Se suspende la sesión."

Los psiquiatras se miraron el uno al otro desconsolados. Si hubiesen contado con mayor experiencia como testigos habrían sabido que estaban obligados a comparecer a voluntad del tribunal y que, por regla general, nadie sabe con certeza cuánto durarán los procedimientos judiciales. Aunque la mayoría de los jueces toman de buen grado en consideración el tiempo de los psiquiatras, existen algunos que, por razones sólo de ellos conocidas, no lo hacen así. En toda profesión existen pecadores.

De vuelta en mi oficina, me puse a reflexionar sobre los intentos del abogado defensor por conseguir que se retirara la acusación de asesinato que pesaba sobre Mellowbrook. Con la excepción del conductor del taxi, nadie lo había visto en los alrededores del departamento de Teddy la noche del asesinato. Así pues, en todo caso, las pruebas en su contra eran cuando más meramente indirectas. Si la confesión se hubiera obtenido en forma, la situación del *Tigre* sería peor.

Pero, en mi opinión, su declaración ante la policía no era en modo alguno una confesión legalmente válida. El fiscal no parecía tener muchas bases para sustentar el cargo de asesinato.

El testimonio del enfermero me parecía contradictorio. Tanto él como los dos psiquiatras habían declarado que Mellowbrook se había comportado serena y razonablemente durante su hospitalización, aun cuando el hecho de que Mellowbrook hubiese estado bajo un fuerte medicamento, como Taylor había demostrado, indicaba que se hallaba seriamente trastornado. Lo más importante de todo era que el enfermero no había hablado con él ni poco antes ni poco después del homicidio. Ahora bien, ¿por qué el fiscal no había presentado como testigo al médico del centro de detención?

Esa noche, alrededor de las nueve, Taylor vino a mi oficina. Yo esperaba verlo cansado, pero, para mi sorpresa, parecía alerta y despejado. A ambos nos preocupaba profundamente el caso. Mi testimonio, le advertí a Taylor, dependería de los resultados de mis observaciones, y podía estar en desacuerdo con lo que él había declarado e intentado sostener ese día ante el tribunal. La razón por la que había introducido su moción para que se retirase el cargo de asesinato en contra del *Tigre* había sido presionar al fiscal para que atenuase el cargo. En efecto, al salir del juzgado, el fiscal le había mencionado que la acusación de asesinato podría ser atenuada si Mellowbrook se declaraba culpable.

"Pero no puedo declararlo culpable, pues él no ha confesado haber cometido el crimen."

"Es casi seguro —dije— que el fiscal se ha formado ya una idea clara de la forma en que ocurrió el asesinato, aunque, como usted sabe, las cosas no siempre son lo que parecen, y yo espero aclarar las circunstancias que rodean a este homicidio. Si ahora me pusiera a hacer conjeturas, diría que existen dos personas a las que el *Tigre* deseaba matar, al menos en su inconsciente: a su madre y su padre. Siendo incapaz de hacer tal cosa, tuvo que buscar un sustituto. No obstante, su caso envuelve muchos más elementos, y eso es lo que trataré de exponer mañana ante el tribunal."

La circunstancia crucial que yo recalcaría iba a ser el estrecho vínculo de amor y de odio que existía entre el *Tigre* y Teddy, nexo que, en mi concepto, había servido como ins-

tigación para el asesinato. Las raíces de este crimen residían no sólo en la *psicología masculina,* sino también en la *psicología femenina.*

"¿Sabe, doctor?", dijo Taylor, "en realidad todo el caso depende de la psiquiatría —es decir, de lo que tenga usted que decir y de lo que testifiquen los otros psiquiatras".

Después de enterarme de cuáles iban a ser los testigos que Taylor planeaba llamar, y habiéndole asegurado que el caso dependía tanto del abogado como del psiquiatra, le pregunté cómo veía la situación. Él pensaba que probablemente al día siguiente se llegaría a algo concreto, pero, "nunca está uno seguro del resultado de un caso antes de llegar al juicio".

Mencioné que, como él muy bien sabía, nosotros damos tratamiento especial al *homicidio con atenuantes o eximentes,* o sea, el cometido por accidente o en un arrebato de pasión, bajo amenaza grave contra la vida, cuando no se obró con ventaja o alevosía o no se utilizó un arma propiamente tal o, finalmente, cuando el homicidio no fue ejecutado con crueldad o ensañamiento. Al preguntarle si no era cierto que todas estas condiciones podían aplicarse a la situación del *Tigre,* Taylor asintió, pero agregó que el fiscal estaba determinado a demostrar que el crimen había de calificarse como perteneciente a la segunda categoría, es decir, *asesinato,* es decir, homicidio cometido deliberadamente, siempre punible en derecho.

Mencioné a Taylor que el *Tigre* se había sentido amenazado por Teddy y que, sin ser consciente de ello, ella pudo haberse sentido amenazada por él. Luego sugerí que, cuando me hallara en el estrado de los testigos, presentaría el caso de acuerdo con lo que hasta ahora le había comunicado, subrayando en especial la profunda relación de amor y de odio entre el *Tigre* y Teddy. Yo confiaba en que el caso sería considerado un homicidio excusable, cometido por accidente, en un arrebato de pasión o bajo suficiente provocación. Un elemento que pudo haberlo incitado al asesinato era la pobre opinión que tenía de sí mismo en relación con Teddy. Si en ocasiones se creía importante o expresaba una opinión casi exaltada de sí mismo o se comportaba con excesiva dignidad, ésta no era sino una reacción compensatoria para aliviar su sentimiento de insignificancia. La cuestión de si era o no insano, dije a Taylor, indudablemente no era fácil de responder, pero yo debía presentar su perturbación

como una psicosis y, posiblemente, bajo la forma de responsabilidad disminuida. Yo describiría esta última como un estado anormal en el cual su conciencia se hallaba cohibida o disminuida a tal grado que era incapaz de pensar racionalmente sobre sus actos o sus consecuencias.

El abogado defensor consultó su reloj. Eran casi las once. Logrando apenas reprimir un bostezo, me dio las buenas noches.

Al día siguiente, justamente cuando me disponía a partir rumbo al tribunal, Taylor me llamó. El caso se había aplazado para el día siguiente, pues los psiquiatras del fiscal no podían concurrir. Ello me daba más tiempo para meditar mi testimonio. Comencé a tomar más notas acerca del caso y a repasar mentalmente los rasgos más salientes de la personalidad de los dos protagonistas.

¿Era culpable el *Tigre*? El elemento objetivo más importante en el caso era que el chofer del taxi lo había recogido esa noche del sábado cerca de la casa donde vivía Teddy, hecho que lo situaba cerca de la escena del crimen. Me sorprendía que el fiscal no hubiese presentado al chofer como testigo. Pero quizás temía que su testimonio despertara sospechas en torno a la salud mental del *Tigre*. Si el conductor atestiguaba que el *Tigre* había estado en las inmediaciones del departamento de Teddy la noche de ese sábado, tendría que declarar también que el *Tigre* había huido sin pagar el viaje, lo cual podría indicar que se hallaba confuso, aturdido, irracional. Yo había interrogado al *Tigre* acerca del incidente, pero no recordaba nada. En las entrevistas que había tenido conmigo, con su madre, con su abogado o con Neil, el *Tigre* jamás había admitido que hubiese estrangulado a Teddy. Yo tendría que declarar que su amnesia podía ser el resultado del uso de drogas y alcohol, que, en combinación, causan intensa depresión. En cuanto al posible uso de drogas, especialmente anfetaminas, conociendo el orgullo del *Tigre*, dudaba que me diera alguna vez una respuesta clara. Por experiencia sabía que el abuso de anfetaminas puede producir reacciones paranoides y, consiguientemente, inducir a la comisión de actos de violencia, agresión y homicidio. El factor más significativo seguía siendo la relación intensamente sexual y simbiótica entre Teddy y el *Tigre*. Cada uno a su manera había estado hambriento de

afecto, Teddy más que el *Tigre,* pues mientras que éste sentía un impulso casi compulsivo por estar solo, ella iba por la vida con las manos abiertas para asirse a cualquier afecto que se hallara al paso.

El psicoanálisis de gran número de casos me ha convencido de que es casi imposible trazar con precisión el camino que conduce al asesinato si sólo se examina al homicida. El encuentro del asesino con su víctima tiene muchos aspectos decisivos, el más importante de los cuales es el *cómo* la víctima provoca su muerte. Como he mencionado antes, existen personas que son propensas a los accidentes y al infortunio. De la misma manera, hay personas que inconscientemente buscan ser muertas por otros —personas que se exponen a su propio homicidio. Con toda probabilidad Teddy era una de estas personas. Tanto el *Tigre* como Teddy habían participado en el *proceso homicida,* en el curso del cual la relación sado-masoquista entre el asesino y su víctima siguió intensificándose hasta terminar en su trágico clímax. Este homicidio, del tipo ego-disarmónico, se había originado en el proceso homicida en que ambos participaban, y habían sido sus personalidades y sus estilos de vida los que habían determinado el desenlace. Con toda probabilidad, el superego del *Tigre* no sufría ningún defecto, pero él era incapaz de satisfacer consecuentemente sus necesidades de agresión, a las que sólo podía aplacar de un modo violento y explosivo. Iba a ser muy difícil probar mi suposición ante el tribunal, sobre todo porque dependería en gran medida de que el juez me permitiera explicar detalladamente mi hipótesis y demostrar que mi interpretación suministraba las pruebas estrictamente fácticas que exige la ley.

Ahondando en el análisis de las pruebas presentadas hasta ahora en el caso del *Tigre,* me preguntaba hasta qué punto había sido un olvido el que el médico forense no hubiese mencionado que Teddy estaba embarazada. ¿O acaso la autopsia no había descubierto ningún indicio de embarazo? Una llamada a Taylor me sacó de dudas: Teddy *no* estaba embarazada cuando murió. Sin embargo, si el *Tigre* había creído que Teddy estaba embarazada, era razonable suponer que su asesinato había sido motivado por los celos.

Si Teddy había sostenido relaciones con otros hombres, ¿cuán fuerte e íntimo había sido el vínculo amoroso entre ella y el *Tigre*? Su mutua atracción era inestable. A pesar

de que ella atacaba su virilidad de un modo sádico, en el fondo se sentía sexualmente atraída por él. No obstante, de las tendencias pasivas de *él* surgían deseos de herirla y castigarla, como medio para reafirmar su lesionado ego. El *Tigre* pudo haberse dicho: "Tú me mataste (mi autoestimación, mi virilidad) y, en venganza, voy a matarte." Inconscientemente, Teddy se exponía al deseo de herirla que sentía el *Tigre* y, en consecuencia, hacía de sí una víctima masoquista. Su culpa provenía, no sólo de sus sentimientos hostiles hacia el *Tigre,* sino también de su acusación expresa de que no era un verdadero hombre. Era esta culpa la que la impulsaba a aceptar su castigo. Teddy procovó el ataque, hecho frecuente en la casuística del homicidio.

Otro aspecto del homicidio en cuestión eran las fuertes inclinaciones suicidas del *Tigre.* Es muy posible que estas tendencias autodestructivas lo hubieran empujado a decir algo en este sentido: "Cuando te enteres de mi suicidio, sabrás que fuiste tú quien me mató, y todo el mundo lo sabrá."

Otro aspecto del asesinato era la afirmación del *Tigre* de haber regresado después del crimen al departamento de Teddy en estado de absoluta confusión. En vista de sus fantasías y de su atormentador sentimiento de culpa, bien pudo haberlo hecho, o *deseado* hacerlo. Si realmente había regresado a la escena del crimen, cabe pensar que fue su reacción —su sentimiento de culpa por la realización de su acto— la que lo indujo a colaborar inconscientemente a su captura. El *Tigre* decía que había perdido sus lentes, que podrían habérsele caído durante su lucha con Teddy y sólo más tarde los echó de menos.

Pero el caso envolvía otro factor psicológico más profundo. Después del homicidio, cuando el *Tigre* abandonó el departamento de Teddy en estado de terror y pánico, no veía porque inconscientemente no quería hacer uso de sus ojos. Algunas veces el ojo ve lo que desea ver; con mayor frecuencia ve lo que espera ver. Al colocarse en condición de "invidente", el *Tigre* se aislaba, se desentendía de lo que había sucedido. No es raro el embotamiento de la visión en casos de severa tensión. La culpabilidad real o imaginaria que sentía el *Tigre* por la muerte de Teddy o por otros actos ilusorios pudieron haberle provocado una "ceguera" que él creía ocasionada por la "pérdida" de sus lentes, algo que, naturalmente, lo ponía frenético.

Existía otro factor en el caso que particularmente me inquietaba —la amnesia del *Tigre* en relación con la muerte de Teddy. Es bien sabido que una persona, por represión o supresión, puede hacerse incapaz de recordar lo que realmente sucedió al calor de una discusión que culminó en un acto de violencia. Lo que no es tan conocido es que el sufrimiento del homicida por el crimen cometido se traduce a menudo en la incapacidad —honradamente real— para recordar cómo sucedió el hecho. (Por supuesto, la amnesia no puede ser utilizada como prueba de que determinado individuo ha cometido un homicidio.) El *Tigre* sufría por las consecuencias de su acto, y ésa era una de las razones fundamentales que le impedían recordar lo que había ocurrido esa noche fatídica.

7

A LA MAÑANA siguiente, cuando regresé al juzgado, ya habían llegado los dos psiquiatras del hospital psiquiátrico municipal. No se me permitió permanecer en la sala del tribunal mientras rendían su testimonio y tuve que esperar afuera, en el corredor. Más tarde, Taylor me contó que el primer psiquiatra se aferraba a la opinión, presentada en su informe, de que el acusado había estado sano mentalmente cuando cometió el homicidio y que estaba capacitado para someterse a juicio. Había encontrado a Mellowbrook reservado, evasivo y deprimido, pero no más de lo que cabía esperar en tales circunstancias.

Cuando le llegó su turno de examinar al testigo, Taylor lo interrogó con todo detalle para poner de manifiesto la competencia y la experiencia limitadas del psiquiatra. Luego le preguntó si la ausencia de una *perturbación de pensamiento formal* —cuya presencia es generalmente signo de psicosis— no podía deberse al hecho de que Mellowbrook había estado deprimido y a la defensiva durante el examen psicológico. El psiquiatra admitió que eso era posible. Declaró que el acusado había manifestado ideas paranoides y que estaba en extremo preocupado, en ocasiones totalmente desligado de la realidad.

El segundo psiquiatra estaba de acuerdo con su colega. El acusado era capaz de apreciar y reconocer como delictuoso su presunto crimen, era responsable de su conducta criminal y estaba capacitado para comparecer en juicio. Durante su interrogatorio, el defensor logró que el testigo admitiera que Mellowbrook era persona muy preocupada consigo misma hasta el grado de la compulsividad, de la obsesión, que era hostil y que se hallaba deprimido, aunque no daba muestras de hallarse angustiado. Yo le había advertido a Taylor que era importante demostrar que Mellowbrook estaba angustiado y temeroso, con objeto de contrarrestar toda idea de que fuese un psicópata, un tipo de individuo que manifiesta poca angustia y falto del sentimiento de culpabilidad respecto de sus actos.

Taylor comenzó a dispararle preguntas al psiquiatra y sobrevino una pequeña batalla verbal:

P. Este hombre padecía angustia, ¿no es así?; asimismo, tenía miedo, ¿no es así?
R. Sí, así es. (Vaciló antes de dar su respuesta.)
P. ¿Le preguntó si tenía algunas fantasías?
R. No, no directamente.
P. ¿Cuáles fueron las preguntas indirectas que le hizo?
R. No recuerdo.
P. ¿No cree usted que cerciorarse de sus posibles fantasías, sobre todo tratándose de una persona acusada de un delito tan serio, era cuestión importante?
R. Sí.
P. Previamente ha declarado que el acusado estaba preocupado y que, en su preocupación, manifestaba obsesiones. ¿Sabe usted acaso qué lo preocupaba?
R. Fue imposible descubrir cuáles eran sus preocupaciones.
P. En su intento por descubrir cuáles eran estas obsesiones, ¿qué preguntas hizo?
R. No puedo recordar.
P. Y cuando descubrió que el acusado había manifestado obsesiones, ¿no cree usted que debió incluir este hecho en su diagnóstico?
R. No creí que tuviese tanta importancia.
P. Pero usted mismo ha declarado que el señor Mellowbrook estaba preocupado, que tenía obsesiones. ¿No hubiese sido justo mencionarlo en su diagnóstico?
R. Tal vez.
P. Usted ha declarado que, durante el examen, el señor Mellowbrook se hallaba deprimido.
R. Sí, estaba deprimido, pero nada fuera de lo normal.
P. Por supuesto, usted no lo vio cuando se cometió el supuesto crimen, ¿o sí?
R. No, no lo vi.
P. Luego, en el curso de diez días, poco más o menos, su humor, su carácter y su estado mental en general pudieron haber cambiado. ¿No pudo haber sido así?
R. Sí.
P. ¿Sabía usted que había tenido ideas autodestructivas, tal vez suicidas? ¿Investigó su vida pasada?
R. No.
P. ¿Leyó alguno de sus escritos en que declara que no desea vivir?
R. No que yo sepa.
P. Así pues, este hombre está muy lejos de ser normal. Tiene obsesiones, está preocupado, ha estado deprimido o sufre depresión y manifiesta tendencias suicidas. ¿No es ésta una descripción adecuada del estado mental del acusado?

El psiquiatra titubeaba. El fiscal intervino y dijo que el testigo ya había contestado a esa pregunta con anterioridad. El juez estuvo de acuerdo. Se dio permiso al testigo para que se retirara.

El fiscal hizo una breve notificación: "Su Señoría, el Estado concluye su presentación de pruebas en el caso."

El abogado defensor recogió algunos de sus papeles, se dirigió al estrado e inició su alegato: "Con la venia del tribunal, quisiera presentar una moción para que se retiren los cargos en contra del acusado, moción que está fundada en las siguientes razones:

"Su Señoría, el acusado ha sido culpado de asesinato en primer grado. El asesinato, o para utilizar el nombre general que se le da al asesinato, el homicidio, tal como se aplica en este caso, está definido como sigue: 'Homicidio es la muerte de un ser humano provocada por los actos, la instigación o la omisión de otro'. El asesinato en primer grado, del cual ha sido acusado mi cliente, se define, de acuerdo con la ley, como sigue: 'El homicidio de un ser humano es asesinato en primer grado cuando ha sido cometido con el propósito deliberado y premeditado de causar la muerte de la persona asesinada'. Para que pueda configurar el delito de asesinato en primer grado, el fiscal necesita probar fuera de toda duda razonable que el acusado atacó a la hoy occisa con el propósito premeditado y deliberado de ocasionarle la muerte.

" 'Premeditación es la formación en la mente de la persona del propósito concreto de matar'.

" 'Deliberación es la consideración y reflexión sobre el propósito preconcebido de matar'.

"Como sabe Su Señoría, la premeditación y la deliberación expresan los procesos mentales del acusado y la única forma en que podemos cerciorarnos de esto es mediante su conducta o sus actos, sus hábitos o sus expresiones verbales.

"El propósito premeditado y deliberado de matar debe preceder al homicidio por cierto periodo de tiempo, largo o breve. En ningún momento y de ningún modo se ha probado que el acusado tuviera el propósito premeditado o deliberado de matar. Ni las circunstancias concurrentes en el momento del supuesto asesinato ni la conducta del acusado justifican la conclusión de premeditación y deliberación. En ningún momento mi cliente manifestó o se hizo propósito

alguno de ocasionar la muerte con premeditación y deliberación. Por todas estas razones yo sostengo que la acusación de asesinato en primer grado no procede y solicito que sea retirada. No existe prueba alguna de que el acusado cometió el crimen del cual se le acusa.

"Pero aun cuando se llegara al extremo de afirmar que mi cliente mató, considero que ni siquiera el cargo de asesinato en segundo grado sería justo, ya que no existe prueba alguna de que la agresión a Teddy Gladstone fue ejecutada con la intención de ocasionarle la muerte, ni siquiera sin premeditación o deliberación. No hubo ninguna intención de causar la muerte de la persona que murió, que es la condición que señala la ley.

"Más aún, Su Señoría: considero que en este caso tampoco es aplicable el cargo de homicidio en primer grado. El homicidio en primer grado está definido como sigue: 'Un homicidio lo es en primer grado cuando ha sido cometido en un arrebato de pasión y sin intención de ocasionar la muerte, pero de manera cruel e insólita o mediante un arma peligrosa'.

"Parecería entonces —prosiguió el abogado defensor—, que en el homicidio en primer grado no existe premeditación. No existe deliberación ni el propósito de ocasionar la muerte. El crimen es cometido en un arrebato de pasión, pero de un modo cruel e insólito o valiéndose de un arma peligrosa. En el homicidio en primer grado no concurre el elemento de la intención de privar de la vida a un ser humano.

"No existe prueba alguna de que, en este caso, la muerte fuese cometida de manera cruel e insólita. Si bien es cierto que la víctima fue estrangulada al arrancarle el collar del cuello, no se puede afirmar, ni aun forzando al máximo la imaginación, que ese collar fuera un arma peligrosa.

"Ahora bien, en cuanto a las palabras, 'en un arrebato de pasión', ¿qué quiere decir la ley con estas palabras? La ley no se refiere a un 'arrebato de pasión' en el sentido técnico y usual. Con ello nos referimos a un estado mental inestable e hipersensible, excitado y excitable, en contraste con un estado de ánimo tranquilo y sereno. 'Arrebato de pasión' no significa pasión o ira surgidos de un odio antiguo y arraigado, sino la pasión de la ira que surge repentinamente en el momento de causar la muerte.

"Por otra parte, si Su Señoría me lo permite, quisiera agre-

gar que, para que la forma de matar sea considerada cruel e insólita, el acto debe haberse ejecutado de un modo insólito y extraordinario —es decir, de una manera horrible y repugnante.

"Asimismo, quisiera dirigir la atención del tribunal a una disposición que establece nuestra ley y que es aplicable a todos los homicidios. El artículo 1041 del Código Penal prevé que ninguna persona puede ser condenada por asesinato o por homicidio impremeditado a menos que, tanto la muerte de la persona presuntamente muerta como el hecho de que tal muerte hubiese sido cometida por el acusado en los términos que se suponen, hayan sido probados como dos hechos independientes; el primero —es decir, la muerte de la persona— debe probarse mediante prueba directa; y el segundo, fuera de toda duda razonable."

En ese momento el fiscal se puso en pie y declaró que lo que el abogado defensor había dicho hasta ahora guardaba poca o ninguna relación con el problema de insania, que era la cuestión por dilucidar. El abogado defensor replicó que si el acusado no hubiese sido acusado de un crimen, la cuestión de su salud mental jamás habría sido planteada. Es más, ni siquiera habría caso alguno por discutir.

El juez escuchó atentamente a ambos abogados durante un rato, y luego falló que, por el momento, permitiría que el abogado defensor continuase su argumentación en favor de que se retirase la acusación de asesinato en primer grado.

El abogado del *Tigre* replicó que una joven había sido muerta en su departamento. "No voy a repetir lo que el médico forense ya ha declarado; sólo mencionaré que fue estrangulada, posiblemente con un collar. En el cadáver no se registraron heridas de arma blanca.

"Sin embargo —continuó Taylor—, que la muerte de la occisa haya sido cometida por el acusado no ha sido probado en modo alguno y, ciertamente, mucho menos fuera de toda duda razonable. Quisiera que, por un momento, prestáramos atención a la palabra 'intención', es decir, 'intención criminal'. 'Intención' significa que la persona tiene el propósito de obtener ciertos resultados o un resultado definido de su acto. De ningún modo puede deducirse de las acciones y de la conducta del acusado que tuviera intención alguna de matar a Teddy Gladstone. El arma utilizada —el

collar— no puede ser considerada un arma capaz de ser empleada con el fin de llevar a cabo el propósito de matar.

"Me permito recordar a Su Señoría que es regla general en derecho el que las acciones y la conducta de un hombre revelan lo que piensa y lo que siente. Un hombre no expresa sus intenciones sólo con palabras. Si se me permite, señalaré que es regla fundamental para la prueba dar por supuesto que un individuo se ha propuesto las consecuencias de su acto, a menos que el acto haya sido ejecutado en circunstancias que excluyen la existencia de tal propósito. Pero, a partir de lo que el fiscal ha establecido en cuanto a las acciones y la conducta del acusado, no podemos concluir que el acusado tuviera la intención de cometer el acto que ocasionó la muerte de Teddy Gladstone.

"El señor Mellowbrook no tuvo intención de matarla, aun en el caso de que verdaderamente hubiera estado en el departamento de la difunta. No tenía ningún motivo por el cual quisiera matar a Teddy. Estaba enamorado de ella. Es más, deseaba casarse con ella. En consecuencia, no pudo haber planeado matarla.

"Cualquiera que haya sido el motivo, éste no pudo ser tan importante. Lo esencial para nosotros es la 'intención criminal'. El motivo es el resorte de la acción que impulsa a un hombre a cometer un acto criminal. En todo caso, el motivo atribuido a un acusado debe estar fundado en una razón lógica o legal y relacionado con el acto criminal, conforme a las leyes de la conducta humana. Si no existe semejante conexión o si la motivación carece de objeto definido y es más bien ambivalente, no puede ser considerada parte integral de la prueba.

"Aunque sé que la prueba de algún motivo para cometer un crimen es decisiva o esencial para la convicción, la ley no la exige. En el caso presente, el caso del señor Mellowbrook, falta el motivo para la comisión del crimen de que se le acusa.

"Sobre la base de lo que he dicho anteriormente, solicito que la acusación de asesinato en primer grado sea desistimada, que el acusado sea puesto en libertad bajo fianza y que mientras tanto, la calificación del delito quede en expectativa de reversión."

Durante los últimos minutos del discurso del abogado defensor, el fiscal se había estado paseando de un lugar a otro. Ahora dijo: "Con la venia del tribunal, la confesión afirma

que Teddy Gladstone fue asesinada durante la visita que le hizo el acusado, y por tal razón, pido que la moción del abogado defensor sea desestimada."

El abogado defensor protestó. "La confesión todavía no ha sido admitida como prueba. Cuando mi cliente hizo esa confesión no se hallaba asesorado por un abogado. No discutiré más este asunto con el fiscal. Suplico a Su Señoría que la calificación del cargo que pesa sobre mi cliente, Tyros Mellowbrook, sea desestimada y quede en expectativa de reversión y, mientras tanto, sea liberado bajo fianza."

El juez contestó que reservaba su decisión y ordenó que se llamase a declarar a los testigos de la defensa.

Inmediatamente el fiscal se puso en pie. "Su Señoría, el reo ha sido acusado formalmente por el gran jurado después del examen y la investigación debidos."

"Seguramente mi docto colega no ignora", replicó el abobado defensor, "que la acusación no prueba que una persona sea culpable. Si se me permite dirigirme al tribunal", continuó, "en esta ocasión el acusado y yo repetimos mi petición de que se retire la acusación y se dé veredicto en favor del acusado, Tyros Mellowbrook, primero porque en derecho, las pruebas presentadas son insuficientes y altamente inadecuadas y, en segundo lugar, porque el Estado no ha sido capaz de probar en derecho que el acusado sea culpable más allá de toda duda razonable. Otro sí, que, en derecho, el fiscal no ha logrado refutar la presunción de inocencia. Otro sí, basado en que las pruebas aducidas contra de mi cliente son débiles, impropias y falsas en cuanto no se apegan a los hechos y fundadas únicamente en fantasías y sospechas y porque, conforme a lo exigido por la Sección 389 del Código de Procedimientos Penales, resultan altamente inadecuadas."

"El tribunal se ha reservado la decisión sobre estas mociones", señaló el juez.

"Con la venia del tribunal", interrumpió el fiscal, "propongo que el acusado sea obligado a comparecer ante el tribunal para que se le juzgue".

Con la misma frialdad que había empleado para anunciar que reservaba su decisión, el juez respondió: "El acusado vuelve a quedar bajo custodia. El caso se emplaza hasta mañana a las diez."

La estrategia de Taylor había dado buenos resultados. Por

lo menos el juez no había rechazado su moción, algo que yo consideraba una buena señal. Aparentemente el juez deseaba meditar el asunto, lo cual era completamente natural, sobre todo porque las pruebas presentadas hasta ahora no habían sido muy perjudiciales para la defensa. A mí me sorprendía que el fiscal insistiera tanto en la acusación del gran jurado como base para fundar su cargo de asesinato. Al parecer había olvidado que la acusación no es prueba. Los alegatos presentados por el fiscal ante el gran jurado podían o no ser admitidos como pruebas en el caso. En general, ante el gran jurado, el fiscal puede presentar hechos o, en todo caso, lo que él considera hechos, que no serían permitidos en un juicio. Mellowbrook no había comparecido ante el gran jurado especialmente porque no se le había permitido que fuese representado por un abogado.

En vista de que el público en general tiene una opinión bastante equivocada de la naturaleza de una acusación, es necesario señalar que cuando una persona es acusada por el gran jurado se trata simplemente de una acusación y ésta no constituye prueba de culpabilidad ni siquiera de que haya habido delito. Cuando se discute una acusación, a menudo escuchamos decir a la gente: "Sin embargo, lo acusaron." Y algunas veces se agrega: "Donde hay humo hay fuego; luego, parece sospechoso." Una acusación de ninguna manera es algo semejante. Una acusación es similar a un citatorio cuando se trata de un caso civil. Una persona presenta a otra un citatorio y le dice: "Debe usted pagarme esta deuda." Es así también como un acusado es citado a comparecer ante los tribunales. En este sentido no existe diferencia alguna entre un citatorio y un auto de acusación dictado por el gran jurado.

Es, pues, comprensible que la moción del abogado defensor para que se retiraran los cargos contra el *Tigre* no hubiese sido tomada como vana palabrería o mero gesto. Su moción estaba basada en hechos.

Al finalizar la tarde, de vuelta ya en mi consultorio, me puse a reflexionar en lo que había sucedido y recordé con sorpresa que el fiscal no le había preguntado al médico forense la hora en que había muerto Teddy. La hora de la muerte de una persona se puede determinar fácilmente si se mide la temperatura del cuerpo y el grado de *rigor mortis*. La experiencia enseña que el *rigor mortis* aparece en deter-

minado momento y desaparece pasado cierto tiempo. La temperatura del cuerpo desciende cierto número de grados cada hora posterior a la muerte; de este modo, si se cuenta hacia atrás, hasta regresar a la temperatura de 37°C, es posible fijar la hora aproximada de la muerte —con un margen de error de hora y media más o menos.

Había además otro aspecto del caso al que no se había hecho alusión. El médico forense había declarado que la causa de la muerte había sido la asfixia por estrangulación, posiblemente causado por el collar. Si ése era el caso, este hecho demostraba evidentemente que el asesino, quienquiera que fuese, había arrancado el collar y, al hacerlo, había asfixiado a la víctima sin que tuviese que tocar la nuca. Esto podría indicar que el crimen no había sido cometido con intención criminal, malicia o premeditación, sino que había ocurrido cuando el homicida había arrancado el collar del cuello. Si, como yo pensaba, esto era lo que efectivamente había sucedido, entonces era indudable que la acusación de asesinato debía ser reducida por lo menos a la de homicidio en primer grado, o incluso, en segundo grado.

No obstante, existía otro factor al que no habían hecho referencia durante la audiencia psiquiátrica ni el fiscal ni el forense. ¿No sería posible que la muerte hubiera sido causada por el alcohol o el monóxido de carbono? El monóxido de carbono es causa de muerte más frecuente de lo que se supone. Si en el aire hubiese habido cantidad suficiente de monóxido de carbono, éste podía haber provocado la asfixia. Recordé que el *Tigre* me había dicho algo en el sentido de que había estado lloviendo y soplaba viento, tal vez frío, razón por la cual Teddy pudo haber encendido el fuego de la chimenea.

Me comuniqué con la oficina meteorológica. Una empleada me informó que la noche del asesinato, de las seis a las doce, la temperatura había fluctuado entre los 13 y los 18°C. "Hubo viento con algo de lluvia."

"¿Cuál fue la temperatura después de medianoche?", pregunté.

"Tengo que consultarlo", contestó la empleada.

Desde esa hora hasta las seis de la mañana del día siguiente, la temperatura había sido de 13 a 14 grados y el tiempo había sido nublado y con viento.

De la psiquiatría a la meteorología. Mis pensamientos va-

garon hasta el momento en que Teddy había muerto. El periodo de tiempo no se había podido fijar debido a la existencia de ciertos factores desconocidos. El cuerpo de Teddy había sido encontrado sobre la cama cubierto con una frazada. Era una noche fría y la ventana se hallaba cerrada. Todos estos factores influían en el cálculo de la hora de su muerte y ésta sólo podía ser estimada aproximadamente.

Sin embargo, lo más importante era la causa de la muerte. La noche había sido fría. La chimenea debió haber estado encendida. Teddy era una fumadora empedernida y el *Tigre* había estado fumando, cigarrillos y pipa. La chimenea pudo haber estado encendida al menos por un par de horas. Era muy posible que la habitación se hubiese saturado de monóxido de carbono como resultado de un desperfecto en el tiro de la chimenea a causa del humo de tabaco.

Generalmente la gente piensa en el monóxido de carbono como un gas letal proveniente del tubo de escape de un automóvil. El humo del cigarrillo contiene, además de aire caliente, nicotina y alquitrán, gran cantidad de monóxido de carbono, producto de la combustión incompleta del carbono. Si una habitación saturada de humo contiene 0.25 por ciento de monóxido de carbono, en unas cuatro horas puede ser fatal para un adulto;[1] sobra decirlo, un uno por ciento de concentración de monóxido de carbono en el ambiente es rápidamente mortal.[2]

El *Tigre* me había dicho que esa noche, en determinado momento, había abierto una ventana del departamento y que más tarde la había cerrado. Si la sala estaba mal ventilada, el monóxido de carbono —que es inodoro, insípido y no produce irritación— pudo haberse acumulado hasta alcanzar concentración peligrosa sin que ellos lo notaran.[3]

¿No era posible que, además del alcohol, ambos hubiesen estado expuestos al gas letal y que el *Tigre*, al arrebatarle el collar a Teddy, la hubiese hecho perder temporalmente el

[1] *Modi's Textbook of Medical Jurisprudence and Toxicology*, ed. por N. J. Modi (Bombay, India: N. M. Tripathi Private Ltd., 16ª ed., 1967), p. 758.

[2] D. M. Pryce, M. D., y C. F. Ross, M. D., *Ross's Post-Mortem Appearances*, 6ª ed. (Londres: Oxford University Press, 1963), p. 41.

[3] Edward F. Wilson, M. D., Terry H. Rich, M. D., y Henry C. Messman: "The Hazardous Hibachi, Carbon Monoxide Poisoning Following Use of Charcoal", *JAMA*, vol. 221, núm. 4 (24 de julio de 1972), pp. 405-406.

conocimiento y que, finalmente, el monóxido de carbono hubiese obstruido su ya dificultada respiración?

Mientras más pensaba en el asesinato, más me convencía de que la muerte de Teddy había sido accidental, a pesar del deseo inconsciente del *Tigre* de matarla. El collar, por ejemplo. El fiscal no lo había mencionado y al parecer no había sido encontrado. Si el *Tigre* lo *había* arrancado del cuello de Teddy, pudo haberlo arrojado después en un momento de cólera o de disgusto, de amargura o de desconcierto. Pero, como quiera que fuere, él había estado en su departamento y, cuando salió de él, Teddy ya estaba muerta. Las circunstancias que rodeaban su muerte eran demasiado enigmáticas para estar seguro de algo.

Esa noche, durante la cena, mi esposa notó que me hallaba muy preocupado. Hizo intentos por distraerme, pero yo me hallaba perdido en mis pensamientos. Cuando mi esposa sabe que estoy ocupado con un caso difícil, se esmera siempre porque la cena sea más deliciosa que de costumbre; es una excelente cocinera. Para cuando tomaba mi café y fumaba mi puro, me sentía mucho mejor, aunque el caso seguía latente en el fondo de mi mente.

Me excusé y me levanté de la mesa para hacer una llamada telefónica. Deseaba comunicar a Taylor mis ideas acerca del monóxido de carbono, la chimenea y la temperatura. Después de escucharme atentamente, dijo que, en su opinión, yo había realizado un excelente trabajo de detective. En efecto, todo ello guardaba relación con el caso y pensaba que el fiscal no había mencionado estos factores por razones tácticas. No obstante, estos problemas podrían ser abordados más tarde durante el juicio.

"Naturalmente, estoy muy lejos de mi propio campo", dije, "pero no puedo menos de pensar que tal vez no desea mostrarnos su juego. El fiscal adjunto que interrogó al *Tigre* sobre el homicidio", continué, "es un caballero, o así quiero suponerlo, y además, persona muy ocupada. Pero aun en el caso de que estuviese interesado exclusivamente en los hechos, evidentemente sabía lo que buscaba".

Le pregunté a Taylor si iba a llamar al estrado de los testigos al médico que había examinado al *Tigre* en el centro penitenciario, en aquella ocasión en que había pedido ayuda a gritos y se le había tenido que dar un sedante. Me contestó: "Puede ser necesario, pero por lo pronto esperaré a ver cómo

se portan mañana mis testigos. Por otra parte, mañana deberá usted también rendir su testimonio."

La mañana siguiente, cuando entré en la sala del tribunal, el primer testigo por parte de la defensa ya estaba en el estrado. Milton Bridges, un hombre alto y delgado, con un pequeño bigote, era el gerente administrativo de la compañía de relaciones públicas Petterson & Schatz, donde Teddy había trabajado permanentemente y el *Tigre* sólo en calidad provisional. En un principio había pensado hablar con él y con el presidente de la compañía, pero me había abstenido de hacerlo. El señor Bridges declaró ante el tribunal que durante las últimas semanas antes del asesinato había notado que el *Tigre* estaba nervioso y que se comportaba de un modo extraño. No llegaba a trabajar puntualmente y un día, poco antes de ese sábado fatal, le había preguntado al señor Bridges si podía prestarle algo de dinero. Esta petición había sorprendido sobremanera al señor Bridges, pues sabía que el *Tigre* era muy cuidadoso en el manejo de sus fondos y siempre llevaba algún dinero consigo.

"¿Qué cantidad le pidió prestada?", preguntó el abogado defensor.

"Veinticinco dólares."

"¿Le pareció extraño?"

"Pensé que había estado bebiendo y que necesitaba dinero o que tal vez deseaba comprar algo, pero no lo presioné con más preguntas."

Cuando se le interrogó al respecto, el gerente administrativo admitió que todos en la compañía sabían que el *Tigre* y Teddy pasaban mucho tiempo juntos y que mantenían relaciones formales. Cuando se le pidió que describiera a Teddy, dijo que era inteligente y muy hermosa. No era fácil trabajar con ella porque siempre deseaba que las cosas se hicieran a su manera, pero tenía muchas buenas ideas y la gente la apreciaba, aunque a veces coqueteaba demasiado.

"¿Era coqueta?", preguntó Taylor.

"Sí, puede decirse que sí."

El testigo no había visto al *Tigre* en la oficina el lunes siguiente al día del supuesto asesinato. Telefoneó a su casa para saber si no se hallaba enfermo, pero nadie contestó. El martes, el *Tigre* llegó a trabajar muy tarde, alrededor de las doce, en un estado deplorable, sin rasurar, despeinado,

los ojos inyectados, las ropas arrugadas. "Me acerqué a hablar con él, pero se mostró renuente a hablar. Le pregunté dónde había estado, si estaba enojado con alguien o le había sucedido algo, pero no dijo una sola palabra. Aceptó una taza de café, pero media hora más tarde, cuando regresé a su oficina, vi que ni siquiera la había tocado. Permanecía en su sitio sin moverse. Traté de bromear con él: '¿Bebió demasiado?' '¿Se trata acaso de otra chica?' Parecía abatido y no me contestó. En la oficina estábamos preocupados, pues Teddy tampoco se había presentado a trabajar el lunes ni el martes. Tratamos de comunicarnos con ella en su departamento, pero, como no obtuvimos respuesta, supusimos que había salido de la ciudad, aunque generalmente dejaba recado avisando dónde podía ser localizada. Todo parecía demasiado misterioso y, por supuesto, estábamos ligeramente preocupados. Pero hasta el momento no habíamos atado cabos."

"¿Qué sucedió entonces?", preguntó el abogado defensor.

"Por la tarde vinieron unos policías, se identificaron y dijeron que deseaban hablar con Mellowbrook; ésa fue la última vez que lo vi."

El abogado resumió el testimonio del señor Bridges y subrayó especialmente la conducta extraña del *Tigre* aquel martes en que se había presentado a trabajar y el hecho de que pareciera preocupado, trastornado y deprimido unos días antes de que ocurriera el supuesto homicidio.

El fiscal despidió al señor Bridges con la simple observación: "Ninguna pregunta que hacer."

El siguiente testigo era el señor Petterson, hombre de baja estatura, corpulento y obeso de cincuenta y tantos años. Cuando subía al estrado advertí que llevaba un puro en la mano. El ujier lo amonestó para que se deshiciera del puro, cosa que hizo. Petterson hablaba con voz ligeramente gutural. Había conocido a Teddy por varios años, la consideraba muy capaz y había contratado al señor Mellowbrook por creerlo persona de inventiva. Pensaba que era un individuo dotado y con mucho talento, "aunque sólo pensaba en terminar su libro. El *Tigre* era muy trabajador, pero demasiado serio. Era lo que se llama un introvertido".

"¿Notó algo especial en él?"

Petterson pensó antes de contestar. "Realmente nunca lo vi sonreír. Siempre parecía absorto en sus pensamientos y

hablaba muy poco con el resto de nosotros en la oficina; no obstante, era fácil adivinar que se trataba de una persona muy perceptiva."

¿Le había mencionado el *Tigre* al testigo alguna vez su relación con Teddy?

"No, no había necesidad", contestó con voz firme, "pues todos sabíamos que andaban juntos".

¿Tenía algo más que decir acerca del señor Mellowbrook?

El testigo declaró que había estado pensando en ascender al *Tigre,* pero que, dada su personalidad... se interrumpió. "Uno desea obtener resultados... y lo más rápidamente posible. Yo necesito a mi lado personas en quienes pueda confiar cuando la situación lo requiera. Él era para mí un riesgo, una incógnita. Pensé que lo mejor sería dejarlo donde estaba."

Cuando el abogado del acusado iba a llamar a la madre del *Tigre* al estrado, el fiscal intervino y preguntó si podía llamar nuevamente a declarar al señor Bridges, el gerente administrativo, pues tenía una o dos preguntas que hacerle. Se disculpó por su petición, pero Taylor aceptó generosamente y el juez estuvo de acuerdo.

Samson comenzó por preguntar al señor Bridges si había hablado con el Dr. Abrahamsen, el psiquiatra designado para examinar al señor Mellowbrook.

"No, no lo he hecho."

Yo había previsto que el fiscal haría esa pregunta y por esa razón no había llamado a Bridges. Sabía que el fiscal podía insinuar que yo había influido en su testimonio. Un psiquiatra nunca es demasiado cauteloso.

En seguida el fiscal preguntó al testigo cómo había llegado a la conclusión de que el *Tigre* estaba deprimido. Contestó que eso había sido fácil porque él —el señor Mellowbrook— no podía concentrarse en su trabajo. Pasó mucho tiempo junto al refrigerador de agua bebiendo como desesperado. "Pero yo no creo que tuviese tanta sed. Era una forma de aliviar su preocupación. Estaba agitado... deprimido, diría yo."

"Con la venia del tribunal, quisiera señalar que, no siendo psiquiatra el testigo y, ciertamente, tampoco un testigo profesional, poco o ningún crédito podemos conceder a su testimonio respecto al acusado."

El abogado defensor protestó. El testigo tenía derecho a expresar su opinión respecto a la conducta de Mellowbrook,

sobre todo porque había trabajado con él bastante tiempo, más que suficiente para conocerlo y estar enterado de sus hábitos.

El juez intervino y preguntó al fiscal si no tenía más preguntas que hacer. "No, no más preguntas", gruñó.

El siguiente testigo era la señora Mellowbrook. Durante el cortés interrogatorio que hizo a la madre del *Tigre*, el abogado defensor intentó subrayar el hecho de que el *Tigre* había sido su principal sostén económico por muchos años. Ella se había visto obligada a tomar huéspedes, y cuando el negocio no marchaba bien el único ingreso de que disponía era lo que su hijo le enviaba. Repitió que era un "buen chico" y que era imposible que hubiese cometido ese crimen.

Cuando se le preguntó si deseaba interrogar a la señora Mellowbrook, el fiscal se abstuvo, al parecer en un gesto de compasión.

Cuando descendía del estrado, la madre del *Tigre* imploró al juez: "Deje en libertad a mi hijo; déjelo volver a casa." En cuanto regresó a su asiento comenzó a sollozar y a gemir bastante fuerte. El juez interrumpió los procedimientos por unos minutos y luego pidió al abogado defensor que continuase.

Para mi sorpresa, el siguiente testigo era una hermosa muchacha de aspecto saludable, que vestía un ajustado traje de punto de lana y lucía un peinado complicado y elegante. Su nombre era Jane Willow. Yo ya la había visto antes en la sala, conversando con el abogado del *Tigre*, pero no sabía nada de ella. Vi ahora cómo dirigía una mirada al *Tigre*, quien la miraba con atención. Luego noté que llevaba un delgado collar de oro alrededor del cuello. Inmediatamente pensé en Teddy. Oí que se le preguntaba su dirección y la parte final de su respuesta: Distrito de Queens, en la ciudad de Nueva York.

Después de declarar que trabajaba como peinadora en un hotel del centro de la ciudad, Taylor le preguntó por cuánto tiempo había conocido al acusado en este caso, a Tyros Mellowbrook. Contestó que lo había conocido en el bar de un hotel una noche, el 12 de mayo.

"¿Lo ve usted en esta sala?"

"Sí, señor."

"¿Podría señalarlo?"

Señaló al *Tigre*. En su mano noté un anillo con una pie-

dra grande. Parecía agresiva, alguien que sabía cómo conseguir lo que quería.

"Dígame qué sucedió la noche del doce de mayo."

"Bien, como decía, estaba sentada en el bar con una amiga y él se acercó a nuestra mesa y comenzó a charlar con nosotras. Era muy apuesto, pero me pareció que su mente se hallaba en otro sitio. Creo que estaba tomado; tenía los ojos inyectados y parecía tenso."

Al preguntársele qué estaba haciendo en aquel bar, contestó que se iba a casar próximamente y que había salido con la intención de divertirse, aprovechando que todavía estaba libre. El *Tigre* le había parecido una persona sensitiva con quien sería interesante conversar, y que tal vez pagara la cuenta. Por supuesto, no era demasiado atractivo, pero parecía interesante. Habían hablado por espacio de una hora o posiblemente hora y media. El abogado defensor prosiguió con su interrogatorio. ¿Había notado algo especial o extraño en su persona? Sabía mucho de psicología. Hablaba como un experto, como alguien digno de respeto. "Deseaba tocarlo. Conozco mejor a las personas cuando puedo tocarlas. Creo que soy intuitiva."

El juez la interrumpió y le dijo: "Por favor, limítese a responder sólo a lo que se le pregunta y trate de contestar estrictamente lo necesario sin añadir información alguna no pertinente al caso."

"Lo siento", contestó la testigo y se sonrojó.

Al preguntársele nuevamente cuánto tiempo hacía que conocía al señor Mellowbrook, contestó que lo había conocido esa noche y le había complacido mucho su compañía. Ella trataba siempre de vivir el momento. Vi cómo el *Tigre* levantó la cabeza. La muchacha continuó. Él le había dado su dirección para que ella le hablara. Taylor preguntó, con cierta intención en la voz: "¿Escribió él mismo su dirección o lo hizo usted?"

"No, él no podía. Yo apunté su nombre, su dirección y su número telefónico."

"¿Qué sucedió entonces?"

"Verá usted, a mí me gustan los hombres inteligentes y me sentía realmente encantada con él. Recuerdo que había una especie de cuadro sobre el mostrador del bar y advertí que él también lo estaba contemplando. Dijo que no veía nada y yo le dije que se pusiera sus lentes, pero me contestó que

no los llevaba consigo, aunque yo podía ver que llevaba unos lentes en el bolsillo de la camisa, creo."

"¿Está usted segura de ello —de que llevaba los lentes en su bolsillo?"

"Sí, señor, así lo creo."

"A propósito", preguntó Taylor, "¿cuántas copas había tomado usted?"

"No puedo recordarlo con exactitud. Tal vez tres o cuatro martinis. Naturalmente, martinis sencillos, no dobles."

"¿Recuerda a qué hora se marchó el acusado?"

"No puedo afirmarlo con seguridad, pero debió ser a eso de las cuatro... tal vez las tres y media. No sé."

"Ha declarado usted que le dio la impresión de que se hallaba un tanto tomado. ¿Diría usted que estaba ebrio?"

"Sí, creo que sí."

"Protesto, Su Señoría. El abogado defensor está insinuando la respuesta al testigo", interrumpió el fiscal.

"Ha lugar. Aceptada la protesta."

"Modificaré mi pregunta. Señorita Willow, ¿cómo describiría usted el estado en que se hallaba Mellowbrook a eso de las tres y media de aquella mañana?"

"Estaba ebrio."

Percibí la mirada que me dirigió Taylor, quien sonreía.

"¿Habló de alguna otra cosa?"

"Bueno, habló del baile y de cierta chica, pero balbuceaba tanto que no podía entender lo que me decía. Yo lo quería para mí, pero allí estaba mi amiga, y a ella también le gustaba, así que surgió cierta disputa entre nosotras, pero creo que finalmente le gané, porque fui yo quien le gusté." En ese momento el juez, los abogados y el secretario rieron. La testigo notó la reacción y dijo: "En serio, creo que realmente le gusté."

El abogado defensor preguntó: "¿Está usted segura de que llevaba sus lentes consigo?"

La testigo contestó que a ella así le había parecido. Pero en seguida, con voz apresurada, continuó: "Sin embargo, me dio la impresión de que no veía bien. Ignoro por qué razón. Ahora recuerdo que me dijo que veía toda clase de botellas detrás del mostrador, de todos los colores —rojas, verdes, amarillas. Se me ocurrió que si podía ver todas esas cosas también podía ver otras. Pero yo misma estaba algo tomada, si bien no tanto como él. Luego me dio lástima

y pensé que debía llevarlo a mi departamento, donde podría dormir la borrachera, pero no quiso ir. Al parecer tenía otros planes, así que lo dejé en paz."

"¿Puedo preguntarle...?" Taylor reflexionó antes de hacer su pregunta. "¿Quisiera usted declarar al tribunal cómo ha llegado usted a ser testigo en este caso?"

"Llamé al departamento del *Tigre*; alguien contestó el teléfono y me preguntó quién era yo. Di mi nombre, mi dirección y mi número telefónico y dejé dicho que me hablara en cuanto pudiese. Y luego, un día, vino un individuo al sitio donde trabajo y me preguntó qué sabía acerca de Mellowbrook. Le dije que lo había conocido en el bar el 12 de mayo, pero en realidad no sabía mucho de él. Resultó que el hombre que me hizo esas preguntas era un detective, porque, ahora que recuerdo, me mostró sus credenciales."

"¿Qué sucedió después?"

"Me dijo que el hombre con quien había estado se hallaba en serias dificultades. Le pregunté: '¿Qué clase de dificultades?', y él me contó lo del asesinato; al principio no podía creerlo, ya que este hombre me había parecido muy decente y muy amable, además de bien parecido. Me sentí apenada, verdaderamente apenada de que se viera en aprieto semejante, de que hubiese matado a alguien. A pesar de que estaba borracho se había portado muy amablemente conmigo. Había escuchado con atención todo lo que yo le había dicho."

"Bien", continuó Taylor, "¿qué más sucedió con el detective?"

"Le pregunté quién era el abogado del *Tigre* Mellowbrook y él me dio un nombre, Albert Taylor, pero agregó que no estaba completamente seguro; yo insistí y volví a hacerle la misma pregunta, pues me sentía ligada a este hombre, aunque en realidad para mí era más un desconocido que un amigo. No había leído nada de lo ocurrido en los periódicos, así que busqué su nombre en el directorio telefónico. Llamé a su oficina y me enteré del juicio, de modo que le dije al señor Taylor que me agradaría mucho presentarme a declarar si así lo deseaba."

"Su testigo", dijo el abogado defensor al fiscal.

Después de cierta vacilación, Samson le preguntó si había visto al acusado beber algo esa noche. Sin ninguna vacilación testificó que había estado bebiendo un vaso tras otro de whisky bourbon, pero que, aparte de eso, ya estaba ebrio

cuando llegó al bar. "Se tambaleaba, y ahora me parece recordar que mencionó también que había estado antes en varios bares. Creo que también me dijo que había estado en el metro, en el cine o en algún otro sitio. Llevaba la corbata en el bolsillo y, al verme, trató de ponérsela, pero no pudo hacerlo. Era algo demasiado complicado para él, así que me ofrecí a ayudarlo, pero yo no sé hacer esos nudos de corbata. El nudo quedó flojo y torcido. Nunca antes había intentado hacer un nudo de corbata."

El juez la interrumpió cortésmente. "Por favor, limítese a contestar a lo que se le pregunta."

El fiscal pidió que sus observaciones fueran suprimidas del acta, pero Taylor protestó a gritos.

"Objeción denegada", anunció el juez con monotonía.

El fiscal dijo: "Veo que lleva usted un collar. ¿Usa ese collar diariamente?"

"Sí. Lo uso siempre, incluso cuando me baño. Jamás me lo quito."

Después de conferenciar brevemente con su ayudante, Samson dijo: "No más preguntas."

El abogado defensor se puso en pie lentamente y, después de reflexionar por unos instantes, preguntó: "¿Recuerda si el acusado miraba su collar con insistencia?"

"Sí, creo que hasta llegó a tocarlo. A mí no me disgustó que lo hiciera. Eso es todo lo que puedo recordar."

Taylor le agradeció su presencia en el tribunal, y se dio permiso a la testigo para que se retirara.

Después de un breve receso, Neil O'Brien subió al estrado de los testigos.

El abogado defensor comenzó por interrogar a Neil en torno a la infancia y a la juventud del *Tigre*. Neil comenzó por decir que, a pesar de que ambos habían sido amigos desde su primer día en la escuela, a él le parecía que en ocasiones el *Tigre* era demasiado reservado con sus cosas, sobre todo cuando se tocaba el tema de las muchachas. Actuaba con excesiva timidez y de inmediato desviaba la conversación. Neil imaginaba que el *Tigre* había tenido una infancia bastante desdichada, ya que su padre los había abandonado a su madre y a él cuando era niño, y ella se había visto obligada a tomar huéspedes para sostener a ambos. Más tarde, dijo Neil, el *Tigre* había trabajado en cuanto empleo había podido encontrar, para ayudar a su madre. Recordó tam-

bién el episodio de la gata que arrojó por la ventana del desván.

¿Se había visto al *Tigre* en dificultades alguna vez? Neil contestó que a veces tenía problemas con su maestra. En cierta ocasión ella se *enojó tanto* que lo golpeó y el le devolvió el golpe.

"¿Cuál era su opinión de sí mismo?", preguntó Taylor.

"Creo que tenía un alto concepto de sí mismo. Siempre sabía qué era lo correcto. Estaba muy interesado en la política y problemas sociales, tales como asistencia y bienestar social."

"¿Algunas veces era violento?"

"No, no generalmente... excepto por lo de la gata. Aunque el animal no sufrió ningún daño, al *Tigre* le remordía la conciencia y recordó el incidente por mucho tiempo."

"¿Cómo se llevaban usted y el *Tigre*, Neil?"

"*Tigre* jamás discutía. No le gustaba discutir. En su opinión discutir era trivial y él no deseaba verse envuelto en trivialidades. Sostenía a su madre, pero creo que no siempre se llevaba bien con ella. Él sentía que era su deber ayudarla. Me daba la impresión de que ella lo importunaba demasiado, algo que él aborrecía, y que posiblemente le tenía miedo. Ella estaba plenamente convencida de que su hijo llegaría a ser un gran hombre y en más de una ocasión se jactó ante mí de su gran inteligencia. A veces él estaba taciturno —era un soñador. En esos momentos era muy difícil comunicarse con él."

"¿Tenía el *Tigre* algún hábito en particular?"

"¿A qué se refiere usted con hábitos? El *Tigre* leía mucho. Recuerdo en especial que cuando éramos niños me habló de Darwin. Yo jamás había oído hablar de Darwin y quedé impresionadísimo."

"¿Cómo describiría usted a Teddy?"

"Era inteligente, dueña de un excelente cerebro; era además muy hermosa —pómulos salientes, ojos azules, que a veces parecían verdes, y pelo castaño rojizo. Era agresiva con los hombres y algunos de ellos se sentían rechazados por su actitud. Me simpatizaba. Era dinámica y muy alegre."

"¿Qué hacía el *Tigre* después de trabajar?"

"Pasaba gran parte de su tiempo libre escribiendo, aunque no estoy muy seguro de lo que escribía. Algunas veces me daba a leer páginas de su manuscrito —una novela que ex-

presaba sus ideas sobre política y problemas sociales. Traje conmigo algunas de sus notas. ¿Quisiera usted leerlas?"

"Sí."

"Protesto —vociferó el fiscal—. Nadie sabe con certeza si efectivamente el acusado escribió esas notas."

"Su Señoría, mi testigo está bajo juramento y estoy seguro de que no se atrevería a incurrir en perjurio y afirmar que estas notas fueron escritas por el acusado si de hecho no fuese así. Más aún, estas notas pueden contribuir a esclarecer su estado mental."

El juez aspiró profundamente. "Escuchemos primeramente el contenido de estas notas y más tarde decidiré si deben ser incluidas en el acta. Objeción denegada."

Neil dio comienzo a su lectura:

"Lo que es mortal anhela ser inmortal. La muerte es la separación del cuerpo y de la mente, es decir, del espíritu.

"Algunas personas anhelan ser muertas. Desean morir.

"Quienquiera que conquistare la vida será un hombre.

"El hombre es el más feroz de todos los animales, más feroz que el tigre, más feroz que el tiburón.

"Un hombre mata a un miembro de su propia especie, no por placer, sino porque quiere.

"Quienquiera que domine sus deseos puede llegar a ser o será un hombre.

"Hay un tiempo para la desesperación y otro para el placer.

"La infidelidad emocional es peor que la infidelidad sexual.

"Menospreciar la propia alma es criminal.

"¿Te amo, me amas? No puedes amar lo que no conoces."

El testigo guardó silencio.

Noté que Taylor casi había dado un salto cuando Neil leyó: "Un hombre mata a un miembro de su propia especie, no por placer, sino porque quiere." No obstante, era demasiado astuto para permitir que el fiscal se diera cuenta de su turbación. Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando Taylor prosiguió su interrogatorio, al parecer sin inmutarse.

"¿Dice usted que el *Tigre* se interesaba por la política? ¿Tiene usted alguna información concreta al respecto?"

Neil contestó que el *Tigre* acostumbraba compararse con George Clemenceau, a quien también apodaban el *Tigre*. "Leía todo lo referente a él que estuviese a su alcance. En realidad el *Tigre* deseaba ser médico, pero pensaba que el mundo

de la medicina era muy limitado para él. Deseaba desenvolverse en el mundo verdadero, en el mundo de la política. Realmente me asombró cuando me dijo que Georges Clemenceau había sido médico, y que sólo más tarde se había dedicado a la política. El *Tigre* era ambicioso."

"¿Tenía alguna ambición definida?"

Neil contestó que no podía afirmarlo con seguridad, pero que evidentemente el *Tigre* era ambicioso.

Al preguntársele por la relación que existía entre Teddy y el *Tigre*, el testigo dijo que, a pesar de que discutían mucho y que él nunca había entendido la razón de estas disputas, tenía la firme impresión de que se amaban mutuamente. Sus frecuentes discusiones eran más bien riñas de enamorados. ¿Dependían el uno del otro? Neil creía que así era. El abogado defensor regresó nuevamente a la pregunta: ¿Era el *Tigre* violento o lo había sido en el pasado? Neil no era de ese parecer, sobre todo porque el *Tigre* se negaba a discutir. ¿Cómo puede un hombre ser violento si es incapaz de enfrentarse al conflicto?

"¿Cree usted que el *Tigre* pudo haber cometido el crimen de que se le acusa?"

El fiscal se puso en pie y gritó: "Protestó."

"Ha lugar. Aceptada la protesta", anunció el juez.

Taylor regresó a sus notas, las consultó y luego, tranquilamente, dijo: "Decía usted que parecían amarse el uno al otro —es decir, Teddy y el *Tigre*. ¿Cree que tuvieran la intención de casarse?"

"El *Tigre* hablaba constantemente de ella y decía que deseaba casarse. Pero últimamente ella se veía con alguien muy importante en el mundo internacional de los negocios. No creo que fuese nada serio; pero, por supuesto, el *Tigre* estaba celoso. Ahora que pienso en ello, estaba más que celoso; estaba herido y se sentía traicionado."

"¿Lo vio alguna vez inquieto o preocupado?"

"Sí, algunas veces estaba inquieto, especialmente cuando no había recibido noticias de su madre; pero se tranquilizaba en cuanto la llamaba. Pero pienso también que le resultaba difícil congeniar con Teddy. Ella era obstinada e impaciente. Recuerdo que el *Tigre* lograba calmarla un poco, pero para ella no era fácil ceder. Cuando hallaba algo de que discutir, era capaz de hacerlo hasta el amanecer. Yo lo sentía por él y lamentaba haber sido yo quien los había presen-

tado. En un principio pensé que a la larga el *Tigre* podría ejercer buena influencia sobre ella —moderar su energía y ayudarla a actuar con mayor serenidad."

"¿Utiliza usted drogas?"

"De vez en cuando."

"¿Acostumbraba el *Tigre* alguna droga?"

"Algunas veces tomaba dexedrina u otra anfetamina, pero nunca en exceso. Fiel a su personalidad independiente deseaba mantenerse alejado de las drogas. Deseaba ser dueño de su persona. Por ello bebía tan poco."

Al ser interrogado por el fiscal, Neil declaró que en realidad jamás había visto al *Tigre* tomar alguna droga.

"No más preguntas", dijo el fiscal.

Durante el receso discutimos el testimonio de Neil que, en nuestra opinión, había ayudado considerablemente a nuestro caso. Creíamos también que Jane Wilson, incluso con toda su parcialidad, definitivamente había sido de gran ayuda para nosotros con su testimonio, sin duda sincero y honrado.

"Las cosas se están componiendo", dijo Taylor sonriente.

"Me alegra que esté usted tan optimista, pero recuerde que no se trata de un caso sencillo y definido. Mientras permaneció en el departamento de Teddy, el *Tigre* estuvo traumatizado —psicótico o, al menos, al borde de la psicosis. Posiblemente es persona propensa a la suspicacia y a las ideas paranoides, rasgos de su personalidad que pueden haberlo llevado a caer en estas dificultades legales." Fui interrumpido por tres golpes en la puerta de la sala del tribunal. Todos nos pusimos en pie y guardamos silencio, en tanto el juez entraba en la sala y tomaba asiento. "¿El siguiente testigo?", dijo.

El abogado defensor se levantó. "En este momento solicito la presencia como testigo de Max Golden." Max Golden había sido chofer de taxi casi por espacio de treinta años. Tenía alrededor de cincuenta y cinco años, era bajo de estatura, tenía abundante cabello negro y ojos pardos, brillantes y astutos. Estaba manifiestamente nervioso. Taylor le recomendó al testigo que se tomara su tiempo antes de contestar y que meditara cuidadosamente sus respuestas.

"¿Recuerda que en la tarde o la noche del doce o el trece de mayo se hallaba usted de servicio y tomó a cierto pasajero? ¿Lo ve usted en esta sala?"

El taxista miró a su alrededor y dijo: "Sí, ahí está", mientras señalaba la figura inclinada del *Tigre*.

"¿Sería tan amable de decirle al tribunal qué sucedió, señor Golden?"

"Mi nombre es Max, pero me dicen Moishe. Si gusta puede llamarme Moishe." Sobreponiéndose a su nerviosismo, había cobrado ya cierta confianza.

"Por favor, diga usted al tribunal lo que sucedió la noche en que condujo a este hombre como pasajero en su taxi."

"Lo tomé en la calle sesenta o por allí cerca."

"Trate de recordar lo mejor que pueda lo que ocurrió."

"Era como la medianoche cuando recogí a este individuo y me dijo que iba a la calle cuarenta y dos. Le pregunté exactamente a qué altura. No supo decírmelo, simplemente me dijo: 'Siga'."

El abogado defensor le preguntó si había notado algo especial en él.

"Sí, creo que estaba atarantado."

"¿Qué quiere usted decir con atarantado?"

"Oh, que estaba 'fuera de onda'."

"¿Qué quiere decir con que estaba 'fuera de onda'?"

"Parecía desorientado."

"¿Dijo algo?"

"No. Parecía trastornado —enojado. Todavía recuerdo sus ojos. Los tenía rojos y húmedos. Traté de charlar con él, pero mejor no lo hiciera, porque me dijo que me callara la boca, así que callé, pero seguí observándole por el espejo. Allí estaba. Parecía cansado. Me imaginé que había tenido una noche muy agitada."

"Decía usted que parecía trastornado. ¿Podría usted describirlo?"

"Parecía borracho"

"¿Olía a alcohol?"

"Sí, sí, seguro que sí. Olía a alcohol, y a esas horas de la noche me fijo siempre mucho en los pasajeros que tomo. Uno nunca sabe qué clase de chiflados andan sueltos por las calles. Pero últimamente el negocio ha estado pésimo y tengo que aceptar lo que venga."

"Bien, ¿qué sucedió después?", preguntó el abogado defensor. "Condujo usted hasta la calle cuarenta y dos; ¿qué pasó entonces?"

"Entonces me ordenó que subiera por Broadway. Le dije

que no podía subir por Broadway porque era una calle de un solo sentido. De modo que me dijo: 'Vaya por donde quiera'. '¿Por dónde?', pregunté. 'Tome la calle cuarenta'. '¿Y luego?', pregunté. 'Doble a la izquierda'. Así pues, bajamos por la calle cuarenta y di vuelta a la izquierda. '¿A dónde vamos ahora?' 'Vire a su izquierda', contestó. Así que subimos por la sexta avenida y volví a preguntarle: '¿A dónde vamos ahora?' 'Dé vuelta a la izquierda', dijo. Pensé entre mí: "Este hombre debe estar loco'. Traté de llamar a un policía, pero no encontré a ninguno. La policía también ha de tener su día libre, ¿sabe usted?"

"¿Sabe usted por qué no había ningún policía?"

"No, pero ahora recuerdo que estaba lloviendo."

"¿Hacía frío?"

"Sí, un poco."

Taylor le preguntó: "¿Qué pasó después de dar usted vuelta a la izquierda?"

"Me dijo: 'Suba por la calle cuarenta y dos'. '¿Y después?' 'Suba por la octava avenida', dijo. '¿Y después?' 'Vire a la derecha'. De este modo di vuelta a la derecha tres veces, y cuando pasábamos frente a un cine o algo por el estilo, antes de que yo me diera cuenta de lo que pasaba, saltó del carro. ¿Y sabe una cosa?, ni siquiera me pagó. Yo estaba hecho una furia."

"¿Encontró a un policía?", preguntó Taylor.

"Sí, pero era demasiado tarde. Aquel tipo se me había escapado y yo había perdido cuatro dólares y cincuenta centavos, sin contar la propina. De alguna forma tiene uno que ganarse la vida. ¡De alguna forma!"

"Calma, señor Golden..."

"Moishe", interrumpió el conductor de taxi.

"Dijo usted antes que su pasajero estaba 'fuera de onda'. ¿Lo amenazó de alguna manera?"

"No, no me amenazó. Sólo parecía hallarse confundido."

Me sorprendió que el fiscal no protestara.

"¿Se veía asustado?"

"Puede apostar lo que quiera a que estaba asustado. Sí, ahora que pienso en ello, así era. Estaba asustado."

"¿Sabe por qué estaba asustado?"

"Escuche", contestó, "yo no soy psiquiatra. No lo sé, pero de que estaba loco, estoy completamente seguro."

Taylor preguntó: "¿Ha recibido algún pago por venir aquí?"

"Sí."

El fiscal levantó la vista con atención.

"¿Cuánto se le ha pagado?", preguntó el abogado defensor tranquilamente.

"Cuatro cincuenta, el viaje."

"¿Ha recibido algo más?"

"No."

"¿Quién le pagó esos cuatro cincuenta?"

"Usted mismo, señor."

Su respuesta levantó una ola de risas contenidas y el juez, tratando de reprimir una sonrisa, golpeó la mesa con su martillo. "Prosiga, abogado", dijo.

"En efecto, así es. Yo le pagué de mi propio bolsillo cuatro dólares con cincuenta. ¿Le prometí algo más aparte de su tarifa?"

"No, no me prometió nada."

"Correcto. Su testigo", dijo Taylor al fiscal.

El fiscal consultó su reloj y dijo: "Su Señoría, ¿puedo sugerir que abramos un receso para almorzar?"

"Si el abogado defensor está de acuerdo suspenderemos la sesión hasta las dos", respondió el juez.

8

ESA TARDE, a las 2:30, se abrió la sesión. El fiscal dio comienzo a su interrogatorio de Max Golden, el taxista.

En primer lugar, el fiscal pidió al testigo que especificara su grado de instrucción. Escuela elemental y secundaria, eso era todo. ¿A qué se había dedicado después? Trabajos varios. Luego había aprendido a conducir y, después de manejar un camión por algún tiempo había comenzado a guiar un taxi para una compañía de autos de alquiler, que era lo que había venido haciendo desde entonces. ¿Qué sabía acerca de las personas trastornadas mentalmente o, en sus propias palabras, "locas"? Había visto a muchas de ellas. No sólo eso, en su propia familia había una persona loca. ¿A quién se refería? Oh, a una tía. Estaba loca y habían tenido que hospitalizarla. Taylor parecía preocupado y, sobra decirlo, yo también lo estaba. Me pregunté si se trataría de un pariente consanguíneo o por matrimonio. Confiaba en que Taylor lo interrogaría más tarde al respecto.

El fiscal pidió a Golden que repitiera el relato que había hecho de la noche en que había conducido al acusado por la ciudad y el testigo narró exactamente la misma historia. "Y ni siquiera me pagó, maldición", concluyó. "Lo siento, Su Señoría, sé que no debería maldecir en esta sala."

El juez le miró y sonrió.

A juzgar por su aspecto, el taxista estaba tranquilo, pero yo adivinaba que, en realidad, estaba enojado. De pronto, inesperadamente, explotó: "Aquel hombre estaba loco. En sus ojos podía ver que estaba loco. ¿No comprende? Estaba loco, eso es, loco de remate." Para entonces Moishe estaba muy exaltado.

El fiscal se dirigió al juez. "Con la venia del tribunal, solicito que esta última afirmación respecto a la locura del acusado no conste en el acta."

El abogado del *Tigre* protestó enérgicamente. El señor Golden había visto al acusado casi inmediatamente después del supuesto asesinato. Tenía todo el derecho a que se le escuchase y a relatar lo que había observado. No se tiene que ser necesariamente psiquiatra para poder decir si una persona está "loca" o no.

El juez reflexionó un momento y luego, mirando al fiscal, anunció: "Objeción denegada."

El fiscal solicitó la venia del tribunal para conferenciar con su ayudante. Hablaron entre sí largo rato y, finalmente, Samson preguntó al testigo: "¿Cómo es posible que recuerde usted tan bien al acusado? Son muchas las personas que a diario abordan su auto, ¿no es así?"

"Sí, así es, pero este individuo no me pagó", replicó el testigo.

El fiscal no lo dejó terminar. "No más preguntas."

Después de pedir permiso al juez de interrogar nuevamente a Golden, el defensor se volvió hacia el testigo, quien ya había recobrado su compostura y miraba a Taylor con una amplia sonrisa en sus labios.

"Antes declaró usted ante este tribunal que tenía una tía mentalmente enferma. ¿Se trata de un miembro de su familia?"

"Sí, pertenece a mi familia."

"Quiero decir", lo interrumpió Taylor, "¿se trata acaso de una tía auténtica? ¿Es un pariente consanguíneo?"

"Oh, no", respondió inmediatamente, "no es una verdadera tía. Es imposible que en nuestra familia tuviésemos una loca semejante. No, estaba casada con un miembro de la familia."

Taylor respiró aliviado. Continuó con su interrogatorio. "¿Y ha visto a su tía durante algunos años?"

"Oh, sí", contestó Moishe. "Por lo menos quince o veinte años."

"¿Nos la puede usted describir?"

El fiscal protestó.

El juez señaló que era importante para el tribunal saber qué experiencias tenía el testigo al respecto y, en consecuencia, le permitiría contestar la pregunta.

"¿Dónde está su tía ahora, Moishe?", preguntó el abogado defensor.

"Está en el hospital. Fui yo quien la llevé allá el año pasado. Soy el único de la familia que tiene automóvil, así que me ofrecí a llevarla."

"Así pues, usted ha visto a personas que están 'fuera de onda', para utilizar su propia expresión."

"Oh, sí, he visto a muchas en el hospital psiquiátrico de la ciudad."

"No más preguntas."

El abogado defensor había manejado este asunto con mucha habilidad. Se había expuesto a un claro peligro al preguntarle a Moishe por su tía. La mujer pudo haber sido su tía consanguínea, y el testimonio del conductor de taxi hubiese quedado invalidado por provenir de alguien que tenía "locos" en su propia familia. Por la forma en que se había desarrollado el interrogatorio, dudaba mucho de que el abogado defensor hubiese sabido de antemano que se trataba de una parienta política.

El secretario había estado murmurando con el juez, quien anunció un receso de quince minutos y abandonó apresuradamente la sala.

El caso se inclinaba cada vez más a favor del *Tigre*. Tanto Taylor como yo estábamos de acuerdo en que atestiguara el Dr. Foster, su antiguo psiquiatra, pues él era el único profesional que había examinado al *Tigre* pocos días antes del asesinato.

Concluido el receso, Foster subió al estrado. Taylor le hizo las preguntas acostumbradas respecto a su educación y su competencia. Se había graduado en el Instituto Psicoanalítico de Berlín y más tarde había venido a los Estados Unidos, donde había ocupado puestos profesionales en diversos hospitales. Era autor de numerosos ensayos y varios libros, relacionados principalmente con ciertas fases del tratamiento psicoanalítico y con el manejo de la transferencia. "¿Dijo usted transferencia?", preguntó el juez. El Dr. Foster explicó el significado de transferencia.[1]

[1] Por "transferencia" entendemos el traslado al psiquiatra de los sentimientos, impulsos, deseos y fantasías que el paciente ha experimentado en el pasado, en su relación con personas con las cuales estuvo ligado emocionalmente, como padres o hermanos. Durante el psicoanálisis, el paciente inconscientemente considera al psiquiatra como objeto de sus impulsos reprimidos.

Establecemos una diferencia entre la transferencia positiva y la negativa. En la transferencia positiva, por ejemplo, el paciente alaba al psicoanalista, urde fantasías en torno a su persona y su vida privada, sueña que el analista visita su hogar, etc. La transferencia negativa puede expresarse en la impuntualidad sistemática del paciente para presentarse a sus sesiones, en su demora para pagar los honorarios al psiquiatra, en su resistencia para comunicar sus sueños o en sus constantes quejas.

La persona que ha tenido un padre dominante y severo puede adoptar una actitud rebelde y desafiante ante todo signo de autoridad.

Después de escuchar su explicación, el abogado defensor aspiró profundamente y dijo: "Ahora bien, doctor, ha declarado usted que examinó al acusado, Tyros Mellowbrook o, para utilizar su apodo, al *Tigre*, en su consultorio. ¿Sería tan amable de decir al tribunal con el mayor detalle posible en qué consistió el examen que le practicó?" El Dr. Foster había examinado al *Tigre* los primeros días de mayo. Por ese tiempo el *Tigre* estaba deprimido, perturbado y sufría de tendencias suicidas. Foster había deseado internarlo en un hospital psiquiátrico, pero el *Tigre* se había rehusado. No respondía a las preguntas que se le hacían, estaba apático y poco comunicativo, preocupado. Pensaba que era un fracasado, y llevaba varias noches sin dormir. Finalmente admitió que tenía dificultades con cierta joven con quien deseaba casarse. Estaba profundamente enamorado de ella y varias veces insinuó que deseaba casarse con ella, pero no estaba muy seguro de realizar su propósito. En repetidas ocasiones se quejó de que no tenía tiempo para escribir, pues actualmente estaba ocupado con las relaciones de prensa de una campaña política y trabajaba para una compañía de relaciones públicas. Lo extraño era que, a pesar de hallarse profundamente deprimido y agitado, se esforzaba por controlarse y, en cierta forma, parecía mantener dominadas sus emociones.

El fiscal se había puesto en pie. "Su Señoría, pido la palabra. El testigo ha estado leyendo algo. ¿Qué leía?"

El médico, perplejo, vacilaba.

"Le ruego que conteste la pregunta", le dijo el juez.

"Son unas notas que tomé en ocasión de examinar al acusado."

"¿Podemos proseguir con el interrogatorio?", preguntó el abogado del *Tigre*.

"Le prescribí al paciente algún somnífero, pero cuando regresó a verme me enteré de que no había surtido la receta.

Inconscientemente, identificará al analista como una figura paterna. Una vez comprendida la situación del paciente, el analista intentará obligarlo a aceptar el hecho de que su conducta desafiante no se apega a la realidad y demostrarle que se trata de sentimientos dirigidos originalmente hacia su padre y que en la actualidad han dejado de tener validez. Cuando se interpreta la transferencia, la resistencia del paciente disminuye y gana comprensión de sí mismo. Para que el psicoanálisis tenga éxito es esencial que se resuelva y supere la transferencia.

Estaba deprimido, casi no había comido y parecía afligido, como si fuese presa de profunda angustia. Le aconsejé que se internara en un hospital psiquiátrico para someterse a tratamiento, pero aunque al principio consintió en ello, más tarde cambió de parecer."

"¿Notó algo más en su comportamiento?"

El Dr. Foster respondió que, a pesar de sus problemas emocionales, el *Tigre* tenía mucho talento y era muy inteligente. "La principal impresión que me dio fue de que se hallaba deprimido, que era autodestructivo y estaba resentido consigo mismo y con el mundo entero."

"¿Cómo clasificaría usted su estado mental, doctor?"

"Definitivamente como una grave depresión, posiblemente de naturaleza esquizofrénica. Estaba enfermo —suicida, pensé. Insistí repetidamente en que fuese internado en un hospital psiquiátrico."

Luego el abogado defensor le preguntó al médico si el estado mental del *Tigre* por aquel tiempo podía tener alguna relación con lo que supuestamente había ocurrido el 12 de mayo en el departamento de Teddy Gladstone y que había culminado en la muerte de ésta.

El Dr. Foster reflexionó por unos instantes. "En mi opinión, el estado mental del *Tigre* definitivamente tuvo relación con lo que sucedió en el departamento de Teddy. Por supuesto, ignoro si la estranguló o la mató de otra forma, pero como quiera que ocurriera, era tanta su confusión que su estado mental debió haber influido en sus actos, cualesquiera que éstos hayan sido."

Taylor estaba ocupado en consultar sus papeles. "Supongamos, doctor —y estoy planteando simplemente una cuestión hipotética—, supongamos que el *Tigre* estuvo en el departamento de Teddy Gladstone y supongamos también que no recuerda nada de lo ocurrido en el momento de su muerte..."

"Protesto", rugió el fiscal. "No existe prueba alguna de que el acusado no recuerde nada de lo que ocurrió en el departamento de la víctima."

Taylor le explicó al juez: "Más tarde probaré ese punto, Su Señoría."

El juez contestó: "Sabe usted demasiado bien que no puede hacer alusión a este hecho o a cualquier otro que previamente no haya sida admitido por este tribunal como prueba;

en consecuencia, por el momento, tendremos que omitir la cuestión."

El abogado del *Tigre* le preguntó al doctor si se había formado alguna opinión respecto al estado mental del acusado cuando ocurrió la muerte de Teddy, en caso de que el *Tigre* realmente hubiese estado en el departamento de Teddy en aquel momento.

El testigo respondió que, en efecto, se había formado una opinión.

"¿Cuál es su opinión?"

"Mi opinión es que, especialmente en ese momento, el *Tigre* carecía de la capacidad de juicio necesaria para apreciar lo inicuo de su conducta."

"¿Cree usted que este hombre debería estar recluido en un hospital psiquiátrico?"

"Sí, este hombre necesita tratamiento psiquiátrico y debería ser internado en un hospital psiquiátrico."

"Su testigo", dijo Taylor al fiscal.

El fiscal solicitó un breve receso, con el fin de examinar las notas que había estado utilizando el médico. El defensor no tenía ninguna objeción que hacer.

Una vez concluido el receso, y vuelto el testigo al estrado, el fiscal declaró que había varias palabras en las notas manuscritas que le era imposible descifrar. El defensor le respondió que el psiquiatra había tomado esas notas para su uso personal y no para que las leyera el fiscal. En ese momento el juez se impacientó.

"Prosiga con su interrogatorio."

El fiscal preguntó al Dr. Foster si, en vista del hecho de considerar al acusado seriamente deprimido y necesitado de hospitalización, se había comunicado con la familia del mismo. Foster explicó que el *Tigre* no tenía familiares en la ciudad y no había nadie a quien acudir. Ésa era precisamente una de las razones por las que había deseado hospitalizar al paciente.

¿No era posible que el acusado hubiese simulado su enfermedad?

El médico contestó que no había fingimiento por parte del acusado. En su opinión, el *Tigre* era un hombre honrado —tal vez demasiado honrado para este mundo.

¿Había testificado el doctor anteriormente ante algún tribunal? "Muy rara vez."

¿Va usted a recibir honorarios por este caso? El doctor Foster contestó que no lo sabía.

El fiscal exclamó con fingido asombro: "¿Quiere usted hacer creer al tribunal que el abogado defensor no ha discutido con usted cuánto le sería pagado por presentarse a testificar?"

"Sí, hablamos de eso, pero en todo caso, la cantidad en cuestión sería escasa o nula. Supuse que el Estado me concedería cierta cantidad por mis servicios."

Después de consultar sus papeles, el fiscal preguntó al testigo con voz severa si había conocido o había visto alguna vez a la joven muerta.

El doctor sacudió la cabeza.

"¿Quiere eso decir que la respuesta es no?", preguntó el fiscal.

"Así es."

Eran las cuatro y media. El juez intervino. "¿Tiene usted todavía más testigos?", le preguntó al abogado defensor.

"Solamente uno más, creo."

"Se aplaza la audiencia hasta mañana, a las diez y media", anunció el juez.

Más tarde Taylor me dijo que el fiscal había tomado el testimonio del Dr. Foster con bastante seriedad, y que al día siguiente, viernes, seguramente iba a concentrar su ataque contra mí. Cuando le dije que era importante que terminara de rendir mi testimonio ese mismo día, me hizo ver con toda claridad que, por razones tácticas, su deseo era que el fiscal no me interrogara sino hasta el lunes.

Gracias a mi larga experiencia he aprendido que, a menos que previamente haya presentado un informe por escrito, es preferible no servirme de notas al hallarme en el estrado de los testigos, pues estas notas pueden ser consideradas como parte de la prueba e incluirse en autos. Una vez que esto sucede, es imposible o muy difícil recobrarlas. Para evitar lo anterior, acostumbro apuntar unos cuantos datos en un pedazo de papel que guardo en mi bolsillo y que, en caso necesario, puedo consultar.

La mañana siguiente, a las diez y media, nos encontrábamos en la sala del tribunal esperando que el juez se presentara. Finalmente penetró en la sala, tras los consabidos golpes rituales sobre la puerta.

Mellowbrook, sentado junto a un guardián, parecía can-

sado y avejentado. Su rostro estaba pálido, casi gris, y sus tristes ojos pardos se hundían en su rostro demacrado y sin expresión. Parecía absorto, indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor. Me acerqué a hablar con él y traté de infundirle ánimo. Las cosas no iban tan mal como él pensaba. Su abogado iba a hacer todo lo posible para ayudarlo.

"Pero, doctor", dijo en una voz apagada, "usted no sabe lo que significa estar en la cárcel. Estoy atrapado".

"Es cierto, sólo puedo imaginarme cómo se siente, pero lo comprendo."

El juez golpeó con su martillo. "Abogado defensor, presente a su siguiente testigo."

El defensor anunció que su siguiente testigo era un psiquiatra y señaló en mi dirección con un movimiento de cabeza. Subí al estrado, presté juramento y, a continuación, el defensor me pidió que especificara mi competencia y mi experiencia.

En ese momento el fiscal se puso en pie. "Reconocemos la competencia del doctor Abrahamsen."

Taylor respondió que eso le complacía, pero que quería dejar sentado en el acta que el perito había sido miembro de una comisión que había estudiado los aspectos legales de la insania y deseaba interrogarme acerca de la labor que había desarrollado en dicha comisión.

Yo testifiqué que había sido designado por el gobernador para estudiar el problema de la locura desde el punto de vista legal y modificar o suprimir la Ley M'Naughten —apoyada en la clásica prueba de conocimientos que se funda, a su vez, en los conceptos de bueno o malo.

El abogado defensor me preguntó en qué consistía esa Ley M'Naughten.

"La Ley M'Naughten establece que una persona mentalmente enferma, incapaz de comprender la diferencia entre lo bueno y lo malo, debe ser declarada inocente por razón de insania. No obstante, como la prueba en cuestión no cubre los aspectos emocionales conscientes o inconscientes de la conducta, resulta inadecuada. En 1959, la comisión intentó subsanar los defectos de la Ley M'Naughten introduciendo las siguientes modificaciones: 'Una persona no puede ser condenada por un delito o actos de comportamiento de los cuales no es responsable. Una persona no es responsable de su conducta delictiva si, en el momento de incurrir en seme-

jante conducta, *como resultado de enfermedad o defecto mental*, carece de capacidad sustancial para conocer o apreciar la perversidad de su conducta o para ajustar su comportamiento a los requerimientos de la ley'."

El abogado defensor inquirió: "¿Y fue usted miembro de esa comisión?"

"Sí, lo fui."

"¿Qué clase de médico es usted?"

Su pregunta me desconcertó ligeramente. Me hizo recordar la ocasión en que un colega, al hacérsele la misma pregunta cuando se hallaba en el estrado de los testigos, había respondido: "Soy un buen médico." No deseando provocar hilaridad en la sala, me limité a contestar: "Soy psiquiatra."

Cuando se me preguntó qué era un psiquiatra, expliqué que es una persona que ha obtenido en alguna escuela o facultad de medicina reconocida el título de médico o de doctor en medicina y seguido después, durante varios años, estudios teóricos y prácticos especializados que la capacitan para el examen, diagnóstico y tratamiento de individuos mental y emocionalmente perturbados.

"¿Es ésa su especialidad?"

"La psiquiatría es mi profesión. Mi especialidad es el estudio de la violencia criminal."

"Conoce usted al acusado, Tyros Mellowbrook, ¿no es así, doctor?"

"En efecto lo conozco."

"¿Tendría la amabilidad de decir al tribunal en qué circunstancias fue llamado para estudiar este caso y cuáles fueron los resultados de su examen?"

Relaté al tribunal que una noche de mayo, a hora avanzada, el doctor Foster me había llamado por teléfono para pedirme que me hiciera cargo de su paciente, Tyros Mellowbrook, quien se hallaba en la cárcel acusado de homicidio. Esa misma noche, en mi oficina, me había dado mayores detalles sobre el presunto matador y la víctima, Teddy Gladstone. Habiendo sido designado por el tribunal para examinar al acusado, examen que había realizado en el centro de detención, había hablado también con la madre de Mellowbrook y con su amigo más íntimo, Neil O'Brien, y estudiado la pretendida confesión de aquél.

"Además, ha estado usted presente en esta sala durante esta audiencia, ¿no es así?", preguntó Taylor.

"Así es, y además he leído en las actas del juicio los procedimientos que pudieran habérseme escapado."

"Ahora bien, ¿quiere usted comunicar al tribunal —y trate de hablar lo más alto posible, para que se le oiga en el fondo de la sala— cuáles fueron los resultados del examen que practicó al acusado?"

"Abogado, tal vez se me permita añadir que he leído también algunos fragmentos del manuscrito de Mellowbrook titulado *El hombre silencioso*."

"Continúe, por favor."

"Lo primero que me impresionó de Mellowbrook fue su extrema resistencia a comunicarse. Se mantenía a la defensiva y negaba desafiante que hubiese algo anormal en él. Pero oculta tras esa actitud retadora yo adivinaba la presencia de un hombre de una gran dignidad. A pesar de su confusión interior, lograba conservar su integridad. Era difícil, en apariencia, al menos, penetrar en su profunda depresión. Se le había acusado de intimidar a la gente. Él se justificaba diciendo que no le gustaba participar en conversaciones triviales y que por naturaleza era reservado. Nunca había sido agresivo. Hacía cuatro o cinco años había consultado a dos psiquiatras, obligado por su depresión, sus temores y su incapacidad para trabajar, pero en ambos casos pronto abandonó el tratamiento.

"Mellowbrook expresó la sospecha de que su abogado deseaba que lo clasificaran como insano. Pero, me explicó: 'Hace mucho tiempo decidí que no podía volverme loco'. Creía que el ser humano era capaz de controlar su salud mental, lo cual indicaba que en realidad comprendía muy poco los mecanismos de la mente. Su intento por comportarse de modo racional no era sino su defensa contra la posibilidad de perder la razón, lo cual significaba realmente que temía perder el control y acabar loco. Estaba en los linderos del suicidio, la locura y el homicidio. Comprendiendo la gravedad de su situación, le advertí al guardián de la cárcel que era preciso vigilar al recluso.

"A la mañana siguiente, cuando regresé a la cárcel, el aspecto de Mellowbrook había sufrido una transformación considerable. Estaba demacrado y parecía haber perdido varios kilos de la noche a la mañana. No llevaba cinturón ni corbata. Estaba confuso, sumido en contradicciones; no estaba seguro de si deseaba vivir o morir. Durante la noche había

tenido pesadillas y había gritado en sueños. Cuando finalmente vino el guardia, le reprochó a Mellowbrook que hubiese gritado y le dijo que estaba loco. Mellowbrook creía que su compañero de celda deseaba matarlo, así que fue trasladado a otra celda.

"Mellowbrook estaba agitado. 'La vida es un castigo', me dijo, y yo supuse que su observación estaba basada en sus propias experiencias. Pasado un rato, cuando se hubo calmado un poco, lo interrogué acerca de los sucesos previos a la noche en que había visitado el departamento de Teddy la noche de su muerte. En lugar de contestar mi pregunta, reaccionó con evasivas y dijo que no estaba seguro si había tomado dexedrina o anfetamina. Luego le pedí que me relatara con el mayor detalle posible lo que había hecho ese día. Últimamente había estado ocupando un puesto en una compañía de relaciones públicas, puesto que había conseguido por recomendación de Teddy Gladstone.

"La mañana de ese sábado resultó ser crucial para él. En lugar de trabajar en su libro, se halló perdiendo largas horas en una investigación para la campaña política del senador Callahan. Mellowbrook, creyendo que eso podía beneficiar a su libro, había hecho preparativos para cenar esa noche en compañía de Teddy y del senador. Pero aquella mañana, casi al mediodía, ella le había hablado y dicho que tenía una cita para esa noche, pero que el *Tigre* podía ir a su departamento por la tarde para tomar una copa juntos. Él estaba furioso, celoso. ¿Por qué permitía que Teddy lo tratara como a un títere y dejaba que lo utilizara a su antojo?

"Lo siento, Su Señoría", dije volviéndome al juez. "Siento mucho tener que mencionar todos los detalles del examen de Mellowbrook; pero, de no hacerlo, mucho me temo que el tribunal no tendrá la historia completa de lo ocurrido, es decir, en la medida en que he podido reconstruirla."

"Pierda cuidado", respondió con una sonrisa. "Si llega a presentar información no pertinente al caso, esté seguro que de inmediato surgirán las objeciones. Prosiga."

"Por supuesto, yo ya había leído la orden de registro, en la cual se afirmaba que Teddy había muerto estrangulada y apuñalada. Interrogué a Mellowbrook sobre este punto, pero en lugar de contestarme, comenzó a hablarme de su niñez; tal parecía que estaba tratando de descubrir quién era en realidad. Estaba disgustado consigo mismo, de hecho se

odiaba a sí mismo y, como he dicho antes, estaba enojado con Teddy. Mencionó que desde su niñez había experimentado temores que hasta la fecha no había podido vencer y que, ahora, con el temor que le inspiraba Teddy, parecían haber alcanzado su clímax.

"Después de repetidos y vanos intentos, finalmente logré que el *Tigre* me hablara de esa noche en el departamento de Teddy Gladstone. Él le había propuesto matrimonio, pero ella le contestó que eso ya había terminado. Cuando le manifestó su deseo de meterse en la cama con ella, ella simplemente se rió en su cara y se mofó de él. Se burló de él —realmente no era un 'tigre' como él creía; era sólo un 'tigre de papel', un tigre chino de papel— y eso lo puso todavía más furioso. Ella le reclamó que nunca le había regalado nada y, cuando él le replicó que le había regalado un collar de oro, ella inmediatamente le respondió que a su madre también le había regalado otro collar. Si era un collar del mismo tipo, lo ignoro. En fin, él se marchó, pero antes ella le dijo que regresara a las diez. Más tarde, mientras esperaba al senador en el hotel, vio entrar a Teddy y al senador del brazo, charlando animadamente. El *Tigre* pasó la noche en el bar del hotel y al regresar al departamento de Teddy estaba completamente borracho. Aunque se controlaba, estaba enojado, tal vez más molesto que enojado. No pudo desahogar verbalmente su ira y, en gran parte, ésa fue su perdición. Al parecer, tenía miedo de ella. Entonces Teddy le comunicó que se hallaba embarazada. El *Tigre* se quedó estupefacto. Estaba seguro de que él no era el padre. Se sintió humillado. Contempló el rostro de Teddy y lo vio amarillo.

"Quisiera que el tribunal prestara atención a esta manifestación, porque indica que, en aquellos momentos, Mellowbrook no sólo se hallaba perturbado, sino también psicótico. El hecho de ver que un rostro cambia de color no es síntoma común en una persona emocionalmente perturbada. Ciertos psicóticos, o sujetos que han ingerido mezcalina, es posible que perciban un cambio de color o deformación del rostro de otros; o bien, al contemplarse en un espejo, perciben alterada su propia imagen y se ven tal vez exageradamente viejos o, incluso, grotescos. En este caso, donde las drogas no eran el factor central; la observación del *Tigre* de que el rostro de Teddy se había vuelto amarillo reflejaba el odio que sen-

tía por ella, que probablemente había alcanzado dimensiones psicóticas.

"Pero, para continuar con la narración de Mellowbrook, éste había acusado a Teddy de ser la causante de sus propios problemas. Primeramente ella le pidió dinero para provocarse un aborto. Cuando él se lo ofreció, cambió de opinión; tenía miedo de someterse a la operación, principalmente porque su madre había muerto al dar a luz.

"La evocación que hizo el *Tigre* del diálogo de ambos aquella noche era impresionante —es decir, hasta el momento del supuesto homicidio, hecho que no recordaba. Estaba resentido con Teddy por haberlo humillado, pero creo que, por extraño que parezca, estaba enojado con ella más que todo por haberle pedido que la ayudara a provocarse un aborto. Como ustedes saben, él es una persona de elevados principios morales, quizás demasiado ingenuo e idealista y, por tanto, la conducta y la actitud de Teddy lo ofendieron profundamente.

"Pero, por encima de todo, él la amaba y ella lo amaba a él y, a pesar de sus frecuentes y acaloradas discusiones, se necesitaban el uno al otro con desesperación. Una riña de enamorados, podría pensarse. No, no era tan simple. Era una destrucción gradual del ego en la que intervenían hechos cotidianos casi imperceptibles. Si bien Teddy no era la única que jugaba con los impulsos agresivos del *Tigre*, sí era la principal provocación. Porque ella lo provocaba. Surgió así una multitud de vibraciones que, en su conjunto, hicieron aflorar sentimientos profundamente reprimidos de hostilidad, temor y esperanzas frustradas.

"Era una relación extraña, enfermiza, *simbiótica*. Mellowbrook recordaba que, después de sostener una acalorada discusión con ella, de pronto se encontró en la calle. Le pregunté a quemarropa si la había estrangulado o acuchillado, pero lo negó vehementemente. Me dijo que había estado caminando por las calles y que más tarde había abordado un taxi, pero que no recordaba adónde había sido conducido. El taxista, en su declaración, ha descrito ya el itinerario ante este tribunal. Mellowbrook había visitado varios bares; en uno de ellos conoció a la joven que ha rendido también su testimonio. Aturdido, vagó sin rumbo fijo, aterrorizado, a punto de entregarse a la policía. Pero se decía a sí mismo: 'No he hecho nada malo'. Es indudable que se hallaba en

estado de pánico, como lo confirma también el extraño episodio ocurrido en el bar, cuando, mientras conversaba con Jane Willow, súbitamente descubrió que había perdido sus lentes. Por extraño que parezca, regresó al departamento de Teddy sin hallar a nadie en su camino, según dice; encontró sus lentes y luego abandonó rápidamente el lugar sin tropezar con ninguna persona. Él no puede decir con seguridad si se trató de una ficción de su imaginación o de un sueño.

"En ese punto comprendí que lo mejor era no forzar la entrevista; la relación —la transferencia— entre Mellowbrook y yo era tan frágil que decidí dejarlo hablar en la forma en que pudiese expresarse con mayor facilidad. Mencionó que Teddy tenía éxito y que él no lo tenía; sin mucha emoción la describió como una persona egoísta, dominante, pendenciera y envidiosa. Una vez, cuando se encontraba en el departamento de un conocido, había ella encontrado unos preservativos en el cajón de un tocador y los había perforado con una aguja. Al parecer, inconscientemente deseaba quedar embarazada, pues anhelaba tener algo —un hijo— que le perteneciera exclusivamente a ella.

"El *Tigre* hablaba como si estuviese frente a un destino inexorable, como si él y Teddy estuviesen destinados el uno para el otro. Un factor adicional que pudo haber reforzado esta creencia era el hecho de que sus nombres comenzaban con la misma letra —'T'— y que ambos estaban formados por dos sílabas —Teddy, Tyros o *Tigre*. Un nombre puede moldear o configurar a una persona, y si no definirla por completo, sí puede delinear la estructura de su personalidad de un modo muy especial. El *Tigre* creía que sus nombres probaban que se pertenecían el uno al otro. Por supuesto, era una creencia infantil y supersticiosa, pero él la tomaba con toda seriedad. Eran dos personas atrapadas en lo que puede describirse como relación sadomasoquista. Aparentemente, Teddy era la sádica y el *Tigre* el masoquista. Sin embargo, en el momento homicida, los papeles se invirtieron. Se amaban y se odiaban al mismo tiempo y, no obstante, se sentían decisivamente atraídos el uno por el otro.

"En las entrevistas que sostuve con el *Tigre*, que fueron varias, me dio la impresión de que albergaba intensos deseos de muerte y tendencias autodestructivas. Creo que de no existir estas tendencias autodestructivas no hubiera sido posible relación alguna con Teddy. En cierto sentido, ella

respondía más a lo que a él le faltaba que a lo que tenía; el *Tigre*, por su parte, respondía más a lo que a ella le faltaba que a lo que tenía. En todo lo que entre ellos hubiera podido ocurrir, el uno era tan importante como el otro. Finalmente tuve que concluir que el *Tigre* estaba envuelto en un *homicidio compensatorio*. Él no era sino uno de los protagonistas del acto. Ambos habían provocado el acto y a cada uno correspondía parte de la culpa. Hay que recordar que él era ingenuo, idealista y que, por lo mismo, había colocado a Teddy en un pedestal. Al menos en cierto sentido, pudo haber creído que había encontrado en ella a una madre, aunque, en realidad, la personalidad de Teddy carecía de toda cualidad maternal. Por su parte, ella pudo haber creído que había encontrado en el *Tigre* a un hombre, cuando, de hecho, él carecía de autoconfianza masculina. Era una relación compensatoria, simbiótica, en la cual el vínculo invisible que los unía llegó a ser tan inevitable como el homicidio mismo. Aunque inicialmente él había sido víctima de ella, al final ella misma terminó como víctima de él. Esta relación se convierte en una página más, una página importante del libro de la *victimología*, donde la víctima, habiendo seducido a su victimario e incitado su ataque, sirve a los fines del agresor.

"Hay otro aspecto de la personalidad de Mellowbrook al que quisiera referirme: el que negara haber abusado de las drogas o, cuando más, admitiera haberlas usado en grado mínimo, con gran parquedad. Cuando lo examiné lo encontré tenso, efectivamente, pero no pude detectar ninguno de los habituales síntomas de privación, como transpiración excesiva o temblores. Pero aun cuando hubiese estado tomando drogas —anfetamina o dexedrina—, la estructura de su personalidad no le permitiría escapar a las consecuencias de su conducta o negar que utilizaba drogas porque le diera vergüenza admitirlo. Su elevado sentido moral le impedía ocultarse tras algo que pudiese servirle de excusa para disculpar su conducta."

El abogado defensor me interrumpió para preguntarme qué influencia podía ejercer esta clase de drogas sobre la conducta de una persona.

"Aunque hasta hace poco no teníamos ningún indicio de que las anfetaminas pudiesen provocar agresiones violentas, en la actualidad sabemos que el uso de drogas de este género

ha ocasionado actos agresivos y violentos, que frecuentemente han tenido como resultado la muerte."

Hablé de la posible presencia de un alto contenido de monóxido de carbono en el departamento de Teddy, hecho no mencionado por el médico forense y que podía ser un factor que hubiese contribuido a su muerte.

"En cuanto al supuesto homicidio, quisiera relatar un incidente ocurrido siendo el *Tigre* muy joven, cuando tenía quizá quince o dieciséis años. Debo esta información a su amigo, Neil O'Brien, si bien no hizo ninguna referencia al incidente durante su testimonio. En aquella ocasión, el *Tigre* soñó o se imaginó que había matado a alguien. Él y Neil se habían embriagado y, al despertar por la mañana, el *Tigre* preguntó si había matado a alguien la noche anterior. Por supuesto, su pregunta sorprendió a Neil, quien, después de asegurarle que no había sido así, logró tranquilizarlo. En la entrevista que tuve con Neil me dijo que, hasta donde él sabía, el *Tigre* no había matado nunca a nadie.

"Aunque en ocasiones Mellowbrook hablaba sin reservas de sí mismo, la mayor parte del tiempo permanecía inaccesible emocionalmente. Durante la mayor parte de sus entrevistas conmigo estuvo preocupado, abstraído y medio dormido, no muy seguro de lo que pasaba a su alrededor. Otras veces, sin embargo, estaba despejado y alerta. Entonces su actitud era de temor, autodestrucción y depresión. No pude hallar en él delirios ni alucinaciones. Pero a veces creía que la gente estaba en su contra. En efecto, era suspicaz y, lo que hace fácil creer que tenía cierta inclinación paranoide, imposible de corregir mediante la persuasión. Estaba obsesionado con ideas intrincadas, cuya naturaleza a menudo era difícil descubrir. Estaba preocupado por Teddy, aunque no expresaba verbalmente su preocupación. A mí me sorprendió el hecho de que, durante las muchas entrevistas que sostuve con él, el *Tigre jamás* me hiciera la descripción física de Teddy. Es cierto, me había proporcionado una imagen mental de su persona, es decir, los rasgos de su personalidad, pero nunca se había referido a su aspecto físico. Es muy significativo también que, durante las entrevistas, que se prolongaron casi dos días y medio, jamás dijera una sola palabra relacionada con la muerte de Teddy ni mencionara que había muerto. Para él, tal pensamiento le era ajeno, como si, al borrarlo de su memoria, el acto quedara anulado. Al ne-

garse a recordar lo que había sucedido, estaba negando que hubiese matado a Teddy.

"Tyros Mellowbrook es un hombre de inteligencia superior. Pero, a causa de su confusión emocional, intenta reprimir o negar sus verdaderos sentimientos; así pues, carece del conocimiento de sí mismo y de la visión interior que podrían esperarse de hombre tan inteligente. Con excepción de Neil, prácticamente no tuvo jamás amigos íntimos. Como hubo de trabajar para sostenerse a sí mismo y a su madre, sus actividades sociales fueron muy limitadas. Desde muy corta edad se desligó de toda afiliación religiosa. No existen antecedentes de que se haya visto complicado alguna vez en actividades antisociales o delictuosas. Durante su época de estudiante era diferente de sus condiscípulos, pues no tenía padre, y yo me atrevería a asegurar que disfrutaba del sentimiento de saberse diferente de los demás. Este sentimiento de singularidad —superioridad, podría decirse— lo trasladó a su vida adulta. Sin duda alguna, la pérdida de su padre debió ser intensamente traumática para él, aun cuando jamás se lo mencionara a su madre. La influencia de un padre débil o ausente en la familia es decisiva para el desarrollo del hijo. Como el *Tigre* carecía de una figura masculina estable con la cual identificarse, se identificaba con su madre fuerte y dominante, lo cual dio origen a una identificación anormal. Incapaz de desahogar sus fantasías de grandeza, se obsesionó tanto con éstas que casi llegó a pensar que podía dictar a los demás su voluntad. Un ejemplo sorprendente de lo anterior lo constituye su relación con Teddy. A causa de sus irresistibles deseos fantasiosos, creía que ella correspondía genuinamente a su amor por ella. La identificación anormal del *Tigre* lo empujó a una intimidad ambivalente con su madre, que tuvo como resultado una relación de amor y odio que, más tarde, posiblemente habría transferido a su relación con Teddy Gladstone. Su infancia traumática y la dependencia de su madre dieron lugar a una incapacidad para establecer una relación libre y natural con una mujer con quien pudiese compartir su vida. Esta identificación desviada produjo un desarrollo sexual atrofiado; se volvió tímido, reservado, tenía miedo al sexo y, al parecer, no tuvo relaciones heterosexuales sino hasta una etapa muy tardía de su vida. Mezcladas con este temor se ocultaban inclinaciones homosexuales profundamente arraigadas.

"Mellowbrook había vivido toda su vida en un mundo rico en fantasías. Anhelaba hacerse famoso y soñaba con convertirse en político o realizar algo valioso en beneficio de la sociedad. Sin embargo, le era muy difícil adaptarse a una situación dada. Su carácter, su temperamento y sus actos tendían siempre a ser más elevados o más bajos de lo que requerían las circunstancias reales.

"Por otra parte, estas mismas fantasías ocasionaban a Mellowbrook sufrimientos indecibles, por cuanto, en lugar de proporcionarle satisfacción, le provocaban angustia. Engañado por sus fantasías, vagamente relacionadas con la realidad, exageraba grandemente el amor que Teddy sentía por él y, en consecuencia, inconscientemente, creaba situaciones de las cuales tanto él como los demás podían salir perjudicados. Sin advertirlo, empujado por sus temores y su angustia, se exponía al peligro de modo muy similar al de la persona psicosomática propensa a los accidentes. De niño acostumbraba trepar a los árboles a gran altura, con riesgo de caer, desafiaba las olas del mar en tal forma que a duras penas lograba regresar a la playa, o se cortaba 'accidentalmente' con cuchillos a tal grado que en una ocasión la herida tuvo que ser suturada. Lo que lo impulsaba a provocar el peligro en esa forma era su deseo inconsciente de autocastigo, que a su vez estaba fundado en sus sentimientos de culpa. Esta misma conducta lo trasladó a su relación con Teddy. En realidad, pienso que, inconscientemente, Mellowbrook creó con Teddy una situación angustiosa, preñada de culpa, rayana en lo psicótico, de la cual no había salida posible.

"En el centro de la desadaptación de Mellowbrook se hallaba su personalidad ego-disarmónica —técnicamente denominada distónica. No estaba en armonía consigo mismo ni con su ambiente. Esta personalidad disarmónica expresaba un estado de tensión anormal que surgía principalmente de su incapacidad para identificarse con figuras masculinas.

"Esta incapacidad para identificarse con una persona masculina también pudo haberse intensificado debido a la originalidad de su nombre Tyros, o *Tigre*. Las personas con nombres extraños a menudo manifiestan trastornos de la personalidad más serios que quienes los llevan más comunes. El futuro desarrollo emocional del niño está ligado a su nombre de modo más decisivo de lo que generalmente se admite.

Es interesante hacer notar que la psicosis causada por factores psicogénicos es mucho más frecuente en personas que tienen nombres raros que en aquellas con nombres más usuales.[2]

Es indudable que el nombre del *Tigre* debió haber interferido en sus relaciones, incluso desde los lejanos días de la escuela. Así pues, no es de extrañar que su nombre lo hiciera sentirse único entre sus iguales, en especial y, más tarde, entre el resto de las personas, en general.

"A causa de sus tempranas experiencias traumáticas, se hizo introvertido, aislado, dependiente y temeroso, todo lo cual habría de influir posteriormente en su relación con Teddy. Ingresó en esta relación con la esperanza de que ella respondería a sus necesidades y que él, a su vez, respondería a las suyas. Aunque superficialmente da la impresión de ser fuerte, su ego es débil, y esta debilidad es la que lo ha llevado a aislarse de los demás. Se hizo hipersensible, suspicaz y vulnerable; en su relación con Teddy, la constante provocación de ésta agravó mucho esta hipersensibilidad, lo cual dio origen a una abreacción de sus emociones a menudo consistente en arranques esquizofrénicos con matices paranoides.

"El *Tigre* temía a sus fuertes impulsos sexuales. Manifestaba síntomas de pasividad, temores de naturaleza homosexual y se sentía incómodo con las mujeres, todo ello posiblemente como resultado del deseo de que su madre lo sedujera y de su sentimiento de triunfo al saber que su padre no estaba presente como competidor.

"Desde hacía algún tiempo, especialmente los últimos catorce días previos a la muerte de Teddy Gladstone, Mellowbrook había estado obsesionado con intensos deseos de muerte dirigidos contra su persona, sus padres y, en menor grado, contra Teddy. Su mente se hallaba obnubilada por pensamientos hostiles que no era capaz de controlar, y ante los cuales se hallaba indefenso, suspendido en un estado de ánimo que fluctuaba entre el suicidio, la psicosis y el homicidio.

"La noche de aquel sábado, Teddy, al provocar y acicatear al *Tigre*, instigaba su propia muerte. Inconscientemente, ella

[2] Consultar el estudio realizado por A. Arthur Hartman, Robert C. Nicholay y Jesse Hurley en el Instituto Psiquiátrico del Tribunal de Circuito del Distrito de Cook, Chicago, 1972.

misma jugaba un papel predominante —un papel seductor en su propia muerte en el proceso de la victimología.

"El diagnóstico de Tyros Mellowbrook es que se ha desarrollado en él una reacción de aislamiento, suspicacia, marcada depresión, rasgos autodestructivos y paranoides, anomalías todas de naturaleza esquizofrénica."

Durante mi extensa exposición ante el tribunal de los aspectos psiquiátricos del caso de Mellowbrook, me impresionó la forma en que el juez, a quien yo me dirigía, hubiera escuchado atentamente mis comentarios. Era alentador ver la seriedad con que el tribunal acogía la psiquiatría. De hecho, en varias ocasiones en que mencioné ciertos términos técnicos, el juez me pidió que los aclarara, y luego anotó mi explicación. No obstante, lo más importante fue que, al referirme al hecho de que ambos, victimario y víctima, habían representado cierto papel en el acto homicida, el juez, al comprender y sentir la complejidad del caso y la culpabilidad compartida, reaccionó con la mirada de modo casi imperceptible y pareció asentir ligeramente con un movimiento de cabeza.

El fiscal también me había sorprendido, ya que durante mi testimonio no había expresado ciertas objeciones y había tomado abundantes notas.

En cuanto a Mellowbrook, se mantuvo impasible, perdido en sus pensamientos. Me preguntaba cuánto habría comprendido de mi explicación.

Finalmente, el abogado defensor se puso en pie. "Doctor, basado en su diagnóstico y en sus conclusiones, ¿está en posibilidad de declarar si Mellowbrook es responsable o no de su presunta conducta criminal?"

"Basándome en mi examen, declaro que Mellowbrook no es responsable de su supuesta conducta criminal. En el momento de ejecutar los actos en cuestión, como resultado de enfermedad o defecto mental, carecía de capacidad sustancial para conocer o apreciar lo inicuo de su conducta y estaba incapacitado para ajustar su comportamiento a los requerimientos de la ley."

"Y lo anterior", preguntó el abogado del *Tigre*, "¿está basado en las conclusiones que acabamos de escuchar?"

"Correcto."

"Su testigo", dijo el abogado defensor, inclinándose ligeramente en dirección al fiscal.

El juez intervino. "Es casi la una. Tomaremos un receso hasta las dos."

El fiscal se había puesto en pie. "El testimonio del doctor ha sido muy minucioso. Con la venia del tribunal, quisiera pedir que el interrogatorio por parte de la acusación sea pospuesto para el lunes por la mañana, a fin de poder discutir dicho testimonio con mis psiquiatras."

Que el abogado opositor quisiera disponer de tiempo para discutir mi testimonio con sus psiquiatras no era experiencia nueva para mí. Un abogado no puede, como profano que es en la materia, estar familiarizado con todos los aspectos psiquiátricos del caso. Con el fin de contratacar con eficacia el testimonio del psiquiatra opositor, debe ponerse al tanto de los aspectos psiquiátricos del caso en todos sus detalles e implicaciones y, para preparar su impugnación, necesita asesoramiento profesional.

El abogado defensor declaró que el fiscal disponía de una hora para discutir con sus psiquiatras. Después de una conferencia en voz baja, el juez anunció un receso hasta las dos y media de la tarde. Según dijo, eso daría al fiscal tiempo suficiente para consultar con sus psiquiatras y preparar su interrogatorio.

9

FUE PARA mí un largo receso. No podía hablar con el abogado defensor, pues, mientras permanece en el estrado y, en consecuencia, bajo juramento, un testigo no puede discutir el caso con ninguna persona durante un receso. Así pues, tuve que almorzar solo, y ya estaba de vuelta en el tribunal a las dos y cuarto. Aún no llegaba nadie. Sentarse a esperar en una sala de audiencia enorme y vacía no es muy agradable. Pero sentarse a esperar para ser interrogado lo es todavía menos. Constituye una tensión emocional, incluso para un psiquiatra, quien a veces tiene que ser masoquista para cumplir con su deber.

El juzgado se fue llenando lentamente y noté que el fiscal hablaba con el psiquiatra del hospital.

El juez regresó a la sala, subí al estrado de los testigos y el fiscal inició su interrogatorio. En primer lugar, deseaba saber cuánto me habían pagado por mis servicios. Le dije que esperaba ser remunerado por el Estado; eso cerró el asunto. En seguida reanudó su interrogatorio. De acuerdo con mis conclusiones, el acusado sabía dónde estaba y quién era. ¿Eso no podría indicar que estaba mentalmente sano? Le contesté que, si bien a primera vista parecía estarlo, su contacto con el mundo real era superficial.

"¿Pero sabía dónde estaba?", insistió el fiscal.

"Sí —dije—. Sabía dónde estaba."

"¿No cree usted que sabía dónde estaba cuando se hallaba en el departamento de su novia?"

"Sí, creo que sí."

"Al rendir su testimonio declaró usted que el *Tigre* era esquizofrénico. ¿No se le podría clasificar como psicópata?"

"No, no es posible. El psicópata sufre solamente desórdenes o perturbaciones del carácter, lo cual de ningún modo constituye un estado psicótico."

"¿No es cierto, doctor, que muchos de los llamados psicópatas son individuos muy inteligentes, bien dotados y, en algunos casos, extraordinariamente creativos?"

"Sí, así es. Las personas consideradas psicópatas son agresivas e impulsivas. Su carácter ha sufrido una desviación o una deformación y, por tanto, este tipo de personas se con-

vierten en criminales o adoptan actitudes antisociales. Son incapaces de adaptarse a otras personas, tienden a establecer relaciones enfermizas y, en consecuencia, están constantemente en guerra con su ambiente. Sufren de un conflicto interno y utilizan a sus familias y a la sociedad en general como principales objetivos para expresar sus emociones hostiles. Tales personas son infantiles en sus manifestaciones y en su conducta. Son excesivamente egocéntricas, pero no neuróticas o psicóticas ni, mucho menos, deficientes mentales. La característica más común y notable del psicópata es el embotamiento de sus sentimientos de angustia y de culpa. Pero esto no puede decirse de la personalidad del señor Mellowbrook. Este hombre manifiesta múltiples e intensos sentimientos de culpa. Con toda probabilidad, por una causa o por otra, siempre se ha sentido culpable."

"Doctor, hoy mismo, en el estrado de los testigos, declaró usted que el acusado sufría amnesia respecto a la muerte de su novia, Teddy Gladstone. ¿No es posible que esta amnesia señale el hecho de que ha reprimido lo ocurrido porque constituye un recuerdo demasiado doloroso para él?"

"Sí, ése podría ser el caso. Sin embargo, por extraño que parezca, ese bloqueo pudo haber sido provocado por lo que le sucedió a ella o por lo que ocurrió entre ambos."

"Tenemos su confesión, como usted sabe", interrumpió.

"Sí, lo sé, pero esa confesión no establece de modo inequívoco que Mellowbrook cometiera el homicidio. Más aún, estoy seguro de que está usted perfectamente enterado de que una confesión no es suficiente para justificar la culpabilidad o la condena de una persona, a menos de que haya otras pruebas de que el crimen del cual ha sido acusado el sospechoso ha sido efectivamente cometido y, además, cometido por él. Por supuesto, ésta es una cuestión legal y sólo puedo ofrecer una opinión desde el punto de vista de un psiquiatra."

"¿Qué es una persona esquizoide?"

"El esquizoide es una persona que tiende a aislarse, a replegarse en sí misma; es una persona introvertida, encerrada en su propio mundo egocéntrico. Su perspectiva se dirige hacia sí mismo, y se manifiesta en lo que llamamos 'autismo'. Los sueños y las fantasías de semejante persona son de tal magnitud e intensidad que, para ella, sus pensamientos acaban por ser más reales que la realidad circundante. Como vive en su propio mundo de fantasías, pierde en grado muy

alto el contacto con el ambiente. Sus pensamientos y sus sentimientos son contradictorios y revelan embotamiento emocional por su falta de afecto y su actitud fría e indiferente. En la vida de tales individuos puede ocurrir un suceso crucial: el rompimiento de la conexión entre su ego y el ambiente, pues ruptura tal puede iniciar el desarrollo de una esquizofrenia. De hecho, la esquizofrenia no es sino la agravación, la hipertrofia, de la personalidad esquizoide."

"Doctor", preguntó el fiscal, "¿el acusado no podría ser un psicópata?"

"No, no lo creo; no sería congruente con la personalidad del *Tigre*."

"Doctor, quisiera hacer una cita de un libro que tengo conmigo: 'Al igual que el delincuente juvenil, éste (el psicópata) se ha criado generalmente en una familia en que prevalecían las relaciones emocionales defectuosas, la privación emocional (a veces real; otras, imaginaria) y el comportamiento familiar incoherente (alternativas inmotivadas de rechazo y de excesiva indulgencia)'. Más adelante, el libro dice lo siguiente: 'La anómala relación con sus padres' —es decir, la del psicópata— 'sumada a la ausencia de otra fuerza estable en su ambiente con la cual identificarse, dio como resultado un desarrollo incompleto de la estructura de su ego y su superego, a causa de lo cual le fue imposible establecer vinculación emocional con alguien, es decir, una relación objetiva con otros.' Ahora bien, doctor, ¿no diría usted que esta descripción puede aplicarse a Tyros Mellowbrook?"

"Antes de contestar su pregunta, ¿puedo preguntarle cuál es la procedencia de su cita?"

"En realidad procede de uno de los libros de usted, *The Psychology of Crime*, y he citado del primero y del segundo párrafos de la página 137. Lo que usted dice en ellos parece ajustarse perfectamente al acusado", observó el fiscal con cierto aire de triunfo.

Pasado un momento, contesté: "Por desgracia, mis libros y mis cartas son mis peores enemigos. Pero, por supuesto, debo explicar lo que quise decir. Me alegra que lo haya mencionado porque, hasta cierto punto, tiene usted razón, pero sólo en cierto sentido. Si se la considera en términos de su infancia y su primera juventud, la personalidad del señor Mellowbrook es completamente diferente de la de un psicópata. Es justamente en estas edades cuando se forma la per-

sonalidad. Pero si examina la infancia y el desarrollo temprano de su personalidad, encontrará usted que no contamos con información alguna de que haya robado o mentido. Durante sus años escolares jamás incurrió ni en vagancia ni en hurto. Éstos son rasgos frecuentes en muchachos que más tarde se hacen psicópatas. Si el *Tigre* fuese un psicópata, su desorden se habría manifestado desde los años de su niñez, y ya hemos visto que no fue así. Por otra parte, el psicópata tiene en general escasa conciencia, pocos remordimientos o ninguno, todo lo cual está en *fuerte* contraste con Mellowbrook —subrayo: fuerte—, quien no sólo tiene conciencia, sino también profundos sentimientos de culpa. Estos sentimientos abrumadores de culpa difícilmente los encontrará usted en un psicópata."

El fiscal preguntó: "Pero, ¿no tiene el psicópata *cierta* conciencia?"

Le contesté que, en efecto, tenía cierta conciencia, pero que el desarrollo de su superego es incompleto y, por esta razón, incluso desde su infancia, el psicópata es llevado, por así decirlo, a cometer actos antisociales y criminales como si fuera compelido a ello. Sus actos son casi instintivos, impulsivos, ejecutados sólo en razón de su egocentrismo y con escasa previsión de sus consecuencias. "Si se me permite continuar, Su Señoría, quisiera señalar que el psicópata es una persona que trata de obtener una satisfacción inmediata, conseguir lo que desea a toda costa, aunque para ello tenga que utilizar medios como el soborno o la extorsión."

"Doctor —dijo Samson—, en su testimonio ha mencionado usted que el acusado sufría amnesia respecto a lo ocurrido en el departamento de Teddy, la joven muerta. ¿Podría explicarnos esto?"

"La amnesia", dije, "puede ser de naturaleza orgánica o condicionada psicológicamente. En este caso es de carácter psicológico. Si fuese de naturaleza orgánica podríamos pensar en epilepsia. Es un hecho bastante conocido que un ataque epiléptico va seguido de cierto grado de amnesia de corta duración; pero no tenemos ningún antecedente de que el *Tigre* haya padecido epilepsia. Debemos, pues, recurrir a la otra explicación: que su amnesia es psicógena y que lo ocurrido en el departamento de Teddy ejerció sobre él efecto tan traumático que ha borrado de su memoria todo recuerdo de ello."

"¿Doctor, no es cierto que siempre que se presenta la amnesia existe detrás de ésta una experiencia dolorosa?"

"Sí, así es, pero es muy posible que esta experiencia dolorosa no esté básicamente relacionada con este caso en particular. El acto pudo haber sido realizado por alguna otra persona. Desde luego, comprendo que se trata de simples especulaciones mías, pero, no obstante, debemos prestarles consideración. Recuerde que, fundamentalmente, la actitud mental del *Tigre* es de reserva, que suprime conscientemente o reprime inconscientemente la realidad. Para él, por tanto, olvidar algo o guardárselo para sí sería lo más natural. Más aún, recuerde que se trata de un individuo que ha vivido siempre en el temor, que ha sido siempre tímido y aprensivo, lo cual explica en parte tanto su reserva como su supresión o represión, especialmente de experiencias dolorosas."

"¿Qué es una perturbación del pensamiento?", preguntó el fiscal.

"Una perturbación del pensamiento es una desorganización de la personalidad acompañada de un deterioro de la relación con la realidad y de perturbaciones en la formación de pensamientos y conceptos, todo lo cual origina trastornos de la conducta y del funcionamiento intelectual, ambivalencia, ideas paranoides, autismo, alucinaciones o ilusiones. Se puede manifestar, por ejemplo, en una persona alucinada que cree en la realidad de sus alucinaciones, sin comprender que éstas representan deseos e impulsos que nacen de ella misma. Semejante estado podemos hallarlo en un esquizofrénico o en alguien aquejado de psicosis maniaco-depresiva o de otras psicosis —tóxica, arteriosclerótica."

"En el informe del hospital, redactado por dos psiquiatras", interrumpió Samson, "no figura ninguna prueba de perturbación formal del pensamiento del acusado. ¿Ha hallado usted alguna perturbación de su pensamiento?"

"Sí, la he encontrado."

"¡Cómo! ¿La encontró?", exclamó el fiscal con fingida sorpresa.

"¿Realmente le sorprende, señor?", contesté.

"¿Y cómo explica usted, entonces, la discrepancia entre su opinión y la de los dos psiquiatras?"

"La explicación es muy simple. Cuando usted mencionó que en el informe del hospital no figuraba prueba alguna de perturbación del pensamiento formal, creo que debió usted

haber incluido todo lo que los psiquiatras declararon sobre este punto. El hecho es que escribieron, si mal no recuerdo, lo siguiente: 'No se encontró prueba de perturbación del pensamiento formal. Esto puede deberse a que estamos tratando con una persona muy inteligente y capaz de cuidarse al dar sus respuestas'. En otras palabras, al responder, el señor Mellowbrook estaba a la defensiva, y ello impidió que los psiquiatras descubrieran la perturbación de su pensamiento. En mi opinión, las emociones del *Tigre interfieren* con su pensamiento, lo que a menudo trae como consecuencia la abreacción de sus emociones inconscientes."

"¿A qué se refiere con 'abreacción'?",* preguntó el fiscal con impaciencia.

"Una persona incapaz de tolerar la frustración o el malestar gusta de ser satisfecha de inmediato; es decir, quiere obtener inmediata satisfacción. Con el fin de obtener esta satisfacción debe 'abreaccionar' sus deseos. En otras palabras, 'abreacción' es una movilización de sentimientos y fantasías inconscientes que se expresan en un acto agresivo o violento. Si se me permite, ofreceré un ejemplo: un niño puede expresar sus sentimientos inconscientes de ira contra sus padres por medio de peleas o discusiones con su hermano. Pero si no pelea con un hermano podría descargar sus agresiones hostiles en una abreacción, con actos violentos, impulsivos, antisociales o delictivos. Lo que quiero señalar es que toda 'abreacción' surge como resultado de una frustración oculta a la que la persona no puede enfrentarse. Cuando no nos sentimos satisfechos o somos incapaces de posponer la satisfacción que esperamos, todos tendemos a abreacciones en una forma u otra."

"¿No es cierto, doctor, que las personas que se sienten frustradas tienden a desahogar sus inclinaciones violentas en una abreacción?"

"Así es."

"¿No cree usted, doctor, que éste podría ser también el caso del acusado?"

"Es posible."

"Es posible, doctor. Luego, ¿sería probable?"

"No lo sé. Dependería de la situación. La persona que

* Traducción aproximada de *acting-out*: la expresión de impulsos o deseos reprimidos o inconscientes mediante la conducta externa, sobre todo durante el tratamiento psicoanalítico. [T.]

abreacciona tiene que ser impulsiva, pero el señor Mellowbrook no suele comportarse impulsivamente. A mí me parece bastante controlado. Por otro lado, quisiera agregar que, bajo su aparente estado mental controlado, oculta sin duda tendencias agresivas y hostiles derivadas de su desconfianza que, como sus mismos psiquiatras han declarado, en ocasiones alcanzan dimensiones paranoides."

"En el informe del hospital psiquiátrico el diagnóstico del acusado ha sido formulado como 'depresión de naturaleza reactiva'. ¿No cree usted que su depresión sea reactiva?"

"No, no lo creo. Su estado mental es más que una depresión reactiva o situacional pues, Mellowbrook, aunque nunca haya sido consciente de ello, ha estado mentalmente deprimido por mucho tiempo, posiblemente toda su vida, desde su infancia. La depresión reactiva es un estado que desaparece con el tiempo, en uno o varios días. La depresión auténtica, endógena, es algo diferente. El paciente sufre una reacción psicótica, está de mal humor, melancólico, tiene dificultad ideatoria y exhibe aumento o disminución de la actividad psicomotora. Esta depresión termina por convertirse en su naturaleza interior y se halla presente siempre. Se constituye en parte importante de su ser."

"¿Puede conducir a una psicosis?", preguntó el fiscal.

"Sí, puede hacerlo." Ya he dicho al tribunal que, en mi opinión, era indudable que el *Tigre* estaba perturbado y confuso. "Aunque su autovaloración es pobre, conserva, no obstante, alta opinión de sí mismo, al grado de que, en ocasiones, se cree capaz de ser su propio médico —un punto sobre el cual ha estado seriamente equivocado. No es capaz de explicarse a sí mismo ni a los demás lo que sucedió en ocasión de la muerte de Teddy. Se trata de un hombre orgulloso, y su orgullo lo hace incomunicativo. Él no intenta convencer ni a ustedes ni a nadie de su estado. Su mente se mueve en un solo sentido. Es testarudo, temeroso, inhibido e irascible, pero incapaz de expresar con palabras los correspondientes sentimientos. Esta represión disminuye su conciencia de lo que ocurre en su contorno, y esto explica, por ejemplo, su relación con Teddy, algo que penetró más allá del plano de lo consciente."

No deseaba agregar nada más, pero había provocado al fiscal. Rápidamente inició su contrataque.

"Doctor", comenzó lentamente, "ha declarado usted que el

acusado es una persona de inteligencia superior y talentosa. Si éste es el caso, me parece extraño que este individuo no fuese consciente de lo que sucedía a su alrededor; concretamente, que no recuerde lo que hizo a la joven muerta". Subrayó lo de la "joven muerta".

"¿Me está haciendo una pregunta, señor?"

"Obviamente."

"La inteligencia de una persona no gobierna completamente su capacidad para recordar; las emociones de Mellowbrook, sobre las cuales ejerce poco o ningún control, interfieren con su memoria."

"Protesto por la forma en que el fiscal formuló su pregunta", dijo el abogado defensor con evidente retraso.

"Objeción denegada. El testigo ya ha contestado la pregunta", dijo el juez en tono de desaprobación.

El abogado defensor se sentó apresuradamente.

"Prosiga, doctor", me exhortó el juez.

"Como la mente del *Tigre* se hallaba ya confusa y perturbada, este estado seguramente se agravó por influencia del alcohol. El *Tigre* no está habituado al alcohol y, en consecuencia, no pudo tolerarlo. He llegado a la conclusión de que cuando cometió el acto no era responsable de éste, pues carecía de capacidad sustancial para saber o apreciar que estaba haciendo algo inicuo."

"¿Cree usted, doctor, que el acusado se hallaba bajo la influencia del alcohol?", preguntó el juez.

Comprendí que la pregunta del juez era favorable, así que no vi ningún inconveniente en afirmarlo.

"Sí", respondí.

"Prosiga."

En ese momento creí oportuno señalar que Mellowbrook, aun admitido que hubiera cometido el supuesto crimen, había obrado en estado de *responsabilidad atenuada*, es decir, aun cuando el tribunal encontrara a Mellowbrook legalmente sano de sus facultades mentales, no podía haber planeado ni haberse propuesto el crimen porque carecía de capacidad sustancial para hacerlo. Al hablar así me dirigía al juez, pero el fiscal, plenamente consciente de que no había precedente de ello[1] exigió que mis observaciones fueran suprimidas del acta, lo que inmediatamente ordenó el juez.

[1] Es muy interesante hacer notar que una versión modificada del nuevo concepto de "responsabilidad disminuida" ha sido introducida

En su turno para contrarreplicar, el abogado defensor me preguntó cómo se producía la depresión mental. La depresión, declaré, surge principalmente como consecuencia de una gran pérdida, real o imaginaria, que la persona ha sufrido en su temprana niñez. Experimenta esta pérdida como un rechazo que, a su vez, provoca su ira. Incapaz de tolerarla, desvía su ira, la vuelve contra sí, y esto la hace sentirse culpable e indigna, lo que provoca pensamientos suicidas. De los sentimientos de culpa nace la depresión. De hecho, la culpa es la causa más importante de depresión mental.

"Ahora bien, doctor, ¿acompaña esta depresión constantemente al paciente como parte integral de su personalidad?"

El fiscal se puso en pie. "Protesto por la forma de la pregunta. El abogado está insinuando la respuesta al testigo."

"Objeción denegada."

Yo continué y dije que una depresión puede convertirse en parte integral de la conducta de una persona y que, si bien en ocasiones aflora a la superficie y es experimentada agudamente por la persona, la hallamos presente siempre como una corriente subterránea en su estado de ánimo y en sus actitudes. En el caso de Mellowbrook, éste había acudido en busca de tratamiento psiquiátrico una o dos semanas antes de la muerte de Teddy. Sus tendencias suicidas, mencionadas por el doctor Foster en su testimonio, podían haber sido el síntoma *precoz* de un trastorno psicológico inminente.

"¿Qué clase de trastorno psicológico, doctor?"

"Una psicosis."

"Gracias, doctor."

"¿Alguna contrarréplica?", preguntó el juez.

El fiscal se levantó rápidamente y preguntó: "¿Puede una persona sufrir depresión mental como parte de una neurosis?"

"Sí."

"¿Y puede manifestar tendencias suicidas?"

"Sí."

Se sentó. Ahora era el turno de Taylor. "Pero, ¿no puede hallarse también depresión mental en una psicosis?"

"Sí", contesté, preguntándome quién iba a decir la última palabra. Finalmente, quien la dijo resultó ser el juez. Se que-

recientemente por el Tribunal de Apelaciones de los Estados Unidos para el Circuito del Distrito de Columbia. *Psychiatric News*, Washington, 19 de julio de 1972.

dó mirando a ambos abogados, primero al fiscal, en seguida al defensor; repitió la operación y, como ninguno de los dos tuviera nada que agregar, se volvió hacia mí y me dijo amablemente: "Puede abandonar el estrado."

Me sentí aliviado. Cuando pasaba junto a la mesa de la defensa, Taylor me dio las gracias y, al acercarme a despedirme del fiscal, éste me susurró: "Espero tenerlo de mi parte la próxima vez."

"Me pregunto dónde he escuchado eso antes", respondí tranquilamente. "Me esfuerzo en lo posible por no estar a favor de ninguna de las partes." Nos estrechamos las manos.

Cuando descendía del estrado, había advertido que el *Tigre* me seguía con sus tristes ojos pardos. (Esos ojos me habían causado profunda impresión.) Regresé y hablé con él. Parecía estar agradecido por mi ayuda. Me dio las gracias y luego me preguntó cómo podía saber tanto de él.

"Oh, ésa es mi profesión", contesté con una sonrisa.

El *Tigre* no subió al estrado a declarar en defensa propia; Taylor estuvo de acuerdo conmigo en que primero veríamos cómo marchaban las cosas. Personalmente no deseaba que el *Tigre* subiese al estrado de los testigos porque podía ser una experiencia demasiado traumática para él. Por otra parte, su honradez y sus tendencias autodestructivas podían serle perjudiciales. El que no declarase en su defensa no podía ser utilizado en su contra. Es cuestión de procedimiento judicial el que la persona acusada de algún delito tiene derecho a negarse a subir al estrado de los testigos sin que por ello sea considerada culpable.

Estos factores, sumados al hecho de que Taylor había logrado presentar el caso del modo más ventajoso para el *Tigre*, hablaban en favor de que no testificara en su defensa. Pero había otras razones por las cuales no debía testificar.

Si subía al estrado de los testigos, el fiscal podía interrogarlo con mucha habilidad, cuidándose de no presionarlo ni someterlo a una situación tensa, para alegar más tarde que su ego era fuerte e improbable que llegase a la psicosis; o bien, podía someterlo a un intenso interrogatorio, confiando en que la reacción del *Tigre* fuese serena y que no se alterase excesivamente, lo cual indicaría un ego todavía más fuerte y propensión menor aún a la psicosis que la sugerida por el defensor. Desde cualquier ángulo, el interrogatorio del fiscal no sería de ninguna utilidad para el *Tigre*.

10

YA ENTRADA la noche, Taylor me llamó para comunicarme que nuevamente había presentado una petición para que se retiraran, tanto la acusación de asesinato en contra de Mellowbrook como su confesión. El juez les había dado a ambos abogados una semana de plazo para que prepararan sus informes sobre los aspectos legales y psiquiátricos del caso, y poder él llegar a una decisión. Taylor y yo pensábamos que nuestras esperanzas de una considerable reducción de la acusación estaban razonablemente fundadas. En cuanto a la confesión, yo pensaba que, puesto que situaba al *Tigre* en la escena del crimen, el juez permitiría que fuese admitida como prueba.

Difícilmente lograba librarme de pensar que el *Tigre* estaba obsesionado con la idea del suicidio, tan apático e indiferente parecía. Se hallaba ahora en el centro de detención esperando el resultado de la audiencia psiquiátrica, y confiaba en que allí se le vigilaría bien, aunque no estaba totalmente seguro. Naturalmente, hubiese deseado hablar con él, ya que posiblemente podría serle de cierta ayuda en los próximos días. La labor de un psiquiatra nunca termina.

Aun cuando un paciente ha concluido con éxito su tratamiento, permanece en mi mente, junto con otros. Es parte de mi responsabilidad profesional. Puede decirse que la exploración del alma es un proceso casi eterno. El psiquiatra no posee el don de la infalibilidad. ¿No hubiese sido preferible haber alterado ligeramente el procedimiento del tratamiento y haberle revelado al paciente algo de lo cual no estaba consciente? O bien, este nuevo elemento, ¿no lo habría perturbado al grado de hacerlo incapaz de seguir el hilo de sus pensamientos o ser de tal naturaleza que no pudiese comprenderlo emocionalmente de modo que, a fin de cuentas, nada se habría ganado con ello?

En tal estado de ánimo me hallaba cuando comencé a reflexionar sobre mi presentación del caso del *Tigre* ante el tribunal. Por supuesto, desde un principio había sabido que tenía que ser selectivo, que mi testimonio dependía en cierta medida del criterio del juez y de las preguntas que me hiciera el fiscal. Obviamente, el tiempo había sido un factor en este

caso, y con la debida consideración de los hechos importantes, yo había presentido de alguna manera que tenía que guiarme por mi intuición. Había tenido la fortuna de que el juez que había presidido la audiencia hubiera dado vía libre para la presentación de mis conclusiones y, en consecuencia, la oportunidad de dilucidar la psicopatología del *Tigre* y la relación de ésta con su conducta. El propósito del testimonio psiquiátrico consiste en explicar y en ofrecer una visión comprensiva de la conducta del delincuente y, asimismo, ayudar a su rehabilitación con el fin de que pueda convertirse en un ser humano útil.

En mi testimonio había intentado demostrar que, desde su infancia, el *Tigre* había sido traumatizado por la deserción y subsecuente ausencia de su padre. Cuando los padres de un niño están divorciados, el padre puede, no obstante, ver a su hijo y demostrar su interés por él. Pero el padre del *Tigre* lo había abandonado, y el muchacho sólo podía urdir fantasías en torno a qué clase de persona pudiera ser. El *Tigre* jamás había revelado sus sentimientos lastimados, sino que, por el contrario, incapaz de defenderse mediante la expresión verbal de su resentimiento, permitió que los demás lo hirieran constantemente. Como no podía enfrentarse a los sentimientos hostiles latentes de quienes lo rodeaban, se refugió en sí mismo, donde era el amo absoluto y nadie —así pensaba— podía dañarlo. Erigió a su alrededor un muro de inmunidad que, sin embargo, no pudo protegerlo. Se volvió desconfiado y susceptible hasta el grado de que ni siquiera podía soportar las discusiones. Le parecía que la más leve intromisión emocional en su mundo interior era una especie de violencia mental, una violencia tan destructiva como la física.

En nuestros días, cuando la violencia oculta y manifiesta es casi parte integral de nuestra vida diaria, conviene recordar que entre nosotros existen muchísimas personas que, como animales perseguidos, reciben y aceptan ciegamente heridas y lesiones en su alma. Si bien es cierto que el odio y la agresividad ocultos no destruyen físicamente a la persona, causan sin embargo, heridas que la mutilan espiritualmente y convierten su existencia en una especie de muerte en vida.

Heridas. Supongamos que en mi testimonio me hubiese extendido más en torno a la oculta violencia psicológica a la

que había estado expuesto el *Tigre* —¿habría causado con ello mayor impresión? Lo dudo mucho. Y no porque el fiscal fuese incapaz de piedad o porque el juez no pudiese comprender que una persona lastimada puede hacerse daño a sí misma o a los demás, sino porque la ley es mecánica y tiene que ser aplicada apegándose al espíritu de la letra y no al espíritu de la vida.

Mientras se aproximaba el día en que los abogados contrincantes tenían que entregar al juez sus resúmenes, me mantuve ocupado en mi consultorio. Neil me llamó. Había visitado al *Tigre* en la prisión y me manifestó su preocupación por el estado de su amigo. Mellowbrook parecía hallarse terriblemente deprimido a causa de su prolongada reclusión.

Taylor me habló también para discutir conmigo ciertos aspectos psiquiátricos que requerían clarificación. "El meollo de la estructura de su personalidad son sus deseos de muerte y sus impulsos autodestructivos y eso necesita ser debidamente recalcado", le dije, "pues de ahí surgen muchas de sus tendencias anormales —su culpa y su depresión, sus inclinaciones suicidas y homicidas. Además, tiene usted que hacer resaltar la participación de Teddy, su seducción, su provocación y su conducta manipulativa".

"Lo sé", respondió Taylor y colgó apresuradamente. Volví a marcar su número y le dije que deseaba hablar con el *Tigre*. El mismo Taylor había intentado verlo el día anterior, pero Mellowbrook estaba resfriado y lo habían enviado a la enfermería.

"De cualquier manera, en unos días más sabremos cómo están las cosas; así pues, ¿por qué no espera?

No tuve que esperar mucho tiempo, porque, tres días más tarde, el juez citó al fiscal y al abogado defensor y les comunicó su decisión. La confesión de Mellowbrook era *bona fide*, por cuanto lo situaba en la escena del crimen y, en consecuencia, tenía que ser admitida como prueba por el tribunal. El juez había reducido la acusación, de asesinato en primer grado a homicidio en segundo grado. El abogado suplicó que se dejara libre a su cliente bajo fianza y bajo su custodia, alegando que el acusado necesitaba tratamiento psiquiátrico, el cual no se le podría proporcionar en la cárcel. Mientras tanto, podía vivir con su amigo Neil y, si el juez lo consideraba necesario, entre las condiciones de la fianza po-

día incluir la prohibición de que el *Tigre* abandonara la ciudad sin consentimiento del tribunal.

El fiscal hizo objeciones muy hábiles y enérgicas en contra de que se dejase en libertad bajo fianza al acusado. El juez replicó que a él le correspondía tomar esa decisión. Por otra parte, en cuanto a la cuestión de la salud mental del *Tigre*, iba a posponer su decisión, algo que era legalmente posible. Decidió que el acusado debía ser procesado y que el jurado, o el juez, en caso de que aquél no deseara el juicio por jurado, decidirían durante el juicio si el acusado estaba o no capacitado mentalmente y si había estado en pleno uso de sus facultades o perturbado mentalmente cuando ocurrió la muerte de autos. Fijó una fianza de 10 000 dólares, pero Taylor consiguió que se redujera a 7 500.

"Lo felicito", le dije a Taylor. "Éstas son las mejores noticias que recibo en mucho tiempo."

"Jamás lo habría logrado sin su trabajo meticuloso", respondió.

"Es usted demasiado generoso."

Antes de colgar, me dijo que la madre del *Tigre* había pagado la fianza de su hijo y que éste saldría de la cárcel al día siguiente.

"Doy por hecho que usted lo va a tratar", dijo Taylor.

"Por supuesto. Dígale que me hable para concertar una cita."

Me agradaba la idea de continuar el tratamiento del *Tigre*. Necesitaba mi ayuda. Seguramente, el juez había comprendido que la acusación había ido demasiado lejos. A primera vista, su decisión de posponer el problema de su salud mental hasta el juicio parecía un tanto salomónica. No obstante, si se reflexionaba, había logrado, con mucha habilidad librarse de dictar su decisión sobre asunto tan delicado. Pero cualesquiera que hubieran sido sus motivos, indudablemente se había conducido de modo admirable.

Al día siguiente, ya avanzada la tarde, el *Tigre* me llamó para pedir una cita. Como en aquellos momentos me hallaba atendiendo a un paciente, le contesté que poco era lo que podía decirle, salvo que me alegraba del resultado de la audiencia y que lo vería al día siguiente. Por teléfono se le oía nervioso e inquieto y le pregunté si deseaba que le recetara algo que lo ayudara a dormir por las noches. Debí haber previsto su respuesta, porque me contestó que ya se las arre-

glaría para sobrevivir esa noche sin somníferos. Pero en seguida añadió: "Ha sido insoportable estar encerrado allí. Pero es insoportable hallarse afuera." Esta observación filosófica —casi como una fórmula— era característica del *Tigre*. Le pedí que se dirigiera a la farmacia más cercana y que le pidiera al farmacéutico que me llamara para que le recetara algún medicamento.

Cuando mi paciente se marchó, llamé a Neil. No contestó nadie. Debo confesar que me sentí intranquilo. Dejé un mensaje con el servicio telefónico para que llamaran a Neil cada media hora y le pidieran que se comunicara conmigo, él o el *Tigre*. Temprano, a la mañana siguiente Neil contestó a mi llamada.

"Sólo deseaba saber cómo se encuentra el *Tigre*", le dije.

"Deprimido", contestó Neil. "Anoche fuimos al cine. Dudo mucho que pegara los ojos en toda la noche."

"Se suponía que el *Tigre* iba a pedir que me llamaran de la farmacia para que le recetara alguna medicina. ¿No le mencionó nada de ello?"

"No. Cuando se trata de guardar secretos, el *Tigre* es un maestro. Me dijo que lo iba a ver a usted hoy, al mediodía."

Le agradecí a Neil haberme llamado. Admiraba el interés que demostraba por su amigo.

Esa mañana atendí a varios pacientes y, con cierta inquietud, consulté mi reloj —las doce. Esperé, me puse nervioso, intranquilo. Si el *Tigre* hubiese deseado venir a mi consultorio, ya debía encontrarse aquí. Pero tal vez algo lo había retrasado. Los minutos pasaron. Pensé en la observación que había hecho su abogado defensor durante nuestra primera conversación. Al preguntarle si el *Tigre* podía escapar, me había contestado: "Uno nunca sabe." Luego recordé que el *Tigre* me había hablado de la melodía que había escuchado insistentemente en su imaginación esa noche fatal: *Lento, rápido, fuga, desaparece.* ¿Habría sido capaz de llevar a cabo su deseo? El pensamiento me hizo estremecer.

Debía hacer algo, llamar a alguien —a la policía, a la oficina de personas extraviadas, a Neil. Me invadía un presentimiento extraño que no podía explicarme. Mi intuición, tal vez. Eran ahora las doce y media y el *Tigre* no aparecía. Llamé a Neil a su oficina. Había salido a comer.

Al atardecer Neil contestó mi llamada. Le dije que el *Tigre* no había acudido a la cita. ¿Le había sucedido algo? Neil

estaba atónito. Llamé a Taylor sin ningún resultado. Estaba en el juzgado ventilando un caso.

Al día siguiente me enteré por Neil que el *Tigre*, al cruzar Broadway en un momento de tránsito intenso y sin obedecer la señal del semáforo, había sido embestido de frente por un automóvil enorme y negro que corría a gran velocidad: una carroza fúnebre. Se le había colocado sobre el pavimento y conducido más tarde al hospital en estado inconsciente. En unas cuantas horas murió, a consecuencia de una fractura del cráneo. Me lo imaginé avanzando directamente en medio del intenso tránsito y desaparecer de la vista de los horrorizados espectadores, y recordé nuevamente el último eslabón de la misteriosa melodía que había escuchado la noche en que había muerto Teddy: *fuga-desaparece*.

Epílogo

¿TIENE ALGUNA FINALIDAD EL ASESINATO?

LUZ ROJA. Atropellado. Evidentemente, había sido suicidio —indirecto, podría decirse, sin embargo, suicidio. De alguna manera el *Tigre* se sentía culpable de la muerte de Teddy, aun cuando no recordase que, al arrancarle el collar —como yo había llegado a creer—, la había estrangulado. El homicidio, provocado por una súbita disminución de su propia estimación, era una extensión de su impulso suicida. El suicidio es un acto de agresión contra el ego y el homicidio es una extensión de la agresión que incluye, no solamente al ego, sino también a quienes están más próximos a éste. En nuestro caso, Teddy, la víctima, era parte del ego del *Tigre*.

Muchas veces la persona no se siente culpable, a menos que tema el castigo. La culpa que el *Tigre* sentía por la muerte de Teddy se intensificó *porque temía el castigo*. Aunque deseaba morir, había matado porque, en cierto sentido, tenía miedo de morir. Y este miedo a morir posiblemente había sido la causa de que no insistiera en que Teddy se hiciera abortar. Era posible que el *Tigre* hubiese sentido que *él* era el hijo de Teddy y que matar al niño sería tanto como matarse a sí mismo.

Este miedo a morir, como generalmente es el caso, estaba arraigado en su temor al sexo. No sólo temía al sexo en sí, sino que temía además sus fuertes impulsos sexuales que, en su creencia, podrían llegar a dominarlo en un momento dado —como en ocasiones había sucedido. Conocemos la relación íntima que existe entre el sexo y la violencia; el *Tigre*, mediante su represión sexual, había experimentado acciones violentas. Su temor al sexo muy bien pudo haber sido la razón de su notoria compulsión a aislarse y estar solo. Estar en compañía de alguien o compartir ciertas cosas nunca había sido fácil para él; amar a alguien le era todavía más difícil. Antes del homicidio, la simple presencia de Teddy le hacía experimentar odio contra ella; pero, después de su muerte, pese a sus sentimientos de culpa, pensaba en ella con mayor tranquilidad, pues había dejado de constituir una amenaza para él. El *Tigre* se había dejado atrapar en una paradójica situación en que él era a la vez víctima y victimario. Tratando de vencer su extremo sentimiento de impotencia, había transformado su pasividad cargada de angustia en una agresividad iracunda y violenta, con la que

buscaba descargar sobre Teddy la venganza que originalmente había dirigido contra su madre.

En realidad, la personalidad del *Tigre* conjugaba la impotencia con sentimientos de venganza que lo habían acompañado desde sus días infantiles, así como otros rasgos especiales —hipersensibilidad al rechazo o a la injusticia, desconfianza—, comunes tanto en el verdadero homicida como en el homicida potencial. Sin embargo, no exhibía, a diferencia de la mayoría de los homicidas, el odio irracional contra los demás ni la incapacidad para soportar la frustración. En cierta medida, era capaz de enfrentarse al odio y a la decepción recurriendo al encubrimiento de sus emociones —hasta aquella noche fatídica con Teddy. Obsesionado por su deseo de venganza y sujeto a arrebatos emocionales causados por la angustia, había caído víctima de su propia ferocidad.

Éstos son síntomas que frecuentemente encontramos entre los individuos que matan en un arrebato de pasión, como pudo haber sucedido en el caso del *Tigre,* quien, incapaz de soportar sus intensos sentimientos de ira y resentimiento, debió darles expresión en su acto. Pero, como antes se ha mencionado, generalmente estos mismos sentimientos los hallamos presentes también en homicidas del tipo más frío y calculador.

Otro factor, digno de mención, del mecanismo reactivo entre el homicidio y el suicidio, es el hecho de que el suicidio, en cierto sentido, se considere psicológicamente un homicidio en el que muere el padre que el homicida lleva dentro. El *Tigre* se sentía ligado a su madre, de hecho, demasiado ligado a ella para su bienestar y salud emocionales. A causa de su situación edípica, tanto a sus ojos como a los de su madre había remplazado completamente a su padre y se había convertido en su sustituto, desencadenando con ello un resentimiento y una hostilidad contra su madre que lo sometía a una relación de amor y odio muy semejante a la que más tarde habría de establecer con Teddy. Al desear suicidarse, en sus fantasías, deseaba exterminar lo que en él existía de una madre y un padre tan odiados. Pero como este deseo era un tabú para él, en lugar de realizarlo, fantaseaba —y es muy posible que esto haya sido enteramente inconsciente por su parte— que si bien no podía matarlo, podía hacerse poderoso y superar a su padre. Era éste un sueño

de grandiosas hazañas —una característica que encontramos en muchos homicidas. Apoyado en una identidad y en la fuerza de un ego, que estaban más desarrolladas en el *Tigre* que en la mayoría de los homicidas, intentó controlar sus fantasías. No obstante, éstas acabaron predominando sobre la realidad.

Se convirtió en presa de sus amargas cavilaciones, de sus dudas —y de su insomnio.

El insomnio equivale a vivir en la parte oscura de nuestra vida, sufriendo un terror secreto, del cual salimos agotados e inseguros para enfrentarnos al mundo real. Muchos pacientes me han dicho que les es más fácil soportar sus pesadillas que el insomnio. Las pesadillas producen temor, es cierto, pero también ejercen sobre nosotros cierta fascinación, cierto poder y, después de todo, existe en ellas cierta finalidad. El insomnio no persigue ningún fin. Es una especie de territorio ilusorio a medio camino entre la vida-realidad y la muerte-fantasía.

El *Tigre* no deseaba tomar somníferos para combatir su insomnio. Su resistencia a reconocer que necesitaba ayuda lo hacían rechazar todo consejo. Deseaba tener el control absoluto de sí mismo. Además, como algunos otros pacientes, temía a las posibles reacciones adversas provocadas por los somníferos. Se rehusaba a combatir su insomnio con medicamentos. Para ello leía libros. Estoy seguro de que los libros llenaban sus noches. Al parecer éstos le suministraban claves y pistas definidas y racionales. Le proporcionaban certezas, pero también incertidumbres y pensamientos confusos. La debilidad de su ego hacía que, a menudo, su pensamiento fuese defensivo y deformado. La parte masoquista y negativa de su personalidad constituía otra persona, una entidad separada que nada tenía que ver con la imagen que de sí mismo había formado su mente. Inconscientemente deseaba destruirse, vivir en el sufrimiento, lo que estaba en armonía con su pasado.

El deseo de muerte y el suicidio del *Tigre* parecían irónicos. Estaba a punto de verse libre del cargo de homicidio. Su abogado defensor había logrado reducir la acusación de homicidio en primer grado a la de homicidio en segundo grado y esta reducción podía significar que el *Tigre*, posiblemente, habría sido absuelto si el caso hubiese llegado a juicio. Es posible también que el fiscal, en vista de la falta de

pruebas y del repleto calendario del tribunal, se hubiese abstenido de seguir la acusación contra el *Tigre*.

Pero, a fin de cuentas, aun habiéndolo hecho inconscientemente, ¿por qué se había suicidado el *Tigre*? Supongo que había perdido toda esperanza y creía que ya nada le quedaba que mereciera seguir viviendo. Aun en el caso de seguir viviendo, para él no habría ninguna satisfacción pues su principal objeto de gratificación —Teddy—, había muerto.

El *Tigre* había cometido el pecado para el cual no hay perdón: había matado al amor que había en él y en Teddy, así como ella había matado el amor que existía en él.

La historia del *Tigre* —las experiencias de un hombre joven en una batalla perdida por un sueño— revela patéticamente el predicamento humano. Fracasamos cuando no logramos reconocer nuestras emociones más profundas y enfrentarnos a ellas. El caso del *Tigre* representa trágicamente la forma en que somos vencidos por nuestros temores y culpas. Muchos de nosotros, en quienes el instinto de muerte es más fuerte que el instinto de vida, por enfermizo que parezca, deseamos vivir una existencia de dolor y de sufrimientos. No obstante, sabiendo que cuando se comete un homicidio sufrimos todos, debemos hacernos más conscientes del poder de nuestras emociones. Como decía Pascal: "Conocemos la verdad, no sólo por la razón, sino también por el corazón."

Pero el *Tigre* no pudo aceptar esta verdad. Su instinto de muerte estaba definido claramente y cayó víctima de sus deseos inconscientes de autodestrucción. Sólo podía estar donde estuviese su dolor. Prefería el sufrimiento, al grado de no poder recordar ni comprender la realidad. A pesar de su valiente esfuerzo por crearse una vida para él y para la mujer a quien, a su modo, amaba, la muerte fue la suerte de ambos. Llevó con él a su tumba el secreto de la última noche que pasaron juntos: únicamente él supo la verdad.

Suya había sido una vida —y una muerte. Y en algún lugar, intermedio —en medio de su soledad—, había tratado en vano de encontrar el puente del amor.

BIBLIOGRAFÍA

Abrahamsen, David: *Mind and Death of a Genius*. Nueva York: Columbia University Press, 1946.

——: "Psychosomatic Disorders and Their Significance in Antisocial Behavior." *Journal of Nervous and Mental Disease*, 107 (1948).

——: *The Psychology of Crime*. Nueva York: Columbia University Press, 1967.

——: "A Study of Lee Harvey Oswald: Psychological Capability of Murder." *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, Second Series, 43 (1967).

——: *The Emotional Care of Your Child*. Nueva York: Trident Press, 1969.

——: *Our Violent Society*. Nueva York: Funk & Wagnalls, 1970.

——: "The Murderer and His Victim." Conferencia sustentada ante la Sociedad de Médicos Psicoanalistas, Nueva York, 15 de noviembre, 1972.

Briggs, L. Vernon: *The Manner of Man That Kills: Spencer-Czolgosz-Richeson*. Boston: The Gorham Press, 1921.

Brody, Sylvia y Axelrod, Sidney: "Anxiety, Socialization and Ego Formation in Infancy." Conferencia sustentada en el Instituto Psicoanalítico de Nueva York, 1966.

Cardozo, Benjamin: *Law and Literature*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1931.

Cassity, John Hullard: "Personality Study of 200 Murderers." *Journal of Criminal Psychopathology*, 2 (1942).

Federal Bureau of Investigation: *Crime in the United States*. Reports, 1971. Washington, Government Printing Office, 1972.

Fenichel, Otto: *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*. Nueva York: Norton, 1945.

Fortas, A.: "Implications of Durham's Case." *American Journal of Psychiatry*, 113 (1957).

Freud, Anna: *The Ego and the Mechanism of Defense*. Nueva York: International Universities Press, 1964.

Freud, Sigmund: *Civilization and Its Discontents*. Londres: Hogarth Press, Ltd., y el Institute for Psychoanalysis, 1946.

——: "Analysis Terminable and Interminable." En *Collected Papers*, vol. 1. Londres: Hogarth Press, Ltd., y el Institute for Psychoanalysis, 1950.

——: *Group Psychology and the Analysis of the Ego*. Nueva York: Liveright, 1951.

Glueck, Sheldon y Glueck, Eleanor. *Unraveling Juvenile Delinquency*. Nueva York: The Commonwealth Fund, 1950.

Greenacre, Phyllis. *Trauma, Growth and Personality.* Nueva York: Norton, 1952.

——: *The Quest for the Father.* Nueva York: International Universities Press, Inc., 1963.

Lewin, Bertram D. (ed.): *On Character and Libido Development: Six Essays by Karl Abraham.* Nueva York: Norton, 1966.

Macdonald, John M.: *The Murderer and His Victim.* Springfield, Ills: Charles C. Thomas, 1961.

Menninger, Karl: *The Crime of Punishment.* Nueva York: Viking, 1968.

Modi, N. J. (ed.): *Modi's Textbook of Medical Jurisprudence and Toxicology.* Bombay, India: N. M. Tripathi Private Ltd.

Palm, Rose y Abrahamsen, David: "A Rorschach Study of the Wives of Sex Offenders." *Journal of Nervous and Mental Disease,* 119 (1954).

Pryce, D. M. y Ross, C. F.: *Ross's Post-Mortem Appearances.* Londres: Oxford University Press.

Rosenthal, A. M.: *Thirty-eight Witnesses.* Nueva York: McGraw-Hill, 1964. *Violence in America: Historical and Comparative Perspective.* Informe para la Comisión Nacional Sobre Causas y Prevención de la Violencia, 5 de junio, 1969. Washington, *D. C.: Government Printing Office, 1969.*

Von Hentig, Hans: *Crime: Causes and Conditions.* Nueva York: McGraw-Hill, 1949.

——: *The Criminal and His Victim: Studies in the Sociobiology of Crime.* New Haven: Yale University Press, 1947; Nueva York: Anchor Books, 1967.

Weininger, Otto: *Sex and Character.* Viena y Leipzig: Wilhelm Braumuller, 1925. Nueva York: Putnam's.

Weissman, P.: "Why Booth Killed Lincoln." *Psychoanalysis and the Social Sciences,* vol. 5. Nueva York: International Press, 1958.

Werfel, F.: *Nicht der Morder, der Ermordete ist schuldig.* Munich: Kurt Wolff Verlag, 1920.

Wilson, Edward F., Rich, Terry H. y Messman, Henry C.: "The Hazardous Hibachi: Carbon Monoxide Poisoning Following Use of Charcoal." *Journal of the American Medical Association,* núm. 221 (1972).

Wolfgang, Marvin E.: *Patterns in Criminal Homicide.* Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1958.

——: *Crime and Race: Conceptions and Misconceptions.* Nueva York: Institute of Human Relations Press, 1964.

ÍNDICE

Agradecimientos 7

Elementos del homicida 9
Primera Parte: La mente del asesino 15
Segunda Parte: Tigre y su víctima 56
Tercera Parte: El juicio 173
Epílogo: ¿Tiene el asesinato alguna finalidad? . . . 261

Bibliografía 267

Este libro se acabó de imprimir el día 12 de mayo de 1976 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia 911, México 12, D. F. Se tiraron 5 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Aster de 8:9, 9:10, 10:11 y Electra de 14 puntos. La edición estuvo al cuidado de *Agustín Pineda.*